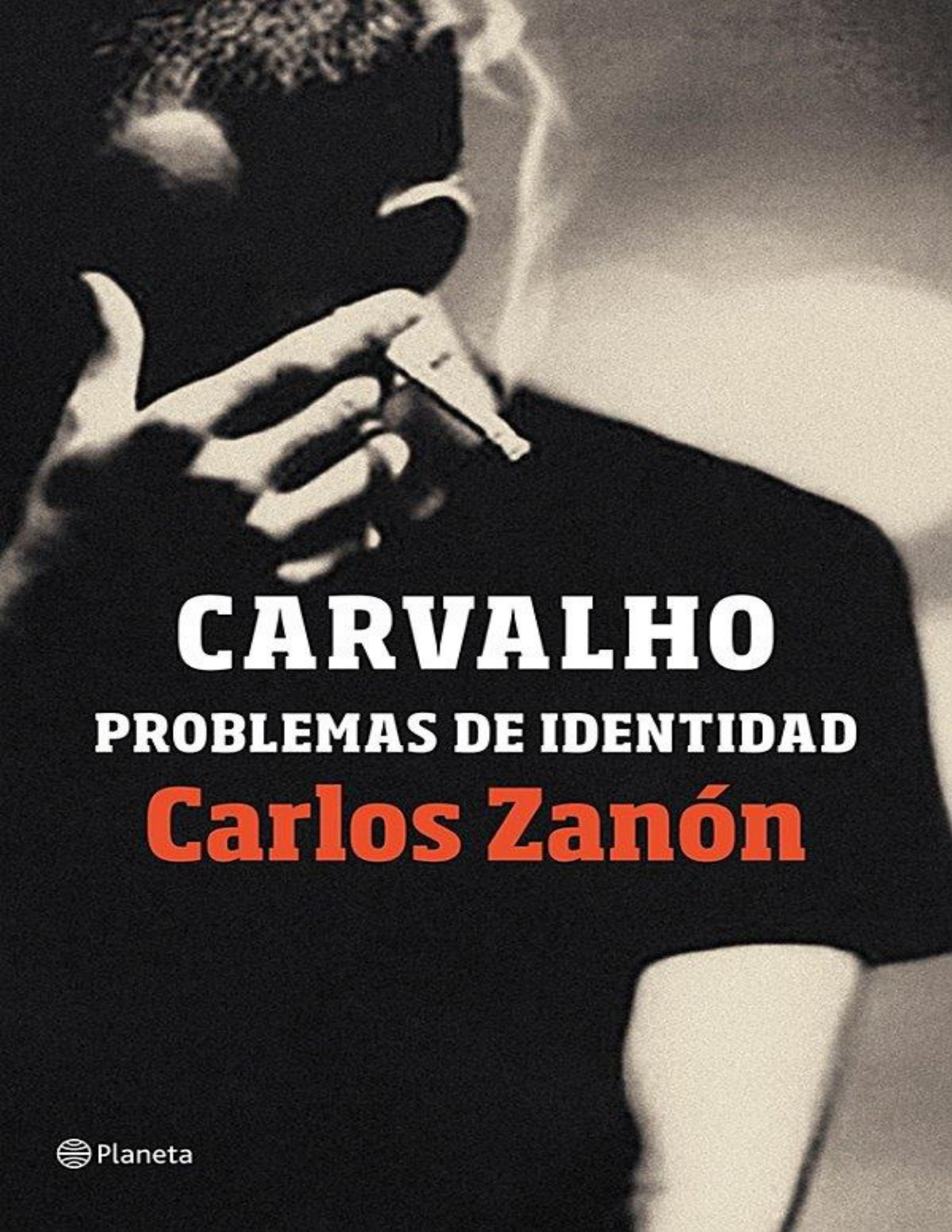


CARVALHO

PROBLEMAS DE IDENTIDAD

Carlos Zanón

Planeta

ÍNDICE

Sinopsis
Portadilla
Aclaración
Cita

1. Madrid Barcelona
2. Matar es oro
3. Una pistola en la barriga, Tom Jones
4. Vuelta a casa
5. Montaña de Montjuïc
6. Gente extraña en casa
7. Gaudí te odia
8. Glaciar
9. La mujer portuguesa
10. Colirrábanos espirulina
11. Tapas españolas chinas
12. Nuevos Ministerios
13. Cena a los postres
14. Elvis vive
15. Miénteme hasta la verdad
16. Play stop play
17. Mala hostia
18. No deberíamos estar haciendo esto
19. Superman II
20. Todo el amor del mundo
21. Narcopisos
22. Novia uruguaya camuflada de argentina
23. Aquí yace Elizabeth Rosetti
24. 11:30
25. No quiero hablar de eso
26. Cabezas crujientes de becada
27. Podredumbre noble
28. Asedio de Amèlia
29. Ayudando a la poli
30. Hamburguesa con patatas y cola
31. TLP Mon Amour
32. Ebrio y urgente
33. Traerse el sumiso de casa
34. Paquete postal

Agradecimientos
Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

SINOPSIS

El próximo 15 de enero llega a librerías *Carvalho: problemas de identidad,* de Carlos Zanón.

Pepe Carvalho es el icónico detective creado de Manuel Vázquez Montalbán, conocido por toda una generación y padre de la novela negra mediterránea. La trama de novela negra, el ritmo y los personajes de esta nueva entrega convocan a los seguidores que ya conocían al personaje, a los nuevos lectores y a los de las novelas de Zanón.

Carlos Zanón



Carvalho:
problemas de identidad

Planeta

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes o situaciones que en ella se retratan son producto de la imaginación del autor y de crónicas periodísticas y están tratados de manera ficticia. Cualquier parecido con sucesos, escenarios o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

El protagonista tiene su propio autor, MVM.

Ser uno es no tener nada
JUAN GELMAN

1

MADRID BARCELONA

No sé cuántos millones de cadáveres es ahora Madrid, pero sé de uno que se acaba de ir decepcionado de esta habitación, arrastrando las cadenas del Fantasma del Biblioteca Pasado cuando fue ganadora del Premio imponiéndose a argentinos, colombianos y otros entes lingüísticos amigos. Estoy desnudo en una amplia habitación del Hotel de las Letras, y en sus paredes hay palabras poderosas de Kapuscinski que no importa que igual no sean verdad. Palabras sobre una tribu que sólo tiene el pasado que puede alcanzar la memoria del más viejo. Adoro esas tribus, las que no olvidan, pero puestos a elegir prefiero las tribus que saben recordar y lo hacen.

La exescritora que aún no sabe que es ex ya se marcha. Se bambolea —cofre de madre astur y maneras de padre mexicano— al ritmo que ella misma marca en las teclas del móvil en el pasillo de acceso a los ascensores. Un «Estoy llegando» escrito con pericia sobre la pantalla del iPhone a su marido, un santanderino adicto al Frenadol en sobres y al *Babelia* de antes de que fuera de antes, prohombre de la edición dura en tapa blanda.

Qué largo el camino desde el deseo que no existía, la descarga y el «Mejor me voy».

Sí, mejor te vas.

Urgencias de huida.

Se va porque hoy no tenía que ser ella la que estuviera aquí, sino Mi Novia Zombie.

La que no contesta, la que se moría de amor hace apenas dos semanas, la que se volatizó. Menudo detective eres que no sólo pierdes a falsos muertos, o clientes con minutas pendientes, sino también a la supuesta mujer de tu vida.

—¿No te cansa vivir la vida así…? —me preguntó la escritora nefasta.

—¿Qué quiere decir «así»?

—Con desinterés. Como si no te importara. Como un suicida.

—Es tarde y te esperan.

«¿No te cansa vivir la vida como un suicida?» interpeló la heroína, Leonor Zurita, a su amante apabullantemente byroniano en la página 65 de la futura novela negra de provincias aún por escribirse.

Pobre mujer ella, pobre tonto yo.

Por fuera, coches que rugen de madrugada en la Gran Vía madrileña, pequeños y veloces edificios que tosen por sus tuberías rotas. Esta noche más que nunca, tengo la mitad de mi cuerpo Garfio y la otra mitad Peter Pan. Cojo la segunda Heineken del mueble bar para que la cerveza de importación —y no algo digno como un buen vino o un Ardbeg rebajado con agua— me haga sentir miserable. Como mandan los cánones, me dejo caer en el sofá y echo un vistazo al enjambre de sábanas en el que un sexo rabioso ha sido ejecutado, sin más delito que el de maltratar la noche.

«¿Por qué la gente ahora se deprime y nadie se pone triste que es algo al alcance de todos y lejos de las farmacéuticas?».

La verdad es que no quise oírme responder y callé cualquier respuesta. A ella ni le importó:

«¿Te he hablado de mi próxima novela?».

Todo el rato.

Incansablemente.

Incluso cuando te mordía la boca para que te callaras.

Novia, Novia Zombie, te interpelo directamente ahora: quizás no has venido porque estás en Abismo Clase A, diseñado a tajos de buena cocaína y maldad con paracaídas. ¿Es eso? O porque me estás protegiendo. Siempre dices eso: te protejo. ¿De qué demonios has de protegerme? ¿Quieres convencerme de que tienes buen corazón? ¿Cómo reseguir e interpretar entonces esos gestos tuyos de niña cruel, esas alas volátiles, ese mohín de «Despide tú al servicio que hoy me mareo apenas pongo el pie en el suelo»? Juro que uno no buscaba todo esto, ya de viejo, sabiéndose las trampas, y menos hacerlo de la mujer del gánster, y ahora, heme aquí, oh *infelize,* todo un Vincent Vega, y más si el gánster es Luis Carbonell, rutilante asesor gubernamental de ministro del PP moderado, tibio y aún no imputado —al menos esta noche— por corrupción.

Oh, Carvalho, no seas idiota y reconoce que también es probable que tu Novia Zombie no haya venido porque no quiere seguir con esto, porque ha calculado y optado por futura maternidad, nivel de vida y un cajón de pastillas a un autónomo de cuota mínima, mujeriego feminista, amante subnivel supervivencia y un cajón de calcetines negros y dos de deporte lavados y doblados desde los victoriosos años noventa, fecha del último recibo pagado a Gimnasio Colón.

Admítelo: no eres para nada una buena inversión. Con lo bien que te iba todo cuando apenas eras verosímil.

Levanto el segundo botellín holandés. Te saludo y te añoro, Escritor, vecino, padre, vampiro. Qué fácil es la vida cuando alguien la ordena y pone causas y efectos, réplicas inteligentes, un final sensato. Me miro desde fuera como él me miraría hoy y me sacaría a hostias del libro que estoy mentalmente escribiendo de esto. Eres puro cliché, Pepe: borracho, solo, desnudo y desesperado. Así que, para evitar chapotear aún más en lugares comunes, me acerco al armario y cojo un bote de golosinas —gentileza del hotel literario— y, entre la cerveza y los plátanos de dulce, ya soy menos pasto de libro y más yo.

Me estoy poniendo epifánico. Lo noto. Pase, pase, Señor Parsifal. Está en su casa, pero intente ser breve y arañe lo justo, que no estamos para muchos desgarros. Si se fija bien, traqueteando ruedas en el barro, el carro de La Santa Compaña ya llega por allí, melancolía y ánimas en vela. Igual coinciden. Igual ni se estorban. Igual son parte del mismo cuento usted y ella.

¿A quién quiero engañar? Quiero que entres por esa puerta y me digas, ok, mátame, está bien. Cualquier excusa valdrá. Algo como que has estado abducida por los extraterrestres y ésa es la causa por la que no podías atender mis llamadas ni acudir hoy a esta cita. Claro, por supuesto, cómo no se me ocurrió antes, los extraterrestres, sí, joder, vaya torpeza la mía. Al verte llegar, diría: «Ok, bésame, cállate».

Estilo de vida, gastar sin saber, seguridad, la fiesta que unos sólo pueden escuchar desde la cocina: la vieja historia de siempre, la del tirador zurdo de Manchette, el

Pijoaparte mientras la moto se desliza por la carretera del Carmelo, el oso zíngaro del circo Ringling haciendo reír y disfrutar a la audiencia de posibles.

Dinero, dinero, dinero.

Arriba y abajo.

Enciendo el televisor y, cómo no, Catalunya.

Una manada en estampida de bisontes, *tietes* y alumnos troleros del Liceo Francés saltarán después de este verano sobre el abismo, esperando que el *virolai* y la UE los suspendan en el aire, pero me temo que eso no va a ocurrir.

Banderas y banderas en balcones y solapas.

Los cuatreros españolotes, por su parte, están asustados, excitados, superados: no se lo pueden creer de terrible y goloso que es.

Y, en medio, los buenos inmaculados, los maniquíes señalando con un dedo la izquierda, con el otro el calentamiento global y con la nariz las deportivas de Nike hechas en la India.

Banderas patriotas, banderas idiotas.

Nunca dejes las llaves de casa a los del bate de béisbol, a los de la peineta, a los de Catalunya será Zamora o no será.

Más banderas en consistorios y en las calles.

Qué bebido, Carvalho, borracho, enfermo, viejo.

Clic. Silencio. Paz.

Acudo hasta la ventana. Mal actor, buen autómata. Los cristales empañados. Escribo con el dedo en el vaho las seis letras de la palabra MIERDA y a través del contorno miro los carriles de Gran Vía mientras —lo imagino, lo visualizo, me rompo— Carbonell te tendrá prisionera, atada a una columna de mármol o a una copa de Cardhu y un paquete de Winston, y seguro que arrastra una pierna imitando a Ricardo III. Seguro que Carbonell leyó a Shakespeare. Seguro que borda sus líneas de villano y tú de casta viuda. Qué bebido, Falstaff, borracho, condenado, viejo.

Podíamos habernos ido lejos, ser felices, Novia Zombie. De alguna manera que no sé explicar esta vez, la manera más imposible era la propicia.

Felices en Roma, Siria o en Bangkok, pero lejos del aeropuerto, que allí se me quedó un amigo.

Hay un montón de cosas que tus padres, de chaval, te dijeron y a las que tú no hiciste el más mínimo caso y que, ya viejo, sabes que te hubiera ido mejor de haberlas atendido. Durante años, de crío, sólo me lavaba una de las manos cuando íbamos a comer, la única que supuestamente iba a utilizar para coger el pan, la fruta o el tenedor. En una ocasión, mi madre se quedó en la puerta del lavabo, relamiéndose los bigotes hasta que yo me percaté de su presencia y la miré. El agua seguía cayendo sobre mi mano. Ni tan siquiera me la había enjabonado porque para eso hubiera necesitado la otra mano y hubiera cortocircuitado mi propuesta de mínima higiene. Recuerdo su sorna al decirme:

«Neno, para rezar e pecar, pecha a porta dentro».

Que recuerde esa frase viene muy a cuenta en estos momentos en los que todas mis fuerzas están focalizadas en brazos y espalda, tratando de que esos dos armarios empotrados no consigan su objetivo: meterme la cabeza dentro del inodoro, restregarme

la cara contra mis propios orines, porque ahogarme ya lo veo pelín exagerado. Sólo quieren darme una lección, intimidarme, evitar que vuelva a verla, que haga de Larra en Joséalfredo —«Mírate al espejo: ¿ves qué buena pareja hacemos, Pepe?»—, que regrese a Madrid, una ciudad tan poderosa que ha sobrevivido a Ana Botella y a Joaquín Sabina.

¿Qué hubiera cambiado, madre, si hubiera cerrado la puerta del lavabo de esta cafetería de Cedaceros? Nada. Que tendría a esos tipos fuera, esperándome, aporreando la puerta, tratando de doblar ese pestillo que nunca —ni de chaval ni ahora— me digno en utilizar, quién sabe si como rebeldía inocua como la mayoría de las rebeldías que uno esgrime de adolescente. Los tipos no aflojan, joder, y llegan las primeras arcadas con el olor a meados, y lo que tienes en la espalda, Carvalho, es un *pikolino* —sin cordones: no hay clase posible en esos pies— que te utiliza como émbolo. Gritan, pero no sabes qué dicen. Lástima de todo el serrín de la capital que debes estar llevándote con tus pantalones recién planchados en el servicio de habitaciones del Hotel de las Letras donde ayer —tan lejos ya— pasó lo de Juliette Binoche y una noche —tan extraña y más lejos aún— cenaste vino, queso y besos con esa mujer que ahora te dicen que dejes en paz.

Me tiran del pelo hacia atrás para sacarme del inodoro y comprobar si me sé la lección de memoria. El tipo —llamémosle Pixie— que me tiene cogido de mi maltrecha pelambrera rebusca en mis bolsillos hasta que da con el billete de AVE. Tiene una expresión casi cincelada por un bisturí demasiado empeñado en que esa jeta se pareciera a un guardaespaldas *vintage*, de los que no consiguieron evitar que disparando a Jackie matáramos a Jack. Rubicundo, ojos pequeños y muy juntos, labios en una boca que me encantaría reventar con un puño americano. Mosca rubia debajo de labio inferior. No consigo ver a su compañero —eh..., ¿Dixie?—, puesto detrás de mí. El uno le pregunta al otro que cuándo me voy. Una hora me queda. Pueden estar tranquilos: Atocha está a quince minutos.

—No te queremos por aquí —dice Pixie—. ¿Lo has entendido? Déjalo estar o lo de menos será lo de hoy. Te hemos avisado de todas las maneras posibles. ¿Lo has *pillao*? Ella no va a volver a verte. Lo sabemos todo. No hay línea ni mensaje que no escuchemos o leamos. ¿Entiendes eso también?

Digo que sí con la cabeza mientras me sientan en el suelo del lavabo y noto cómo se me empapa el culo. Es humillante, pero al menos es una sensación que viene desde fuera. Soy el ciudadano que nadie enfoca con su cámara cuando se convierte en héroe. El Brando al que ahostian y que el productor elimina del metraje de la película. Una perfecta croqueta de sangre y serrín.

—¿Seguro que lo has entendido, catalán?

—*Eu entendo perfectamente*...

Y es que creo que hemos de construir un país distinto y plurilingüe desde ya mismo.

—No te entiendo si me ladras.

—Digo que entonces lo de pactar un referéndum ni hablarlo.

Una hostia Anacleto en toda la cara por parte de Dixie y se largan. Por experiencia sé que nunca se mata en las primeras escenas al gracioso. Una buena réplica a tiempo alarga los seriales, sino de qué Moriarty.

Después de unos segundos, me levanto, me miro en el espejo, veo la magnitud del desastre, me peino y salgo. Los dos camareros hacen como que no se han enterado de nada. Uno, sudamericano, mira el televisor, preocupadísimo porque Bale, esta mañana

en Valdebebas, no ha bromeado con sus compañeros. El otro, del país, me mira de reojo. Pregunto qué le debo por el café y el serrín.

—No salga así a la calle. Tómese algo antes.

—Póngame un orujo frío.

Llega el orujo. Se va el orujo. Llega otro. Se queda un rato reposando, pero también se va. El orujo. Yo debería hacerlo también.

—¿De dónde es usted? No tiene acento de nada.

Se lo digo.

—Ya —casi parece apenarse—. Aquí, ya ve. Una alcaldesa un poco Juana la Loca y una plaga de toquillas y niños de rizos engominados. No sé en qué anda, pero váyase con cuidado con gente así.

—¿Sabe guardar un secreto?

—No.

—Usted es mi hombre.

Le digo el motivo de la inquina con la esperanza de que mañana se sepa en todo Madrid: Carbonell suena para el futuro equipo de gobierno de la Comunidad de Cifuentes. Me siento un poco Mario Cabré, pero mi papel de Lancelot interpretado por san Juan Bautista se queda enseguida sin texto y no entro en detalles. No me cobra los orujos, para que luego digan que no hay puentes tendidos entre comunidades hermanas. Arrastro mi cuerpo maltrecho hacia Atocha. En mi fuero interno y anormal aún espero verla en la estación, en el primer piso o en medio de las mil tortugas del laguito ese demencial. O eso o un mensaje en el móvil o un avión surcando los cielos de ese azul tan Madrid con una frase para mi esperanza. Pero la realidad se ciñe al guion y no sucede nada.

Ya están los pasajes subiendo al tren de alta velocidad. Localizo mi asiento y me dejo caer. Ventanilla. Nos ponemos en marcha. Anuncian una película de amor, cáncer y redención. Al lado, un traje y corbata me mira de reojo las manchas carmesíes de la camisa. Le ignoro mientras me coloco auriculares y busco en mi móvil algún «Grandes Éxitos» gratuito que contenga las menos minas antipersona posibles. Ya empieza a dolerme el cuerpo y elijo que suene Aznavour. Soy consciente de que Aznavour no es una buena elección porque suele encontrarse examantes a la vuelta de cualquier esquina y les pregunta si han sido felices los últimos veinte años. Pero, esforzándome, mi francés puede ser lo malo que yo quiera.

2

MATAR ES ORO

—Que el tiempo es oro, esa expresión protestante, uno ya sabe lo que quiere decir —dice Max a Amèlia, al tiempo que deja caer al vacío sus gafas como una trapecista que supiera, con toda la seguridad del mundo, que será sujetada por sus piernas: un cordel a tramos granate, amarillo, azul, sucio.

Max y Amèlia, tan cuarentón él como ella, aunque la edad de la mujer parezca indeterminada —retoques, maquillaje, ropa juvenil—, más allá de haber superado los treinta y muchos. Posee ella un atractivo nervioso, ojos verdes, andar de piernas largas como un pasillo de los de al fondo balcón. Guapa cuando sus rasgos faciales tienen un momento de olvido de sí mismos. Max se pasa ratos mirándola, embebido. A veces le parece adorable, otras tonta, odiosa. Ni él entiende cómo puede desearla, quererla tanto como la desprecia.

Max es barbudo, grande y pesado. Como un centauro, piensa a menudo Amèlia. Los centauros secuestraban mujeres para que los amasen. Eso le explicó una vez Max, en uno de esos momentos en que el hombre se arroja a la ternura. Gigantón torpe, parece que esté adaptándose a unas manos nuevas y todo acabase por caérsele o rompérsele en cuanto se deja coger por él.

Max y Amèlia, Amèlia y Max.

Examantes adúlteros, camaradas ahora y, a ratos, cuerpos en la misma cama. Individuos de ciudad, menú promiscuo con regusto judeocristiano, amigos —sólo amigos, más que amigos, los amigos no se hacen esto, amor— que se acuestan y patean la ciudad en rutas literarias y descubren los secretos de Barcelona con su Gaudí y su Gòtic de pega y su Pont de Vallcarca y su Plaça Orfila y su aquí estaba La Casa de las Mantas y allá trafican con jóvenes nigerianas. Son amigos que se enfadan por cualquier cosa y dejan de llamarse, escribirse y verse. Colegas de caricias y tés verdes. Amantes, examantes y vuelta a empezar. Cerrar puertas, abrir chacras, superación personal, Namasté, a Collserola en moto, debería ser una Fat Boy y no esta Sym Fiddle III, algún día quizás, Maximiliano, «me encanta estar contigo, ¿ya te vas? ¿Te corriste? Yo también. Pues no te oí».

Amèlia y Max, Max y Amèlia.

Estrategias, miedos, renuncias y confort.

Sus cuerpos desnudos, sus consumiciones en esta granja de calle Bailén. Él trabaja en una correduría, ella quiere ser —es— actriz, a días en desguace, a días en construcción. Él gana dinero, ella quiere ser —es— actriz. Él paga por los dos Netflix, ella apenas lo ve. Él adora a Elvis, ella los caballos, actriz amateur, *underground*, en formación, quiere ser —es— actriz y ya no iré a más castings, en verdad te lo digo. En verdad se lo dice, pero no renuncia porque querer ser actriz, serlo es el último resto del

combustible que le queda después de todos estos años. Amor, vocación, sin hijos ni trabajo estable. Mejor no pensarlo mucho.

A Max le va el rollo vaquero, ese que a veces le hace ir por Barcelona con guisa de chaleco de cuero, cazadora de flecos y sombrero con remaches, convencido de que es el Hombre Malboro, aunque solo lleguen a confundirlo con el que no se murió de Sau.

Cuando eso sucede, Max no pierde el humor y finge que no le afecta.

Aunque los mataría. Por supuesto.

Y es que la gente es idiota y hasta sigue votando al PSC.

Una Harley-Davidson Fat Boy se merece.

Hoy no viste de cowboy. Cuando queda con Amèlia va sobrio y elegante, pero siempre acaba por arrepentirse de habérselo concedido. No ser como los demás: en verdad te lo digo.

—Que cada momento es precioso, has de atesorarlo…

—Max, ya sé qué quiere decir «el tiempo es oro»…

A ella le parece que él siempre está hablando. A todas horas y de cualquier cosa. Pero hoy quizás hable más de lo que suele ser normal. Se le nota nervioso. Amèlia está convencida de que es por ella, porque haya sido ella quien telefoneara para verse, después de varios días —¿una semana, dos…?— sin dar señales de vida. Claramente, le ha cogido por sorpresa. Hasta ha notado sus titubeos por el teléfono. Adujo que tenía una cita, que mejor quedaran otro día… Pero Amèlia insistió. Sugirió jugar a las casitas y quedarse a dormir en su apartamento, cerca de la Plaça del Rellotge. Y Max, por supuesto, aceptó. Ambos sabían que acabaría haciéndolo.

Y ahora en una granja del Carrer de Bailén casi tocando Aragón, andan tomándose una tónica con hielo y limón él, y un té de hierbas del bosque ella. La bolsita del té es preciosa, como de tela, y la taza, suave, color terracota. Ello debería generar una armonía en la mujer que la cháchara de Max le deshilacha. Reconoce que tampoco es del todo culpa suya. Amèlia dispone de su propio arsenal de nervios activado por un simple *whatsapp* que no llega.

Amèlia y Max, Max, Amèlia y Manel.

El *whatsapp* debería ser enviado desde alguno de los móviles de Manel, su actual lío, un guardia urbano de maneras expeditivas, pura virilidad subgrupo mala hostia. El urbano siempre la hace sufrir con llamadas o encuentros que promete y luego no suceden. Pero la de hoy no es una llamada más. No debería haberse dejado convencer. No, pero lo hizo. Y ahora le encantaría abortar toda aquella locura. Le encantaría no haberle ni conocido. ¿Por qué no pudo conformarse con Max? ¿Con la bañera de agua tibia de Max, su dedicación a todas horas, siempre, sin orgullo, esa lealtad? Desde el primer momento supo que no era, ni de lejos, una buena idea. Ayer mismo llamó a Manel hasta en dos ocasiones para comunicarle su cambio de opinión, pero él no la atendió. ¿Hubiera podido decepcionarle? No lo sabe. *«Per què et deixes fer coses així, Amèlia?»*.

—Desde un punto de vista capitalista, el oro, el capital es tiempo acumulado. Ganas tiempo para hacer cosas. Tienes gente que hace cosas por ti; de hecho, te da tiempo, el suyo que ahora es tuyo. La muerte es la ausencia de tiempo. Por eso acumular dinero o poder que se traduce en tiempo te da la sensación de que te alejas de la muerte. Los ricos creen —o a ratos, al menos— que la muerte no existe… mientras tengan dinero, mientras acumulen dinero con el que comprar tiempo.

—Yo tuve dinero y no pensé nada de todo esto…

Max se deja llevar por una risa que se fuerza para no ser desconsiderada u ofensiva. No es eso, cariño. Hablo de dinero de verdad. Dinero que nunca se acaba, que no puedes ni imaginar que se acabe, piensa mientras carraspea, zurea como una vieja cafetera que avisara que el café ya está listo.

A la mujer no dejan nunca de sorprenderle los distintos saberes de Max. Admira eso de él. Está bien eso de admirar para amar. Sin admiración no hay amor, ¿no? ¿Admira ella a Manel? Le fascina, sí, pero no hay nada admirable en él. Y quizás le ame. Sí, le ama sin admiración, o sea, sin amor, mientras que a Max le admira, le quiere, a ratos casi le ama con amor, y ¿entonces…?

«Per què sempre així, Amèlia?».

Ella quiere que el día de hoy acabe de una vez. Que sea mañana, la semana que viene o ayer. Cualquier día menos hoy.

Oye sin escuchar a Max y recuerda cuando empezaron. Su historia de amor adúltero de habitaciones alquiladas y llamadas a escondidas. Luego, de repente, todo cambió. A ella la dejó aquel hijo de puta y, según Max, él abandonó su casa para estar solo y pensar. Y, de repente, aquello que funcionaba entre ellos dejó de hacerlo. Curioso, muy curioso que dejaran de entenderse cuando no engañaban a terceros, cuando nada se interponía entre ellos. Max insiste en volver y volver a intentarlo y, hasta que funcione, no parará de intentarlo. Y ella ya sabe que lo de Manel no irá a ningún sitio porque Manel no es nada y, si es algo, no es bueno, y ahora Max es la red de Manel y, por eso, quizás, ella se deja manejar y maltratar por Manel, porque Max está ahí esperando, cuidando, recogiéndola del suelo si es preciso, intentando e intentando que aquello vuelva a funcionar. Max, el bueno de Max, desliza de manera discreta billetes de veinte euros que encuentra en el libro que Amèlia esté leyendo —Dalai Lama, un Premio Planeta o *Técnicas de respiración para actores*—, o en la funda del móvil. Ahora anda insistiendo en que vayan a cenar a algún *restaurant* en Gràcia, cerca de la casa de Max o, más en concreto, cerca de su cama. Lo harán. Cenará, se quedará a dormir allá, pero antes ha de recibir ese *whatsapp* que la tranquilice. Pero el mensaje no llega y a ella la inunda un mal presentimiento, por lo que decide volver a casa.

Ya debe haber vuelto la yaya Merçè del paseo y a la pequeña no la esperan hasta la hora de la cena.

Comprueba la hora en el móvil.

Escucha a Max.

Nueva mirada al móvil.

—¿Esperas alguna llamada?

—Creo que iré para casa.

La actitud de Max se endurece. Se vuelve a poner las gafas sobre el caballete. Se las quita. Resopla. No sabe qué decir o, mejor, sabe que no debería decir lo que querría decir. Levantarse, largarse, mandarla a la mierda. Demostrar que tiene dignidad. Amor propio.

—Siento el cambio. Sé que no te gusta, pero no tengo el cuerpo. Quedamos el viernes si quieres y hacemos el plan que pensábamos hacer hoy.

—No soy un juguete y no es la primera vez, Amèlia.

—Hablamos de decir las cosas como las sentíamos. De no forzar nada, ¿no?

—Sí, pero no puedes cambiar de opinión en una hora. Me dejas con la sensación de que he dicho o hecho algo malo, no sé…

—Para nada. Soy yo. No tengo el día. Ya está. Déjalo, por favor.

—No quiero dejarlo. No entiendo nada. De repente…

—No es de repente. Te voy escuchando y escuchando. Das siempre muchas cosas por supuesto. Pero es igual. Se me ha ido oscureciendo el día. Dejémoslo en eso. No hice bien en llamarte. Lo siento.

—No, hiciste bien. Tenía muchas ganas de verte.

—Yo también. Sólo quiero ir a casa. ¿Me acompañas?

Silencio.

Tictac, tictac.

—No me merezco esto.

—Tienes razón. No te lo mereces. Perdona. Estoy irascible. Llevo una temporada en la que nada me va bien y te oigo hablar y hablar como si no pasara nada y no sé. Me enerva que seas tan positivo. Que no te des cuenta de nada. Yo soy una mujer fuerte y tomo mis propias decisiones, pero estoy cansada. Tú no puedes entenderlo. Tú siempre consigues lo que quieres. Me divorcié, estoy sola, dejé aquel trabajo para dedicarme a lo mío y, no sé, ¿dónde está la justicia a todo eso, a ese hacer correctamente las cosas cuando no me puedo ni comprar una crema para la cara…? Y tú vas de Coronel América…

—Capitán América.

—¿Ves? Tampoco soporto esto. Seré una neurótica, pero ¿era necesario corregirme? Ya nos llamamos, ¿vale?

—Espera, quédate cinco minutos más: hablemos.

—Estoy harta de hablar. No insistas. Vámonos, venga.

Ya fuera, la mujer se sube el cuello de la chaqueta para protegerse del relente mientras Max abona las consumiciones. Amèlia ha decidido redactar una especie de armisticio mientras él la acompaña a casa, pero, al parecer, a Max le ha dado uno de sus ataques de dignidad y no lo hará.

—Tiro para arriba. Igual paso por el Verdi y veo alguna película.

—Como quieras.

Al despedirse, los besos aterrizan en las mejillas.

Eres una hija de puta. Eres un laberinto sin entrada ni salida, un crucigrama mal hecho que sigo empeñado en querer acabar. Eres un pesado, un animalote sin amor propio y controlador. Eres el machista de siempre, insensible.

Cada uno por su lado: fin de la decimocuarta parte.

La mujer dirige sus pasos hacia el domicilio, ese hogar que comparte con su abuela y Elsa, la hermana pequeña. Ese piso de anchos techos, más de cien metros cuadrados, con balcón a Pau Claris y al interior, el sueño de Cerdà. Huérfana desde los dieciocho años al fallecer sus padres en accidente automovilístico de regreso del apartamento de L'Escala, de alquiler, como el soleado y maravilloso hogar de su infancia del Carrer Amigó. Su padre era un hombre de gran atractivo sexual, alto, fuerte, tan rubio que en verano su pelo parecía ceniza, ojos verdes que heredaron tanto ella como Elsa, el típico embaucador que a todos caía bien. Especialmente a los bancos, que le prestaron lo que no está escrito. Agujeros que tuvieron que tapar sus abuelos, comerciantes de una bodega de carretera de Sants, algún que otro amigo sableado y las horas extras y

guardias de su propia esposa, una auxiliar de enfermería del Hospital del Mar, en la Barceloneta, morena, andaluza, hermosa y discreta, de alegrías vividas tan rápido como si ellas mismas sospecharan que llegarían pronto y largas las tristezas. Conducía él cuando se mataron. Amèlia está convencida de que ni en el momento de la colisión contra un autocar de la Sarfa se oyó ni un reproche por parte de su amada esposa, guapa y callada, que debió pensar que, al menos, era ella y no ninguna de las otras la que moría a su lado.

Consulta de nuevo el móvil: nada. Marca el teléfono de Manel y sigue apagado. Se detiene en el colmado de Joan y compra leche de soja y las palmeritas que a Elsa enloquece encontrarse para desayunar. Habla con Joan y con Edmundo, el dependiente ecuatoriano, sin necesidad, sólo por si fuera menester que recordaran esa conversación trivial. Son las siete y media cuando entra en aquel hermoso portal y, después de esperar el traqueteo del viejo pero seguro ascensor, se llega hasta el tercer piso del edificio. La puerta está ajustada pero no cerrada con llave. Enseguida oye los pasos de Valent llegando por el pasillo hasta ella. Valent es un pastor viejo y bonachón, un miembro de la familia desde hace más de quince años. Luego lo sacará. Enseguida, Amèlia nota que las pisadas de Valent chapotean en el suelo. Trata de encender la luz, pero no es posible: han debido saltar los plomos. Acaricia al perro porque está inquieto. Tiene húmedas las patas. Se alza el animal, como tiene por costumbre, sobre sus patas traseras y las estampa en el vestido, hasta que lo aparta con brusquedad.

«Què cony ha passat aquí...?», se oye pensar o decir en voz alta, ni eso sabría precisar. Se acerca al comedor, y no le sorprenden los cajones abiertos del enorme armario de madera noble que ha gobernado desde siempre aquella estancia y casi toda aquella casa familiar. Sin embargo, más allá de algunos documentos esparcidos en el suelo y también pringados por ese líquido en el que ha chapoteado el perro, que gime y se enrosca en sus piernas, Amèlia cree adivinar una disposición casi regular en los cajones. Introduce las manos bajo unos cartones del falso fondo de esos cajones y da, para su sorpresa, con la carpeta Centauro azul de los papeles importantes, las pólizas y las acciones, y también el sobre con los casi quince mil euros que la yaya siempre guarda —mil euros arriba, mil euros abajo— en casa, temiendo que la guerra vuelva, los bancos se desmoronen o se declare el estado independiente y nos quedemos fuera del euro. Amèlia está desconcertada. ¿Por qué sigue el dinero allí...? No sabe qué hacer. Valent persiste con el hocico. Tiene un mal presentimiento con aquel pringue. Igual ha habido complicaciones. La mujer se asusta. Mucho. Igual Valent anda herido, igual ese líquido es sangre y esa sangre es del perro. Palpa Amèlia el lomo del pastor sin fortuna, no hay brecha ni herida, al menos no la ve en esa estancia sin apenas iluminación si no fuera por la que entra reflejada por los dos ventanales que quedan detrás de las butacas. Se sobresalta al ver una figura menuda en una de ellas. Lo reconoce a pesar de no poder distinguir su cara por la oscuridad. Amèlia grita cuando suena su móvil. Aunque le tiemblan las manos, consigue aceptar aquella llamada.

—Malparit, què has fet?

3

UNA PISTOLA EN LA BARRIGA, TOM JONES

La pistola en la barriga me sobresalta. Aunque mi cerebro anticipaba su helor, no he podido evitar que mi piel y mi cuerpo se contraigan a su contacto. El tipo la aplica sobre mi piel como si buscara un agujero donde esconderla. La punta va expandiendo el gel helado por mi abdomen. Pienso en el semen congelado de una ballena. No sé quién me hablaba de eso el otro día. Hoy por hoy todo el mundo sabe de todo. Igual fue el loco de Subirats. Aprieta el desgraciado aquí y allá y yo trato de ver en el monitor qué está pasando en mis tripas, de descubrir qué crece que no debería, por qué tengo digestiones traicioneras, resacas homéricas, intolerancias a todo para acabar con aquello de qué pasa con la acelga que nadie quiere con lo buena que es para todo.

—*Sent això?* —bramar de agua de mar entre las rocas—. *És la seva sang. La seva sang al fetge. Circula. Té la melsa molt gran, ho sap?*

Sí, sí: mi bazo es enorme porque mi hígado está precirrótico. Mi bazo es un páramo al que van a parar manadas enloquecidas de glóbulos blancos que se pierden y ya no vuelven jamás. Quita el sonido a mi sangre burbujeante y sus añejas toxicidades. Miro la cara del doctor que me hace la ecografía tratando de leer esa duda, ese entrecejo, ese mirar la pantalla, volver a pasar el dichoso motorcito por mi barriga.

—*Li importa si parlem de política? És que estava parlant amb el Nando, que és un resident de La Rioja i ell no és partidari de la independència. Jo sí però el que està bé és que cadascú pugui parlar i votar el que vol. Democràcia és això. No sóc independentista contra ningú. És un sentiment. És difícil d'entendre. Ell diu que sí però jo sé que no. Però al menys podem parlar, no creu? La gent surt al carrer, famílies, en pau, somrient, societat civil... Per què ens volen tan malament? Que els hi fa por?*

A mí lo que me da miedo de hablar del proceso de desconexión con España es que no sea más que una sofisticada estrategia de distracción al paciente moribundo. En la pantalla se iluminan tumores como bombas cayeron sobre Bagdad. Noto mi sudor cobarde. Mis índices tumorales andan disparados y no bajan. Mierda. Y el cuerpo lleno de moratones de la paliza madrileña no ayuda a que pueda estarme quietecito y disfrutar del gel aquí y allá. De repente, cesan los avistamientos. El sádico me acerca papel para limpiarme la barriga de aquel pringue y me dice que me vista.

—*És que hem de parlar, parlar, parlar... No pensa això, vostè?*

Lo que yo pienso es que, en concreto, él habla demasiado. Eso es lo que yo pienso. Él y el resto del mundo. Y que si creen que hablando se convence a alguien es como creer que sufrir sirve para algo.

—¿Qué tal? ¿Todo bien?

No, no me lo diga.

—*Té hora aviat amb el doctor Vargas?*

Ésa no es, amigo mío, la respuesta correcta. Así que no lo voy a volver a preguntar porque ahora ya no quiero saber. Como decía mi abuelo, uno sólo ha de ir al médico a pedir recetas.

—*Quina edat té?*

—Muchos.

—*José Carvalho Larios. Carvalho, com el detectiu.*

—Sí.

—*Quina casualitat, ¿no?*

—No tanta.

—*Jo havia llegit algunes d'aquestes novel·les del Carvalho. Estaven molt bé.* La del Planeta. *Los mares del sur*, *El delantero centro murió al amanecer*…

—Atardecer.

—Eso, atardecer. Me gustaba mucho ese escritor, Néstor Luján. Hace tiempo que no gana premios y tal, ¿no?

«Espero que sepas más de tumores que de libros», pienso, pero no se lo digo no sea que se me ofenda y le dé por un ataque de indiscreción y mande a Hipócrates a tomar por saco y me diga que por aquí dentro todo está yendo a peor.

Horas más tarde, un imbécil con el que casi podría haber compartido asambleas rojeras, que no pupitre, se me acerca en patinete infantiloide, me rebasa y por muy poco no me deja señal en mi único par de zapatos de cuero italiano y cordones tensados. Hasta hace poco podía calzar zapatos sin cordones, pero, un buen día, Mi Novia Zombie me hizo mirar hacia mis pies y a los pies del resto de la Humanidad y ya nada fue igual. Tal gesta tuvo lugar en la calle Pez. Ella iba de azul y el resto del mundo, de gris.

Estoy anclado frente a Els Tres Tombs como una de las pocas cosas que quedan seguras en el barrio. Els Tres Tombs mirando de reojo al nuevo y provisional Mercat de Sant Antoni, como si mirarlo de frente fuera una falta de respeto al Mercat de Sant Antoni de siempre, abierto en canal meses y meses, enfermo de la municipalidad, que ha de dar trabajo desenterrando para poder enterrar antes lo desenterrado. Barcelona debería tener como emblema el buitre de Prometeo comiéndose el hígado de éste en una regeneración que ya quisiera mi doctor Vargas para un servidor. Tipo afable y callado este Vargas, envejeciendo juntos, analítica tras analítica, y que un día, sin venir al caso o no recordarlo ahora yo, me explicó que había sido médico de Roberto Bolaño, ante lo cual no supe si alegrarme o no, tal y como acabó el chileno. Le dedicó un cuento que anda en *El gaucho insufrible*. No recuerdo ni haberlo leído ni quemado. Paso de largo y echo un vistazo profesional a las mesas de Els Tres Tombs, más como imposibilidad de no dedicarme a lo que me dedico, y controlo el pánico de echar un vistazo en las mesas para reconocer a conocidos o desconocidos que se parecen a gente que conocías y que ya está muerta o huida a otra ciudad o cumpliendo condenas o en un asilo desdibujándose a sí mismos a medida que se desvanecen los nombres, las personas y las cosas. Los turistas, aquí y allá, en formato pareja o familia rubicunda, sombras borrosas que ayudan a descansar la mirada, como si fueran piedras en un río.

Deberías dejar el barrio, Pepe, dejar la ciudad porque ella ya te dejó a ti y éste es un decorado que olvidó llevarse la última compañía de teatro. La gente te mira porque miras raro, Pepe, pero nadie sabe quién eres, nadie te reconoce como tú no reconoces a nadie. A veces un brillo, ojos de animal aterrorizado, de insecto, de hombre o mujer vencidos no por una guerra ni por tanques, sino por la implacable ley de los mercados, la

gravedad y la aritmética que no tienen dueño. El exterminio de los barrios, turistas con troles, un local que alquila bicicletas y otro que te pone un café y un bollo inglés al precio de una fideuá, los de siempre subiendo alquileres, los de siempre encogiéndose de hombros, y los de siempre luchando para al menos no perder la dignidad. Colas en los Starbucks, colas en los *Dinar Just*. No las mismas colas, pero colas, al fin y al cabo. Colas en los Festivales de Música en el Fòrum, colas en la iglesia de los capuchinos a la hora de comer y dormir. La comida es mala, pero te la dan en una cajita. En el Fòrum no sé, hay música y coca-cola, supongo.

Els Tres Tombs, con un toldo arriba y otro abajo a lo ojo guiñado del pirata, queda atrás y ya enfilo Sant Antoni Abat, y me alegro de la joven paquistaní, con treinta pañuelos de colores y esas alas de cuervo dentro de los ojos sobre una nariz más que definitiva, cruzando la calle, protegida por un tipo de chaleco reflectante naranja con cajas de Estrella para el Colmado Ricardo, donde en folios pegados contra los escaparates anuncian lo mismo desde siempre, y hoy parece nada casual y sí clarividente su *Frutos Secos Del País Tostado*. Aquí nada se quema, pero unos y otros andan deseosos de ser Juana de Arco, Torquemada y almendras garrapiñadas. Más Ricardo también memorizado: *Semillas Y Granos A Granel Para Loros, Periquitos, Agapornis, Carolinas, Canarios, Jilgueros, Etc.,* y ya en línea apaisada, en ese momento de éxtasis cuando la impresora ya te es amiga y se te aparece como un arma cargada de futuro: *Almidón De Yuca Harina De Maíz Anís En Grano*. Eso es, anís en grano, que no en rama. Bicicletas, más turistas y más troles por todos lados, arriba y abajo de la acera, y un trozo de gigante hindú, por supuesto barbudo y extrañamente tripón, a la puerta de su badulaque, embutido en jersey a rayas negras y marrones, muy de Marga Confecciones. Una virgen pagana, en tres azules, hermosa hasta para cambiarse uno de religión, sale del Súper Barato, y el filipino borracho de siempre anda discutiéndose con una muestra del desastre nacional, un clásico ejemplar de la delincuencia agarrada a la médula, con muleta en ristre para curarse un esquince sufrido hace treinta años. *El miracle d'Anne Sullivan* en el Teatre del Raval, cerca de la parroquia de Nostra Senyora del Carme. Raval que era El Chino de la Negra Flor y Distrito Quinto que suena muy francés, muy Maigret o Tardi, y la parroquia soportada por el monasterio de los Jerónimos que aún huele a viga quemada y a anarquistas sin el manual de cómo llevar a cabo un correcto *escrache*. Cambio de ruta porque es de rigor hacerlo. Awami, Casa de las Mantas, estudiantes, colores, olores y lenguas, y esto no está muerto, está vivo de otra manera y eso es una buena manera, detective cenizo, que tú no eras así y ahora mírate. Butano aún, el mendigo en el suelo aún, barba blanca, gorro, un zumito de tetrabrik aún y un botellín de agüita de Viladrau que ahora la han comprado los alemanes y van a hacer hotel de lujo. Entro en el Carrer de Botella, dejando atrás la Plaça del Pedró, y a la altura del número 11 alzo el puño camarada y, en fin, una vida sin rituales es cualquier cosa menos una vida digna de ser vivida. Y un Club de Lectura resigue la ruta de El Escritor y siento que no debería estar aquí, atacado por el pudor y la vanidad herida, y ya marcho donde las peluquerías empiezan a fingir que son unisex y el gitano de traje gris y camisa rosa discute con el payo que no se aclara si ha de preguntar o responder a qué. En estas calles todo el mundo grita para todo, así que no sabes qué está pasando hasta que ya no pasa nada o es demasiado tarde para evitar que pase.

Decido ir por la Filmoteca y coger las seis películas de rigor porque desde un tiempo a esta parte se me ha metido en la mollera volver a ver aquellas buenas películas y

visionar las otras que, igual mejores, ojalá, no vi. Enloqueces con la edad, detective. Como si existiera un Juicio Final y Dios Padre fuera un cinéfilo y los condenados hubiesen de ser los que no se sepan a Tarkovski, o réplicas de Billy Wilder. Las putas y el negro con la cazadora negra cremallera hasta el mentón del bar Filmax me saludan en plan chicas del cancán, aunque también puede ser que esté alucinando porque estoy en ayunas desde anoche a causa de la ecografía. En la Filmoteca me vengo arriba y tres John Ford, una de Bela Tarr, *Vértigo* y *Escándalo* de Kurosawa, que la vi hace mil años, me gustó y no recuerdo casi nada, sólo un tipo guapo con motocicleta y una niña tuberculosa. Más que personaje de Chandler, parezco sacado de *Manhattan*. Lo siento, Escritor, soy un insumiso, y a ti que tanto te gustaba la poesía, se lo han dado a Dylan, y en una fuente aquí mismito, en el Carrer de Sant Pau, han pintado una cara de Frank Sinatra y nadie sabe quién ha sido, y Dylan canta a Sinatra y nadie sabe qué pensar ni de uno ni de otro. Ya en Ramblas, el escenario previsto, los retratistas ociosos, Cayo el colombiano, turistas sin troles comiéndose la cena a la hora del vermut, carteristas con bicicleta, chicas en grupos de cuatro contra chicos de a dos, una combinación ganadora. El antiguo Frontón Amaya, ahora Centre Esportiu, a la vista y en medio de las Ramblas, que llevan al mar, que, como reza el clásico, es el morir, Guifré, camarero del Tapa/Àpat, paella y terraza, que abre los brazos tratando de pescar turistas como los apóstoles cuentan que pescaron hombres.

—*Què tal, Tom Jones?*

Aún no tengo ni idea de a qué viene llamarme Tom Jones. Creo que él tampoco.

—Tirando, ¿y vosotros?

—Aquí, muriendo de éxito y doliéndome los pies.

—Quéjate a tu alcaldesa.

—Aún me meterá un carril bici ida y vuelta en el pasillo de casa.

Gestiono la devolución del siguiente golpe verbal, pero no se me ocurre nada brillante y además ya veo que la mirada de Guifré me atraviesa a la altura del pecho. Eso es que ha divisado turistas. Abre Guifré sus tentáculos porque los quiere a todos. Absolutamente a todos. Cruzo sin mirar la calle y entro en mi portería, la misma portería de tantísimos años ya. La sensación es la de atravesar una puerta del tiempo, ya que, a pesar del cambio de buzones y las capas de pintura, tanto las escaleras como el apartamento, pequeño aún, pero ampliado con su gemelo idéntico y, por tanto, pequeño también en sus poco más de treinta metros cuadrados, verdoso, con muebles de oficina comprados en cualquier tienda de segunda mano, lotes de oficinas arrasadas por la crisis, cualquiera me valía menos ir y comprarlos a IKEA. La nostalgia del vendedor de tresillos o armarios empotrados de cuando acompañaba a mis padres, ese ser de raya al lado y chaqueta y pantalón marrón, embutido en perfume de madera de nogal, poseedor del secreto de las medidas y los huecos, puertas abatibles y literas con escritorio incorporado, es algo agradable pegado a mis recuerdos infantiles. De todas maneras, de todo ello no me encargué yo, sino Biscúter.

A Biscúter le hizo gracia el mote que le puso El Escritor e impuso con estrategias infantiles que le llamásemos así. Llegado un momento, no le dio la real gana contestar por su verdadero nombre. Todo el mundo tiene su momento de hacerse espía de sí mismo para poder intercambiarse por otro, ese fue su momento, y eso se ha de respetar.

El despacho, al otro lado de la pared en la que el propietario, la señora Guitart, nos permitió abrir o, puestos a decir la verdad, no nos dijo que no pudiéramos abrir una

puerta, son los dominios de Estefanía Briongos, favor en forma de nieta a una antigua damnificada en una investigación, una muchacha brillante y fría como un cóctel, con alma de convenio colectivo y cuerpo de sardinilla escurridiza, que nos echa una y dos manos con todo aquello que se precise, desde girar facturas a localizar lo ilocalizable. El carácter de Estefanía es imprevisible y se compensa con el de Biscúter, que es como los días de verano en Barcelona, siempre sol menos algún chaparrón que llega y se va, casi siempre coincidiendo con las fiestas del barrio de Gràcia.

Abro la puerta y me saluda uno y baja la música la otra tras el tabique. Lo cierto es que no tengo muchas ganas de hablar con ninguno de ellos. Sé todo lo que va a pasar a continuación. Biscúter acudirá a mí como un perro cuando oye entrar en casa a su amo. Buscará una caricia que no encontrará. Entonces, le cogerá un ataque de dama chejoviana ofendida. Ante mi desinterés, me preguntará si he comido y, si cometo el error de decirle la verdad, me preparará uno de sus platos de vegetarianos para no vegetarianos que memoriza cada vez que se arrastra hasta el Green Spot en Reina Cristina. Siempre acabo dando más explicaciones a esa especie de hermano lapa heredado en virtud de petición paterna en lecho de muerte que a cualquier otra persona. Pero a Biscúter nada le disuade a estas alturas del partido. Y menos ahora que su radicalización política post 15-M le ha llevado —o retornado quizás— al asambleísmo, a lo ácrata y, por influencia de la librera Montse Clavé, a Nicolás Capo. Brevemente. Capo fue el fundador de la trofología: el nudismo radical y una dieta que corrija aquello que no nos es saludable en la alimentación, es decir, lo apetecible, lo demoniaco, la carne y sangre embuchada, todo aquello que nos ha prevenido de alergias y depresiones hasta este terrible siglo XXI, tan terrible como cualquier otro, dickensianamente hablando. Capo, además de fundar asociaciones, aspecto este convulsivo y entusiasta de la sociedad civil catalana antes y ahora, abrió consulta no lejos de aquí, en el Carrer de Pelai. Fue nuestro Rasputín bueno, más chamán que médico al conseguir excelentes resultados al privar de carne y alimentos y usos nada saludables y potenciar el ajo, los baños de sol en pelota picada, poco sexo, cebollas y curas con limones y naranjas de la China. Los fascistas, siempre tan poco imaginativos y tan poco dados a enseñar las vergüenzas y sí las tripas de sus adversarios, le requisaron documentación, parte de la cual se halla en el Archivo de Salamanca. Biscúter, siempre lo supe, es carne o tallo, mejor dicho, de secta, y en ello está. Se prescribe —siguiendo a Capo— una ducha fría matutina para empezar. Creo que eso ya no suele hacerlo porque hay mañanas que arrastra ese olor a goma Milán marrón y sábana sudada que podría reconocer en cualquier lugar del mundo como suyo.

—¿Ha desayunado, jefe?

No contesto. Odio que me llame jefe. Eso también lo hace por los libros. A él siempre le encantó aparecer en las páginas, aunque su retrato fiel creía que no correspondía con la realidad, pero acabó por perdonárselo al Escritor. Se lo he dicho mil veces: «Si me llamas jefe parecemos Mortadelo y Filemón». Él trata de corregirse. A veces. Muy pocas. De hecho, nunca.

—Eso es no, ¿verdad?

Callada por respuesta.

—Necesita una novia.

—¿Quién te dice que no la tengo?

—Yo.

Me dirijo al otro piso que hemos habilitado como oficina. Las ventanas dan al interior y uno ha de tener muy bien amueblada por dentro la cabeza para echar un vistazo y no visualizar la caída de la pobre Quimeta chocando contra los cables de colgar la ropa de hace un par de años, una suicida de desahucio y pobreza que vivió en el quinto.

A veces yo pienso en eso, en descansar de una vez, y fantaseo en sacar mi Barracuda y apoyarla en el cielo del paladar y…

Clic clac.

Instintos de muerte.

Bla bla bla: son cincuenta euros.

Estefanía alza la cabeza de una revista. Anoche no dormí en casa. Debo tener un aspecto lamentable. Hice un poco el náufrago y recuerdo el Caribbean y poco más, muy poco más. Ahora que pienso, para hacerse una ecografía uno ha de estar en ayunas unas horas antes. Líquido o sólido. Sólido, seguro que basta con que sea sólido y aquel maíz tostado no era ni gaseoso.

—Baja la música.

—¿También te molesta ésta?

—Me molesta toda. Alta, más.

Le quito la revista. *Ruta 66*. La hojeo con el vano deseo de reconocer a algunos de los grupos con pinta de malotes de feria o de viejas cacatúas teñidas que aparecen en sus páginas. Desisto: ni pista de Tom Jones.

—Un día de estos te llevo conmigo a un concierto.

—Sin amenazas.

—No pierdas el tiempo con él: tiene una alpargata por oído —desde debajo de una de las mesas resurge como un Poseidón bueno Xavi Lozano, el tipo que nos ayuda con los ordenadores, las instalaciones, los robots y los canales de series de polis raros guapos y polis raras guapas. Grande y generoso, siempre sabe formatear a tiempo y apague y vuelva a encender las discusiones —muy frecuentes entre Briongos y un menda, Briongos y Biscu, Briongos y su novia o novio, Briongos y el mundo—. Xavi, además de muchas otras cosas, es un melómano de los que esperan a que se calienten las válvulas para escuchar un vinilo tipo entrecot leonés: 180 gramos.

—Verte aquí es notar el filo de la puñalada a final de mes.

—Tranquilo. Es mantenimiento. Lo pagas por adelantado.

—No sabía que tuviéramos mantenimiento.

Estefanía resopla, pone los ojos en blanco, se distrae ella sola: todo sin mover el culo del asiento, una metáfora quizás de no acierto a saber qué.

—Deberíais desembarazaros de las torres. Trabajar con portátiles. Pantallas integradas —amenaza Lozano mientras esconde la cabeza detrás de la torre de Estefanía.

—Estáis creando un mundo sin recuerdos. No da tiempo a añorar nada. Ni las torres de un ordenador.

—¿Por qué no te gusta la música, señor Scrooge?

—Me gusta la música. En su sitio. En un ascensor. En un funeral si no es Pau Casals. En una barbería, incluso —me dejo caer en una de las sillas. El cansancio toma, de improviso, la ciudadela. Un cansancio que va más allá de lo muscular. Algo esencial. ¿Y si me estoy muriendo? ¿Me importaría realmente eso? La Barracuda. El cielo del paladar. Cincuenta euros más, *boludo*—. De hecho, en casa tengo un *single*: *Penny Lane*.

—Piénsate lo de jubilar a las torres.

No contesto. Hago como que me desintereso. Xavi recoge y se va. Dejo pasar unos segundos para volver a ser jefe y no el vejestorio que odia la música pop.

—¿Alguna novedad con los temas que tenemos en marcha?

—Lo tienes en tu bandeja de entrada —mientras me habla está tecleando *Penny Lane* en Google—. Mi madre nació diez años después de que se editara esa canción.

Ahora teclea Beatles. Liverpool. *Single*.

La mataría.

4

VUELTA A CASA

Biscúter está en el quicio de la puerta como una bella mujer abandonada por un hombre rubio como la cerveza que, al parecer, prometió regresar, y claro, cómo iba a regresar si le esperaba él. Estefanía se digna a girar su silla los suficientes grados para tenerme en su campo visual. Trato de ejercer de capitán de barco los escasos segundos que tendré la atención de los dos al mismo tiempo:

—Trabajo pendiente. Está lo del chaval aquel del colegio Christopher Cross Sailing. Le habíamos instalado en la mochila un dispositivo para grabar audio, ¿no?

—Sí, cuando usted estaba fuera, lo trajo la madre.

—¿Y?

—Uno nunca puede hacerse una idea de lo malos que pueden ser los niños.

—Entre gente que hubiera debido tomar precauciones para no quedarse preñada estaría la madre de Rousseau. Un día hemos de hacer una lista de gente cuyos padres no deberían haber tenido relaciones entre ellos.

—Esa lista ya circula por internet. Todo lo que se te puede ocurrir a ti, Pepe, ya circula en internet —dice Briongos, que nunca deja pasar la oportunidad de hacerme sentir fósil y torpe.

—Prosigo. ¿Te parece, Estefanía? Gracias. ¿Qué nos queda entonces? Hacer informe, transcribir audio y entregárselo previo pago de la minuta a la madre.

—Todo eso está hecho —indica Biscu—. Resulta que uno trabaja mientras otros van a la Corte de los Milagros a no se sabe muy bien qué. En nada, la mujer estará aquí. Mañana a primera hora suya, las diez, quiero decir, nuevo cliente. Una tal señora Rosita. Su hija ha desaparecido. La hija solía dormir en la montaña de Montjuïc. Su desaparición ha salido en el periódico y en TV3.

—¿Lo del Gueño?

—Sí. Intente estar a la hora, que la señora viene de Terrassa.

—¿Le dijiste que cobramos primera visita?

—No. Me dio mucha pena. No paraba de llorar.

—Genial. El mes que viene te pagaré yo con lágrimas. Estoy muerto, Biscu. ¿Es necesario que esté yo en lo del chaval?

—Tiene una camisa limpia y planchada en el armario. Y ha llamado una tal Marina. Una vieja amiga.

Marina Tarín. Ella y su dichoso piso ocupado. Viejos amigos que acaban siendo clientes hasta que un día olvidas que fueron amigos, pero ellos te lo recuerdan pagando tus gestiones con una comida.

—¿Qué tal por Madrid? —pregunta Estefanía sin que recuerde qué sabe o qué supone o qué ha fisgado en mis correos.

—Conocí a Juliette Binoche.

Juliette Binoche no le importa a Estefanía, quien vuelve a conectarse los altavoces al tiempo que mira el móvil para contestar *whatsapp* y, luego, ir pasando otro kilómetro de aquella Ruta 66. Todo en un mismo parpadeo. Sigo a Biscu a la otra habitación para cambiarme de camisa, tomarme un café o, dependiendo de lo que se empeñe en guisarme, comerme lo que me haga, todo verde o rojo, que he de reconocer que siempre está excelente. Aunque, últimamente, insípido porque ahora le ha dado también por quitarme la sal. Pero no me cocina nada porque anda molesto conmigo y no tengo ni idea de por qué exactamente. Tampoco tengo hambre en la tripa, sino malestar. Quizás el estómago me pida comer o vete a saber tú. Me veo aguantando hasta la noche.

En poco menos de una hora estoy solo en el despacho. Briongos libra esta tarde y Biscúter se ha marchado al médico, esa suerte de rutina de beatas de las viejas novelas que hasta se inventaban pecados con tal de irse a confesar. Dudo que haya tantas enfermedades como visitas de Biscu a la Seguridad Social. Si fuéramos matrimonio creo que empezaría a sospechar de alguna infidelidad. Me fastidia el escaqueo de hoy porque a estas horas ya estoy agotado de la noche anterior y me hubiera venido muy bien endosarle la visita e irme a casa a descansar un poco.

Al hijo de la señora Grimau le acosan en el colegio primorosamente concertado y situado en la parte alta de la Diagonal, a un lado y otro, por arriba y por debajo de la iglesia de la Bonanova, barrio de indianos ricos antes y, de alguna manera, aún ahora. Es la hora concertada y no ha llegado. ¿Qué está pasando con las buenas costumbres de la gente de pro? Sigue constituyendo una aventura zoológica venir desde la cabeza inteligente y lúcida de las montañas de portada de lapiceros, a través del pecho heroico o sentimental del Plan Cerdà, hasta el sexo sucio y pringoso de la ciudad, en esa cartografía que Jaime Gil hizo de Barcelona hace ya tantísimos años.

¿Cómo conseguimos esta clienta? ¿Quién nos la debió recomendar? De dónde surgen los encargos es un misterio incluso cuando te lo desvelan. Echo un vistazo al informe: vejaciones, insultos, palizas, acoso por redes, en los recreos, en las salas de gimnasio, tierra, mar y aire. Linchamiento y escarnio. Y la Institución, que interviene lo justo porque quienes ejercen de matones, de sádicos, no son hijos de cualquiera, imagino, ése es el inconveniente de elegir un colegio por quién se sienta al lado de su cachorro en el pupitre, si es que aún hay pupitres en los dichosos colegios. Pantallazos, transcripción de lo grabado en el dispositivo que colocamos en la mochila del chaval, chats transcritos, avatares falsos. El seguimiento lo hizo Guerrero. Un buen trabajo. Algo que podría haber hecho yo si estos últimos meses no hubiera estado memorizando el menú dulce o salado del AVE.

Empieza a llover y abro la ventana. Siento el cuerpo lastimado. A medida que envejeces, Pepe, los huesos tardan más en regresar al sitio, los cortes no cierran y los derrames y moratones cubren todos los colores del arco iris. Las dos ventanas del despacho abiertas y el frescor inesperado de la lluvia que está llegando y entra por ellas. Y con él, la melancolía de toda una ciudad cansada de que se hayan olvidado de que es un montón de hombres y mujeres cualquiera y no un escaparate, ni una santa ni tampoco una bandera. Esa melancolía que también recoge el aroma del salitre del mar cercano es lo suficientemente peligrosa y zombie como para evitarse en la medida de lo posible. Y es lo que trato de hacer. Por fortuna, no he de esforzarme mucho porque suena el timbre.

Bajo los pies, que tengo encima de la mesa, me meto los flecos de la camisa por dentro del pantalón, juego con la holgura y abro la puerta al tiempo que esbozo una mueca que pudiera pasar por amable o al menos educada —la señora Grimau viene a pagar, Pepe, anímate con eso, me digo, y funciona: mejor sonrisa—. La invito a pasar. No viene sola. En nada sería capaz de apostar que no es su marido, sino su abogado. O su marido abogado. Ahí hay una zona gris. Ella es elegante, de rasgos desmesurados, tensa, probablemente adicta al Excell de casi cualquier cosa, resúmenes mensuales de gastos y preparar los viajes a la Ribera Maya con la determinación de una compañía petrolífera. El hombre es un tipo traje azul Tallas Grandes de El Corte Inglés de Heron City, melena canosa y una sensación de haber sido sustituto toda su vida. Si al final es su marido, no será el único que calentará el lado de la cama de la señora Grimau. Probablemente, ella tampoco la de él. En ello ando mientras se sientan frente a mí y me hago un poco el Harper, Investigador Privado. Un par de muecas aquí y allí y le alargo el sobre con el informe, la transcripción de las grabaciones, las fotos que demuestran que Rubén, su hijo de once años, necesita ayuda adulta, un cambio de aires o ambas cosas.

—He venido acompañada del señor Enric Martínez. Es el abogado que llevará el caso.

¡Bingo!

—Encantado.

Me acerca una tarjeta sobria como un sudario. Yo le daría la mía, pero no quedan; a menos que Biscu se haya desmedido en sus prestaciones.

—Al final del informe está la minuta.

—¿Tiene para poder pagar con tarjeta?

—No, pero tenemos fax.

—No entiendo.

—Quiero decir que si no disponemos de tarjetas es por un posicionamiento ético contra los bancos, no por falta de tecnología.

—Mi marido es un cargo directivo en La Caixa.

—Había muchas probabilidades. En este país quien no trabaja en La Caixa, le pagan la nómina en La Caixa o paga los peajes a La Caixa. Hay un cajero aquí abajo. De La Caixa, por supuesto. La Caixa nunca nos abandonará, señora.

La mujer hace un mohín que no sé cómo interpretar.

—Bajo y subo enseguida.

Estoy tentado de decirle que no importa. Que mantengamos la reunión y baje luego, pero la experiencia me ha enseñado demasiadas veces que clientes que aseguran volver no vuelven. Por fortuna, el letrado conoce como yo esos temores de autónomo y resuelve:

—Bajo yo y ya me lo devolverás. Así ganamos tiempo. Señor Carvalho, tenemos la intención de ir hasta donde haga falta. Denunciar a esos chicos, al colegio. Unos por hacer y otros por dejar hacer. Su declaración en juicio será importante.

—Hay un plus por perder la mañana en un Juzgado.

—No se preocupe por eso. De todos modos, teniendo en cuenta que se le provisionó al principio del encargo y que en nada no le deberemos ni un euro, sería de agradecer no tropezarnos cada dos por tres con su suspicacia económica.

—Discúlpeme: son taras de clase, peor aún, de desclasado. Baje usted, señor abogado, a por el dinero, yo hablo con la señora Grimau y adelantamos todos.

El abogado obedece. La señora Grimau empieza a leer el informe. Los golpes recibidos en la cabeza deben haber ocasionado hemorragias en mi cinismo porque al ver marchar al leguleyo creo ver un cheposo andar Henry Fonda. Qué tiempos confusos estos, Horacio, que hasta los abogados pueden ser hombres de bien. Las pisadas se pierden, engullidas por los escalones. El silencio se interrumpe por los pasos de los vecinos de arriba. En la escalera, la mayoría defiende que es un alquiler turístico ilegal. Una minoría —de hecho, sólo la dueña del piso— sigue manteniendo que son restos de serie de siete nacionalidades del Cirque du Soleil tras su último paso por la ciudad.

Se me ocurre preguntar por el chaval. La madre susurra algo, pero calla en un acceso que uno podría casi aventurar que es de llanto. Busco un paquete de pañuelos en alguno de los cajones. Ella saca los suyos. Mejor, porque tampoco tenía: Charo se los acabó todos hace tiempo ya.

—No entiendo cómo se puede ser tan cruel. Son críos.

—Los críos son seres crueles. Todos. Por eso se les educa. Su hijo no es responsable de nada. Como mucho, de ser diferente. ¿Por qué no lo cambia de colegio?

—En el anterior le pasó lo mismo. Está como roto por dentro. Sabe que no gusta a nadie. No acierta a relacionarse. Nos costó tanto que le admitieran aquí. Su padre hizo un montón de amigos en la Alex Chilton International School. A la mayoría aún los conserva. Le han ayudado mucho luego.

—Su hijo no es su marido. Quizás su hijo no necesita amigos para luego, sino para ahora. O ni eso. Le puede bastar con gente que le deje en paz.

—Eso pienso yo, pero mi marido no opina lo mismo. Cree que es cosa del chaval. Que algo hace mal. Que no sabe comunicarse. Como si fuera un problema de sintonía. Esto —dice agitando el sobre delante de mí— no es debilidad de carácter. Y aunque lo fuera, ¿qué pasa? Y lo graban y lo difunden. No entiendo nada.

—Ahora los va a denunciar. También al Señor Colegio.

—Supongo.

—¿Supone?

—No, no, vamos a ir hasta el final —pero eso ya sólo son más que palabras, ecos de las palabras que uno debe decir. Como mucho, presionarán a la Institución y en eso quedará todo—. Aunque igual es hacerle pasar una situación… ¿Usted qué haría, señor Carvalho?

—No me pregunte eso. Para empezar, por no tener no tengo ni hijos presenciales. Si fuerzo la empatía puedo recordar que en una ocasión tuve una perra y me la mataron, pero no sé si eso vale o no. Da igual. No me pregunte porque pregunta para que le dé la respuesta que no quiere escuchársela a usted. Hagan ustedes lo que quieran. La ciudad suele confundir. Si esto fuera una selva, yo sería pigmeo y usted watusi, y como mucho nos cruzaríamos una vez en la vida tras las pisadas de un jaguar herido por usted, casi con toda seguridad.

—Tiene usted muchos prejuicios.

—Ahorra tanto tiempo tenerlos.

Suena el timbre. Un chaval de MRW trae un sobre. Detrás de él sube Henry Fonda doblado. Hago pasar al mensajero mientras firmo el recibí. De regreso a la mesa, retiro el dinero sin contar y no vamos más allá del camino procesal de la querella a presentar, de las denuncias aquí y allá, de la filtración a la prensa. Se marchan y me quedo

pensativo. La tormenta se ha transformado en chaparrón, pero me conozco Barcelona: en nada dejará de llover.

Decido marchar. Antes, miro las cuentas bancarias en el ordenador y no, aún no puedo jubilarme. De hecho, no llegaría en condiciones ni a los sesenta y tres años. Antes de salir, recuerdo el sobre de MRW. Lo abro con ayuda de unas tijeras. Un sobre con el remitente del Ministerio del marido de Mi Novia Zombie. Para que no haya lugar a dudas. Letra de guardaespaldas por si se me ocurre sacarlo a la luz: «ERES HOMBRE MUERTO».

Me digo que, quizás —sólo quizás—, debería empezar a tomarme esta historia en serio. Quizás —solo quizás— tomar cierta distancia. Protegerme. Cualquiera de las mil cosas que haría un tipo sensato. Todo menos lo que hago: arrugar la nota y tirarla a la papelera. Si renuncio a Mi Novia Zombie no será por miedo ni por unas guantadas de más. Será por hartura o enfermería. Ella puntualizaría eso. Ella puntualiza por todo. Es casi imperfecta.

Saco mi viejo Focus color plateado con todas las estelas posibles de las columnas del parking, que queda flanqueado si te da por hacer el derviche por las putas del Carrer de les Tàpies, Museo de Cera, el monumento a la Santpere, Rambla del Raval y el Colón que los inmaculados nacidos de virgen y santa de la CUP quieren cargarse.

El portero del parking menea el flequillo como un telón de terciopelo que fue dorado y hoy es un hilo fino, quizás cano, y salgo hasta llegarme a Porta de la Pau, la rotonda del descubridor en precario, y con el puerto y el mar a mi derecha me encamino a casa con cielo centroeuropeo de entreguerras y mi necesario achinar de ojos. Me he dejado cargando el móvil en el despacho con la putería fina de alguien que ha probado dejar de fumar con los trucos más rastreros posibles y meto gas al coche, no sea que me dé por volver a por el aparatejo del demonio.

No hay excesivo tráfico y la cabeza se me va quedando en esa especie de sala de espera de dentista, donde uno va hojeando, sin retener, fotos con sus consiguientes pies idiotas y titulares de papel cuché. La sala de espera se oscurecerá y espero que, cuando el sacamuelas aparezca, la anestesia de vino patrio y whisky escocés haya conseguido que ni sienta ni padezca. Uno no se enamoraba por estas cosas, Carvalho, por este pinchazo, por no conseguir relativizar la soledad o el aburrimiento que los finolis y los poetas franceses que odiando a madre y coronel señalaron como hastío o esplín, que siempre queda mejor. Me resisto a hablar de amor. El día que un agujero negro haga desaparecer el siglo XVIII no nos vamos a dar cuenta de lo felices que éramos con *El sí de las niñas* y las pinturas de Goya antes de quedarse sordo. Me resisto a hablar de amor, pero para eso necesitaría algo violento como una hostia en la cara con un puño americano de los de antes, sin homologación ni código de barras. Algo fuerte, algo tremendo, como una discusión a dos voces y estallido de vaso y plato en do menor como los que solíamos montarnos Charo y yo cuando Charo era Charo y yo era el que ya no soy. Cómo se reiría mi Charo de mí, qué rabia le daría verme como un idiota esperando una llamada, preocupado por una mujer. Me excusaría diciéndole que sufro por la integridad física y psíquica de la mujer. «Muerta a polvos estará tu niñita», escupiría, envenenada, la Charo, joder, qué contenta estaba de ser la Charo López en televisión.

Un semáforo me saca de la sala de espera del dentista haciendo curvas hasta casa, y en nada estoy en Vallvidrera, en el Carrer dels Reis Catòlics, donde está el Centro Cívic, pero ya no estoy para saludos ni monárquicos ni literarios, sino un poco harto de unos,

de otros y de mí, por supuesto. La misantropía que va bloqueando mi vida —antes o después de mi cuerpo, eso es algo que no sé— hace que cuando Fuster marchó de aquí le añorara muchas veces; vino algunas otras a que le cocinara de madrugada, pero de eso hace ya mucho y hasta dejé esa añoranza. Quizás debería haberle hecho caso y haber seguido su consejo y gestiones, a la muerte de El Escritor, y venderme esta cueva en plena burbuja inmobiliaria. Él se agenció otra torre, por Font d'en Fargues, en el Guinardó, también con sótano y bodega, ambos dentro de la montaña, y chimenea, aunque un poco decorada con gusto de puticlub, todo sea dicho. Sus anteriores propietarios, un taxista retirado y una funambulista de cable de primer orden del Circo Ruso, mientras Ángel Cristo estuvo en sus cabales y Bárbara Rey encima de un elefante, la vendieron con pena porque había sido la casa familiar durante tres generaciones. Es una torre pintada de blanco con cuatro niveles, demasiadas escaleras y dos huertos en la parte de atrás robados a la roca donde se enterraban las mascotas que morían en la familia, algo que señaló en su día uno de los vecinos y que, en noches de luna llena, Fuster juraba que habíamos de comprobar.

Meto el coche en el garaje, subo por la escalera interior, donde hago ostentación de bodega, y me tienta acompañarme de algún crianza, pero hoy quiero anestesia rápida y escocesa. Cuando pienso en mi casa pienso más en un agujero o en una madriguera que otra cosa. Me viene a la cabeza aquella tontería de Bacharach y David, *A house is not a home,* porque no tengo orejas de alpargata como dicen por ahí, y todos tuvimos una época sofisticada de la Warwick antes de Barry Manilow y Barry Gibb, y perdón por mencionar a los dos a la vez.

Abro ventanas. Huele a nicho, a delegación rural de gobierno foral. Enciendo el fuego. Me preparo copón de Ardbeg con poco hielo, y si fuera el tipo que escribió El Escritor me fumaría un Condal del seis, pero soy más de rubio americano, Winston hasta que Charo me dijo que eran cigarrillos de putero, y luego Nobel, Camel y ahora ya no sé qué fumo, en estos tiempos confusos y relativos. En realidad, llevo meses sin fumar, pero para eso están hechas las promesas. Hay un rubio en la estantería de la biblioteca. Lucky Strike, creo recordar. Voy hasta allá mientras el fuego prende en la chimenea. El insomnio me promete una noche larga. El paquete de rubio está entre Melville y Herbert, en un orden de beodo o de invitado ladrón de libros pillado in fraganti, así que me llevo ambos: a la ballena blanca y la poesía completa del polaco. Enciendo la lumbre con un lado de la página de un poema y me prendo el Lucky, pero enseguida apago la llama lírica. Entre un narrador barbudo y un poeta polaco, uno nunca debería dudar.

El asedio continúa, los enemigos deben ser reemplazados.
Nada les une excepto el anhelo de nuestra destrucción.

La grasa de cachalote arderá mucho mejor.

5

MONTAÑA DE MONTJUÏC

Una aprende a hablar mirando hacia abajo para que la tierra no se te meta en los agujeros de la nariz ni en la boca. Piensas y hablas o piensas que hablas, no se sabe en realidad. No te puedes mover, aunque al quedarte dormida sueñas que corres, que vuelas, te vienen a la cabeza cosas lindas y también cosas horrorosas. Yo sé todas esas cosas. No soy tan tonta como era antes La Niñata. Me llamaban así, La Niñata, porque era la más joven y parecía una cría, con cuerpo de cría, y, quizás, era tonta antes de que me pasara esto, pero ya no, y tampoco era tan tonta, me hacía la idiota a veces y, es verdad que tenía un carnet que me indicaba un 60 % de minusvalía, pero eso era exagerar para cobrar la pensión y esas cosas. Engañaba a los doctores, o sea, que tan tonta no debía ser La Niñata, ¿no? Vamos, digo yo. Yo antes no hablaba así, las palabras no me llegaban tan rápido y bien, pero después de aquello es como si todo fuera más fácil, ¿no?

El otro día encontraron a la Anita, pero no nos encontraron ni a la colombiana ni a mí. Las grúas anduvieron cerca, pero luego se alejaron de aquí. El Gueño tuvo suerte porque nos enterró profundo y además las lluvias de los días siguientes deslizaron parte de la montaña y eso ayudó a que no nos encuentren. Si pudiera moverme, cambiaría de posición porque tengo los brazos hacia atrás y es raro, claro que es raro, todo lo es incluso para una muerta como yo, pero los muertos también pensamos y hablamos por lo bajini, movemos los labios y, si estamos enterradas como la colombiana, como lo estuvo la Anita y como lo está una servidora, si hablas y tu cabeza está doblada hacia atrás, la tierra se te mete por los agujeros de la nariz y la boca y es un asco aun estando cadáveres, eso me lo aseguró una que anda cerca de mí, que no quiere decir el nombre ni quién la asesinó y a la que apenas se le entiende con toda la tierra y las lombrices que se le meten en la boca. Una vez dijo que ella no tiene problemas con los brazos porque no están con ella. Lo dijo así, la hijaputa, y casi me dieron ganas de reír. Eso también pasa. Igual cuando decida Dios si vamos al cielo o allá abajo se nos cambia de posición, no sé, pero esperar, muertas, que la grúa acierte contigo es aburrido y deprimente, si es que puede haber algo más deprimente que eso, pero la Anita, que lleva más tiempo que yo, al menos dice que sí, que hay cosas más deprimentes que estar muerta, pero ahora no recuerdo cuáles. De estar muerta se te van olvidando cosas, pero no todas. Echo de menos a mi madre, a su casa del barrio de Vilardell, en *Terrassa mala rassa*, a los macarrones con trocitos de salchicha, salsa de tomate hecha por ella y queso fundido por encima. Echo de menos sus abrazos. Podía ser mala, la vieja, pero ella nunca creyó que fuera tonta, sino demasiado buena, demasiado ensimismada. Seguro que piensa que no llamo porque no quiero, porque vuelvo a estar encoñada. Mamá, si no llamo es porque estoy muerta..., ¿me perdonas ahora? No me pegues. Seré buena. Déjame salir. Abre.

Vendré tarde. Estoy muerta, por eso no te llamo ni voy a verte. No sufras. Estoy en casa de la Jessi. Muerta, pero no te enfades, por favor.

—No lo está. Lo ha hecho otras veces. Desaparece, aparece. Seguro que está en una pensión de mala muerte con el último que le dijo guapa.

—¿Y la policía? —le contesto a aquella pobre mujer que, a pesar de haberse hecho un lío con los trenes de Cercanías, sus retrasos y trifulcas, ha llegado antes de la hora pactada a nuestra cita.

—La policía no busca. Al principio mucho interés, pero nada de nada. Como la chica a veces se dedicaba a lo que se dedicaba y no tenemos dinero, pues no hacen nada. Mire esa desaparecida, la que se perdió en Galicia, como sus padres son ricos removerán cielo y tierra hasta que la encuentren.

—La policía está casi convencida de que..., están excavando en la montaña de Montjuïc y hay bastantes probabilidades de que...

—Mi hija no está muerta. Si lo estuviera, yo lo sabría. Una madre siempre sabe estas cosas. Sin que se las digan, las sabe.

Me callo. Finjo perderme en la lectura de un folio garabateado de cosas que ni yo mismo, su autor, sé qué son. Doscientos veintidós. Esos son los millones que pagó Neymar por su traición, ¿no? ¿Para qué los anoté yo?

Laura Barranco, la periodista de sucesos de *La Vanguardia*, ha cubierto durante estos días las supuestas desapariciones de prostitutas en la montaña de Montjuïc por parte de un pirado al que llaman el Gueño. Una de las chicas, una portuguesa llamada Constança, ha hablado tanto en la web mediante video como en artículos en papel, y la Barranco ha ido señalando al Gueño como culpable de, entre otros, el asesinato y desaparición del cadáver de, casi con toda probabilidad, la hija de esta mujer, enjuta y pequeña, de un formato ya no homologable en la Unión Europea. Le calculo casi mi misma edad, pero con una tonelada de dolor y frustración más sobre los hombros. Tinte barato, blusa pulcra en beige y alguna joyita en anillos sobre los que ha crecido el dedo en unas manos desproporcionadas para el cuerpo.

—Señora..., señora Pavón. No sé si puedo hacerme cargo del caso. Mis medios son los que son. La policía está utilizando grúas, perros...

—Si mi hija estuviera muerta, señorpepecarvalho, la habrían encontrado ya, ¿no? Tienen detectores, perros policía. En la tele salen. Y ni así la encuentran. ¿Y sabe por qué no la encuentran? Porque no está ahí. Estará escondida, muertecita de miedo. Yo no sé dónde está mi hija, pero sí sé eso. Sólo quiero saber que está bien. Que no esté en manos de ninguna red rara de ésas, que las drogan y les hacen de todo.

No replico a eso.

Si tuviéramos los televisores cerrados un año, solo un año, igual volverían a casa los niños perdidos en las ferias, las chicas que se escapan con los chicos para follar en un hotelucho, se morirían los rusos malos atrapados en sueños de botellas de vodka.

La mujer insiste como si yo tuviera la solución. Espera que hable —«¿usted qué piensa, señorpepecarvalho?»—, pero sólo sé todo lo que me callo.

Como, por ejemplo, que las putas de la montaña no son material deseable para locales de alterne en red alguna.

O que en esa parte de la montaña de Montjuïc, no la de los miradores y los jardines y las fotos de los atletas en el trampolín y los restaurantes caros, sino la ladera que lleva a la recta industrial de la Zona Franca, hay una zona cerca de las vías del tren que llaman El Infierno, por ser zona de putas, yonquis muchas de ellas, de edad, producto nacional la mayor parte, que se quedaron atrás de cuando bastaba con chuparla o dejarse follar, cobrar, andar unos metros hasta Can Tunis y gastarse lo cobrado en droga para seguir soportando todo aquello, por vicio o simplemente para superar los tembleques. Ya hace años que el supermercado drogata se echó abajo, los camellos se largaron a otro lado, pero estas putas se quedaron atrás, como aquellos soldados japoneses en la jungla a los que nadie avisó en años que la guerra había acabado. Esa parte de la montaña de Montjuïc, como otros lugares de Barcelona, demuestran que a esta maravillosa ciudad siempre se le ha dado muy bien guardar el barrido bajo la primera alfombra que se le presentara, ya fuese el colaboracionismo franquista, Andorra o el Palau de la Música.

No, señora Pavón, las chicas que hay por aquí no son secuestradas por mafias rusas. Es gente invisible. Es gente que no existe. Son los leprosos en cuevas bíblicas. Quizás así me entendiera. Y lo peor no es decidir si aceptar o no su dinero para decirle que su hija está muerta y da igual en dónde esté su cuerpo, sino decirle —si es que fuera necesario hacerlo— que la gente que acudía allí era lo peor de lo peor, más allá de las pesadillas que pueda tener cualquiera.

¿Os acordáis de aquel día que un gilipollas ofreció por la ventanilla de la cabina de su camión un par de cigarrillos? Le despedimos todas con una peineta. Siempre deberíamos estar así unidas, protegernos unas a otras. Pero una andaba fumando coca, heroína, cola, porque si no es imposible andar con la gente que venía hasta aquí. Nunca buena gente, Niñata, por eso que te protegíamos las otras y tú te ponías como un basilisco. No venía, no viene buena gente. Piénsalo. Lo que ofrecemos, sexo, una mamada, lo tienen mejor, en mejores condiciones, en cualquier otro sitio. No es que seamos malas ni mucho menos. Con la boca yo era de diez, y abierta a cuatro patas saco lo mejor de ti, chaval. No es eso. Los hombres que vienen aquí buscan otra cosa.

Cállate, Anita, cállate.

No soy Anita, soy la Evarista y no sé explicar qué quieren, qué buscan, o sí lo sé, pero no quiero oírmelo decir.

Pues no lo digas.

Lo digo. Quiero decirlo porque si hasta muerta has de estar callada no vale la pena haberse dejado matar.

Vienen hasta aquí porque les excita humillarnos.

Comprobar de qué somos capaces por cinco euros.

Por una miajita de droga.

Nos tienen arrodilladas.

Nos tiran del pelo.

Nos insultan.

Nos pegan.

Nos fuerzan.

Nos tratan como no tratarían a sus perros.

Todo eso les hace sentirse poderosos.

Grandes.

Mejores.

No es una cuestión de sexo, sino de humillar, someternos, recordarnos que somos putas. Eso les excita.

A la Constança le pedían que no se quitara las gafas de Rompetechos para degradarla. La llamaban fea, gorda, cerda portuguesa, mientras ella la iba chupando en medio de una telaraña de miedo, de penitencia y odio. Me lo dijo. Lo vi. Lo sé.

Esos mismos tíos que luego votan en las elecciones.

Los que llevan a sus hijos a la piscina, a tocar el trombón, al parque y acuden a sus reuniones de la escuela.

Los que rezan a Dios Padre, los que obedecen a cualquiera que les alza la voz o les lamen el culo a sus jefes, a sus amos, sus madres, policías, esposas.

Esos que añoran la pureza de cuando eran críos.

El respeto al mundo de antes cuando todo estaba ordenado y no se había corrompido.

¡Calla, calla ya!

No me callo, Niñata, tápate las orejas si no quieres escuchar las verdades del barquero.

Sabes que no puedo, que tengo los brazos doblados del revés.

Los mismos que opinan sobre China y los derechos humanos y la guerra y los refugiados y los alimentos sanos y condiciones laborales dignas y Turquía y la esperanza de vida, la eutanasia y la emancipación de sus hijas.

Esos mismos vienen aquí.

Los mismos que nos seguían, que atravesaban la vía del tren, que hacían el agujero en la maleza como las alimañas.

A los que dábamos conversación para ver de qué palo iban.

Lo aprendimos de los taxistas que trabajan por la noche, o ellos de nosotros, quién sabe.

Los que no hablan, los callados, malo.

Los charlatanes simpáticos, malo.

Los que contestan lo que pueden, los que preguntan algo trivial, menos malo.

Dios mío, Dios Todopoderoso, el poder es perdonar. El poder es dejar que alguien sea quien es. Que se vaya y vuelva, o lo que sea, y ser perdonado.

¡Cállate, gitana!

¡Cállate, puta, cállate!

Puta, soy tan puta como tú.

Cállate, gitana, por favor.

Ya me callo.

—Haré lo que pueda. Me enteraré de lo que sea y se lo diré.

—No se preocupe por el dinero. Tenía un dinero a plazo fijo, pero como ya no dan nada los bancos lo sacaré para abonar sus gastos. Hasta que nos la quiten tenemos la pensión. Mi marido cotizó toda la vida. Era comercial de zapatos por la zona de Arnedo.

Al final le aumentaron la cotización, pero no lo suficiente como para que llegue a nada; pero yo le pago lo que me pida. Lo que sea.

6

GENTE EXTRAÑA EN CASA

—¿Tiene ya los resultados?

—¿Qué resultados?

—Los resultados. Los de Vall d'Hebrón.

—No sé nada. No quiero saber nada. He decidido no volver al médico nunca más y, en la medida que me dejes, no volver a hablar de ello. Si me muero antes que tú te dejo en herencia tedio crónico y unas cuantas facturas por pagar.

—Me parece muy infantil su actitud, jefe.

—¿A qué hora vendrá Marina?

—Si se lo cogen a tiempo…

—Biscu: Marina. ¿Cuándo?

—Como usted llegó tarde, la envié a tomar un café. Le dije que la llamaría cuando usted llegara.

—Pues llámala, por favor —mientras arrastro esa frase por la poca paciencia que me queda atisbo a ver, en la mesa de mi despacho, tres croissants crujientes que me ha traído el pobre hombre al punto de la mañana. Seguro que hasta me habrá hecho chocolate ligero. Se merece mejor trabajo y mejor jefe, pero, en fin, así es la vida: injusta por definición.

Biscúter desaparece por la puerta y medio croissant después suena el timbre. Supongo que es Marina. Acierto en cuanto escucho su voz inconfundible —ronca y gutural—, que conserva desde nuestro mutuo historial universitario y células rojo comunista, negro gótico. Ella acabó la carrera que le hubiera hecho ilusión a su padre, un sindicalista heroico de la huelga de Harry Walker, y yo me fui a dar una vuelta por el mundo más allá de libros y consignas. Marina llega, me besa algo sudada y se sienta en la silla que le ofrezco junto con uno de los remordimientos crujientes. Acepta la silla y rechaza el croissant. Después de casi dos décadas sin saber nada el uno del otro, la casualidad le hizo relacionarme con un viejo colega y pedirme ayuda con la ocupación de un piso del que es copropietaria con su ex y el Banco Sabadell. Al final, la cosa quedó en que se pensaría si contratarme o no. No lo hizo. Supongo que ahora viene a desdecirse y a pagar un poco más por lo mismo de hace quince días.

—Te veo distinto, Pepe.

—He desayunado zumo de naranja, pero enseguida se me pasa.

Me levanto para comprobar si en la otra habitación Estefanía está donde debería estar para cerrar la puerta de mi despacho en aras de la privacidad, pero no está —¿dónde carajo está?—, así que opto por dejar la puerta abierta.

—Tú dirás. Supongo que es por lo del piso.

—Al final decidí encargárselo a la empresa aquella. Me han asegurado que no emplean bajo ningún concepto la violencia. Les ofrecen dinero y eso los persuade de que

se vayan.

—Cuatro armarios de madera ucraniana en un comedor son siempre un buen argumento.

—Mejor que siete meses de pleitos contra nadie.

Quizás, pero no sé hasta qué punto estaría satisfecho su mítico padre del posibilismo de su hija, que sigue conservando la torpeza desgarbada de la adolescencia y una cara armónica donde nada destaca, pero tampoco nada afea al resto. Tiene unos ojos pequeños, pero de un negro tan intenso que cuando te mira fijamente, como es el caso, parece clavarte alfileres. Delgada, quizás un pelín encorvada y con esa indumentaria tan casual que uno no sabe si llega o sale de un día de fiesta.

—He venido por otra cosa. Estoy metida en un problema. Bueno, aún no sé si es un problema o no.

—Ésos son los peores.

—Te explico. ¿Recuerdas los crímenes que hubo hará un par de semanas en una calle de l'Eixample? ¿La abuela y la nieta, una cría de poco más de dieciséis años…?

Lo recuerdo. La brutalidad de los asesinatos hizo que fueran noticia más de un día. Un presunto robo, no recuerdo ahora si consumado o no, y un montón de vías abiertas de delirio en periódicos y demás. Las muertas eran una anciana y su nieta. Al parecer esta última había perdido llaves y móvil unos días antes y se movía por entornos antisistema demonizados por la derecha de siempre, lo cual le otorga siempre el necesario *pathos* romántico a la muchachada y la simpatía o antipatía del resto de la sociedad. En ese entorno en el que se movía la adolescente asesinada no había ningún elemento especialmente violento rebotado de la extrema izquierda más *hooligan* que ideológica. La prensa del movimiento pendular aprovechó que un par de amigos suyos pertenecían a la sopa de *Ciutat Morta* para pedir la dimisión de Ada Colau, un clásico ya del repertorio de la oposición, y ella, la alcaldesa, sacó la también clásica tabla de surf y llegó a la mitad del medio de las propuestas municipales para el resto de la legislatura. Al final, no recuerdo en qué quedó todo, pero lo cierto es que perder móvil y llaves de un domicilio al que luego se accede sin forzamiento —es decir, o te abren o abres tú— para consumar aquello era, más que una vía de investigación, una autopista de cinco carriles. También recuerdo que había otra hija, la que se encontró los cadáveres. Y un perro, también había un perro. Un perro al que nadie oyó ladrar. Fijarme en eso fue Mi Momento Marlowe, pero me duró lo que el café que estaba tomando en esos momentos.

—Soy amiga de la hermana mayor, la superviviente, Amèlia. De un curso de expresión corporal que di en el Institut del Teatre de cuando quise ser actriz y esas cosas.

—¿Superviviente? ¿Estaba en el piso cuando…?

—No, no. Digo superviviente porque como es la única que queda viva de esa familia… Las hermanas eran huérfanas de padres. Un accidente de tráfico. Hace ya años de eso. Amèlia es amiga, sí, y siempre ha sido así, rara. ¿Cómo te lo diría? Es muy inexpresiva. Para lo bueno y para lo malo. Nunca sabes qué está pensando. Cuando sucedió aquello me llamó, creo que al día siguiente. ¿Por qué a mí? No lo sé. No tiene muchas amigas, es verdad. Su vida social desde que se divorció se redujo drásticamente. Estuvimos juntas. Tomamos un café. Me dio tanta pena, Pepe. Más que de lo que te explicaba o de cómo lo hacía, me dio pena de la soledad que veías detrás. Eso sí, de un

amago de llanto te pasaba a hablar de cualquier chorrada frívola o te explicaba cosas de la herencia, de los plazos, de la plusvalía…

—Una mujer eminentemente práctica.

—¿Amèlia? No, no es eso. Nunca lo fue y creo que en eso no ha cambiado. No sé. Es rara. En lo único que siempre ha sido sensata es en encontrar la peor solución para cualquier cosa. Quiero creer que, a ratos, se le va la cabeza. Como si no fuera consciente de que acaban de matar a su abuela y a su hermana pequeña y sigue a lo suyo y, de golpe, se acuerda de aquello y se sorprende y duda de si las han matado a golpes como animales.

—No recuerdo cómo fue. Lo leí, pero…

—A porrazos, Pepe. Con un objeto contundente, no sé con qué. Les abrieron la cabeza. La pobre cría. La vi un par de veces: era preciosa.

—Lo deben estar investigando los Mossos. ¿Qué quieres de mí?

—Le dije a Amèlia que viniera a casa hasta que se hiciera un poco a la idea. Volver a dormir y hacer vida en una casa donde ha sucedido eso es casi imposible, y no tiene para ir de hoteles. Estuvo casada con un tío con dinero, pero como si nada. Yo entendí que el duelo en esas circunstancias es complicado de llevar. Mis padres también murieron. ¿Lo sabías?

—No. Tampoco sé si los llegué a conocer.

—Creo que mi madre falleció cuando te fuiste a Estados Unidos y mi padre poco después. En fin, da igual. La cuestión es que la tengo en casa desde entonces. A ella y al perro, Valent.

—Visto lo visto, ese perro necesita un cambio de nombre.

—Es un pastor viejo y manso. No da guerra: ni molesta ni sobra.

Con poco disimulo doy un toque al ratón para comprobar qué hora debe ser ya, pero he olvidado encender el ordenador al llegar.

—Marina, centremos un poco el tema. Hay un crimen. Un crimen que estará siendo investigado por la policía. Un crimen en el que, perdona si me pongo meticuloso, no sé si un detective podría intervenir, porque yo no veo qué interés legítimo puedes esgrimir tú. ¿Por dónde sales tú y tu encargo? Tienes a la chica esa…

—Amèlia.

—Amèlia… La tienes en tu casa.

—Sí, es que tengo miedo, Pepe. Que no sé a quién me he llevado a casa. Desde un buen principio su comportamiento ha sido de lo más extraño, pero lo peor son los Visitantes del Espacio, como les llamo yo. Tiene un ex que es un *freak*, pero no parece mal tipo. Es un plasta, eso sí. Muy pesado. Pero luego tiene una relación medio secreta con alguien que me da muy mal rollo. La ha venido a ver un par de veces seguro. Siempre acaban de bronca, y Amèlia, autista el resto del día. Si me ve el tipo ni se molesta en decirme nada, y eso acojona más, que ni disimule.

Pienso que ser maleducado, por ahora, no es delito, pero me callo y hago bien. Debería mostrar algo de interés. No estaría de más que alguien pueda este mes ayudarme a sufragar los gastos del despacho. Igual te quiere contratar para sacar a pasear al perro y eso está a tu alcance, detective.

—El tipo es éste.

Marina saca del bolso un ejemplar de *El Periódico* de hoy.

—Aquí. El guardia urbano.

La foto del diario da la razón a Marina. Encontrarse a Manel del Río mal encarado puede hacerte cambiar de acera. Al parecer ha sido denunciada una trama de robos y extorsiones dentro del Cuerpo. Tres guardias urbanos —uno de ellos, Del Río— están implicados. Eso ha llevado a reabrir —al menos periodísticamente— un oscuro episodio de hace meses en el que Del Río y su compañera y pareja sentimental en ese momento, cuyos datos no se facilitaban, se vieron implicados en la muerte de un mantero subsahariano, al parecer precipitado desde un montículo y que en la caída se clavó su propia navaja. Mira tú qué mala suerte la del mantero.

—¿Crees que él puede estar detrás de los crímenes…?

—No lo sé, Pepe. A pesar de lo de la prensa, hace dos días ese tipo estaba campando en libertad por mi cocina. Cuando se marchó, hablé con Amèlia.

—¿Y?

—Es que Amèlia también me da miedo.

7

GAUDÍ TE ODIA

Después de que se marcharan Marina y su extraño encargo, he salido del despacho sabiendo que llegaba tarde a mi entrevista con un muchacho tenaz y relamido en la oficina de Bantierra del Carrer de Mandri. De cómo de abrir una cuenta cerca de mi despacho y, merced a la crisis, aparezca esa misma oficina en Mandri es un misterio que, si me pagaran, trataría de resolver. Tengo un Fondo Conservador que sólo hace perder dinero. Debe ser el único conservador que lo hace. El tipo llamó para hablar de él como si me llamaran del instituto para recriminar la conducta de mi hijo. Cojo un taxi. Nos quejamos el chófer y yo del calor y, cómo no, nos sondeamos sobre la situación política, la que se va a armar a la vuelta del verano con la Diada y las urnas y el referéndum en este 2017 en el que no iba a pasar nada y pasará de todo. En Mandri, el muchacho tenaz y relamido me ofrece una cuenta espejo, ser más agresivo, valorar otras posibilidades porque el Fondo, señor Carvalho, no se ha comportado bien.

—Así que me cita para hablar mal de mi Fondo Conservador. Esto es intolerable.

—Perdóneme, señor Carvalho… Igual me he expresado mal. Que su Fondo se ha comportado mal es una expresión que…

—Les hemos dejado que nos roben, que nos cobren comisiones, que dejen de regalarnos sartenes. Los hemos rescatado y ahora se permiten hablar mal de nuestros Fondos. No puedo aceptarlo: quiero mi dinero. Voy a salir de espaldas de esta oficina, vigilándole para que no haga ninguna tontería. Me voy a ir a tomar un café y cuando en diez minutos vuelva quiero mi dinero y el Fondo y las cuentas a cero. ¿Lo ha entendido?

—¿Puedo ofrecerle otro producto?

—Puede, pero no se lo recomiendo.

Después del atraco y con la sensación divertida de haber cometido una sana estupidez, decido regresar a Territorio Apache, donde he quedado con Laura Barranco. Echo unas piernas hacia Plaça Lesseps y bajo por Torrent de l'Olla, ya en el barrio de Gràcia. En uno de los semáforos que me digno a respetar en rojo, leo en el muro de una casa *okupada*:

GAUDI HATES YOU

Barricidio es la palabra de moda esta semana. Las de la semana pasada fueron dos que pronunciadas deprisa podían considerarse una: *Recorda Mallorca*. Quizás este *«Gaudi hates you»* sean las de la próxima. Éste es un país de poetas. Poetas y pintores, qué demonios. Como orquestado por el guionista borracho e impredecible que a veces

parece dirigir este circo llamado Vida, aparece una familia nórdica en su impecable disfraz de turista. Detrás de un mapa, un saltamontes en traje de padre y una mariquita en traje de madre, rubicundos ambos y tratando de encontrar esa ruta perdida que los lleve al Parc Güell o vete tú a saber qué rincón mágico de Barnalandia. Arrastran dos hijas larguiruchas, piel anaranjada por el sol y con más ganas de Beach Festival que de dar con el dichoso lugar en el mapa. Con ellas me percato de mi falta de capacidad comparativa con el mundo de los insectos. ¿Avispas? ¿Bichos palo, quizás? ¿La mayor podría tener un poco de mantis sin instinto asesino…? La menor se gira hacia el edificio, lee la pintada y le pide a su hermana que le explique de qué va eso. Gaudí te odia. ¿Qué puede haber peor que eso? Que alguien como Gaudí, ese santo loco e inofensivo con su barba blanca y avieso tranvía a sus espaldas, te odie debe ser como si Andrés Iniesta, lleno de odio, te clavara un punzón en medio del plexo solar.

Semáforo a verde. La mariquita avisa al saltamontes de que ya pueden pasar y estoy por ofrecerme a ayudarles o, al menos, advertirlos de la existencia de francotiradores, males de ojo y botes de brea y plumas de ganso. Ese pensamiento, sólo ése, hace que me sienta colaborando con el Gobierno de Vichy. Cada vez queda menos espacio para los librepensadores, Carvalho, en estos tiempos con hambruna y penas de pobres más allá de las murallas, pero aquí dentro de éstas, hambruna y penas de pobres sin hambruna, niños sin padres muertos, niños con padres eternos, malcriados en el querer es poder, sin tiempo de aburrirse y resignarse a ser ellos mismos. Y a tal empresa banderas, himnos, bancos, dictadores, canallas, futbolistas, tatuajes, políticos, zares, osos, sectas, muros, esclavos y capataces, gimnasios, clases de idiomas, inquisidores, misas adánicas, presidentes, entrenadores, mesías, *illuminati*, utilleros, facturas del gas, declaraciones de prensa, declaraciones de paz, de amor y mentiras y miedo y, por fin, un sentido a esto, a nuestra vida, a nuestra relación, una oportunidad barata de redimir nuestros pecados de votar una y cuarenta veces a Augusto, a Livia en paracaídas y a sus cien hijos insaciables, quemándose Roma en vitrocerámica, reforma sanitaria, arreglos y ajustes, torres derribadas, pateras hundidas, salgamos en helicóptero, montemos al tigre, Grecia esclava y *som un poble,* y el Ellos y Nosotros y Una, Grande y Libre, y antes rota que roja y Raúl, selección, andaluces vagos, maños tercos, chinos trabajadores, catalanes cobardes, moros ladrones, polacos, húngaros, turcos, nazis todos.

Oh, vale ya, Jeremías de plastilina.

Cállate, por favor.

Esto es una mierda, pero hasta el más miserable se aferra a ella, joder.

Deja de quejarte.

Tú no eras así.

Antes no eras así.

Escrito no eras así.

Al menos no *tan* así.

Sin darme cuenta he abandonado Gràcia por Diagonal, pero antes me doy de bruces, en el Carrer de Córcega, con la sede del PDeCAT, antigua Convergència, y casi le da a uno miedo de pasar por delante, ante el peligro de implosión y depuración, pero parece que todo anda tranquilo. Al menos por unas horas.

Muy a menudo me pregunto qué pensaría El Escritor de esto y de aquello. ¿Qué diría de todo esto que sucede ahora en esta ciudad, en este país, en este mundo al que, supuestamente, se le había acabado la Historia...? ¿Qué diría de Trump, del Rey y Corina, de Messi, de todo...? Hablar con él me tranquilizaba. Desde el primer día, cuando coincidimos en la portería y subimos andando hasta su rellano. El Escritor había alquilado el piso debajo del nuestro hacía un mes y Biscúter y yo no llevábamos ni un año en aquella ganga de renta baja. Creo que ya había escrito libros. Era periodista y me dijo que se había buscado ese agujero, que llamaba, no sin algo de sorna, Estudio —era la mitad de nuestro despacho—, para escribir más tranquilamente que en casa y estar más cerca del barrio donde nació y se crio, «cosiendo tristes vestidos viejos para mutilados cuerpos» de su posguerra, territorio mítico santificado por Jean Genet y donde parecía cocerse todo. Él se mostró muy interesado con que yo fuera investigador privado, detective, y le agradecí que no sacara a las primeras ni la gabardina ni el sombrero de Bogart ni lo de Marlowe y Spade. Le confesé que ni yo sabía si iba a seguir mucho tiempo con aquello. No había llegado a tiempo de guardaespaldas de un alcalde franquista, pero sí a serlo de un alcalde exfranquista. Eso me dio contactos y saber por dónde bajaban fecales las aguas de las alcantarillas, los quiénes y porqués de las cosas que pasaban o que estaban a punto de pasar. De ese encuentro a un timbrazo a eso de las nueve de la noche pasarían un par de semanas. Abrí y lo tuve frente a mí: con sus gafas, su bigote y un amigo escocés embotellado. Nos hicimos con hielo y nos sentamos en unos sofás que Biscúter había localizado en una tienda de tresillos que liquidaba en Nou de la Rambla. Charlamos de esto y aquello y luego me preguntó sobre una cuestión de la que estaba escribiendo en aquellos momentos: la intervención yanqui en los asuntos internos. Antes eso era un tema y ahora es nada. Me preguntó mi opinión. Casualmente —o, conociéndole, quizás no de forma tan casual— yo había estado metido en un asunto tangencial y conocía aspectos que quizás le ayudarían a que todo tuviera un sentido, un porqué. Recuerdo lo que me dijo, no sé si de su autoría o recitando a otros, cosa que siempre le gustó.

—La vida es magia porque no sabemos los trucos.

Yo me debatí, por unos segundos, entre mi secreto profesional o agradar a mi vecino, un tipo de ojos de topo y hablar ronco, con dotes sabidas de chamán. Nunca decía por decir. Decía para entender y hacerse entender. Del tema que le importaba y sobre el que estaba escribiendo para la revista *Interviú*, creo recordar, le di cuatro datos que él no podía incluir en su artículo, y de allí sacó unas conclusiones que, aun siendo ciertas, no podían ser dichas.

—Ése es uno de los motivos por los que la novela es poderosa. Uno puede acceder a la verdad a través de mentiras, imaginaciones, ficciones. Con lo que me has dicho, detective, ambos sabemos quién dio la orden, por qué y a quién. Pero no puedo publicarlo. No tengo fuentes. No estábamos allí. No sabemos qué palabras pronunciaron. Si estaban solos o acompañados. En una novela me lo puedo inventar y puedo señalar al culpable, al responsable. La virtud del periodismo es lo que le permite andar, correr, pero no volar. La literatura ha de volar, y no vuelo gallináceo. O vuela o es un manual de instrucciones de uso de un video Beta, amigo Carvalho. Por cierto, ¿de dónde es usted? Carvalho no es gallego. Parece gallego de *atrezzo*. Sé lo que me digo: mi padre es gallego compensado con un matrimonio con murciana.

—Lo de Carvalho así escrito fue cosa de mi padre. Se le hincharon las pelotas y nos quiso antes portugueses que españoles. Los dos eran gallegos. No hubo murciana de por medio.

—En su día los salvapatrias tuvieron que elegir si los cañones se dirigían a Lisboa o Barcelona. ¿Sabía usted eso?

No, no lo sabía. Como la mayoría de las cosas que me explicaría a partir de ese momento. Nos fuimos viendo cada vez más a menudo. A veces le explicaba cuestiones de los casos en los que andaba y todo parecía interesarle, como si en su Estudio tuviese un mapa de la ciudad, del país y del mundo, y cada dato, por intrascendente que pareciera, tuviera algún significado en una mirada global sobre las relaciones de la sociedad. A veces, al calor del caldo que él y yo aportábamos, entre el humo del tabaco y los guisos que un Biscúter —que aún no había sido bautizado así y que era pata de aquel taburete— nos preparaba en su cocinilla de butano, nos dedicábamos a hablar por hablar, comentar temas de actualidad, filosofar entelequias, como decía Biscu, o, en su caso, recitar poemas de memoria en catalán, gallego o castellano. Era un lujo tenerlo al alcance de la mano y después, orgulloso, leerlo en los periódicos o en las revistas de la barbería.

Una tarde me lo propuso. Estaba nervioso, con esa timidez tan suya, casi de crío, lo cual daba a la escena una cierta hilaridad. Nos llevábamos más de veinte años y, sin embargo, yo parecía un profesor y él un alumno a punto de darme una excusa inaceptable. Me habló de una apuesta con amigos, no recuerdo ahora si eran también periodistas o escritores. Una apuesta en forma de libro de los de antes. De los de polis y ladras. Él, más viejo que yo, los llamaba de polis y serenos. En la España de la que hablamos, los setenta, un policía de protagonista era algo difícil de tragar. La policía seguía siendo de quien había sido y la gente lo sabía. En la comisaría de Via Laietana se había torturado y se seguía teniendo la mano larga. La novela de polis y ladras debía tener como protagonista un personaje ambiguo, pero del lado de los buenos, y al conocerme —eso dijo— había pensado que fuera detective privado. Quería que llevara mi nombre, le parecía fascinante ese Carvalho aportuguesado y así se permitía dejarse llevar por su particular morriña. No iba a ser del todo yo, insistía e insistía, porque como escritor quería que fuera una puerta a sus recuerdos y fantasmas, su mirada y su generación. Yo era demasiado joven y no quería mis ojos: solo mi apellido, mi despacho y algún que otro caso rocambolesco como el del cadáver tatuado o el del abuelo de Estefanía o aquel del marino mercante cupletista. A partir de ese momento, todo fue muy deprisa. Mi vida y la suya se mezclaron, se agitaron y se sirvieron cada vez más frías. Nos distanciamos. Para mí era incómodo muchas veces estar con él. Estaba en guardia o en pelota picada todo el tiempo cuando de él, tan reservado siempre, no sabía apenas nada. Y él tampoco podía mantener que ese Carvalho no era yo, no del todo yo porque ni él ni yo sabíamos ya dónde empezaba uno y dónde acababa otro. Sentí que me había robado el alma y, aunque seguía suministrándole argumentos, el sentimiento era el de estar tapiado en vida. Hasta me tuve que cambiar el apellido porque nadie quería contratar a un detective de novela y recuperé el Larios materno. Conocí a Poncela y a Charo López, eso sí, con la que intimé y sufrí, y con la que también sufrió la otra Charo. Era, en cierto modo, famoso, un famoso en el anonimato, y no me importó al principio; luego iba por días. Pero empecé a eso de no saber si tu vida es tuya y si actúas como lo haces porque eres así o porque quieres ser lo que crees que los demás piensan que eres. Su Carvalho era yo y no lo era. Había, en los libros, puntuales frases que se decían en

nuestras charlas, bastantes aspectos de mi manera de ser, mis casos, mi relación distorsionada con Charo o Biscúter. Pero también era él. Sus recuerdos, sus complejos, su niñez, su rabia escondida. El cinismo, la ternura y la melancolía, su mirada amarga a una ciudad como un paisaje sentimental que le iban arrebatando, un territorio derrotado que sólo quienes han pasado una guerra y otra guerra después de esa guerra pueden entender y explicar, me confesó más de una noche de ojos vidriosos. Yo me leía hasta que me dejé de leer. No soportaba viajar a Buenos Aires y leerlo luego. Pero tampoco soportaba no leerme porque la vida sin que El Escritor me explicara me hacía sentirme perdido, sin cámara que lo convirtiera todo en algo que valiera la pena.

«¿Quién eres?», me preguntaba yo cada vez con más insistencia, como el gato de Cheshire a Alicia.

¿Quién soy ahora?

A veces quise parecerme a quien estaba en los libros, convencido de que me descifraban. A veces he querido descubrir quién hubiera sido yo de no haber alquilado El Escritor el estudio debajo de nuestro despacho.

Cuando murió reconozco que sentí algo parecido al alivio. Luego, soledad. No la del personaje ni la del esclavo manumitido, o no del todo. Eché de menos hablar con él, que me explicara de qué iba todo esto, añoré los poemas recitados, cenas y borracheras. Pasados unos meses volví a intercalar el apellido de mi padre entre mi nombre y el Larios en la placa del despacho y en el membrete de las facturas que, cuando le da la gana, emite Estefanía.

Fuster, el fiel Fuster, sospechó de mí: era un final perfecto aquel de Bangkok. Personaje mata a Autor. Pero yo no soy un personaje. Soy un hombre. No soy una mirada, sino una manera de vivir las 24 horas de cada día. No lo maté, pero como le dije a Fuster: «No tengo coartada, sólo mi palabra». Pareció conformarse, pero desde entonces no nos hemos visto mucho.

El Escritor.

Ojalá estuviera aquí ahora.

Ojalá me dijera qué hacer con mi vida.

Ojalá hiciera con mi vida una novela que yo pudiera entender y que, al cabo de trescientas páginas, se resolviera con algo de verosimilitud, entrando al poco en el olvido, sin cicatrices.

8

GLACIAR

Desde los ventanales del Glaciar, esa cafetería, bar, lugar de pequeñas actuaciones, situado en una esquina de la Plaça Reial, la nostalgia se extiende por mi piel como una pomada caliente. Una nostalgia de nada y por nada, de un tiempo que ni es necesario ser vivido por uno para añorarlo y, si lo viví, tampoco fue tan armónico y hermoso como este ensoñarlo ahora, dejar pasar la tarde mirando la fauna de la plaza mudando de pelaje e intenciones a medida que mengua la intensidad del sol y empieza a tiritar el alumbrado eléctrico.

Me ha servido otro café Jordi, un espigado y leal amigo de cuando los dos éramos jóvenes e idiotas. Se ha dejado la barba, esa manía de ahora que, un día de estos, igual pruebo porque lo de los tatuajes, esos que serpentean por su brazo y cuello, ya me ha pillado muy viejo para no ser patético. Siempre que lo veo me digo que debería verle más para hablar de todo lo que no hemos hablado nunca, pero ahora estamos los dos frente a frente y no se me ocurre qué decir. A él le pasa igual.

—Deberíamos casarnos. El uno con el otro.

—No saldría bien, Pepe. Me da que tú eres muy celoso.

—No creas. Pero viviendo juntos, no sé, romperíamos ese nudo que nos atenaza.

—Los nudos están para sujetar. Así que ya está bien como estamos. Una vez fui al psicoanalista.

—Nunca lo hubiera imaginado. ¿Para qué?

—Aún no lo sé. Me dijo que me daba miedo quedarme desnudo enfrente del otro. Que no tenía límites con el interlocutor.

—¿Le dijiste que eras camarero?

—No me dio la gana. Debería haberlo sabido él sin que se lo dijera.

—Eso son los médiums, no los psicoanalistas…

—Ya. Lo dejé. Y tú ¿qué? ¿Qué te cuentas?

—El otro día conocí a Juliette Binoche.

—No jodas. La adoro. Desde *Azul* y los *Amantes del Pont Neuf*… ¿Te acuerdas de esas películas? —Carvalho asiente mientras toma un sorbo del café ya casi frío—. ¿Dónde la viste?

—Hay un hotel para la farándula en los Madriles. El Hotel de las Letras, se llama. Ella estaba en la puerta y yo cruzaba la calle…

—¿Hablaste con ella?

—Espera… Estaba cruzando y pensé: «Qué mujer tan guapa». Le brillaba la cara, en serio. Como a la Virgen María de los cuadros. A medida que me acercaba, me dije: «Joder, es Juliette Binoche», y entonces…

Zas.

Laura me ha cogido una vez más por sorpresa. Mano abierta en la nuca, golpe de camarada, pero que dado con la manita de Laura se queda siempre a medio camino entre caricia castrense y guantazo de oso panda adulto.

—¿De dónde sales?

—¿No sabías tú que la profesión está muy mal, Pepe? Ahora hasta hemos de atravesar paredes por convenio.

—A ti no te va mal.

—Depende de cómo lo mires. ¿Qué andas tomando?

—Un café.

—Ponme algo que no sea sólo un café —dice dirigiéndose a Jordi—. Lo que quieras tú me valdrá. ¿Un carajillo? Vale: caerá sobre tu conciencia. —Ya sentada—: ¿Qué cuentas?

Llega el carajillo. Laura obsequia al tal Jordi con una sonrisa, en esa boca enorme, que ilumina el local entero hasta casi achicharrarlo.

—Tengo una clienta que se empeña en creer que su hija muerta está viva. Es una puta de las desaparecidas. La llamaban La Niñata.

—Mala pinta entonces, Pepe.

—¿Qué sabes?

—Lo que yo sé es lo que consta en Autos y lo que me asegura la Constança, la portuguesa que me ha dado la serie de entrevistas. Supongo que me habrás seguido.

—No.

—Mientes, pero no me importa. A ver. La Niñata era retrasada. Cobraba una pensión por eso. Sesenta por ciento de minusvalía. De hecho, el resto de las chicas la protegían. Por ejemplo, cuando cerraba un trato y ellas veían que el cliente la podía tangar, se lo quitaban. La Niñata se ponía hecha una furia. Empezaba a berrear, a perseguir a la chica que se lo había quitado. Nunca entendió que lo hacían por su bien. Luego le daban la mitad de la pasta. Puro código. Era de Terrassa, creo.

—Sí, su madre dice que la iba a ver de vez en cuando.

—*Pots comptar!* Vivía en la indigencia, enganchada. Dormía a veces en la calle o, en el mejor de los casos, en las casas abandonadas del Carrer d'Ulldecona. Una vida miserable. Algunas de esas chicas pueden coger el autobús e irse a su casa y tener otra vida, mentirse un rato, al menos. Pero Terrassa estaba demasiado lejos. La droga la llevó al Gueño. Había noches que se quedaba en la tienda de campaña que éste tenía en la montaña. El tipo no discriminaba. Se lo proponía a todas, pero La Niñata era presa fácil: droga a cambio de sexo o lo que fuera aquello.

—No han localizado el cadáver. A eso se aferra la vieja.

—Las grúas removieron la montaña a un centenar de metros de donde estaba la tienda del Gueño. Pero a él le dio tiempo de subir, matarla, bajar y enterrarla luego lejos o cerca, lo que le diera la gana. Le dio tiempo a todo.

—¿Puedo hablar con la portuguesa?

—Puedes acompañarme siempre que no me la enamores o me la asustes.

—¿El Gueño dónde está?

—En prisión no. Por ahí andará, a la espera de juicio. Creyéndose una estrella. En parte es culpa mía, pero quizás la vanidad acabe por jugarle una mala pasada. En los tíos eso suele suceder. ¿Qué me das a cambio?

—Un asesor ministerial vicioso.

—Menuda novedad.

—Suena como futurible de algo. Buenas conexiones, ya sabes: Chanel, cocaína y Don Bernabéu.

—¡Paren rotativas! Tenemos la portada. Hoy por hoy eso no importa a casi nadie, compañero.

—Digamos que me importa a mí. Digamos que necesito esa información. Digamos lo que quieras.

—¿Quién es?

Le digo el nombre. Ni se inmuta.

—Ese tío está limpio. Es de los progresistas. Era amigo del juez Bermúdez mientras estuvo en sus cabales. Todos son medio amigos sin nadie por encima de ellos. El Supremo, quizás, los aforamientos, llegado el caso.

—Tú míramelo y hablamos. ¿Cuándo vamos a visitar a la mujer portuguesa?

—¿Qué hora es? —Laura la comprueba al pulsar el botón de desbloqueo de su iPhone—. En dos horas en la puerta de *La Vanguardia*. Si me aseguras que vienes no cojo la moto.

—Iremos en mi coche. Quedamos en Calvo Sotelo.

—Hostia, Calvo Sotelo, qué viejo eres, Pepiño.

Manías, rituales. Mantener los nombres franquistas de las calles, esas bromas amargas con las que a veces perdíamos el tiempo El Escritor y yo. General Mola, Infanta Carlota, Calvo Sotelo. Quizás en nada se volverán a cambiar por Avinguda José María Aznar —él, que hizo tantos y tantos independentistas—, Carrer Campanades a Morts y dentro de unos años —algunos, no demasiados—, Passeig Pujol Màrtir.

Laura y yo nos despedimos hasta dentro de nada. Aprovecharé para pasar por el despacho. Llevo conmigo el móvil apagado. Lleva días así. Sé por qué lo hago. Temo que ella haya llamado y temo que no lo haya hecho.

¿Cómo te encerraste en su mundo desquiciado…?

La conocí una noche que no debía yo estar ya en Madrid, pero, no recuerdo por qué, estaba. Luego supe que se había peleado con Carbonell y había decidido tomar una última copa sola, en uno de esos juegos de poder tan suyos. No me formé ninguna idea al respecto de ella más allá de que parecía una mujer de dinero que nunca ha estado sola ni ha necesitado compañía para sentirse atractiva. En aquella barra de Joséalfredo la abordé yo. Diría alguna idiotez y ella se rio, y al rato estábamos comiendo queso y bebiendo un crianza. Su familia era de Salamanca y Trujillo. Me dijo que estaba casada. Casada con un ejército de ninjas, ya que sólo hacía que girar la cabeza a un lado y a otro cuando salíamos a la calle o entrábamos a algún local. Se nos hizo tarde. Le pregunté si podía besarla y me dijo que sí, que claro. Forcé pasar la noche juntos y ella hubiera accedido, pero noté que era lo suficientemente tarde como para que quien tuviera en casa le armara un buen lío si llegaba ya amaneciendo y decidimos portarnos bien. Nos habíamos conocido un domingo y ya era casi horario laboral de lunes. La acompañé en taxi a dos calles de su portería. Quizás no nos volviéramos a ver. Era vulnerable y bonita. Lista y razonablemente divertida. En la cara unos ojos azules del color del iceberg que chocó contra el Titanic y cuerpo de gimnasta. Le gustaba leer poesía española y uno podía entrever cuál era su poder: colocar un foco sobre el hombre que le interesaba,

hacerlo sentir el más importante del mundo y, luego, encender y apagar la luz de ese foco sin explicar nunca por qué, caprichosamente, sin razón conocida o sospechada, uno ya no es todo para ella y es irrevocable. Hay tipos inteligentes que saben qué cosas se pueden conseguir y cuáles no. Yo no me cuento entre ellos, pero tampoco soy adicto a la inmolación, así que me lo tomé con calma. Por mí, no la hubiera vuelto a llamar, pero ella lo hizo al día siguiente. Me pidió que retrasara mi vuelta unas horas y se presentó en mi habitación. Llevaba unos pantalones de cuero y todo un muestrario de monerías y gestos que había hecho desde cría y que le servían para cualquier tío, pero yo, a veces muy a mi pesar, no soy cualquier tío.

—Oye, con un poquito de verdad ya me vale.

El resto es historia hasta aquí. Tenía combinación ganadora para que uno estuviera siempre pendiente de ella: amor incondicional y obsesivo, dulce y canalla, sin estrategia ni reserva de efectivos y cien problemas de todo tipo —clínicos, laborales, autoestima y en su matrimonio—. Y en todo este lío, sin un solo momento de calma, creo que me enamoré.

Más cosas que me llegan a la cabeza como al sacarlas del bolsillo después de una noche de juerga: unas llaves, unas monedas, un trozo de papel con un número anotado.

A ver qué tenemos por aquí: un libro de Galdós que siempre prometió regalar y nunca lo hizo.

Fotografías buenas y tremendas. Divertidas, sexys y atroces como aquellas que él le hizo: cara desencajada, lívida, muerta, accesible, con su ceñido vestido, en una casa que ni Novia Zombie recordaba si era la suya o cualquier otra. Detrás de ella, papel pintado arrancado en el que ella días atrás había escrito poemas de Ángel González y trocitos de canciones de Quique González, los González al rescate de ella, puesta hasta las trancas, él puesto, y sus morbos y sus putas que luego ella ha de ir a pagar hasta San Blas porque él es quien es y no estaría bien que lo vean haciendo tales menesteres y tú, bueno, a ti nadie te conoce, cariño.

Momentos, mensajes en el buzón de voz, cariñosos, caricias, la sensación de poder ser una cueva para alguien, esa mano que deshace tu jodida piel de caimán.

Stop, Carvalho, stop, stop.

¿Qué coño haces ahí en medio sin hacer nada?

Sabes la respuesta.

La sabes, pero no sirve para nada.

La respuesta es que ella no vale la pena.

La respuesta es que ella no valdrá la pena, pero eso da igual: tú tampoco lo vales después de ella.

—¡Jefe, jefe!, ¿no me oye? Llevo un buen rato llamándole a voces.

—Perdona, Biscu, estaba en mis cosas.

Ni me he dado cuenta de cuando he enfilado las Ramblas, y Biscu, que viene desde el Mercat de la Boqueria con dos bolsas, me aborda. Echo un vistazo a la compra: mucho, demasiado penacho verde.

—¿Desde cuándo criamos conejos?

—Muy gracioso. No sabía que iba a volver.

—Subo y bajo. He venido por el coche.

Seguimos andando. Le noto nervioso, raro.

—Dame una bolsa. ¿Qué te pasa, alma en pena?

—Ya puedo yo. Me lo nota, ¿no? Soy un libro abierto. Tengo que decirle algo y no sé cómo hacerlo.

—No me va a gustar, ¿no?

—Creo que no.

—Pues no me lo digas.

—Tengo que decírselo, pero tengo que estar preparado. ¿Comemos juntos mañana y hablamos? Le llevaré a un sitio que le va a encantar. Económico y excelente.

Estamos llegando. Guifré anda ahuyentando mendigas rumanas de las mesas de sus clientes como si fueran malos pensamientos en el día de la Primera Comunión.

—Dame una pista.

—No sea cansino.

—¿Te casas?

—¡No!

—¿Me dejas?

—Mañana lo hablamos.

—Eso es que me dejas.

—Le van grande los pantalones. Ha perdido peso últimamente, ¿verdad?

9

LA MUJER PORTUGUESA

Laura está de mala hostia. No resulta complicado de entender: he llegado tarde. Podría pedirle disculpas. Por supuesto. Pero improvisaré al respecto. Mi carácter, como el suyo, también se ha ido agriando con los años. Bien, llegamos tarde a visitar a una puta entre cliente y cliente. De acuerdo, pero no portamos los anillos a su boda. Acato la condena del silencio, pero no así el drama, aunque conozco lo suficiente a Laura para saber que, además de tratar de hacerme sentir mal, adornará su disgusto con todo tipo de golpes, chasquidos, lamentos, tacos y demás arsenal sonoro.

—El favor te lo hacía yo a ti. Te dije puntual.

—Mira, vuelves a dar un portazo como el que has dado al entrar y te comes hasta la carrocería. Te lo digo en serio.

—Para, que me bajo.

Paro. Se baja y da un portazo el doble de violento que el de la entrada. Me quedo unos instantes parado allí como un imbécil, convencido de que volverá a entrar. Quizás lo hubiera acabado haciendo si no hubiese atinado a ver una luz verde llegando hasta ella. Arranco y me dirijo a la puerta del cementerio de Montjuïc. Llegaré antes que su taxi. La gente que no tiene trabajo por cuenta ajena ni horarios marcados podemos plantearnos retos y sueños inalcanzables como éste: ganar en una carrera de los Autos Locos. Aprovecho que voy en marcha, que no temo a las multas por ir a más velocidad de la debida o por no detenerme en los semáforos cuando cambian a luz roja y porque soy blanco, autónomo y sentimental, cuando su chófer es marrón, asalariado y va a taxímetro, para llegar antes a destino.

Meto intermitente en la entrada bajo el túnel de la avenida Madrid cuando ya no procede, en una nueva ley de hechos consumados que el conductor al que apabullo puede que no entienda. Qué dislate todo desde un buen principio. Tengo la montaña de Montjuïc detrás del despacho y, sin embargo, me comprometí a pasar a buscar a Laura a treinta minutos de mal tráfico para regresar casi al punto de origen. Cuando quise cambiar el lugar de la cita supe que no tenía su móvil. Traté de localizarla en el teléfono que aparece en la web de *La Vanguardia*, pero allí no conseguí contactar con la periodista ni con sección alguna que respondiera a Sucesos y a punto estuvo de cerrarse sobre mí una sedosa trampa para osos para una suscripción anual. Finalmente conseguí su móvil, pero Laura no contestó. Cuando lo hizo yo ya estaba de camino circulando por Avinguda Roma y le colgué porque ya daba igual y nuestro común puteo empezaba a ser el Taj Mahal.

El tráfico anda nervioso cuando bajo por Borrell y llego al Paral·lel. Empalmo dos, tres, cuatro semáforos hasta que me detengo a la altura de la gasolinera que queda dejando atrás y a mi derecha El Molino, Arnau y el resto óseo de magnos dinosaurios que albergan en sus tripas vedettes, actores y espectadores probablemente muertos hace

más de cuarenta años, fecha límite de dictadores y presidentes de la Generalitat. La costumbre hace que eche un vistazo al móvil sentado sin cinturón en el asiento del copiloto. Al correo Gmail mal configurado —como un púgil perdedor nadie recibe mis golpes, pero yo encajo los de todos— y los mensajes grabados y *whatsapps* despreciados se han unido nuevas llamadas. Detenido en el semáforo compruebo que son tres. Las dos primeras, de Mi Novia Zombie, y la tercera, de Biscúter. En una ella ha dejado un mensaje. No resisto la tentación y me acerco el móvil a la oreja para escucharlo. No se le entiende nada. Me digo que es a causa del ruido del motor, ya que estoy de nuevo en marcha, en la rotonda, buscando el lateral de Ronda Litoral para dejarme caer hacia la entrada vieja del Cementerio de Montjuïc. Subo el volumen. Ella y su murmullo de delfín. Está puesta o no puede hablar. Aterrada o actriz de método. O todo a la vez. Quién sabe. De todo el mensaje sólo acierto a entender un «estoy» como sinónimo de permanecer, de no haberse caído del todo, de aguantar o de ser una mancha que uno no consigue limpiarse del todo.

—Pues yo ya no estoy, joder, yo ya me he ido.

Lanzo el móvil contra el asiento. Lo vuelvo a coger. Lo apago. Lo cojo. Lo enciendo cuando creo ver a Marc, el fotógrafo de Laura, con un casco de moto a la altura de su codo, departiendo con un par de putas restos de serie. La contraseña y vuelvo a escuchar con atención el mensaje: un minuto y medio de silencios, arrullos, lamentos, el «estoy» y nada más. Dudo, dudo y dudo mientras, marcha atrás el coche, consigo aparcarlo a escasos metros de Marc y las prostitutas. Mi dedo marca el teléfono de Mi Novia Zombie. Apagado. Suspiro profundamente dentro del coche. Salgo del Focus en el interior de un segundo suspiro lleno de sentido común y templanza. Sé que no debería hacerlo. Lo sé perfectamente. Pero lo hago: una y otra vez contra el techo del Focus hasta destrozarlo. Marc y las mujeres se giran. Se ponen en guardia cuando ven que me acerco. El cámara me reconoce. Eso las tranquiliza.

—Eran de Jazztel, ¿verdad? —dice una de las mujeres, pintarrajeada por su peor amiga del Imserso y vestida por la peor de EGB.

El taxi de Laura se detiene de inmediato a mis espaldas. Aprovecho lo que me queda de ira, simulo indiferencia y procedo a la elaborada acción de encenderme un Lucky. Ofrezco cigarrillos a la concurrencia. Acepta una de las putas. La otra lo ha dejado. Pregunta Laura por Constança. Le dicen que la estuvo esperando, pero que llegó un cliente y lo cogió. Marc, al parecer, también llegó tarde y, por eso, no pudo impedir que Constança no nos esperara.

—Me cago en vuestros muertos. En los de uno y en los del otro.

El cliente no quiere hacerlo dentro del coche. Le gusta conservarlo limpio. «Como quiera, Señor Pulido», le dice como le diría La Catalana, una mujerona de Reus con la que Constança compartió penas, alegrías y champán barato en el Dólar y el Kiss Me, hasta que se casó con su novio de infancia; «Todo muy *Pretty Woman*, Constança —se dice para sí siempre que lo piensa—, pero el Richard Gere aquí era canijo, cetrino y se le levantaba a golpe de pera por la diabetes». Pero al menos la retiró de esto. Desde la ventanilla la portuguesa calibra y no ve peligro.

—Apárcalo aquí mismo y acompáñame. ¿Cómo te llamas? Por dirigirme a ti, Señor Pulido.

El tipo echa el cuerpo atrás y empieza a buscar algo debajo del asiento. Constança se pone en guardia. El personaje saca un hierro, un mecanismo que la prostituta hacía años que no veía. Mientras le dice su nombre, de tan feo seguro que real —Juan Luis—, ensarta el hierro por un extremo en uno de los pedales y por el otro en el volante. Piensa la portuguesa con socarronería que se va a hacer al último hombre en España con antirrobo metálico mientras da unos pasos aquí y allá. Aligera el elástico, se mira las uñas de los pies pintadas de verde y negro, mueve la cabeza como un caballo que fuera consciente del pelo ensortijado y oloroso que tiene por crin, se encandila con el ruido de las pulseras y se pregunta si Juan Luis, alias El Pulido, habrá leído ayer y hoy el periódico. Una lástima haber dejado un ejemplar en la bolsa de plástico donde guarda sus pertenencias privadas, junto con el resto de las chicas. Nunca dinero ni documentos originales: que hay muchas que más que putas parecen tesoreras del PP.

Consulta el móvil. Tiene un mensaje escrito de la periodista diciendo que se retrasa. «Un poco tarde, rubia —se oye decir—. Estoy trabajando. No voy a dejar pasar clientes y clientes esperando a que tú aparezcas». Lo piensa, pero no le contesta: ya lo hará luego. El cliente —ralo de pelo, vestido con tergal el pantalón y una de esas camisas de rayas blancas y rojas sobre amarillas, dos por uno de ALDI Supermercados, y zapatos flamenquitos de rejilla— baja de su vehículo, cierra, comprueba, abre, cierra y vuelve a comprobar. Constança le pregunta qué quiere y, cuando sabe el servicio solicitado, pide el dinero sin especificar, que el Señor Pulido abona en billete y hasta monedas. Mientras la portuguesa se guarda la pasta en el bolso chilla, con ese acento que ella remarca un poco más, ya que siempre excita más tirarse a una extranjera que a una que podía ser tu vecina de rellano:

—Llevo a un *cabaleiro* conmigo.

Nadie contesta. Es más que posible que porque nadie la escuche. No importa. Eso no invalida que sea un buen sistema por si hay algún cliente que tenga pensado algo más de lo pactado. El hecho de que crea que, entre las malezas y las rocas, existe un ejército de amazonas y proxenetas dispuestos a salir en ayuda de uno de los suyos tranquiliza a las chicas. Especialmente a Constança, que anda inquieta por cómo habrá encajado el Gueño los artículos de la periodista, aunque lleva todo el día diciéndose que un garrulo como él no lee prensa. Quizás para ayudarse a quitar esos pensamientos de la cabeza le echa algo más de teatro y entona a Tony de Matos —*Somos dois caminhos paralelos, vamos pela vida lado a lado*—, a lo que el cliente le pregunta si es brasileña. Esa dichosa pregunta trampa a la que ella no se acostumbra, esa sensación de que ser portuguesa es un modelo viejo y defectuoso del primoroso modelo Chica de Ipanema.

—Soy de Coímbra. Pero mi abuela era brasileña —miente—. Me enseñó a bailar samba moviendo las caderas —más mentiras—. Se aprende encima de los troncos. Ya verás lo bien que lo pasaremos cuando me lleves al Festival de Río. —Juan Luis se detiene: no pilló la broma—. Es de reír, ángel de Dios. Cuidado con las vías. No te tropieces. Te quiero entero. ¿Conoces Portugal?

—No, soy del Barça y odio a Cristiano Ronaldo. Nunca iré a Portugal.

—Pero ahí tenemos más cosas bonitas, alma de cántaro. Yo también soy del Barça desde que ficharon a un antiguo novio mío, Vítor Baía.

—¿Vítor Baía fue novio tuyo?

—Sí. Los dos éramos unos críos, ya sabes cómo son esas cosas. Pasa ahora —Constança toma del brazo al instante a Juan Luis—, que no hay peligro. El tren avisa, no

como algunos hombres.

Cruzan las vías y se internan por un sendero, a través de una oscuridad rasgada por el brillo intermitente de una luna aventurera, escondiéndose y apareciendo entre las nubes. Hasta romántico, piensa Señor Pulido, para una felación de doce euros. Unos gatos andan a la greña. La luz ósea de la luna ilumina el interior del hueco en la maleza que las mujeres han dispuesto para sexo oral rápido y expeditivo. Aparta las ramas Constança con un brazo y le invita a entrar. Siguen los gatos con gritos de niño. Vuelve a sonar el móvil. La prostituta hace un gesto inequívoco con la mano a Juan Luis: contestará y colgará.

—Estoy trabajando. Si quieres, espérame media hora. Si no, iros. Habíamos quedado a una hora, ¿no? Estoy bien. No pasa nada. ¿Por qué tendría que estar nerviosa?

En ese momento mira a la cara del Señor Pulido tratando de desentrañar una aviesa treta del Gueño, pero no ve nada más que lo que hay: un *pringrao*, un tío raro pero indefenso, y, todo sea dicho, en una hipotética lucha uno contra uno, él tendría las de perder. «Te dejo».

—Está bien —dice Laura más para sí misma que para nosotros.

—¿Por qué no habría de estarlo? —pregunta Marc, pero ella finge no haberle escuchado.

Una de las chicas se adelanta al grupo y le espeta a Laura lo que todos, e incluso ella misma, pensamos.

—La has expuesto. A ella, a todas. ¿Cuánto le has pagado?

—Yo no pago a nadie. Hablé con quien quiso hablar.

—Conmigo no hablaste.

—No estarías.

—Tampoco te hubiera dicho nada. Esto no es un juego, ¿sabes? Ni es tu guerra, rubia. Vienes, haces hablar a la portuguesa, que poco le falta para largar, y publicas lo del Gueño. Dime: ¿qué crees que hará el Gueño ahora? Ese tío está loco. Loco de verdad. Ahora la pobre idiota esa es protagonista y de aquí a dos días ¿qué? Desaparecerá como las otras, y vosotros ¿dónde estaréis?

—Yo lo veo desde otro punto de vista. La única manera de que el Gueño pague por sus crímenes es que lo pillemos. Si es una cuestión pública y la opinión tensa un poco la cuerda, y así, cuando llegue la jueza se verá más presionada. Que la jueza retuerza la interpretación de las pruebas, que sea consciente de que si le absuelve por falta de pruebas está dejando libre a un asesino que volverá a matar.

—¡Qué bien sabes hablar, hija! Yo sólo te digo lo que hay.

—Además, hemos venido para llevarnos a la Constança. Sacarla un poco de aquí por un tiempo.

Laura miente o improvisa. Una y otra tienen razón, pero eso importa bien poco. Pasa un minuto o dos sin que nadie diga nada. La periodista está nerviosa. El cámara se le acerca y pregunta algo que no atino a escuchar. Es obvio que sobro, pero también son muchos los años y los favores debidos y pagados entre Laura y yo.

—¿Por dónde se ha ido la Constança?

—Ha cruzado las vías. La hemos oído vocear. ¿Vas a grabarla también chupándola?

Laura hace que no ha oído nada y da una indicación a Marc para que la siga. Yo apago el Lucky, me monto en el coche y, sin saber muy bien por qué, decido ir subiendo la montaña hasta llegar a algún sitio que permita controlar el panorama lo mejor posible.

—No te hagas daño con las ramas bajas. Yo lo sé y, en cuanto me descuido, me dejan los brazos hechos un cristo.

Constança y Juan Luis acceden al claro entre las hierbas. Es un lugar en el que no se puede estar de pie, como mucho encorvado. No es casual. El que el cliente no esté cómodo hace que todo sea más rápido. Si quiere meterla tumbado hay otros lugares —en la ladera, en la rotonda, bajo uno de los árboles con los faros apuntando el culo del fornicador— y otros precios. Este sitio es para felaciones o penetraciones anales con los pies clavados en la tierra tal que fueras un olivo viejo.

Constança desabrocha el cinturón de su cliente, desabotona, baja la cremallera. El pantalón se desliza hacia abajo dejando a la vista unos calzoncillos blancos de Madelman, que decía aquella veterana, la Evarista. Constança introduce la mano. El tipo se la coge por la muñeca:

—Espera. Me los quito yo. No quiero ensuciarlos.

«Señor Pulido hasta las últimas», piensa la portuguesa.

—¿Quieres que me deje las gafas mientras te la chupo?

—Me da igual.

La portuguesa se las quita y guarda en su bolso, en una funda con la bandera de los Estados Unidos y que hace clac al abrir y clic al cerrarse y todos esos clacs y clics siempre la tranquilizan. Con una mano ya le está cogiendo la polla. Le llega un mal presentimiento. Un espasmo de miedo, así que ha de aplicarse y conseguir que se corra rápido ese pajarillo para bajar en nada al encuentro de las otras chicas, la periodista y las luces tranquilizadoras de ciudad.

Con la boca empieza la mamada en un miembro que no cree que le dé mucha guerra, ya que en nada está a media asta y con ganas de fuegos artificiales. Las rodillas están dispuestas sobre la toalla más o menos limpia. No se ha quitado ni el abrigo y ahora lo agradece. Acabar y largarse. Miope, no puede ver lo que tiene alrededor, pero podría enumerarlo: trozos de papel higiénico, cartones de vino, de zumo de melocotón, empapados de las últimas lluvias, pañuelos de papel, condones, latas, gomas, trozos de vida y de pena arrancados y abandonados allí día tras día, mes a mes.

Ya se oyen los jadeos del cliente, que no sabe dónde colocar brazos y manos hasta que decide poner sus palmas casi de modo imperceptible sobre la cabeza de la portuguesa, que ya empieza a paladear el punto de amargura de la primera lefa. Esto ya está, piensa. No he de mancharme que luego me harán fotos, piensa también. Respirar, respirar, respirar y, de repente, en cuestión de un solo instante, todo cambia. Juan Luis quita las manos de su testa. Algo se mueve a su espalda.

No puede verlo, pero ella sabe que es él.

¿Qué otro podría ser?

Levanta la cabeza a tiempo de intuir desde su neblina miope cómo un puño lanzado a toda hostia impacta contra la nariz del Señor Pulido, que sangra y se mancha y se asusta, todo al mismo tiempo. Con los dientes, del tirón inesperado, Constança casi

desgarra la polla. El golpe no ha podido derribar del todo a Juan Luis porque las ramas detrás de él lo han impedido. Un brazo lo coge de la camisa mientras el otro se dirige a la cabeza de Constança agarrándola del pelo y ella girando como una peonza deseosa de alcanzar el bolso, las gafas, el móvil, las tijeras que allí guarda. Grita la mujer. Los gatos reanudan el enésimo *round* y parecen gritar con ella, conformando un chillido afilado que la montaña le devuelve en forma de eco burlón.

El Gueño lanza fuera al Señor Pulido, que da vueltas, cae, se levanta y vuelve a caer, echa a correr y acude hasta donde está su impoluto Ibiza, aunque sabe que no podrá abrirlo porque sus llaves sabe que cayeron de los pantalones en el interior de esa madriguera donde aún no sabe quién o qué ha entrado y está haciendo. De todos modos, la única opción que admite su cobardía es huir.

En el interior, el Gueño no consigue dar la vuelta a la mujer y ella cree que ésa puede ser una ventaja y puede que lo sea si consigue llegar hasta el bolso y las tijeras y entonces…, pero incluso así quizás no lo sea porque no cuenta con ese cordel de nylon alrededor del cuello y el tipo aquel tirando, apoyando su rodilla contra su espalda, y ella, que ya no puede gritar ni pedir auxilio ni tampoco rogar clemencia, maldecir o rezar, implorar a quien sea que, viniendo de tan lejos, de un sitio tan lindo, una haya de acabar en un lugar feo y asqueroso como ése.

Ese mismo enfado, esa rabia le permite darse la vuelta y el Gueño pierde por un extremo el nylon y sigue con las manos. Dice que la matará y la quemará y la enterrará a trocitos como a las otras putas. Constança sabe que lo hará. Que ésa es ahora la única verdad que tiene por delante.

Lo que daría ahora por llevar las gafas y enfocarle la mirada para que no se olvidara de ella.

Pero no puede. Ni eso le ha sido otorgado.

Y piensa y acude a Dios Todopoderoso.

Y a su madre que la enseñó a cantar y a decir *«yes, sir, silvuplé, madame»*.

Piensa en la gente a la que quiso y que la quiso.

Ha de aferrarse a ellos.

Dejar que sean ellos los que impidan que se la lleve al infierno.

El Gueño aprieta.

Oigo los gritos, pero ya voy descendiendo a la entrada del cementerio. Me bajo del coche y voy hacia el lugar de los gritos y aparece un panoli sangrando y señalando el lugar al que debo dirigirme, pero enseguida, detrás del panoli, reaparece Laura, que me empuja hacia el Focus. No hace falta que me diga que dé la vuelta y suba la montaña.

—Era el Gueño, la ha *matao*, el hijo de puta la ha *matao*.

La iluminación es escasa. Farolas aquí y allá. Los faros de mi coche, en ocasiones, alumbran terraplenes de la montaña, quedando abajo el puerto, las luces, los barcos y toda una ciudad que perfectamente puede permanecer de espaldas a nosotros para siempre. Serpentea la carretera, subiendo. Nadie. Nadie por ningún lado. Tampoco ningún coche en dirección contraria.

—Dale, dale, dale, Pepe… ¿No puedes ir más deprisa, joder?

Acelero y damos con un repecho que hace que, por un instante, las cuatro ruedas del Focus estén en el aire, y después de nuevo las líneas discontinuas en el asfalto, cuando, de repente, veo aparecer una masa de carne que no sé distinguir si es una alimaña o una persona. Trato de no impactar de lleno sobre ella, vira el coche, pero

golpea con el lateral en un intento del hombre —sí, ahora sé que lo es y casi sé quién es— de saltar por encima, golpeando con la pierna sobre el capó, saliendo lanzado hacia el lado contrario. El Focus da una vuelta por propia inercia. Luego se cala. Miro a Laura. Por unos instantes se muestra aturdida. Unos instantes apenas en los que el tipo se endereza. Está ahora a unos metros de mi vehículo, casi en el límite del alcance de los faros.

—¡Es él, Pepe, es él, el puto Gueño! Acelera, atropéllale, mátale, mátale…

Laura da a la llave de contacto. Piso el pedal necesario para que el automóvil se ponga en funcionamiento. Sé qué debo hacer al mismo tiempo que sé que no lo he de hacer y no soporto que me toque los huevos la periodista de sucesos del diario del Conde de Godó. Pienso en todo eso. Me apeo y voy hacia aquel tipo, que se está dando a la fuga. Primero anda, luego corre. Oigo los pasos de Laura por detrás. Por fortuna no sabe conducir. Estoy a punto de coger a ese hijo de perra. Se va acercando a la ladera. No podrá saltar, me digo, pero llegado el momento lo hace, dejándose rodar por ella, agarrándose a las ramas y piedras, conocedor del lugar y de las escapatorias, sabedor de que al menos yo no voy a tirarme por ese mismo sitio.

Llega Laura. Me empuja. Con violencia.

—¿Tienes pistola? ¡Dispárale, dispara, mátale!

Pero no saco la pistola. No pienso disparar a nadie.

—¡Eres un mierda, Pepe! Ese tío es un asesino, joder. Lo teníamos a huevo. Y no me vengas con que tú no matas a sangre fría, que no eres un asesino, que todos nos conocemos más de lo que querríamos.

—¿Estás loca o qué? ¿Quién te crees que soy?

—Ya no sé quién eres. Bueno, sí, eres nadie. No eres nada. Eres un puto fraude.

—Vete a la mierda.

—Un fraude o un cobarde: lo teníamos, joder, lo teníamos. Ese tío mata mujeres y las entierra y nadie hace nada… ¡Nada!

Llora, grita como una loca mientras baja por la carretera. Al superar el Focus, la oscuridad se la traga. Sin avisar, la soledad y la violencia me arrollan como un tren a toda hostia.

Una hora después conduzco en apariencia sin criterio. He cogido la Ronda Litoral y me he alejado de Barcelona, como si pudiera huir de mí mismo, de las palabras de la periodista, de todo lo que ha pasado en las últimas horas, desde la llamada inaudible de Mi Novia Zombie a todo lo demás, de esa charca, de esas arenas movedizas —quieto te hundes, si te mueves, antes te hundes— que son siempre una ciudad.

La portuguesa está viva.

El Gueño, por lo que a mí respecta, también.

Matar es algo serio. Mucho más de lo que se cree la gente que no lo ha hecho en su puta vida. Al matar cargas con el muerto el resto de tus días. Aunque no lo conozcas, aunque no hayas visto su cara, aunque solo te hayas defendido. Cargas con él toda tu existencia. Acabas cargando con todos los muertos, los buenos y los malos. Con los que te corresponden y los que el azar hizo que se encontrara en un extremo de tu mano tu pistola, tu necesidad de matar para vivir. Sé de lo que hablo. Tengo mis muertos. No hay día que no piense en ellos de una u otra manera.

Los viejos guerreros creían que sólo matando se apodera uno de la muerte. Uno mata para que no le maten. Cuantas más vidas arrebatas, más lejos lanzas tu propia muerte al interponer entre principio y fin tus asesinatos.

Pero yo no soy un viejo guerrero.

No soy ni soldado ni samurái.

He podido matar a aquella escoria y no lo he hecho.

¿Por qué?

En otro momento lo hubiera hecho. Ahora mismo aceleraría y lo atropellaría sin dudar, pero no entonces y no sabría decir por qué.

¿Qué importa?

¿Por qué estoy perdiendo tanto tiempo en esto?

¿Qué importa? Repito.

¿Qué importa lo que piense Laura?

Si no importa, ¿a qué viene sentirme tan jodido?

Jodido por todo y jodido por cada cosa, a trocitos, en particular, a lo largo y ancho o detenidamente.

No quiero volver a casa. Vueltas y vueltas a las costas de Garraf. He decidido hurgar más en una de mis heridas. Tomo la salida y entro en Sitges. Me dejo caer por una de las calles, sabiendo a dónde quiero llegar, al paseo, al hostal donde estuvimos Mi Novia Zombie y yo una vez que conseguimos despistar al supuesto guardaespaldas que se trajo en el propio AVE y también al que esperaba en Sants. Éste era un refuerzo llamado a última hora al que perdimos en el tercer parking en el que jugamos al gato y al ratón.

Mi Novia Zombie, la peor estratega de la Historia de la Humanidad.

En el hostal quedan habitaciones, pero no quiero cualquiera, señorita. Quiero aquélla, una que daba al mar. Dan muchas al mar, señor. Una alta. Un tercero o un cuarto. Intente que sea aquélla. ¿No se nota que estoy jodido? ¿En serio? La tipa de recepción me mira con cara de sorpresa, toma mi DNI, trata de endosarme una llave ancla que al rato dejo en precario en sus manos, y me intercalo y me barajo entre un bar gay y otro bar menos gay y otro abiertamente no gay y en cada uno me meto un Ardbeg con un escanciador de agua y el ánimo me cambia, me relativizo, y luego otro y otro y ya todo me da igual, si no fuera por mi lucidez, faro de los tiempos y de las circunstancias, y ya sé y ojalá fuese esto una novela de policías, porque entonces alguna mujer o algún hombre vendría hasta mí, galán francés de entreguerras, de entre cualquier guerra, especialmente las de cama, apostado en la barra con cincel, podría decirse, basculando pie y hombro de diferente lado del mismo cuerpo. Ese ser, preferiblemente mujer, me plantearía pasar una noche llena de fuegos fatuos y sonidos y gruñidos y tercios de canciones de humo azul a ritmo de ventosa cutánea. Cualquier cosa menos estarse aquí, solo, aguantando la barra, la columna, el espejo en el lavabo, la estructura del bar, mirando a un lado y otro del local sabiendo que lo único que consigue un hombre solo y desesperado es asustar, ahuyentar tanto a lobos como a corderos, consumiendo líquidos embriagantes como si no hubiera mañana, sabiendo que cada lingotazo que me meto es alimento para el Alien que me devora por dentro, nihilismo borrachuzo, pero mañana Biscu me llevará a algún restaurante vegano y me limpiará por dentro, bendito seas, fetillo.

Consigo salir del local. Estoy técnicamente ebrio para hacer repaso de todo y retener nada. Me gustaría follar (creo). Follar de una manera animalesca, aunque igual

sólo es una fantasía machista, pero (creo) eso me importa una mierda. A Mi Novia Zombie le gustaba. O fingía que le gustaba. De donde venía, hacérselo con un esqueleto de huesos y ausencias como yo era toda una novedad. Nada de tacones, nada de vibradores, nada de humillación, nada de cuerdas y terceras personas mirando o actuando. Sólo un almacén vacío tipo Clint Eastwood y ganas de huir. No es poco. Algo violento, algo privado. En Sitges, el Carrer Dos de Maig, que fue calle del Pecado, no es ya ni lo uno ni lo otro: un pasaje de locales con ruidos, luces y animales perezosos dentro.

El día y la noche que estuvimos aquí ella reía de manera distinta cuando conseguimos saber que estábamos lejos y solos, cuando la tormenta que tendría al volver a casa al día siguiente la desarbolaría casi por completo, pero ella siempre conservaba algo de poder para acariciar el hocico de la fiera sin que le mordiera. ¿Qué de secretos callaba que hacía que la bestia no le arrancara la mano de cuajo? No lo supe, no me lo dijo. Tampoco lo sé ahora. Cuando ella era ella y yo, yo, la cosa pintaba bien. Uno podía hasta pensar en que todo el cinismo servido sin mesura en mis cincuenta largos de vida no era sino ignorancia, cobardía o estupidez. Podía pensarse, sí.

Mi teléfono está intervenido.

Me siguen.

Me amenazan.

Me pegan.

Empieza a gustarme esta modalidad externa de autolesión.

Me gustaría llevarme a alguien a nuestra habitación y follármela, pero no me cruzo con nadie, nadie se cruza conmigo y yo no pago para follar a menos que esté de servicio y entonces pago para follar para poder preguntar. Somos una nueva generación de hombres distintos. No todos. No muchos. Hay quien paga por que se la chupen en matorrales y quien paga noches a precio de entrada de pisos de protección oficial y oficiosa. Pero no sea usted demagogo, señor Carvalho. Todo es relativo, todo es depende, todo es una mierda.

Todas las épocas fueron confusas, todas excitantes, así que cállese ahora quien sea que hable en mi cabeza porque un hombre de acción actúa, y si a eso vamos consigo que me abran desde dentro el hostal, que me den la llave ancla, subir a la habitación, y no sé si es aquélla, pero tiene ventana, y cuando abro la ventana no encuentro ni una luna lunera ni asesina, pero sí al mar, pero ni cielo ni mar me dicen mucho, así que me dejo caer sobre la cama y pienso que ya no pienso en ti, pero al pensar que no pienso, pienso y me pongo triste y debería estar más borracho porque aún consigo recitar esto:

—*Llanç-m'en lo llit, dolor me·n gita fora; cuyt esclatar mentre mon hull no plora*.

—Biscu, necesito un móvil.

—¿Otro?

—Sí, otro y ya. De una forma fácil. Píllamelo en el paqui de la otra vez y procura que no esté conectado con ninguna red de tráfico de armas.

—¿Se acuerda de que tenemos una comida?

—Casi no duermo de la emoción.

10

COLIRRÁBANOS ESPIRULINA

Decorado como una sauna seca, el Green Spot ocupa una de aquellas callejuelas cercanas al puerto y al corazón de la Barceloneta donde antes anidaban bazares para comprarte radios, neveras y estufas. Antes de llegar he mirado de reojo un restaurante mexicano y he cruzado rayos láser con un hombre oso de mirada melancólica y pinta de seguirte los pasos, pero es pura paranoia y lo sé y me digo que me relaje un poco. El resto buenos extras si piensas en un restaurante caro de comida mexicana. Cada patente globalizada viene con sus extras y el Green Spot tiene los suyos, veganos, vegetarianos o a dieta. Ah, otra vez mis prejuicios. Ahí tenemos la mesa redonda con dos jóvenes abogados y una pareja de clientes prestos a patentar una modalidad *on-line* de vivir sin oxígeno gestionada por su empresa en un local de planta baja con paredes de cristal. Hay sendos tipos con su portátil Apple y chupando de una pajita un zumo verde uno, naranja el otro. Un salmón con su bicicleta pegada y una familia pija de abuela rica, hijo traumatizado, hija superando divorcio y nieta riquísima y tontísima tratando de hacer entender los filtros de Instagram a la vieja, que se las da de contemporánea porque sabe sintonizar la tele y apretar, cuando se ve apurada, el botón de teleasistencia. Completan el bodegón una mesa de compañeros de trabajo jóvenes y divertidos, y una mujer leyendo una revista alrededor de una mesa baja.

A Biscúter y a mí nos ha salido a recibir una camarera simpática y ajena al desaliento de la vida y del amor. Nos ofrece unos chupitos —*shots*— concentrados de superalimentos que me recuerdan a lo que decía tomarse Super Ratón al final de su cuarto de hora de dibujos animados. No, gracias. Biscúter acepta y da buena cuenta de él. Elegimos platos, voy al lavabo en un largo pasillo con puertas escondidas para propiciar momentos hilarantes del cine mudo, perdón, silente.

Al regresar, nada más sentarme, el locuaz Biscúter ya ha pedido nuestros platos. Es posible que yo haya tardado más de lo asumible en el lavabo o que el servicio sea inmediato. Debo tener mala pinta. Vomitar antes de comer sólo te queda bien si eres modelo y tienes quince años. Llegan los primeros platos. Por un momento parece que vamos a comernos sombreros de Ascot.

—Pensé que le gustaría. Es un vegetariano para no vegetarianos. Todo es natural.

—Un jabalí también es natural, pero he de reconocer que jamás había probado unos colirrábanos como éstos.

—¿Lo dice en serio?

—Por supuesto.

—Son colirrábanos espirulina.

—A pesar de tener nombre de conspiradora romana están deliciosos. También hay pistachos y vinagreta de tamarindo. ¿Tú qué te has pedido? Así a primera vista parece la

guirnalda de flores de Platero, pero puedo estar equivocado. ¿Qué es? No me digas el nombre. Dime qué lleva.

—Un poco de todo. Se llama ensalada de verduras salvajes.

—Eres un antisistema, Biscúter. Me acomplejas. Te lo digo en serio.

—Ha de abrir su mente. Y cuidarse. Debería ir al médico y saber qué demonios le está pasando. Igual no es tan grave como se cree.

—Yo no creo que sea grave. La maquinaria, que empieza a fallar y ya está. No te preocupes: estoy bien.

—¿Sigue vomitando? ¿Lo ha hecho ahora?

Por fortuna, el *bourguignon* de setas y castañas con pasta *spätzle* fresca llega a tiempo y no he de mentirle para que me deje en paz. Biscu se ha pedido un plato de pimientos rojos con nueces servidas con pita y *crudités* de zanahoria y apio. Con el cambio de escena, fuerzo cambio de repertorio. Todos los platos están excelentes. Si me lo pregunta Biscu se lo reconoceré. Si me sigo comportando como un gilipollas es probable que acabe siendo un gilipollas, si no lo soy ya. Valoro, y mucho, lo que hace, lo que ha hecho todos estos años Biscúter conmigo. Pero desde hace un tiempo su atención me saca de quicio. La devoción y dedicación ha derivado en una cierta tiranía moral. Y que conste —me digo como si lo tuviera que glosar en mi Diario— que le he recibido con una sonrisa en los labios. Me ha parecido genial el aparatejo que me ha traído con su PIN, su PUK y su santísima madre. He fingido haber olvidado este almuerzo, he aguantado su mohín de Castafiore y aquí estamos en este sitio limpio, elegante y apto para aparecer en cualquier programa cultural alemán sobre Barcelona. Estoy poniendo lo mejor de mí mismo. El problema es que eso no es mucho.

Fue un error —siempre lo es— compartir un secreto con alguien. Explicarle primero mis malas digestiones, mis supuestas intolerancias después, el sangrado esporádico en heces fue definitivo y el inmenso despropósito táctico de pedirle que me recordara con antelación las visitas al doctor Vargas y sus chamanescas pruebas de sonido, color y cinemascope. Aunque quizás todo venga de más lejos. Desde hace años estamos enrabietados el uno con el otro. Lo estamos desde lo de Charo. Así lo mentamos los dos cuando lo mentamos: lo de Charo. Pero somos hombres a la vieja usanza y podemos ir en busca de una adolescente secuestrada por los indios, pero no nos vamos a poner a hablar de por qué Charo es lo que nos duele a los dos. Charo era mi historia de amor y docilidad. Charo era su amiga. Las cuerdas que sujetan ambas relaciones eran distintas. ¿Qué si la traté mal? Hice lo que pude. Lo que supe. A veces, tratar mal es la última manera digna de conseguir que alguien se aleje de ti y no se hunda contigo. Pero no me gusta recordar aquello. Está ahí, sin cerrarse, supurando pus, sin hablarlo, pendiente de dar el primer paso y pedir disculpas o explicarse o ya es tarde para todo eso. Está ahí y seguirá ahí. Y eso no le importa a nadie más que a mí y supongo que a Charo.

Pero no es sólo eso. Hay cosas que ya vienen de fábrica y Biscu no deja de ser un tipo obsesivo. Control, vigilancia exhaustiva y moralina sin ningún tipo de medida, a destajo. La venganza sobre el hijo pródigo. Castigo jesuita sobre el crápula arruinado y abandonado. No es sino el «ya te lo dije» de toda la vida. No puedo beber alcohol en el despacho sin notar su mirada ni oír el chasquear de su lengua: cada cigarrillo en su presencia es un clavo en la cruz. Es obvio que el resto del día que escapo a su presencia hago lo que me da la gana y que mi revolcarme en el aceite, la salsa y la sal lo disfruto todo lo que mi propio organismo me permite. Pero Biscúter me ha somatizado el alma,

me ha convertido en un marido infiel, ha vampirizado mis apetencias a golpe de remordimiento. Me escondo de él o busco el momento en que no está. Es, en definitiva, mi madre judía. ¿Cómo he dejado que esto pase? He hecho dejación de mis obligaciones de patrón, de macho alfa, de persona borde e intratable. Y esas cosas se acaban pagando. Quizás sea buen momento para empezar a recuperar el terreno perdido. De todos modos, si el motivo de la comida es darme la buena nueva de su despedida, ¿qué sentido tiene ahora enseñar los colmillos?

—¿Me lo vas a decir ya?

—Es que no sé por dónde empezar. Quería llegar a los postres para no hacer difícil el almuerzo.

—No quiero postres. No soportaría un helado variado de col, acelga y puerro.

—Deje el cinismo con las verduras ecológicas, jefe.

—¿Quieres dejar de llamarme jefe? Llámame Pepe.

—Es que no me sale.

—Pepe tiene casi las mismas letras que jefe.

—Pero no es lo mismo. Usted me llama Biscu, Biscúter.

—Porque a ti te gusta. Te encantó el apodo. Carvalho. Llámame Carvalho. Mira si hay postres que te gusten y me lo dices a los postres o en los cafés. No me pongas esa cara. Pagaremos a medias.

—No, no, es mía la invitación, señor Carvalho.

—Sin señor: Carvalho.

—Pero es que entonces no me sale el hablarle de usted.

—Ya nadie habla de usted. Sólo los acusados al juez, los curas pederastas y tú.

—No compare, señor… eh… Carvalho.

—Es igual, Biscu. Háblame como cuando los niños te piden que les devuelvas la pelota en un parque: eh, señor, señor…

—De acuerdo, jefe.

—Joder.

Llega el camarero, afectado y pegón, ya que en cada ir y venir una de las puertas o sillas recibe un golpe de cadera, pierna o brazo, casi como un tic. Nos retira el servicio. En nada llegarán los postres con todos los honores fatuos: fanfarrias y confeti.

—No sé qué vas a decirme a la hora de los postres, pero me lo puedo imaginar.

—Pues no creo que se lo imagine —me contesta, malicioso.

—No estoy para muchas sorpresas. Mira, aprovecho y te digo lo que he venido pensando. Biscu… Sé que lo haces de buena fe, pero quiero que bajes el control, la vigilancia, ¿entiendes? Mi vida es mía y la quiero vivir como yo quiero. No te ofendas. O, si te ofendes, es tu problema. En vez de ayudarme, me haces sentir enfermo. Es como lo de los médicos, las citas programadas, las pruebas, el resultado de las pruebas, acudir al brujo que te las interprete. Se acabó. No voy a ir más al médico. No voy a ir más al hospital. No sé si me estoy muriendo o sólo son los estragos de la edad en un cuerpo que no he cuidado mucho porque no he querido cuidarlo. Fue, es, una opción. Prefiero reventar ahora a llegar precario y hervido a los setenta sin acordarme de nada y de nadie. No quiero ponerme épico, Biscu, pero siempre he elegido cómo vivir y, cuando me llegue la hora, quiero elegir también cómo morir.

—Como quiera…, jefe. Pero cuidarse un poco no está de más. Su posición me parece un poco…, no se ofenda ahora usted, de niño mimado.

—Sí, ya lo dijiste antes y ayer y anteayer, te lo permito porque pagas tú. Sabes que te aprecio, pero *c'est fini, mon ami*. Sé lo que me hago y no me hago. Fin del tema, y trae de vuelta al despacho algo de carne roja y alegría, carajo, que eres tú quien me está enterrando en vida.

—Pero lo de los médicos…

—Como decía Bromuro: sólo si vas al médico se te diagnostica cáncer.

—Vuelven las bacanales de la Antigua Roma, pues —suelta, no sé yo si con tristeza o un punto ilusionado.

—Eres un puritano. Quizás lo fuiste siempre. Me gustaría que volviera el ladrón de coches de lujo que vacilaba por el Vall d'Arán. —Biscu sonríe. El retrato de Dorian Gray siempre despierta simpatías—. ¿Sabes que, de hecho, los romanos consideraron mucho tiempo al cocinero como el menos valioso de todos los esclavos? Para los valores republicanos la fama de los cocineros no fue sino la expresión de la decadencia.

Biscu va a hablar, pero calla. Baja la mirada al plato donde yacieron con más presencia que gloria los pimientos rojos.

—¿Cómo sabe todas esas cosas?

—Lo leí en los libros. Por eso los quemo ahora: para castigar la felicidad de lo inútil. Va, suéltalo ya. Pídeme en matrimonio de una vez.

—Hoy, al menos, le veo de buen humor.

—Es por no tener móvil. En cuanto Estefanía me lo entregue reconfigurado y dispuesto a amargarme la vida, me cambiará el ánimo. Lo sé, te aseguro que lo sé.

Digo esa bravuconada como un intento de bromear conmigo mismo, pero se me amarga en la boca la chanza de tan verdad que resulta ser. Ayer noche al romper el teléfono me liberaba de Mi Novia Zombie, de su tragedia, del vínculo que me unía. Hoy, pidiendo a Biscu que me consiga otro, estoy rogando volver a atarme, ciego, a la noria.

—Se lo digo ya, pero no se enfade. ¿Me lo promete?

—Te lo prometo.

Biscu se limpia la boca con la servilleta que deja el cerco húmedo de una naranja más farmacéutica que cítrica. Espero cualquier cosa. No voy a enfadarme. Un mejor trabajo, un cambio de sexo, una nueva nacionalidad. Lo que sea. No habrá problema, no habrá enfado posible.

—Jefe, voy a participar en *MasterChef*. ¿Sabe lo que es *MasterChef*? Es un programa televisivo de cocina, un concurso, uno de estos que te enseñan a ser chef. En televisión española. ¿Lo ha visto alguna vez? Creo que a usted le gustaría. Es de comida y cocineros y…

—Ya sé lo que es. Sé perfectamente lo que es. Lloros, publicidad, risas, competición, vejaciones, vanidad, escarnio, montaje, cretinismo, fama, estupidez: o sea, pura televisión.

Estefanía entró en el despacho cuando Biscúter y yo marchábamos a comer. No le pregunté el motivo de su absentismo, ni ella hizo el mínimo gesto de explicarlo o lamentarlo. ¿Para qué? Sólo le pago el sueldo. Le dejé encargado que me sintonizara en lo básico el móvil y me imprimiera todo lo que pudiera encontrar sobre el crimen de la amiga de Marina, un encargo que, al ser aceptado, he de trabajármelo, aunque no sé cómo enfocarlo. A Marina le pedí que me invitara a cenar en su casa a la primera

ocasión en que podamos asegurar la asistencia de Amèlia. Dudo que los próximos días el novio lanzador de manteros se deje ver por allí, pero quién sabe.

Debería centrarme también en saber cómo enfocar el tema de La Niñata, cualquier cosa que pueda acreditar qué se sabe sobre qué pudo pasar, cuatro líneas y una sinopsis creíble para la pobre mujer, que quiere no saber lo que ya sabe. El argumento de «si estuviera muerta me lo hubiera dicho», más allá del terreno de la metafísica y el esoterismo, tiene poco recorrido.

Debería llamar a Laura y yo debería ser llamado por Laura.

Debería, después de mi declaración de intenciones de este mediodía, telefonear a Alfons Subirats y seguir con nuestra subguía gastronómica, con más ganas ahora que conozco las pretensiones de diva de la alta cocina del esperpento este, que anda solícito y pensando en voz alta toda la tarde, como cuando de crío mi verbo se hacía carne y fingía ser aplicado para conseguir que me dejaran salir a pegar patadas a un balón con cualquiera que estuviera en esos momentos en la calle.

Debería trabajar todo lo que pueda, quedar con Alfons, llegar tarde y borracho a casa y dormirme a las primeras o segundas de cambio, previa película de Bela Tarr, que ésas nunca fallan. Me he quedado dormido con alguna de sus películas mirando una puerta, he cabeceado, soñado y despertado y seguía la misma puerta. Mirada cósmica le llaman. Lo que sea para no pensar, no recordar, no sentir, no volver a darle vueltas a todo, no recrearme en lo que no sé, analizando cada frase, cada situación, abierto en canal.

¿A qué esta obsesión, Carvalho? ¿No ves la exageración, la desmesura, lo ridículo de la comedia que escribes tú mismo?

No hay respuestas.

Quizás es que nadie en toda tu puñetera vida te había leído tan bien. Quizás porque eres viejo y estúpido y ella joven y estúpida. Quizás porque tienes miedo a morirte sin haber sentido ni una sola vez algo que no hayas podido probar, decepcionar y malguardar.

—¿Me estás atendiendo?

—Sí. No. Se me va la cabeza con lo del tonto este.

—Si le hace ilusión participar, ¿qué más te da? Al menos tiene ilusiones y no va de amargado como tú. Déjale en paz.

—Ya le dejo en paz. Llamar y recibir. No quiero más.

—Notarás que has perdido números. Los que no estaban en la tarjeta, pero te los colgué hará un par de semanas en la Nube. Tienes que ir y recuperarlos.

—Hazlo tú. No tengo ni idea de nubes.

—Pareces tonto, Pepe. ¿Sabes al menos la contraseña?

—Dos veces el número de Cruyff en la camiseta: 1414. Es la misma que para desbloquear.

Estefanía resopla mientras me pide el aparato. Trastea con él mientras me retiro con lo que ha vomitado la impresora sobre el asesinato de la abuela y la nieta de la amiga de Marina.

—Te pongo un control. Para que no conozcan tus hábitos de compra y demás. ¿Compras en Amazon?

—¿Qué es Amazon?

—Estás gilipollas.

El detector de insolencia se dispara. Se ilumina en rojo dentro de mi cabeza. Antes de hacer nada, me dejo caer en la silla, esa que fue ergonómica y que ahora apenas me sostiene sobre sus hierros, me enciendo un cigarrillo, que hoy —claro, por supuesto— no ocasiona ningún chasqueo, y empiezo con una lectura en diagonal de todos los medios que recogieron el caso. Todos copian al primero. Algunos ni se esmeran en disimularlo. Los más aplicados pasan una frase a pasiva y juguetean con el sujeto elíptico. Sigue el show de Biscúter para ver si a papá se le ha pasado el enfado.

—Han detenido a un adolescente de catorce años en Arabia Saudí por bailar la Macarena, y en Marruecos, la opinión pública está conmocionada por un video donde se ve a seis menores violar a una menor discapacitada en un autobús. Dicen que a Messi lo va a fichar el Manchester City.

¿Qué tipo de casting hacen en televisión?

No le contesto. Estoy enfadado con él, aunque sé que es desproporcionada mi posición, que acabaré haciendo el ridículo si la sigo manteniendo, pero me da igual. No soporto cuando algo privado, personal o instintivo se envasa, sirve y consume sólo con el objetivo de ser visto, colocado en una urna transparente a la vista de todos. Es populismo. Es barricidio. Es Gaudí te odia. La cocina no debería superar el comedor familiar o de un restaurante de cinco mesas y con cola máxima de quince minutos para ser atendido. Más allá del «está-bueno-cómo-lo-has-hecho-qué-lleva» es petulancia y esnobismo. La gente se declara, se casa, fornica, se insulta, se pega, se abraza, llora, viola y asesina para que la vean en televisión. Ahora también cocinan. Blindan su intimidad para gobiernos y asociaciones de padres y la entregan con alegría insana a Apple y al memo ese del Facebook.

En política interna mi asesor interior me indica que debería destensar el ambiente.

Decir algo oportuno.

No parecer un faraón niño, caprichoso y aburrido, pero ya estoy un poco harto de relativizarlo todo y que todo tenga el mismo precio.

—Y hoy Trump ni un mal *tweet,* y luego lo de Catalunya... ¿Usted qué cree que pasará, jefe, digo, Carvalho?

Se ha de reconocer que se está esforzando. Pero no voy a claudicar. Así que me levanto y cierro la puerta. Antes de que llegue a mi mesa está abierta otra vez. Estefanía y el móvil. Se viene arriba la chica. Lo noto.

—Eres un borde.

—Siéntate.

—No puedo ahora: tengo cosas que hacer.

—He dicho que te sientes.

El tono de mi voz le indica que debe hacerlo.

—No soy un maestro de los usos y costumbres, pero creo que soy bastante educado. En el último cuarto de hora creo que me has insultado demasiadas veces. Quizás el problema ha sido mío al darte excesiva confianza. A partir de ahora procura mantener un poco las distancias.

—¿Y eso? ¿Qué te ha picado...?

—Te pago la nómina cada mes. Hago la vista gorda con tus horarios y tu música y tus estupideces de niña malcriada que se cree con derecho a todo. Ese enfado crónico generacional de por qué debo estar trabajando si es de mayores. Pero no. Hay un límite. Educación, se llama. Respétalo o vete.

—Creo que estás pagando tus problemas personales con nosotros. Con Biscu antes, y ahora conmigo.

—Te aseguro que no.

—Si quieres me voy.

—Haz lo que quieras. No te estoy echando. Te estoy diciendo que, de tanto en tanto, recuerdes que yo podría ser tu padre, pero no lo soy y sí tu jefe. Contrólate. ¿Lo has entendido?

Lo de su padre es perfecta y automáticamente malinterpretado y de nada serviría decir que lo he dicho sin pensar. Da igual. Si se quiere largar, que se largue. Estoy harto de arrastrar fardos. Menea la cabeza. Podría ser que está asintiendo. Lo doy por bueno. Es demasiado orgullosa para mucho más.

—Ahora ya te puedes ir.

Cuando llega a la altura de la puerta le digo:

—Cuidado con la puerta.

Estefanía no se gira. Tiene cogido el pomo de la puerta y sale, cerrando un poco demasiado fuerte para mi gusto. Gran día el de hoy en lo que se refiere a relaciones laborales. Lástima no haber cogido de la Filmoteca *La huelga* y mirar una y otra vez al cadáver del pobre caballo en el puente levadizo como una vulgar ventanuca de tijera. Pongo a cargar el móvil en uno de los pocos enchufes libres. Cojo un rotulador y empiezo a tomar notas.

Cosas que recordaba mal. Cosas que no sabía. Cosas. Si no es por trabajo remunerado no muestro mucho interés en conocer al género humano, y mucho menos al que asesina, roba o destruye.

Abuela y nieta. La abuela muerta en el comedor y la nieta en su habitación. El perro manso cuyos ladridos nadie oyó. Una adolescente del piso de enfrente aquella mañana había escuchado una bronca de un tono más elevado que de costumbre. Al parecer era una familia de tres mujeres gritonas y peleonas. El crimen podría haberse perpetrado a eso de las once porque la vecina estaba escribiéndose con su novio cuando oyó la bronca monumental, y así lo hizo constar en el *whatsapp* correspondiente. Finalmente, sí que hubo robo. Dinero de un plazo fijo que había sacado la vieja el día anterior no se sabe muy bien para qué, unos cuatro mil euros y algunas joyas, según la hija superviviente. Las llaves y el móvil robados. Entorno de la menor. Movimientos antisistema. Los cuerpos llevaban horas sin vida. Desde la mañana. Amèlia tenía coartada. Estuvo en clase y, por la tarde, con aquel amigo suyo que fue quien llamó a los Mossos, ya que Amèlia estaba paralizada, en un lógico estado de shock.

¿Por dónde empezar, detective?

Por la brutalidad de los asesinatos y la hora en que se cometieron. Amèlia quedaba fuera de la cuestión. Al menos como ejecutora directa. Tenía el móvil de quedarse solita en el mundo, que suele ser una motivación suficiente para cometer tropelías, pero no de esa entidad, sin herencia millonaria de por medio. Tampoco sabemos eso, pero, si la hubiera, estaría durmiendo en un hotel y no refugiada en casa de Marina. Estaba la desaparición de móvil y llaves y resulta que no se forzó la puerta. Es decir, es bastante probable que entraran con esas llaves. Pudo ser cualquiera. Al menú le añadimos un guardia urbano violento que, probablemente, esté metido en una serie de extorsiones y robos, alguien que quizás, de verse sorprendido, puede decidir utilizar la violencia, pero

¿a esos extremos? Una cosa es lanzar manteros colina abajo y tener la mano larga, y otra perpetrar esta salvajada.

De todos modos: ¿cuál era el encargo? ¿Proteger a Marina de Amèlia y sus amistades peligrosas? ¿Descubrir el grado de participación activa o pasiva de la mujer o su consentimiento? Podía tratarse de un encargo resuelto con intuición y cuatro llamadas o el enigma irresoluble.

Compruebo mi situación bancaria. Un desastre sólo salvado porque tanto la pobre madre de La Niñata como Marina han hecho la provisión de fondos correspondiente. Es decir, tengo encargos. Compruebo mis ahorros. Santander y otros gánsteres en los que mantengo domiciliados recibos y un plan de jubilación que me permitirá dar de comer a las palomas debajo de Marqués de Barberà un par de días a la semana.

Decido averiguar quién lleva el caso en Mossos. Se me podrían caer los dedos si marco el número de Laura, así que me voy a la competencia. Localizo el de Alex Ferrer, en *El Periódico*, quien, solícito, me contesta con su característica voz de barítono echado a perder por la codicia de un agente de artistas.

No me sorprende el nombre que me da: Jordi Matacañas. Un buen investigador. Tranquilo, seguro de sí mismo, enamorado del roce de sus palabras al ser enunciadas por él. En el trabajo es concienzudo, desesperadamente lento para sus superiores. Parece sacado de una teleserie europea, de esas que cuando hacen la versión USA la estropean. Nada de alardes, por Dios, para qué. Padre burgalés, madre catalana. Cuarenta recién cumplidos como mucho. Natural de Santa Coloma como el Super Intendente Vicente. Nadie sabe en qué momento se tragó una escoba.

¿Qué hago?

Mover el culo e irme a Les Corts. Trabajo un poco antes de una Noche Subirats que acabo de convocar y me ha sido confirmada. Siempre dando lo que dice dar: ojalá Subirats hubiera sido mi fondo bancario.

—¿Teníamos cita?

—La última vez me dijiste que entrara sin avisar.

—¿Te importa que esté Mónica?

—¿Quién es Mónica?

—Es una compañera que lleva relaciones públicas. Ella grabará lo que hablemos. Esas cosas de arriba.

—Si quieres podemos ir a hablar a La Camarga. Conozco una mesa con un jarrón en medio la mar de tranquilo.

—No te recordaba tan divertido.

En unos segundos Mónica entra en la sala del piso superior de la Comisaría de Les Corts donde Matacañas me ha dado audiencia. Mónica lleva el pelo corto, es alta y bien formada, lleva gafas y una libreta. Me parece enternecedor hasta que saca un móvil y pulsa la tecla de grabar.

—¿Empezamos ya? Estoy en dos temas. Uno me han dicho que lo llevas tú, el segundo no lo sé, pero es posible que también lo lleves tú. Se trata de los asesinatos de las prostitutas de Montjuïc. Empecemos por éste.

—Es mío. Más asesinatos, menos policías.

Quiere impresionar a Mónica, que parece bastante impresionable.

—El de Montjuïc es casi un favor que hago a la madre de una de las chicas. Está convencida que su hija está viva. Es la que llamaban Niñata.

—Está por confirmar. No tenemos cadáver, pero hay testigos que dicen que el Gueño ha ido jactándose aquí y allá de que la ha matado.

—Pero donde dijo que la había enterrado no se ha encontrado nada.

—Por eso está por confirmar. Hubo un deslizamiento de tierras. Al menos, deberías saber eso.

—Hablar contigo me hace sentir imbécil.

—Lo siento.

—El otro día nos encontramos con el Gueño. Estuvo a punto de cargarse a una de las mujeres.

—Lo sabemos. Casi lo atropellas. ¿Aún lleváis pistola los detectives privados o ya sólo es una aplicación más del iPhone?

Qué risa. Mónica también ríe. Están liados. La vieja historia de siempre. Y yo, la botella de plástico vacía de Fontvella en el suelo, que nadie ha perdido y a la que van dando patadas unos y otros.

—La llevo, pero no la utilizo al tuntún. A veces puedes saltarle el ojo a alguien.

—Fin de la conversación. *Talla, Mónica*.

Mónica obedece.

—No jodas, Matacañas. Me vacilas tú, te vacilo yo. Piensa bien quién ha abierto fuego. Yo ya estaba aquí cuando tú empezaste. No fastidies. Un poco de broma no hay problema, nos reímos todos, pero yo también merezco un respeto.

Mónica espera una indicación para volver a poner en marcha la grabadora del móvil. El *mosso* le hace un gesto disuasorio: va a seguir hablando, pero no quiere grabaciones.

—No sé más. Estamos convencidos de que ese sádico ha matado a La Niñata y a un par más, pero no podemos asegurarlo. Estamos moviendo la montaña de arriba abajo. De todos modos, se le juzgará, y si la jueza y en Fiscalía se lo trabajan bien podrían aplicar la Doctrina Nani y juzgarle aunque no se encuentren los cuerpos. Es difícil, pero no imposible.

—De acuerdo. El otro tema es más complejo. Los asesinatos del Carrer Provença, la abuela y la nieta.

—No te puedo decir nada de ese tema. Hay investigación en curso. No hay secreto judicial, pero yo no te diré nada. Por cierto..., ¿quién te ha contratado? ¿Amèlia?

—No. Amèlia está viviendo en casa de una clienta y ésta anda más que inquieta.

—Lógico: las víctimas murieron a causa de un traumatismo craneal con un objeto contundente.

El policía sonríe complaciente. Dudo en decir algo que ya supongo que saben: el urbano y su relación con Amèlia. Opto por callar y esperar algún comentario más, pero pasa una eternidad y otra después.

—¿Y ella?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Es sospechosa o le habéis dejado creer que no lo es?

—Tiene coartada. Aquella mañana estuvo yendo a sus clases. Ella no los mató.

—Voy a intervenir sólo para tranquilizar a mi clienta. Pronto me veré con ella o ellos. Podemos colaborar.

—La mejor manera de colaborar sería que no intervinieses.

—Tienes razón. Con lo mal que se me ha dado siempre el colaboracionismo y no aprendo. ¿Y el perro?

—El perro no ha sido. Eso sí que te lo puedo asegurar.

Más risas de Mónica. Antes de que yo esté en la calle, esos dos estarán recopilando sus mejores bromas en un *Grandes del Humor*. Trato de agriarles el momento:

—Bueno, me voy. Suerte con las urnas. Sacadlas al final, que siempre da más emoción.

11

TAPAS ESPAÑOLAS CHINAS

Alfons Subirats probablemente es bígamo y bebe duro y come a todas horas y en cualquier circunstancia. Lo de la bigamia es algo con lo que bromea desde casi el primer momento en que le conocí, por lo que es probable que sea cierto. Aún no he decidido si me cae bien o no. Probablemente no lo sepa nunca. Subirats es mentiroso desde niño. «Miento para engañar». La frase, por honesta, me parece deslumbrante. Me digo que es sólo alguien con el que, de vez en cuando, me gusta estar, compartir unas horas, pero con probabilidad me engaño y ya es algo más en mis afectos. No recuerdo con exactitud cómo nos conocimos. Él dice que fue en un encargo profesional. Subirats es abogado de divorcios y penalista. Su mujer se llama Josefina y es procuradora. Nunca he conocido a la tal Josefina. Igual es la Chica de la Curva. Una noche me dijo que era homosexual. Y otra que su padre era de madera y se llamaba Pinocho.

Subirats es un hombre de obsesiones, pero distinto a Biscúter: distinto círculo infernal. Un hijo único que debió convivir con amigos imaginarios y madres de besos dramáticos y feroces y en ello anda: nuevos actores, mismos personajes. Un día alumbró la idea de confeccionar una ruta gastronómica de tapas españolas chinas. Tiene una tesis y la tesis es que las últimas tapas españolas tal y como se deben hacer y servir se dan en la actualidad, única y exclusivamente, en bares de barriada regentados por chinos. Le seguí la broma como una autolesión, un maltratar al personaje, pero ahora la chanza es espesa y aburrida. Se lo digo, pero él persevera. No por nada es abogado.

No entramos nunca en muchas valoraciones sobre la situación empresarial o mercantil de la familia china que suele regentar el mencionado local. En el fondo todo eso es como la vida de Subirats: mentiras sobre verdades y medias verdades tapando mentiras. La gota malaya de accionistas chinos sobre los antiguos propietarios del uso del bar. Una semana y otra y otra y otra. Su oferta al alza. Su compromiso en respetar al personal autóctono previa purga. Indemnizaciones de cuarenta y cinco días por año trabajado. Firma en el notario. Donde te dije cinco serán dos o tres. Lo tomas o lo dejas. El vendedor que ha quemado la tierra detrás de él acepta, claro que acepta. El personal que se queda en el traspaso desaparece al poco de que el personal chino —célula base: mujer, marido, hijos y cuñado— ha aprendido los rudimentos del chorizo suave, las chistorras, unas bravas a dos salsas, chocos y una sepia con ajillo y perejil, amén de bombas, pimientos de padrón y pescaditos fritos. «Olvida eso, Carvalho. No seas rojeras. *Open your mind*. Todo eso nos despista de la cuestión», insiste e insiste Subirats. Y la cuestión es cómo algunos consiguen conservar el toque a las tapas de toda la vida y que es inversamente proporcional a cómo lo ha perdido el personal ya sea catalán, murciano o de Calahorra. La decadencia hispana, a su parecer, en el tema de las tapas es identitario y gravísimo:

—Si perdemos las tapas, perdemos España.

El bareto en el que estamos no es mucho más que un pasillo que se abre al Carrer Caldes de Montbui, cerca de la Plaça Maragall, detrás de Navas de Tolosa. Le llamamos Cinco Euros porque eso reza en el letrero, y muchas veces, pidas lo que pidas, si el que te atiende es el cuñado del dueño, el precio es cinco euros. Como buen patriota y buen cocainómano, Subirats es un pesado. Me mal esconde ambas cosas. Cambia de patria con frecuencia porque lo suyo es la vehemencia frenada por un sentido agudo de la vergüenza ajena. Puede estar en contra del rescate de los bancos y la Ley hipotecaria hasta la primera *performance* en una manifestación. En ese mismo momento, ordenaría cien órdenes de desahucio y tres penas de muerte.

El del extremo del pasillo ha hecho premio con la máquina. Encima de él la televisión emite sin sonido, por lo que no se oye de qué discute esa mujer que discute y se enfada. Neorrealismo fuera y dentro del televisor. De aquí a nada pienso que veré dentro de ese aparatejo a Biscúter haciendo mohínes con delantal y tenedor en ristre. Me tiento en comentárselo al abogado, pero me puede una pereza inmensa.

—Si pueden falsificar un Louis Vuitton pueden falsificar una morcilla de arroz de Burgos. Es genética: pura capacidad de mímesis.

—La chistorra está bien. La añoraba. Con ese punto de sartén requemada y cancerígena. Me está sentando de muerte. Veremos mañana.

—Mañana ni la notarás, Pepe. Lo incluimos en la guía. ¿Cómo se llama? ¿En serio se llama Cinco Euros? No he visto el cartel.

—¿Cuántos bares llevas?

—Siete. Eran ocho, pero el Verde de Virgen de Montserrat ha vuelto a cambiar de chino: deberíamos volver.

—Es lo que siempre acaba pasando con los comandos: que aparece el meticuloso y los hace volver sobre sus pasos y entonces los pillan.

—Podemos darlo por bueno, pero estaremos generando información que puede llevar a extravío a futuros comandos revolucionarios taperos. Cada dueño da su toque a las bravas para que éstas sigan siendo las mismas. Pero, Pepe, come algo. ¿Quieres que pidamos sepia? ¿Pulpo…?

—Estás hablando a un gallego, por el Niño Dios. Además, esta noche quiero cocinar.

A veces le invito a cenar en casa. Pero hoy no es una de esas noches y quizás eso le moleste. No da tiempo a saberlo ya porque, de un salto, se levanta en dirección al lavabo. Otra vez. Por supuesto. Volverá medio enjaulado, amarga la saliva de las primeras palabras y con precaución de que yo no vea ni pregunte. Como si me importara. En nuestras primeras correrías me ofreció de su cocaína. Se lo negué supongo que con ademán patricio porque nunca lo ha vuelto a intentar. Esnifar cocaína es asignado en mi cerebro —aún deudor de estructuras y supraestructuras de la Historia — al mismo rango que practicar hípica, un polo Lacoste o enviar a tus hijos a un máster en Iowa. Todos esos niñatos con red al saltar. Toda esa altivez. Sé que es una estupidez. Una soberana estupidez. La droga es interclasista. Los traficantes aman el capitalismo salvaje. Y en este país toma y trafica con cocaína hasta tu madre, pero hay algo de imbecilidad manifiesta en todo eso. Nos es fácil indignarnos con nuestros gobernantes e instituciones mientras no ponemos ningún impedimento a los robos y humillaciones del *dealer* en cuestión, pero, escúchate, Carvalho…

Sí, a veces, ni yo me aguanto.

Soy un viejo cascarrabias y amargado. En mi defensa diré que lo vengo siendo desde los siete años. Antes de esa edad apenas recuerdo nada a excepción de una quemadura de cigarrillo en mi mano por parte de mi padre, involuntaria, por supuesto, y cómo mi abuelo Eusebio sacaba caramelos de detrás de mis orejas.

Regresa, Pepe: el abogado ya ha pagado.

En su coche, un Hyundai que el *renting* siempre hace que huela a nuevo, le digo que vayamos al Milano. Empieza a sonar una música que soporto, algo así como un jazz para llegar a tu domicilio y que allí te espere alguien maravilloso que te diga que la cena en donde los Turner se ha anulado y que por qué no te pones cómodo y nos quedamos en casa. Canta una mujer sus penas en inglés demasiado bien para que te las creas. La ciudad que pasa a través de los cristales tiene mucho de dulce emboscada. Subirats conduce bien, tranquilo, y ha hecho un paréntesis en su verborrea marca de la casa. Estamos ambos, por unos minutos, dentro de la misma burbuja de silencio y ensimismamiento mientras las calles nos acercan a la coctelería probablemente demasiado pronto. Los edificios parecen ser construcciones civilizadas de una ciudad sensata, en cierto modo irreal, casi alienígena. Barcelona, ahora, semeja un lugar agradable en el que vivir, siempre que lo haga dentro de un coche de gama alta. Sin ruidos mecánicos. Conseguimos aparcar en Balmes, a unos pasos del Milano, local al que se accede bajando unas escaleras neoyorquinas con arquitectura de profecía autocumplida. Descorremos las cortinas y compruebo que, por fortuna, hoy no hay actuación.

—Te miré lo del hombre gordo madrileño. Voy al lavabo y te lo explico.

No recordaba habérselo pedido.

Preferiría haberme quedado en la barra, pero Subirats tiene en Milano algo parecido a consideración de persona importante y el camarero nos dirige a una mesa. Una mesa, por cierto, como cualquiera de las otras. He de elegir entre silla o sofá y me hago el comodón. Un sofá siempre es el mejor sitio para aguantar a un cocainómano recién llegado del lavabo.

—¿Te sigue interesando o qué?

—Depende. En estos momentos no sé si tengo o no tengo caso, pero dime.

—En apariencia es como don Perfecto. Impecable, pero se habla de un expediente que tendría en su poder Pedro J.

—Pedro J. tiene expedientes de todo y de todos.

—Cosas sensibles a la opinión pública. Nada directamente con él. Pero ha frecuentado sitios en los que no debía estar. Sitios donde pasaban cosas que no deberían haber pasado en su presencia. Sitios donde se tomaban cosas que no se deberían tomar. Está casado. Tercer matrimonio. Dos hijos con la primera. Una hija con la segunda. Más jóvenes que él la segunda y la tercera, cosa que seguro ya conoces. No tiene muchas propiedades, pero gasta el dinero que tiene y que tendrá. Perfil combinado: progresista en lo que respecta a derechos sociales y libertad individual, y cerrazón en lo que supone la identidad e integridad de la Madre Patria. Un señorito de por allí, vamos. Hablan muy insistentemente de que entrará en el Gobierno de la Comunidad, pero nunca se sabe.

—Poca cosa.

—Viene de familia de dinero, pero menos de lo que presume y parece. Cadáveres en el armario tendrá, pero, vamos, no es Idi Amin.

Visualizo a Estefanía tecleando en Google Idi Amin.

La farlopa empieza a tensar y destensar los mandos de la máquina del millón del letrado y el resorte percute ya bolas extras en, por ejemplo, volantazos de cambio de tema:

—La otra noche dieron un documental muy interesante sobre mujeres de dictadores. Había cada hija de puta. Evita, por ejemplo, aprovechó el viaje a España para traernos carne, visitar al papa y dejar unos ahorrillos en Suiza de unos cuantos amigos alemanes exiliados. ¿Lo viste? Tú tienes pinta de no ver mucho la tele, ¿no?

—No.

—¿Pero tienes televisor en casa?

—Sí, pero solo para ver películas.

—¿Películas que dan en la tele?

—No, las alquilo en la Filmoteca.

—Ah, todo un intelectual.

—Yo no te he insultado.

—¿Sabes la que era una mujer decente y por eso se suicidó al enterarse del monstruo que tenía al lado?

—Yoko Ono.

—La de Stalin. Joder, Yoko Ono está viva.

—¿Seguro?

Llega mi Ardbeg con escanciador de agua y el Alexander de whisky del abogado. Me mojo los labios. Excelente. Poca comida en el estómago, debo recordar eso. Hoy he tenido que ir al zapatero a que me haga un par de agujeros más en el cinturón. Debería tratar de comer más al menos de lo que me sienta bien. Debería, claro. Pero aquí *deep inside* aparecen, regurgitadas, las chistorras.

Que si Mussolini, que si Trump, que si Maduro.

—Trump acabará siendo el mejor presidente de la historia de los Estados Unidos. Está loco, pero hace cosas que nadie se hubiera atrevido. Habrá más Trumps por Europa, por el mundo. Ya verás.

No le contesto. No me apetece escuchar mi voz en esa conversación. Ni tan siquiera sé si estoy de acuerdo o no con él. Me importa como nada. A un par de mesas hay una pareja de mujeres que tienen más interés para mí que Subirats, sus esposas de carniceros y el payaso de la Casa Blanca.

Nuevo volantazo ahora en dirección hacia el Tema:

—Los catalanes no queremos la independencia. No de verdad. Algunos sí, pero la mayoría, la gran mayoría, no. Lo que sí queremos es reclamarla. Pedirla, exigirla una y otra vez, generación tras generación. Fíjate. Cuando la hemos podido tener, entonces nos echamos atrás. Manifestarnos, hacer cadenas humanas, una uve mayúscula, llevar camisetas, interrumpir con aplausos el partido del Barça en el minuto 17:14, eso sí. Hemos sido un país en el que los chavales nos criábamos en grupos *escoltes*, centros parroquiales y *boy scouts*. Sabemos hacer excursiones, sabemos ir en fila. Y somos católicos. Tenemos *mossens*, Junqueras, Guardiola. Monjas alférez como Rahola y hasta santos, mira los Jordis. Ya verás, Carvalho, cuando los metan en la cárcel, la de *caganers* que venderemos, y perpetuaremos el martirio de baja intensidad y el folklore que es nuestra salsa, ya te digo. No nos ganan en 1714 y nos destrozan. Lo que nos gusta es sentirnos moralmente superiores a los españoles. Y es tan fácil sentirse moralmente superior a toda la casta facha española.

Trato de aportar algo a aquello mientras no dejo de mirar a una de las mujeres, que lo nota y me devuelve la mirada, con más curiosidad que interés depredador, todo sea dicho.

—Yo creo que la gente quiere que pase algo, aunque sea una tragedia o una comedia bufa. Todo menos más de lo mismo. Yo creo que hay dos millones de personas que ya se han independizado de España y tampoco me extraña.

—Pues ya está: ¿para qué quieres formalizar el divorcio? Haz vida por separado. Como yo, Pepe. Como los vascos.

—Esos tienen el cupo. Yo votaría a un partido cuyo único punto de gobierno fuera quitar el cupo y luego disolvería el país en el mar como la Atlántida.

—¿Y eso?

—Por joder.

—¿A los vascos?

—A todos, Subirats. No me van las banderas. Yo por no tener no tengo ni compatriotas. Una idea con la que están de acuerdo más de tres ya me parece altamente sospechosa.

—Pero tú estuviste en política. Fuiste comunista.

—Lo fui antes de ser joven. De hecho, le escribía los discursos al Lenin más melancólico. También fui novio de la mujer de Stalin. Siempre me fueron las suicidas.

—Eres un capullo. Nunca sé si hablas en serio o en broma. ¿Sabes si Lenin tenía mujer? Porque en el documental no salía. Tampoco le dio tiempo a ser dictador. ¿Tú tienes mujer?

—No.

—¿Divorciado?

—No.

—¿Hijos?

—Una que yo sepa. En Estados Unidos. Y no sigas preguntando.

—¿Por qué nos gustarán tanto las mujeres? A mí me chiflan. Con locura. No las deseo a todas, pero sí me gustan todas. Siempre estoy, aparte de la bigamia institucional, en seis o siete camas a la vez. Es una enfermedad de la que no me curo. Los hombres no me gustan. Me aburren. Somos patanes, monotemáticos, caninos.

—… y algunos, hasta españoles.

—Oye, que yo puedo ser independentista, pero no nacionalista.

—Antes te oía y sonabas a Ciudadanos. Y homosexual a ratos. Me lo dijiste.

—Soy Podemita con posibles. Son los que más follan. En Madrid al menos. Mi etapa homosexual fue breve. En cuanto dejé de ver películas de Brad Pitt se me pasó. ¿Otro de lo mismo…?

—Por supuesto.

—¿Aquí o vamos a otro sitio?

—Aquí y vamos a otro sitio.

—¿Es la mujer del tipo de Madrid la que te interesa…?

La pregunta me descoloca. Hago un gesto para que nos vuelvan a servir otra vez los combinados.

—No, no me interesa —digo, sabiendo que se me está viendo el farol.

—No hemos aprendido nada, amigo. ¿No has leído *El Gran Gatsby*, a Stendhal…?

—Conozco a un médico del Vall d'Hebrón que lee mucho, aunque de modo confuso.

—El arribista acaba *trinchado*. Siempre: no hay escapatoria. Es como los secuestradores con rehenes que piden un avión para salir del país. ¿Para qué pedís un avión, gilipollas? Si nunca ha salido bien, y ahí están los idiotas pidiendo el puñetero avión…

—Los atracadores no han visto *Tarde de perros*.

—Yo tampoco.

—Pero estate tranquilo. Las mujeres con doble vida me aburren. Tú me aburres, y mucho, cuando hablas de la tuya.

—¿Sabes qué pienso? Cambio de tema, ¿eh? —Al menos esta vez avisa—. Que si hundes España. Si la hundes en el mar, ¿qué pasa con Portugal?

—Será una isla. Nadie notará la diferencia.

—Azores y Lusitania. Suena bien. Una vez, de adolescente, tuve una novia portuguesa. ¿Sabes cómo se llamaba?

—¿Constança?

—No, Kátia. Sí, Kátia… Uf, acabé fatal. Me hizo trizas la portuguesa. Aún no lo sabía entonces, pero ella me enseñó que en esto del amor sólo hay dos opciones: morir o matar.

—«El amor es una carnicería».

—*Just can't get enough*. Tú recita a Pavese, yo a Depeche Mode. ¿Algún problema, detective?

Primeras noches de junio, cercanas las verbenas. Las ventanas abiertas para que el calor de la chimenea encendida sea soportable. Me he permitido el lujo de tener a alguien en mi cama. Duerme plácidamente. Me llegan sus ronquidos, casi quejidos o muelles de cama vieja. Se llama Ruth, trabaja en no sé qué y tiene dos hijos. Divorciada amigablemente. Gana mucho dinero, en ello ha insistido, pero eso no la hace feliz, por lo que está pensando en cambiar de vida y trabajo. Haciendo el amor no es tacaña ni impostada. Ha tenido mala suerte: la primera noche que va al Milano y se ha encontrado conmigo. A Subirats, que proponía pasarse por el Boadas, no le ha importado que causara baja. Probablemente le he servido de excusa para acostarse con su mujer número tres o cinco. No pregunté. Respeto, y mucho, la gestión de las propias inmundicias.

He quemado *Vida de los emperadores de Bizancio,* uno de Paul Theroux, *Mi historia secreta*, y acabo de lanzar uno de El Escritor, que nunca soporté, el del Comité Central. Un poco arbitrario todo, puedo llegar a asumirlo.

En la cocina hago más ruido del que quiero hacer hasta dar con la sartén con tapa que busco. A medida que dispongo las lonchas de beicon en el premeditadamente irónico aceite Carbonell a fuego medio, siento lo que echaba de menos esto. No te acalores, ya te añado. Salteo y salteo hasta que suelta la mayor parte de la pasta en forma de grasa, señor Beicon, asesor, hombre elegido para dominar a sublevados. Dorado del beicon, dorado su olor, removiéndolo con una cuchara de madera. No es lo mismo hacerlo con metal que con madera, del mismo modo que los vasos de plástico sólo deberían contener análisis de orina y, en casos de emergencia nacional, cubos de hielo. Retiro el beicon y lo pongo en un plato forrado con papel de suplemento cultural para que escurra lo que quede de grasa e impregne las novedades que hay que leer en la

playa. Los hígados de ternera que prometí a Biscúter que serían ejecutados a plancha y fuego y no me creyó, y bien que hizo, son salpimentados por ambos lados y espolvoreados con harina. Cualquier día revienta con la harina el abogado tarado, el abogado enamoriscado cada semana. Subo la temperatura para el aceite, cucharada sopera, y por orden castrense voy añadiendo los hígados de dos en dos. No hay que hacerlos mucho, Charo, atiende por el amor de Dios, se ha de conservar ese rosáceo de gloria bendita por dentro. Corrijo con aceite: soy un patán, ya. Retiro los hígados, que dicen que es un órgano que se regenera. Puerros a sartén a fuego alto. Los remuevo y rasco todo aquello que se quema. Otra vez esa cuchara de madera. Los peines también deberían ser de madera y las piernas de los piratas. Sal y pimienta. Agrego una golden que pasaba por ahí y el beicon y más fuego alto hasta que los jugos se evaporan. Añado el Calvados a la sartén caliente y una maravillosa llamarada me da la razón en la decisión de estar cocinando a estas horas de la madrugada. Cuando mengua, tapo la sartén. Fin de las llamas en Bizancio. Medio minuto cociéndose. Agrego el caldo y reduzco. Añado mantequilla y lo remuevo todo: fuego alto por encima de las murallas. Pruebo y sazono. Busco una fuente, introduzco la mezcla junto con los hígados. Antes de taparlo meto nariz. Huele maravillosamente. Quizás un puré de patatas sería lo suyo. Quizás. Pero no me apetece hacerme ahora un puré.

Vuelvo al dormitorio. Quedan un par de horas para que empiece a amanecer. Agarro un dedo del pie a Ruth y lo aprieto hasta que se despierta. Me pregunta qué pasa.

—Tienes que irte: mi mujer está a punto de llegar.

—Pensé que vivías solo.

—Yo también.

Se viste y se va. Si se despide, bajo la ducha no la oigo. Agua y jabón, suciedad, miedo y pensamientos girando a mis pies. Salgo, me seco y me visto ya en el dormitorio. Me paso los dedos por el cabello y me coloco mis Oxford Martinelli, el resto apenas importa. Peinado, vestido y limpio entro en la cocina. En el mármol está la fuente con ese maravilloso hígado de ternera con beicon, puerros, manzana golden y Calvados. Cojo la fuente y con una también maravillosa cuchara de madera deslizo el contenido de la fuente al cubo de la basura. Como hace dos noches. Como hace cuatro. Como el sábado pasado.

En siete horas de coche, si uno está loco, puede perfectamente plantarse en Madrid.

12

NUEVOS MINISTERIOS

Cuando amanece, la pelota roja luce hermosa sobre la planicie de Los Monegros y suena *Je ne peux pas rentrer chez moi*. La Briongos no entiende mi fascinación por este tipo enclenque y eterno. Hace nada le puse un video de cuando Aznavour era joven, aunque, en realidad, siempre fue viejo. Moviendo los brazos, la corbata desanudada sobre camisa blanca, todo expresividad, con el corazón abierto en canal y los dedos abriéndose paso dentro de él. Ella veía aquello y se reía. Soy tan viejo, todo es tan viejo que hasta resulta grotesco. La Briongos. Ahora no recuerdo si la he despedido o se ha marchado ella o ha sido una de las broncas de siempre con Biscúter, sin que, en esta ocasión, Biscúter haya hecho de chaleco antibalas de uno y otro.

Ella no entiende mi indiferencia, cuando no mi abierto desagrado ante la música. A diferencia de los libros y el puño en alto, la música que se hacía en este país en mi niñez iba del valenciano de turno apto para convocar tormentas en la proa de barco al enésimo cantautor con su protesta diciendo cosas sin decirlas del todo. Camisa negra, misa campesina y rural. Todo era y es beato en España. Hasta beber, bailar y matar. Por cosas así decidí largarme. Rechacé lo de Ámsterdam y acabé en Nueva York, quién sabe si huyendo de Carlos Mejía Godoy, Jarcha, una novia estudiante de banca o de que no se me pegara ninguna lacra nacional. El impacto fue enorme, pero mantuve el tipo. En Nueva York apenas confraternicé con españoles. Alguna portorriqueña sí, pero por el azar de los cuerpos más que por una lengua común que apenas hacíamos servir; y, por supuesto, cuando yo llegué ya habían matado a casi todos los Kennedy que importaban.

Cerca de mi apartamento en el Bowery, los locales de música ruidosa e infecta proliferaban, pero me resistía a ir por mucho que la curiosidad me empujara a hacerlo. Una noche acabé, por motivos laborales, por presenciar en escena a unos tipos que por el nombre me temí que fueran españolitos. Que no lo eran es lo mejor que pude decir de ellos. Parecían sacados de unas viñetas de dibujos animados: tejanos desgarrados, chupas de cuero y música atropellada. Los cuatro miembros iban todos al mismo barbero y les vendían la misma ropa y esnifaban los cuatro del mismo pegamento. He dicho motivos laborales porque, por cuestiones de vigilancia, estuve ejerciendo de portero en un local de Bowery, entre la Primera y la Segunda en el Lower East Side, el CBGB. Mi saturación de chicos y chicas pálidas, ropa negra, gafas de sol e imperdibles fue en aumento. Al menos me eché una inolvidable novia menuda, rubia y cabezona, camarera de aquel local, que decía que había sido conejita de *Playboy*, y otra, la portorriqueña que se llamaba Rosita, que un buen día se largó de casa llevándose hasta el televisor, lo que dio lugar —me han dicho— a un trozo de canción de uno de los vampiros de andares gatunos embutido en camisas de color magenta y zapatos de piel de serpiente del que fui guardaespaldas mientras bajaba a pillar heroína a los negratas, perdón, negros. Él me presentó a un tipo genial, grande y de un humor complicado,

atrapado en una silla de ruedas a causa de una polio y que había sido compositor de éxito en la década de los cincuenta. Decían que Elvis en persona llamaba a Doc cuando alguna frase en alguna canción no le parecía adecuada. Recuerdo algo que me dijo respecto de qué había querido ser él toda la vida, algo que deseó desde la línea de salida, arrastrándose como un gusano mientras los otros se levantaban y echaban a correr:

—¿Sabes qué he querido ser toda mi vida, Pepe? Un hombre entre hombres. Sólo eso.

Un hombre entre hombres. No sé si ya tiene sentido algo así. Pero si te lo decía él desde su silla de ruedas lo tenía.

—Doc, ¿qué podemos hacer al respecto?

—¿Al respecto de qué?

—Al respecto de todo.

—Concreta. ¿Al respecto del mundo, por ejemplo?

—Por ejemplo.

—Pues mi abuela vivió noventa y tres años y tres meses. Es mucho y no es mucho. Eso depende de cómo lo veas. Cada cual. *Anyway*. Cuando iba al médico siempre le decía: «¿Sabe qué, doctor? Yo no me quiero ir. Estoy muy bien en este planeta». Planeta y no mundo. ¿Por qué decía planeta la vieja? Hay que joderse.

—Es curioso, sí. Planeta.

—¿Puedo preguntarte una cosa sin que te ofendas, Pepe? —No esperó mi respuesta. Pregunta retórica lo llaman también ellos—. ¿Por qué los españoles habláis tan jodidamente mal el inglés?

—Los países que han sido imperio llevan mal lo de no hacer servir su idioma en cualquier lugar del… planeta.

—¿Has visto *Star Wars*?

—No.

—Yo te llevo. La he visto diez veces, pero no me importa.

—¿Va de planetas?

—Va de todo. Planeta. *Lonely Planet Boy*. Esa canción la tenía que haber escrito yo, Pepe. En realidad, creo que la compuse yo y esos niñatos me la han robado.

—¿Qué le debo?

El tipo no me escucha. He decidido parar porque he circulado con los ojos cerrados más de dos y tres veces y no es cuestión de hacérselo fácil a quien me quiere mal. Una chica sudamericana se coloca al otro lado de la barra, frente a mí. A mi gesto de abonar el café me ha hecho ella uno hacia el jefe, un maño cuyo todo atractivo hace unos veranos en el Caribe consistió en un billete de ida sin vuelta a España y regentar un local de desayunos y comidas que a buen seguro no era éste en la cabecita de esa chica. Hay rencor en la mirada y en el gesto de ésta. También tristeza. El susodicho está con los brazos cruzados mirando a lo lejos, absorto, probablemente con una tristeza muy parecida a la de la mujer si cambiamos derrota por rencor. No supo ser más de lo que es y ella no supo ser quien dijo ser. Si hago el esfuerzo que no tengo ganas de hacer comprobaría los intentos de la mujer por adecuar, descastar o acelerar la desintegración de esta cafetería de carretera. Los Monegros, ese desierto sin indios y que Europa nos

dure siempre. La chica se va sin motivo aparente y me quedo frente a mi imagen en un espejo. Me miro y me veo.

Tan cascado y tan lejos del principio.

La cara del padre. Siempre esa cara acaba por salir. Clarea el pelo, se me afilan los rasgos de tal manera que parezco una caricatura, unas tijeras abiertas y un papel en blanco en el que apuntar teléfonos en una pared también blanca.

¿Qué estoy haciendo yendo a Madrid?

Cuatro Caminos. Nuevos Ministerios. Prado. Imperial.

Todo grande, todo amplio, todo extraordinario en la Capital.

Voy, veo la evidencia y me curo de ella.

Eso es. Y ahora yo voy y me lo creo.

—¿Qué le debo, jefe?

Mi secreto homenaje a Biscúter surte efecto porque el maño, que, efectivamente, tiene mirada triste, me ladra el importe de mi café. Le pido que me cobre otro, pero el siguiente con un poco de orujo, que he de conducir. No pilla la broma o no le hace gracia. En Aragón, nunca han hecho gracia las bromas de los catalanes ni las de los gallegos en cuanto entran por León. Llega el carajillo, doy cuenta de todo y salgo afuera a fumar. El espectáculo es impresionante en el horizonte, los brochazos naranjas y azulados de la mañana. Me subo el cuello de la chaqueta y me abrazo sin amor. Doblo el brazo para fumar. La belleza me pregunta cuál fue la última vez que estuve bien en un sitio, en paz conmigo mismo. No soy capaz de contestar a eso.

Quizás por eso me agarro a ella para asirme, quizás a lo último bello. La recuerdo, paseando ambos por Zaragoza, con aquella capucha moscovita que sólo a Kate Moss y a ella les podría quedar bien. Recuerdo nuestros cuerpos en algún polvo por asalto en medio de la noche, sus gritos guturales y los míos de rendición y, ya dormida, sus patadas como para asegurarse de que seguía estando allí, a esa distancia, debajo de las mismas sábanas. Y yo, seguro, deseando escapar porque la mejor manera que tengo de ser yo y no hacerme daño es estar solo y..., ahora añorando esas patadas que no son sino caricias de lo cotidiano.

Ya en el coche, menos de la mitad hasta la Capital de las Españas que se desintegran, con lo que el arrepentimiento no puede hacerme regresar. Vibra el móvil en el bolsillo de mi chaqueta. No me acostumbraré a nada de esto. Tampoco he sabido instalar el manos libres. Así que me lo pongo en la oreja y sonrío a los radares que encuentro a mi paso. Es Marina. Quiere que cene en su casa esta noche. Estará la extraña compañera de piso y, supongo, alguno de los extraños novios de la extraña compañera de piso. Me temo que no será el urbano y eso será una lástima.

—¿Cómo que no puedes? Habíamos quedado en que cuando organizara una cena vendrías. Con lo que me ha costado ponerlos de acuerdo.

—Pues no puedo. Estoy fuera.

—¿Fuera de Barna?

Qué manía esa de acortar los nombres de las cosas, como si tuviéramos por lengua una máquina de etiquetar.

—Sí.

—¿Muy lejos?

—Bastante, y aún no he llegado. Ponla otro día.

—No creo que pueda.

—¿Les has dicho quién soy?

—Más o menos. Un amigo.

—No te aseguro nada. Si regreso hoy, será muy tarde. Quizás pudiéramos quedar en un local y hacer una copa.

—No sé si querrán. Amèlia es muy casera. ¿A dónde vas?

—Joder, Marina, a Madrid voy.

—Con el AVE son dos horas y media, tres.

—Lo sé.

Cuelgo y apago. Estas cosas me pasan por tener encendido el teléfono. En unas horas ya estoy metido en Madrid. Aparco cerca de la estación de Atocha. Es casi mediodía. Creo recordar que la tienda la abría siempre Lidia, su socia. La creativa, bonachona y paciente Lidia, amiga desde los tiempos de la universidad. Mi Novia Zombie es la de los contactos, la de la ilusión, y el riesgo a cargo —es de suponer— de su marido. No sé eso, lo imagino, lo presupongo, tan henchido estoy de odio patriarcal. No sé apenas nada de ella, todo es inventado.

Subo hasta la fuente del Ángel Caído para hacer tiempo sin ningún motivo y por respeto a los rituales, porque como dijo no sé quién la tradición que no es antigua no es tradición. Caigo por la cuesta de Moyano y dudo de otro café, pero si lo hago debería comer algo y tengo el estómago cerrado y revuelto como un saco con gato dentro. Sánchez Bustillo, y de Isabel a Inés, santas ambas. La tienda, abierta. Entro. Venden pulseras, anillos, pañuelos, faldas, blusas. Venden de todo. Bonito y caro. Supongo. Como ella. Supongo también. Ella no está. Lidia sale desde el interior. Me sonríe. No tiene ni idea de quién soy, pero, a pesar de la sonrisa, mi aspecto la ha puesto enseguida a la defensiva. Pregunto por Mi Novia Zombie. Le digo que soy amigo suyo. No me cree. No del todo. Pienso, de repente, que Lidia está secreta, o no tan secretamente, enamorada de Mi Novia Zombie. Su bisexualidad no escatimó nada con nadie.

—¿Vendrá luego?

—No creo. Está de baja.

—¿Algo grave?

—Catarro. Ya lleva días.

Lidia mantiene una reserva lógica. Pero no he conducido cien horas para rendirme ante un simple catarro. Sé dónde vive, pero no soy amigo de espectáculos. Además, allí estará el portero de la finca, el portero de planta, el mayordomo, escoltas y un perro que seguro responde al nombre de Bizcocho.

—Vengo de lejos para verla. Puedo llamarla, pero no creo que lo vaya a coger.

—La gente que no descuelga el teléfono a alguien lo hace, por lo general, porque no quiere hablar con ese alguien.

—Lidia, no estoy para juegos verbales. De hecho, no estoy ni para redacciones de tema libre. Soy Pepe.

Ella me conoce. Ella le ha hablado de mí. Debo reconocer que eso me gusta. Supongo que es algo, pero no sé si ese algo es ni tan siquiera una buena noticia.

—Está mala. De verdad. Muy mala. Pero es dura. Se volverá a levantar. Es un caos toda ella, pero se levantará.

—Llámala tú y pásamela.

—No puedo hacer eso. Me mataría.

—¿Qué está pasando?

—Es complicado. Todo. Ella, él, el laberinto. Ya sabes.

—Es lo malo de tener dinero. Luego no sabes vivir sin él. Llámala y dile que la espero en una hora en La Libre. Me quedo aquí para saber si acepta la cita.

Lidia duda. Finalmente llama desde el fijo de la tienda. También venden fulares. Preciosos los fulares. De lo bonitos que son te dan ganas de colgarte de ellos desde un tabique de madera. Mi Novia Zombie ha contestado. Lidia afirma con la cabeza. Me dirijo a la salida. Antes de que me vaya, me llama y me pide que me ponga al teléfono. Oigo lloriquear a la canija. Luego, reír. Me da las gracias. Me dice que está muy fea. Que tiene la cara un poco hinchada, pero que irá porque tiene muchas ganas de verme. En una hora estará allí. Me despido de Lidia.

—Cuídala. Ella no sabe hacerlo. Está mal donde está, pero también está protegida de ella misma.

—De acuerdo. Gracias por la llamada.

Lidia no contesta. En nada ya estoy entrando en La Libre, una cafetería con libros o una librería donde sirven cafés y tés. Es un local en el que te sientes bien. Me lo enseñó ella. Hojeo un libro sobre Gauguin y me acuerdo de El Escritor. Hay discos de vinilo viejos para que te rías con la pinta que tenían los héroes de los ochenta, libros de espías y médicos y músicos muertos. Me tomo un par de cafés y a las dos horas salgo del local sin que haya hecho acto de presencia la hija de puta. Subo por Santa Inés. Lidia está atendiendo a una clienta. Por educación me espero a que pague y se vaya.

—La comedia romántica se puso interesante pero la chica no apareció. Podía haber sido peor, supongo. Si la ves o hablas o te comunicas con ella de alguna manera, dile que se vaya a la mierda. Así. Muy poco elegante, lo sé, pero uno es lo que es.

Me voy al Botánico, pero está cerrado. Miro las colas del Prado y no sé a qué me he acercado si no pensaba entrar para mirar qué. Una pinacoteca es lo que necesito ahora. Seguro. Las Meninas en el taller de los fulares. La Niñata vestida y La Niñata desnuda, y aún dicen que el pescado es caro. Estoy desquiciado y a todo esto me fumo mil cigarrillos y pienso en telefonear a alguien conocido y todos están muertos o desaparecidos o molestos conmigo. Tomo el coche y trato de no despistarme en mi regreso a Barna, que diría aquélla. No conecto el móvil ni una sola vez en esas seis horas largas en que conduzco. Tampoco pienso en nada concreto. Acumulo horas y kilómetros. Reposto. Tomo un café y como algo. Y siento dolor y rabia y cansancio y, depositándose como amoniaco sobre una quemadura, algo parecido al alivio, a la maravillosa liberación de la derrota total.

A las dos horas no aguanto ni a Aznavour, sólo soporto el ruido del motor y de los huesos triturados de recuerdos.

13

CENA A LOS POSTRES

—Llegas a los postres.

Me disculpo. Es casi medianoche. No he pasado por casa. Me siento sudado, derrengado, de mala hostia. Todo lo menos indicado para una cena mitad trabajo mitad estupidez. Debería haberme duchado y cambiado de ropa. Quizás afeitarme. Quizás un poco de todo. Probablemente no estar aquí.

—Pensamos que no venías ya.

—Te dije que me iba un poco justo. He venido directo.

—Ven, que te presento.

Amèlia y Max se incorporan de la mesa para saludarme: un apretón de manos y un par de besos. Ella es muy delgada, mucho. Todo ojos y cabeza. Me recuerda a un insecto, un bichejo atractivo, de pestañas y brazos largos, en apariencia insignificante, pero de los que te pueden arrancar de cuajo el corazón. Se la ve desmejorada, incluso como lánguida estampa de daguerrotipo de dama victoriana. El hombre que reconozco como ex no tiene para nada la pinta de guardia urbano y sí la de cowboy sin medianoche, de noche ibicenca 1973. El otro novio debe estar poniendo multas en rotondas o lanzando a manteros por terraplenes. Nos sentamos. Me ofrecen postres. Rechazo postres. «Luego, saco los licores». Qué viejo suena eso. Antes, café. Uno más: aún no son diez, qué importa entonces. Nadie fuma. Ahora sí: yo. Marina me trae con contrariedad un cenicero que, creo, le ha enojado haber conservado hasta hoy. Dejo el paquete en la mesa. Max, como si estuviera en una boda, se anima. Él tiene ganas de hablar, Amèlia no lo parece.

—¿Qué tal el AVE?

—El AVE, bien. Lo he dejado durmiendo.

Max hace un amago de reírse. Tiene una cara simpática, en un tris de ser grotesca como todas las caras de la gente susceptible de ser feliz. Él es quien empieza a interrogar.

—Nos ha dicho Marina que eres profesor.

Esas cosas que uno debería ensayar antes. ¿Por qué demonios no le ha dicho que soy investigador privado? ¿Para no ponerme o ponerse en contra a Amèlia?

—Más o menos.

—¿Qué asignatura das? —pregunta el hombre.

—Historia.

—¿Qué Historia?

—Antigua, muy antigua, de hecho.

—¿En la Universidad?

—A distancia. No lo parezco, ¿verdad? Igual parezco un investigador privado o un alcohólico.

—Pepe tiene un sentido del humor muy particular.

—Humor gallego.

—Historia Antigua, entonces.

—Sí. En realidad, sólo doy un curso sobre Alejandro Magno.

—¿En serio? Me fascinan esos personajes. César, Alejandro, Napoleón…

—Hitler, Stalin, Mourinho, sus viudas…

—Líderes con métodos particulares. Te sigo, no creas. Alejandro Magno —Max abre la tertulia para las mujeres también: todo un detalle—. Ese tipo llegó a la India desde Macedonia. Helenizó miles de kilómetros de tierras desconocidas. Eran casi dioses esa gente. Colosos. Se creían capaces de todo y lo conseguían todo.

—Alejandro tuvo malos momentos: puso de moda las diademas, por ejemplo. ¿Max? Es Max, ¿verdad?

—Sí, Max.

—¿Maximiliano, Máximo…?

—Max.

—Max de Max.

—Exacto. Como Pepe de Pepe.

El pitido del microondas hace levantar a Marina, que, además de agua hirviendo, tiene la buena idea de traer de una vez el alcohol. Un orujo en envase misterioso y whisky medio horrible. Hielos. Juego conservador, entonces. Max se atreve con el agua de fuego, acostumbrado, supongo, a vivir entre pieles rojas. El agua es para Amèlia, que la tinta de color verde en una taza color calabaza. Pienso en Benetton mientras vigilo de reojo a Marina, que juguetea con mi paquete de Lucky sin saber muy bien qué hacer con él: escondérmelo o volver a fumar treinta años después de fumado su último Gaulois. Decido trabajar un poco y dejar de hacerme el listillo.

—¿Cómo lo llevas?

—Como puedo. Aún no me hago a la idea.

—¿Se sabe algo?

—Nada. Los Mossos siguen investigando. Mi hermana había perdido las llaves y la puerta no fue forzada. O sea, se las robaron sabiendo lo que iban a hacer.

—¿Qué iban a hacer?

—Robar. ¿Qué otra cosa iban a querer hacer?

—Hicieron algo más que eso, Amèlia.

—Lo sé. Era mi familia, ¿recuerdas?

—Perdona mi brusquedad. También puede ser que alguien probara suerte. Cualquier ladrón prefiere que no haya nadie cuando roban. Los ladrones suelen ser gente con tendencia al orden y al control de imprevistos y consecuencias que podrían hacer que sus actos pasen a ser otro tipo penal.

—En casa la gente salía y entraba. A mi yaya le gustaba pasear, ir al centro. Aún hacía la compra ella misma. Cada día un poquito para no venir cargada. Muy de tanto en tanto, los del Grupo 80, que ahora llevan unos paquis, venían a traerle la compra si pesaba mucho. Y mi hermana —se atraganta Amèlia con el recuerdo, la visión de la cría muerta a golpes— no debía haber estado en casa.

—¿Por…?

—Todo aquello pasó a media mañana al parecer, y ella se había quedado porque tenía un trabajo que entregar.

—Pepe, preguntas mucho, y no veo en qué puede ayudarte todo esto para tu próxima clase sobre Alejandro Magno.

—Gaugamela fue una victoria gestada en la preparación de los imprevistos. Además, ya te he dicho que en realidad soy detective y alcohólico. Un cliché de novela negra.

—No soy muy buen lector de esas novelas. No son conclusivas.

—Tranquilo, para compensarte la vida sí lo es.

—Tu amigo es genial, Marina.

En lo de mentir, como en casi cualquier cosa, lo peor es quedarte a medio camino. Pero, ahora que sopeso un poco al personaje, veo que la máscara ha sido un error. Doblo el orujo y Max apura el whisky dejando que los hielos choquen contra su boca, barba y bigote. Ese tío es un neurótico meticuloso. Seguro que al llegar a casa peinará Google hasta conocer a todos los especialistas docentes de Historia Antigua. Debo introducir algo de verdad en todo esto, pero se me adelanta Marina al intervenir:

—Sois dos gallitos de pelea. Pepe, tú pregunta menos, y Max, deja que la pobre pueda hablar de eso. Es bueno para el duelo.

Los dos machitos hacemos acto de contrición.

—A veces todo es cuestión de mala suerte. Entraron con o sin llaves, vieron aquello e improvisaron peor.

—No tiene sentido —interviene Max—. Que iban a robar es evidente. Que no supieran que allí había las personas que había es obvio. Pero esa violencia.

—Podía haber estado yo y…

—No pienses eso, cariño —la tranquiliza Max mientras le pone la mano sobre los hombros—. No pasó y ya está.

—Creo que os debo una disculpa. Marina y yo hace un montón de tiempo que no nos vemos y, al encontrarnos, le dije que era profesor, pero no lo soy —aquí la verdad para hacer más verosímil la mentira—. Lo siento, Marina, quería impresionarte, pero no había manera. Eres una mujer inexpugnable.

Marina me sigue la cuerda.

—De hecho, me impresionaste…, pero no lo suficiente.

—Me daba apuro decirte en lo que me he convertido. Sé que, con mi confesión, renuncio a toda posibilidad de dormir a tu lado. Lo sé, pero aun así.

Max sonríe.

—En fin… Allá va —¿qué digo? Ah, el fascinante chispazo de la ocurrencia—, soy API.

—¿Qué…?

—Agente de la Propiedad Inmobiliaria.

—Sabemos lo que es un API, por Dios. Ponme otro whisquito, Marina. Pues tranquilo, Pepe, que yo soy corredor de seguros, y Amèlia, actriz. ¿Sabéis que se me ha ocurrido? —prosigue Max—. Podíamos jugar a eso de desvelar una mentira que hayamos dicho esta noche.

—Yo no he dicho ninguna mentira. Aún —miente Marina.

—¿Sabéis qué es a lo que no he dejado de darle vueltas desde esa noche?

Amèlia ha pedido su momento de atención. Los actores, al igual que los psicópatas, pueden llegar a imitar muy bien los comportamientos humanos. No quiero ni pensar si algún día me encuentro con un actor o actriz psicópata. Su hilo de voz, su entonación ha

empezado a ritmo sonámbulo, pero enseguida se ha encarrilado por lo aprendido en algún curso de interpretación de quince días en un taller del Carrer d'Alcolea.

—A lo de Valent. A lo del perro. ¿Por qué no lo mataron?

—Nunca es fácil matar a un perro —contesto—. Cosas de la infancia. Tampoco ladró, he creído leer en la prensa. ¿Para qué matarlo?

—Valent es viejo y ni de cachorro ladró a nadie.

—Pero aquello debió ser más que una partida de la brisca, Amèlia. Es raro que el perro no reaccionara.

—Quizás lo hizo y no le oyeron de todos modos. Lo dejan en el pasillo, cierran la puerta y se acaba Valent.

—Pero eso no lo debían saber los ladrones.

—Si conocían a mi hermana, sí. Ella era la encargada de sacarlo por la noche. A veces la vi en compañía de esa chusma.

—La que me cayó por llevarme el perro al coche —interviene Max—. La poli —aclara —. Pero es que estaba lleno de sangre y lo estaba dejando todo perdido. Por eso lo llevé al maletero de mi coche. Yo qué sé. Pensé en las huellas dactilares. Además, en ese momento, con Amèlia llorando y llegando yo, le dio por aullar. Se creía que lo íbamos a sacar. No había salido desde la mañana, claro, pobre chucho.

—¿Dónde está ahora Valent?

—En casa de Max. Lo tuvimos aquí hasta hace nada. A Marina no le gustan mucho los animales —reprocha Amèlia.

—Y eso que una de mis hijas tiene pánico a los perros —se excusa, sin haberlo nadie pedido, Max—: Soy divorciado. Dos veces.

—No hay dos sin tres.

—A la tercera va la vencida.

—Tres eran tres las hijas de Elena.

—Estoy cansada, Max.

—¿No quieres jugar a las verdades y las mentiras?

Amèlia no dice nada. Max entiende la escena enseguida y coge una de las manos a Amèlia mientras con la otra fuerza el gesto indolente de ésta sobre su hombro. Otra modalidad de Zombie, pienso casi sin querer. Amèlia se deja hacer. Es una actriz de método melifluo, la hija enfermiza de la mesonera que languidece mirando el camino por el que se fue el caballero y esperará hasta que vuelva. Quien dice caballero dice cowboy o sheriff, y quien dice sheriff dice guardia urbano. Me encantaría haber jugado a verdad y mentira con esa mujer. De hecho, me encantaría jugar con ella a casi cualquier cosa.

Media hora más tarde, Amèlia es de suponer que duerme y Max se ha marchado después de permanecer encerrado con ella en su dormitorio. Según él, la ha dejado dormida, y Marina y yo —que estamos en la cocina— nos vamos a interpretar a un par de padres preocupados por su hija adolescente. Me he pasado al whisky a pesar de lo horrible que resulta. Marina se calienta las manos con otro de esos mejunjes en tazas naranjas que son usuales por aquí.

—¿Cómo se te ha ocurrido lo de que era profesor?

—Improvisé. Elegí entre las opciones que más rabia te dieran. Profesor no era lo peor. ¿Cómo lo ves?

—No lo veo de ninguna manera, Marina. No parece ser el típico robo que se complica, pero nunca se sabe. Últimamente hay bastante tarado con la medicación cambiada.

—¿Y a ellos? ¿Cómo los ves a ellos?

—No soy el más indicado para hablar de entes sociales que sumen más de un miembro. Son una pareja. Creo que uno da al otro lo que el otro no tiene. Max es una muleta. Absorbente, pero una muleta.

—Es el ex. No son una pareja.

—¿Él sabe que no son una pareja?

—Supongo. Debería saberlo.

—Es probable que la doncella adicta al abismo y al desvanecimiento esté jugando a dos barajas. Uno la cuida y otro la descuida: el equilibrio perfecto.

—No sé, todo es raro. Hoy Amèlia estaba más o menos normal, pero a veces, ya te lo dije, se queda callada, a oscuras en el comedor. Llego, enciendo las luces y la tienes ahí *com un mussol* diciendo cosas raras.

—¿Hasta cuándo la vas a tener por aquí? ¿Por qué no se va con el cowboy?

—A Max creo que le encantaría. Se lo ha propuesto varias veces. De ahí lo del perro.

—¿Cuándo vio por última vez al urbano? Pregúntaselo.

—*Què m'ha de preguntar?* —la presencia de Amèlia en la puerta nos ha pasado desapercibida. No sabemos desde cuándo está allí o qué ha escuchado.

—Controlas muy bien las entradas y salidas de escena. Se nota que eres actriz —digo tratando de resolver la incomodidad mientras Amèlia abre uno de los armarios, extrae un vaso y, abriendo la nevera, coge una botella de leche de avena. Pobres vacas.

—Marina… *Pregunta'm el que vulguis. No tinc cap problema en contestar.*

—Marina está preocupada por ti. Sólo eso. Y por tu otro novio. —Cuatro ojos odian más que dos. Doy fe de ello—. Ha sido mi curiosidad. Si has estado escuchando, lo sabrás…

—No estaba escuchando. No tengo otro novio. De hecho, no tengo ningún novio.

—*I aquell*?

—*Manel era un amic que vaig trobar al Meetic i ja està.*

—*Aquest Manel no m'agrada, Amèlia.*

Amèlia no contesta. Me sorprende que se quede con nosotros. Saca una de las sillas de debajo de la mesa y se sienta. Después de beber algo de leche, le da un sorbo a mi whisky. Al rato, otro. Espero una mueca de asco, pero no la hay. Exhibe una mirada perdida sin actuación. Es momento de que me vaya. En realidad, creo que con el culo de este whisky se acaba la velada, pero también mi participación en el encargo de Marina. Aquí no hay nada. Nada a excepción de la pareja de tarados de rigor y un motero canalla que igual ni vuelve a aparecer por aquí.

—Tú eres API, ¿no? ¿Nos podrías tasar el piso? No nos fiamos de la valoración del banco.

Otro sorbo, esta vez sin dejar de clavar sus ojos en los míos. Quizás seas Medusa, pero yo salgo de otro cuento, Baby Jane. De los tres cerditos, por ejemplo. O de *Doce pruebas de la inexistencia de Dios*. Librito este de Sebastian Faure publicado en Biblioteca Júcar con traducción de J. M. Domínguez en diciembre de 1980. Quemado hace ya mil años, según creo recordar.

14

ELVIS VIVE

—Eres tonta, Niñata. Eres retrasada. Una tarada de mierda.

—¡No es verdad, no soy una tarada!

—No lo digo yo. Lo dicen ellas. Te sacaron del coño de tu madre antes de tiempo. Te diste un golpe al nacer o vete a saber. Hasta tienes cara de mongo, de conejo mongólico.

—¡Vete a la mierda, feo, tuerto!

—¡Uy, que se enfada La Niñata subnormal! ¿Qué vas a hacer? ¿Irte sin tu mierda? Cuánta dignidad. ¿Qué haces? ¿Te vas o te quedas?

La mujer dudaría, seguro. Pero ella y él sabían que acabaría quedándose. Necesitaba meterse. La semana siguiente tenía otra vez hora con la asistenta, programa de la metadona. Solicitaría el ingreso en el Centro, volvería con su madre, a Terrassa, allí se curaría entre los olores y los ruidos de la tribu en aquella casa baja de Can N'Anglada.

Uno frente al otro. La mueca del hombre lo diría todo. Esa sonrisa de superioridad. Se desabrocharía el cinturón, el botón, abajo los dientes de la bragueta. Se cogería la polla con la mano y la palma de la otra la pondría sobre la cabeza de la chica, forzándola como un émbolo. ¿Quieres un chute, puta? Pues chúpala.

Chuparla para nada. Luego, le pega porque no se le levanta. Chuparla para pegarme.

¿Quieres todo esto? ¿O bien vas a dejar de ser una princesita mimada a la que se lo hacen todo —lo bueno y lo malo— y salir a la calle y hacer cosas de adultos como trabajar de verdad, luchar de verdad, integrarte de verdad en algo como una familia, un autobús, una cola de supermercado? Y vienes vete a saber de dónde, puesta o follada por otro, quizás el pringado gallego catalán ese, y te espero despierto fingiendo dormir y cuando te metes en la cama entro y no quieres y fuerzas, pero eso también lo hacías antes y te gustaba. ¿Ya no te gusta? Pues vete. La puerta dorada de la jaula está abierta. Fuera sólo queda la vida de verdad.

Chuparla para nada. Luego, se enfada con ella porque no se le levanta. Chuparla para odiarme.

Sacudo la cabeza como un dálmata de Disney de un modo tan esperpéntico que Briongos —cesada, despedida, readmitida o igual resulta que no pasó lo que yo creía que había pasado— me echa una mirada seguramente compasiva

—Dormirse en el trabajo es causa de despido.

—Si pudiera despedirme, me hubiera despedido hace ya tiempo. Por cierto, ¿tú no te habías ido para no volver?

—Me diste pena.

—Pero ayer y anteayer y el otro no viniste.

—Días de asuntos propios.

Me alegro de que haya vuelto. Últimamente me alegra más de lo que reconoceré tener gente alrededor. Que no me dejen a solas conmigo mismo, yo que fui tan misántropo, tan atornillado a mi estar y ser yo y sólo yo, sin dejarme acariciar, ni coger, ni esperar ni ser esperado. Que no me dejen pensando y soñando a la vez con La Niñata pobre de Montjuïc y La Niñata rica del barrio de Salamanca.

Gente alrededor hablando hasta que pueda desconectar la cabeza del cuerpo, el hígado del páncreas y ambos del cuerpo, y entonces un bocadillo de *finocchiona*.

Me encantaría ahora ese bocadillo de pan crujiente.

Me encantaría no haberla conocido.

Me encantaría que La Niñata estuviera viva, curándose en un Centro, tomando un tren de cercanías hacia Terrassa, donde su madre estaría cocinando unos largos, rojos y sabrosos pimientos morrones y un plato de zarangollo para untar pan, miga y corteza. Calabacín y huevo revuelto, cebolla, algo de patata, meloso hasta la hartura, como harta debía quedar La Niñata de esa vieja que nunca la entendía, porque hay gente incomprensible, y siempre diciéndole que si seguía así acabaría mal, y mira ahora, casi muerta, suerte que mamá escucha…

¿Te vas otra vez?

¿A qué hora vas a volver?

¿Con quién estás ahora?

La puerta de la entrada avisa que ha llegado Biscúter. También tarde. Este despacho es el circo de las pulgas.

—Hola a todos —nos viene a saludar su carita algo bronceada, presupongo, aunque igual se trata de una apreciación mía—. Llego un poco tarde por aquello.

—¡Estuviste estupendo, Biscu!

—Gracias. Estaba supernervioso. No es lo mismo hacerlo en casa que allí. Y eso que era la previa.

—Yo te vi bien.

Yo no digo nada. Imagino que hablan del programa de televisión. Recuerdo algo en su letrilla hecha de caracoles y caballitos de mar que me dejó en modo aviso en un *post-it*. Pero lo olvidé o no quise verlo… En realidad…, ¿qué hice ayer?

Podría ser una persona educada y preguntar.

Podría ser un caballero, levantarme, torcer el espinazo y saludar y felicitar a Biscúter.

Podría ser ese mismo caballero y cruzar la cara de Biscu con un guante cosido y pespunteado por vírgenes vestales de Talavera de la Reina de Inglaterra, y retarlo a duelo de tortilla encebollada rollo Barry Lyndon.

Podría, podría, por supuesto que podría.

Biscúter espera y requetespera que yo pueda. Me clava sus ojos de huevo un instante para bajarlos inmediatamente después y ya dejarlos fuera de mi alcance. Tiene el amor propio suficiente como para evitar que vea que se le han humedecido de rabia o de pena o de ambas cosas a la vez. Si los alzara aguantaría esa mirada. Por supuesto.

Llevo haciéndolo décadas y décadas a ojos más bonitos que ésos. A ojos que traían consigo cuerpos hermosos, cabezas hermosas, vidas hermosas a las que renuncié siempre por temor a destrozarlas, decepcionarlas, olvidar la combinación que me permitiera un día y otro acceder al secreto de los días iguales.

No tengo calderilla para ti, Biscúter.

Y él desiste, deja de esperar, se ofende, se va.

Sin portazo, claro.

—Cómo eres.

—Tengo margen para empeorar.

—No hace gracia, Pepe.

—No pretendía ser gracioso.

—¿Tanto te cuesta demostrar algo que sabes puede hacer feliz a alguien? Al pobrecillo le bastaba con un comentario de cortesía.

Suena mi móvil. No reconozco el número, aunque con el cambio de aparato vivo abocado al sobresalto y a las ofertas de telefonía.

—¿Carvalho...? Hola, soy Max. ¿Te acuerdas de mí? El amigo de Amèlia y Marina. La otra noche. La cena, Alejandro Magno.

—Sí, sí..., ¿qué tal, Max?

—Bien, espero no molestarte. Comentaste que eras API.

—Sí, bueno...

—Necesitamos uno. De hecho, es Amèlia quien lo necesita. El piso de la yaya Merçè está en la notaría por el tema de la herencia, pero quiere venderlo lo antes posible. Le trae malos recuerdos todo aquello. Lógico, ¿no crees? Y en mi casa podemos estar, pero cuando vienen las niñas es un lío. Tenemos una tasación pedida al banco, pero no me fío. No nos darán precio de mercado. No quiero utilizar el de la correduría porque es un capullo.

—Eh... Debería ver escrituras y demás.

—Me imagino.

—Te doy el número de fax.

—¿Fax? Te lo escaneo y te lo envío al mail.

—Sí, claro...

—Dime...

Pepe Carvalho no tiene mail por la misma razón que Frank Sinatra bebía y Ava Gardner se hartaba de él cuando lo hacía sin ella. Intento pedirle a Briongos que me facilite el suyo, pero está con los auriculares y me pueden el orgullo y la pereza de tener que aguantar su mohín de suficiencia al sacarme del lío.

—¿Carvalho...?

—Espera un momento, Max. Te doy uno operativo.

Dejo el móvil en mi mesa y salgo a la otra habitación, donde Biscúter anda con sus cosas. Le pido una dirección de correo que no sea de la agencia. Un poco por mantener la ficción, sin esperanzas ni tampoco sabiendo por qué he de hacerlo. No tenemos. Le pido el suyo y el nombre es tan idiota que no pienso humillarme ni en oírme pronunciarlo.

—Tenemos el de Charo.

Joder, joder, joder.

—¿Oye, Pepe...? Igual era mal momento y...

—No te preocupes. Es que aquí todo es un caos. Te doy el de la secretaria. ¿Apuntas? Rosariogarcialopez@hotmail.com.

—Necesitáis una operación de marketing, Pepe.

—Necesitamos un suicidio en masa.

Se ríe en una sola carcajada.

—¿Haces algo esta tarde?

—Depende. ¿Cuándo?

—Tarde noche. Soy miembro de un club de fans de Elvis, Club Tupelo. Hoy hay concierto del Club. ¿Por qué no te vienes? Si lo haces te llevo fotocopia de las escrituras. ¿Te gusta Elvis?

—Yo soy más de Priscilla.

Carcajada. Otra. Igual las tiene enlatadas y numeradas: una por broma como en un intercambio de espías en un puente.

—Siempre a la contra, ¿eh?

—¿Dónde es el magno evento?

—¿Conoces el City Hall?

—No, pero lo encuentro.

—Está debajo de Rambla Catalunya. Vente a eso de las nueve. Di que eres amigo mío. Basta que digas Max. Todos me conocen allí.

—¿Hay que ir disfrazado?

—Sí, por favor, y ya que estás flaco, aprovecha y evita etapa Las Vegas.

Cuelgo y noto la mirada de Briongos.

—¿Por qué has dado ese correo? Tú tienes el tuyo. Todos tenemos uno. Nos lo puso Xavi.

—No quería que saliera el nombre del despacho.

—¿Y eso?

—¿Tienes plan esta tarde?

—He quedado a partir de medianoche.

—Perfecto. Si sabes dónde está el City Hall te llevo a un concierto.

—¿Tú?

—Claro. Salimos a las ocho y media. ¿Voy bien así?

—Vas perfecto si quieres parecer que llevas la contabilidad del City Hall.

—Cary Grant. La pregunta es Cary Grant sí o no.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

Un poco de trabajo antes de las ocho y media.

Una propietaria que cree que tienen gente secuestrada en su piso alquilado.

Un yerno que quiere saber si su suegra finge tener alzhéimer.

Un empleado que roba móviles del almacén para revenderlos desde una página *on-line*.

Dos desapariciones que no lo serán dentro de veinticuatro horas.

Un pirado que cree que Dios le habla y le pide que no se duerma a menos que quiera que el mundo se destruya.

—Duerma, duerma usted tranquilo —le aconsejo casi deseando que sea cierto y acabe con todas nuestras cuitas estúpidas.

La novedad de la tarde es que el yerno ha reconocido a Biscúter por haber salido en televisión. Biscu ha enrojecido y se ha hinchado como un pollo de muestra. Yo he hecho como si no me hubiera dado cuenta. Menudo trío de tontos.

Son casi las nueve cuando Estefanía y yo enfilamos Rambla arriba. La brisa hace que refresque un poco. Debería hacer calor. Tenemos tal crisis de identidad en el país que hasta el mes de junio no sabe quién es.

—¿Tú crees que se votará?

—Claro. ¿Cómo vas a impedirlo en los pueblos?

—El Gobierno ha dicho que no.

—Ya, y para eso traerán a los Cien Mil Hijos de Arbeloa a impedirlo.

—Se alegrarán *dealers* y proxenetas.

—¿Eso te enseñaron en las escuelas del 15-M? Si estás insinuando que hay policías españoles que esnifan cocaína y utilizan sexo de alquiler es que no conoces a la policía española. A ninguna policía, de hecho.

—Me los veo de subidón agarrando del tobillo a una abuela y lanzándola escaleras abajo.

—Una abuela procesista es un objeto peligroso. Todos los objetos patrióticos lo son. A la independencia, como al matrimonio, se llega porque uno es muy pesado y el otro no cuelga el teléfono a tiempo.

—¿Qué crees que pasará?

—Es una partida de póker. Y los dos dicen tener buena mano. Mucha gente vuelve a tener una vida con sentido y agenda y a un precio no muy elevado. Pero perderán los de siempre. Esto es una historia de derechas, que serán las que quedarán después del huracán. Si ganan unos, volvemos a 1965, y si ganan los otros, nos gobernarán Testigos de Jehová.

—Vaya panorama.

—Nos podemos exiliar. Yo llevo exiliado desde que nací y no me va tan mal.

—¿Exiliado tú?

—Es algo sofisticado: lo llaman exilio interior.

Ya en el último tramo de la Rambla, con todo el *atrezzo* necesario, el quiosco abierto, como un vagón de ferrocarril iluminado, el vendedor paquistaní lanzando un objeto que sube tres, cuatro metros iluminado, para dejarse coger al caer, turistas aquí y allá subiendo, bajando, accediendo o desapareciendo por los brazos oscuros a derecha e izquierda. Pasamos al lado del Zurich y, sin hablar de nada, llegamos al primer tramo de Rambla Catalunya, entre Ronda Sant Pere y Gran Via.

Tengo claro que con Max va a ser jugar al gato y al ratón, por lo que creo que lo mejor es que las cartas, al menos las imprescindibles, estén boca arriba. Pero tengo la intuición de que debo conocer más a ese tipo y, como me suele pasar, esa intuición no es otra manera de decir que no me fío de él, a pesar de que me parece un gigante patoso que se cree más listo de lo que es. Me temo que sabe la mitad de la mitad de lo que piensa, hace y deshace Amèlia.

No me hubiera costado encontrar la sala de fiesta por la suma de bisontes con el tupé enhiesto, cincuentonas Peggy Sue, botas, motos y obesidad, junto a nuevas hornadas de rockers, todo acné y ganas de bronca para que este trozo de mundo de 2017 sea un parque temático John Milner y el último verano en que fuimos jóvenes. Me cruzo con una cazadora verde que reza algo sobre Veteranos de Vietnam, tres sombreros de

cowboy e innumerables camisetas con la careta de niñato de un Elvis adolescente, joven o ya tamaño barril. En la taquilla, cojo de la mano a Briongos para tomarle el pelo y en cuanto digo Max, en efecto, todos le conocen y nos dejan pasar. Un pasillo, unas escaleras, la barra de bar en un plano superior a donde vamos Estefanía y yo. El escenario queda abajo. El cartel es un número, casi que seguro, excesivo de imitadores, emuladores, admiradores voluntariosos y tipos ridículos haciendo de las mañas de Presley la posibilidad de homenajear o atrapar la esencia de un tiempo que ni conocieron ni al que, de haberlo conocido, hubieran podido acceder, atrapados en una España de roña, miedo y nostalgia rural.

Unos instantes antes de notar su mano sobre mi hombro, ya presiento a Max. Me giro y compruebo que sí, él se ha disfrazado. Pongo cara de sorpresa validada con nota por el Congreso Mundial de Mimos.

—*Elvis is back*. 1968.

A mí me recuerda más a un butifarrón de Burgos que a una estrella resucitando embutida en cuero negro reluciente.

—No has venido disfrazado.

—Claro que sí. De la época en que era camionero.

Lo ha pillado.

—Gracias por venir. —Le presento a Estefanía—. Mucho gusto. Ya ves, un cementerio para elefantes. —Briongos sonríe y me acerca un gintónic que no recuerdo haber pedido—. Es un poco *friqui*, pero hay de todo. Hay a quienes les gusta la música, los mejores. Coleccionistas de memorabilia. A quien simplemente le va el rollo, la moda, y quien se cree la reencarnación de Elvis Dios Padre.

—¿Y tú? —le inquiero.

—Me lo tomo con distancia. Me gusta la música de Elvis, claro. Mucho. También me va el rollo del wéstern y el cowboy. La libertad, el interpretar las normas respecto a tu propio código, vivir alejado de la manada.

—No soy experto en coherencia, pero te lo digo a vuela pluma: trabajas de corredor de seguros, te has casado dos o tres veces, imagino que pagarás religiosamente impuestos y pensiones de alimentos, pero al disfrazarte de Pat Garrett en una ciudad inofensiva de este asilo llamado Europa te sientes salvaje, libre, forajido.

—Es el espíritu, el alma, lo que llevamos dentro lo que nos define, Pepe, no fastidies. Que no eres tonto, así que no te lo hagas. Todos tenemos nuestras contradicciones. ¿Acaso tú no tienes? Tu disfraz tampoco es muy original: cínico, descreído, machista.

—No es un disfraz: soy todo eso. Eso y camionero.

Me golpea el hombro. Camaradas de telefilme.

—No te enfades, API: cada uno sabe lo suyo.

Echo un trago a la copa y me relajo mirando al tendido sin fijarme en nada. Max me da un sobre grande con membrete de Notaría Armas-Gabarró, en Passeig de Gràcia, pero la vista cansada me hace bailar los números. Dentro estarán las escrituras del piso. Me dice algo al oído, pero no consigo entender lo que me dice. En el escenario, un presentador de pelo relamido y traje gris a rayas azules anuncia que empiezan las actuaciones. Primero los karaokes. Amateurs ahora. Luego, los profesionales. Después, la actuación en directo del mejor imitador de Elvis en España y su banda de

acompañamiento con un guitarrista de pelo teñido que una vez conoció a un tipo cuya prima carnal había estado una tarde en Memphis.

—Échale también un vistazo al piso. Es de esos grandes de l'Eixample. A ver qué se puede pedir cuando empecemos a enseñarlo. Amèlia necesita empezar lo antes posible una nueva vida.

—Lo haré. ¿La conoces desde hace mucho?

—Sí, tres, cuatro años. Es una bonita historia de amor la nuestra. Algún día con una copa delante te la explico. Hemos tenido nuestros dramas y parones. Nos dejamos de ver durante algún tiempo. Cuando nos conocimos ambos estábamos con pareja.

—¿La madre de tus hijos?

—Hijas. No, la segunda. No tuve críos con ella. Algo aprendí de la primera experiencia. Pero Merche tenía un hijo de su anterior relación.

—¿A qué viene esas ganas de casarse y descasarse?

—Soy un romántico. Necesito estar enamorado. La intensidad me mata, lo sé. Y cuando lo tengo, creo que será para siempre. Me encanta estar al lado de la persona que amas. No hay nada mejor que esa armonía zen. ¿A ti no te ha pasado?

—No.

Se me embozan en la lengua dos o trescientas réplicas mordaces, pero las reprimo. He de portarme bien. Al menos los próximos cinco minutos.

—Suena triste.

—Depende de la pianola que lo toque. El Romanticismo y el tomate frito son lo peor que le ha pasado a esta civilización en toda su historia.

Sé que han sido menos de cinco minutos, pero he hecho todo lo que he podido y he conseguido dos o tres carcajadas de Max en un sonido casi natural. Un tipo destroza una balada melosa e insufrible bajo los focos. Acaba la canción. Movimientos espasmódicos con pierna de madera incluida. Vítores y aplausos.

—A veces uno se esconde de sí mismo. —Me temo lo peor y lo peor llega—. Mira, Amèlia y yo lo dejamos casi un año. Nos veíamos, a veces nos liábamos y otras no. Era muy doloroso. Seguíamos con nuestras parejas, pero nos veíamos. Hasta que todo se fue a la mierda. Y un año después, una tarde, lo recuerdo como si fuera ahora, escuché una canción que me recordó a ella. Una de esas canciones horteras que..., bueno, da igual. Busqué su teléfono en una pequeña agenda de papel y la llamé para ir al cine. Y me dijo que sí. Yo ya estaba separado. Tenía un medio lío, pero nada que valiese la pena. Ella estaba en trámites de divorciarse del gilipollas aquel. Bueno, nos vimos y todo seguía ahí. Volvimos a liarnos. Fue mejor que la primera vez porque ya no teníamos que escondernos, podíamos vernos todo el fin de semana, hacer planes...

—Hasta hoy.

—No, no creas. Ojalá. Amèlia es muy complicada. Mucho. ¿Por qué nos gusta tanto la gente complicada? Estoy dando por supuesto que a ti también, y ya sé que vas a poner cara de palo y decirme que a ti no. Que a ti no te gusta nadie. Ni complicado ni sencillo. En fin, acabo ya. Amèlia tuvo un momento de duda. Estábamos muy bien y, de repente, cambió. Ya no era la misma. Hace dos, tres meses. Así que un buen día me dice aquello de «necesito tiempo para saber qué quiero hacer con mi vida». Eso siempre significa que tiene una duda entre otro tío y tú. Me dolió, pero no iba a rendirme. Amèlia suele confundir lo que hace, lo que quiere y lo que desea. Al final, opté por no saber y...

—No me lo creo. No me creo que dejaras pasar el saber qué o quién.

—¿Tú cantarás? —pregunta Estefanía. Max asiente con la cabeza—. ¿Qué canción?

—¿Conoces el cancionero de Elvis?

—No, pero lo busco en Spotify.

—*Suspicious minds*. Del 69. Su último número uno de verdad.

No sé por dónde reenganchar la conversación ni tampoco qué estoy buscando. Su historia es la historia más previsible del mundo. El hambre y las ganas de comer. Un tipo que encabalga relaciones y que está medio bien en cualquier relación, en especial si en el otro lado hay alguien que necesita que estén por ella, le solucionen cosas, la lleven a sitios y rellenen impresos. Alguien que tiene dudas y agujeros, pero que ante tal inundación masculina apenas tiene tiempo para no ahogarse mientras trata de hacer pie en el suelo de la piscina, en el bote de remos o renunciar a esa seducción en racimo.

—Lo importante es que ahora estamos juntos. Y bien.

—Es decir, que la incógnita de Amèlia dio como resultado Max.

—Podríamos decirlo así —Max aparta la mirada de mí, creo que por primera vez mientras habla. Es un tipo al que no le da miedo retarte con los ojos. Alguien, al menos en apariencia, muy seguro de sí—. No te voy a engañar, Carvalho. Claro que había otro tío. Mala gente. Pero ya sabes que por mucho que uno se lo diga, y se lo decía todo el mundo, hasta que no te das la hostia tú mismo no aprendes.

—¿Qué pasaba con el tío?

—De todo un poco. Pero es algo personal de ella. Ni a mí me ha explicado del todo lo que pasaba allí. No entremos.

—¿Maltrato?

—Yo creo que algo de eso hubo. De haber estado seguro de eso, a ese tío le parto la cara. Más de una vez y de dos estuve a punto.

—Ya.

—Le sacaba pasta. Eso sí que lo sé. La pobre yaya estaba harta de sacar dinero. La yaya, en cuanto me cogía por banda, me lo decía preocupada.

—¿Qué pasó con él?

—Según Amèlia, ella un día le dijo que hasta ahí habían llegado. A mí me da que él se cansó porque la vieja dejó de soltar dinero. O encontró a otra. O todo a la vez. Sé que le abrieron un expediente en la Urbana. Era guardia de los que ponen multas y eso.

Desde el escenario, después de salir un alma en pena que ha cantado algo parecido a *México lindo* para ratones, llaman a Max. Un rugido de reconocimiento. Es un tipo querido entre la parroquia. Si no cantara lo suficientemente bien, no saldría a ese escenario. Es de los que juega a ganar.

—Sé de quién hablas.

—¿Lo conoces?

—Marina me habló de él.

—No entiendo por qué tenía Marina que hablarte de ese hijo de puta. Hace tiempo que no sabemos nada de él.

—Tú no, Amèlia sí. Se frecuentan, vamos.

Una segunda llamada a Max y un par de tupés que vienen a secuestrarlo hasta el escenario hacen que no pueda seguir con un interrogatorio que le interesa, y mucho. Ya arriba, parece recomponerse y suenan los primeros compases. Cualquiera que haya crecido al lado de una radio reconocería la canción. Es casi tan vieja como yo.

Briongos deja el vaso de tubo, con restos aguados del hielo, en la barra que queda detrás de nosotros y expresa lo que ambos estamos pensando:

—Ése no tenía idea de que la tipa se veía con el urbano, ¿verdad?

—Hasta hace un minuto no.

No deja de ser curioso escucharle ahora cantar *Suspicious minds*. Si entendiera de música diría que la emoción le hace entrar a destiempo.

15

MIÉNTEME HASTA LA VERDAD

Quedo con Laura en un bar cerca de su periódico, Café Europa. He sido yo quien ha dado el primer paso, ella ha cumplido expectativas y ha gruñido, insultado, amenazado, pero aquí estoy esperándola, tomándome un poleo menta porque esta mañana he vomitado la papilla y algo de sangre, pero como no voy al médico aún no me muero, pero el malestar apenas desaparece del todo y, con él, el miedo, algo parecido al miedo, al destino. El tipo de la barra me pone unas aceitunas que, al parecer, implosionaron dentro de la tarrina, abiertas sus tripas, me miran fijo a los ojos. No me las comería bajo casi ninguna circunstancia, pero me tienta ensartarlas a palillo quitado e introducir luego, a una de ellas, aceituna, en el agua hirviendo con leve aroma menta de mi infusión, nuevo Martini Carvalho, más Bogarde que Bogart.

A unos pasos de donde me encuentro, un músico cubano toca trompeta y canturrea ecos de un mundo transatlántico que evoca cabañas a orillas del océano y armonías de anuncio de bebidas no permitidas con jóvenes menos permitidas, como las que entran ahora en este bar, tres chicas y un chico, todos de la pérfida Albión. El Escritor supo de mi gusto por las pelirrojas, por esas pieles rosadas de choque blando, y ese pensar y mirarlas me topa contra el muro de verse viejo, que te vean viejo y, por tanto, ridículo, inofensivo, patético, y por eso aparto la mirada y el pensar a otra cosa, prestación que, últimamente, se me da más que bien.

La entrada de Laura interrumpe, por fortuna, mi dolorosa disertación, da dos zancadas en mi dirección para detenerse en medio de un olvido imperdonable, girando sobre su eje al notar la presencia musical negra a su espalda, a quien abraza mientras pregunta cómo se encuentra en medio de un bolero de Armando Manzanero, del mismo modo que Johan Cruyff seguía discutiendo con el árbitro en medio de un regate. Luego, se sienta en un taburete, pide una caña, se burla de mi poleo menta y atrapa al vuelo una oliva desventrada. Todo en menos de cinco segundos.

—No debería estar aquí. Soy una gilipollas.

—Si piensas un poco te darás cuenta de que eres injusta, exagerada y, sí, un poco gilipollas.

—*Anyway*, acepto tus disculpas. No sé si pedirme una tortilla: hoy ni comí.

Salta del taburete, pide su pincho de española, se desdice, reconfirma, vuelve. Revuelve entre los periódicos que están en la barra: opta por denostar uno deportivo y retoma otro de la competencia y rápidamente llega a Sucesos a ver qué dice aquélla y la de más allá.

—¿Dónde puedo encontrar al Gueño?

Carcajada. Aguanto el chaparrón. Hace que lee una noticia. Mira por debajo de su flequillo al lugar donde yo debo tener los ojos, pero yo opto por evitarla. Son sus maneras de coquetear, pero uno y otro ya conocemos los mohínes de cada uno.

—La última vez se escapaba ladera abajo. No sé más.

—Tengo a la madre de La Niñata llamando día sí, día no. Sabemos que es ella porque descuelgas y la oyes llorar.

—Vaya, ahora resultará que Pepe Carvalho tiene corazoncito.

—Me la quiero quitar de encima. No soporto que me lloren.

—Dile la verdad: que está muerta.

—Aún no se sabe.

—Pepe, está muerta. Tan muerta como nuestro amoooor.

El final canturreado coloca la frase en el punto justo. Laura y yo hemos sido siempre lo que somos ahora: dos enfermos de no se sabe qué enfermedad en el mismo sanatorio, donde estaba prohibido gustarse, tocarse y quererse, pero bien visto la parafernalia de fingir todo eso.

—Lo sé. Pero quiero verle y preguntárselo. En realidad, no sé qué coño quiero hacer, pero quiero tenerlo cerca y que me diga lo que sé o lo que no sé, pero oírselo decir.

Suspira. Relame su victoria y, finalmente, concede:

—No es difícil. Se mueve por los tres o cuatro bares de la Barceloneta a los que no les llegan los ecos de Montjuïc ni leen mis maravillosos artículos: el Fermín, el Brasilia, la Taverna Iberia y en el de la Leo, pero creo que alguno de los hijos de la Leo lo echó el último día. Intenta grabarlo —vuelve a coger el periódico que hace nada acaba de dejar. Ahora sí que parece estar buscando algo.

—¿Cómo?

—Con el móvil, Pepe, que tampoco eres tan tonto. Dame y te enseño.

Obedezco. Me enseña. Aprendo. De hecho, ya sé hacerlo, pero en lo que sí atiendo es a dónde van a ir a parar las grabaciones. Esas que siempre se esconden luego. Me devuelve el aparato.

—Si lo consigues te volveré a amar y esta vez de por vida. ¿Qué tal por Madrid?

—¿Cómo sabes eso?

—Soy periodista de las que hacen la calle. Además, te recuerdo que cuando era inminente el desarme de ETA me trasladé a la Capital del Reino. Tengo amigos allí, esas cosas. En realidad, es que llamé a tu despacho para que pudieras disculparte, que sé que te atormentaba y tu orgullo te lo impedía, y me lo dijo la chica.

—Madrid bien, yo no tanto.

—Uh, eso es novedad. Es como si Pepe Carvalho quisiera comentar algo, así, personal. Algo así como de, espera, no me quiero precipitar, algo como esas cosas que yo te explico, borracha y desgastada, y sobre las que tú despliegas todo tu cinismo e incredulidad.

—Eres puro rencor. Intento envejecer recuperando cariños y mira cómo se me paga.

Pero Laura ya está en otro sitio.

—Como esto —me dice mostrándome una noticia del periódico—. Aquí hay mucha mierda. La que hay y la que va a salir.

La noticia versa sobre la desaparición de un miembro de la Guardia Urbana, pareja al parecer de otra miembro del cuerpo. El desaparecido estaba en excedencia por depresión desde hacía meses. Se teme suicidio.

—Si fuera suicidio no lo darían en prensa.

—En este periódico, sí. Si supieras la de investigaciones e instrucciones que ha jodido este periodista y este periódico. En los Mossos no lo quieren ver ni en pintura. De

todos modos, a mí no me suena a suicidio.

—¿Se ha fugado?

—Puede ser. ¿Sabes quién es la pareja de ese urbano? La que estuvo implicada en la muerte de un mantero hace unos meses.

—Con Manel del Río.

—Efectivamente, detective. Y esto no es más que el principio. Algo huele a podrido en el Reino de Finlandia.

—Dinamarca.

—Ya lo sé: era una actualización jocosa del clásico. Pero huele mal porque Del Río y la tipa esta, Julia Ventura, que, por cierto, había sido pareja de Del Río, creo, bueno, seguro, están metidos en sobornos, comisiones y cosas más feas. Y cuidado que lo del guardia urbano que no encuentran sea un fiambre. No me extrañaría nada. Están relacionados con pequeños y medianos tipos peligrosos venidos de Bogotá, Belém y Cuiaba. Ajustes de cuentas y de territorio. Robos de domicilios y locales. Cualquier cosa. La propia Guardia Urbana y los Mossos lo están investigando. La Urbana tiene mucho interés en demostrar que no es así y, si es así, actuará rápido y radicalmente. Lo cierto es que es un cuerpo con mucha gente poco, digamos, sutil y sensible, pero bastante honradetes.

—Ese tema me interesa.

—El mundo se especializa y Carvalho se vuelve multidisciplinar.

—Tengo una clienta que tiene como inquilina forzosa a la víctima de los asesinatos del Carrer de Provença y el Del Río era novio suyo.

—Joder, eso lo quiero. ¿Lo sabe alguien más aparte de los Mossos, que seguro que están al quite…?

—Que yo sepa, no.

—Lo lleva Matacañas, ¿no? —Asiento—. Buena y mala noticia. Dame más cosas, ¿vale? ¿Ya te vas?

—Tengo trabajo.

—Espérate a que me acabe la tortilla.

—No soporto ver a una mujer en la barra de un bar tomándose un pincho de tortilla. Para todo hay un límite. Si quieres, te invito a comer en un sitio donde saben cocinar.

—Dame lo que sepas de Del Río. Y si ves al Gueño, un par de hostias de mi parte y una patada en los huevos.

—Descuida.

Hago el gesto de pagar, pero Laura indica al camarero que no me cobre. El cantante insiste en otro bolero arrastrado de hombres que suplican y mujeres gigantas mientras salimos al estruendo de la Diagonal. Nos acercamos a la parada de taxis de Francesc Macià, tomamos uno y bajamos al Ramón. Tenemos suerte y está abierto. Pero a reventar. Sin embargo, tanto David como Yolanda, sus dueños, hacen gestos de reconocerme primero y de alegrarse después, para rematarlo con gestos espiescos. No habrá problema para colocarnos en condiciones ventajosas en una mesa por muy increíble que parezca a cualquiera que no sean ellos. De momento, anclados Laura y yo a la barra, zapatos sobre reposapiés que no existe y en las manos dos jarras blancas, heladas y compactas de cerveza. He perdido la cuenta de las veces que les he dicho que no me gusta beber cerveza. Tantas como ellos han decidido no hacerme ni caso. Me

mojo los labios. Bebo un poco. Luego más. Por hacer algo, ya que Laura ha conocido a no sé quién en una de las mesas.

Yolanda se deshace de un servicio y me planta un par de besos: «¿Novia tuya? *Molt maca i eixerida*». Está exultante porque hoy un hijo del barrio le ha traído una novela firmada. Me pregunta si lo conozco. Le digo que no.

—Escribe en *El Periódico*.

Apenas me deja tocar el libro. Trato de leer la dedicatoria. Tampoco me deja.

—Es paisano tuyo. Su familia, vamos.

—El Otero no engaña.

—Te lo dejaría, pero no me fío. Igual lo quemas.

Me pregunto cómo sabe de mi afán pirómano, porque a veces me olvido de que hay mucha gente que sabe cosas de mí que yo sólo le dije a una persona muerta en Bangkok.

—Si los libros no se compran no arden igual.

El sitio adjudicado al que nos lleva David es bajo la guitarra con el autógrafo de un tal Bo Didley que hubo que reconstruir, o más bien debería hablarse de resucitar, después del afán limpiador de la asistenta del bar que casi borró, o borró, la dedicatoria. El repasador o eligió mal el tipo de rotulador o le temblaba el pulso o ambas cosas. La sonrisa de Yolanda empieza con las cosas que podemos pedir y las que debemos pedir.

—Pepe, hoy tenemos almejas.

Laura pide toda la carta dos veces seguidas, pero yo me limito a las almejas con su *fumet* de galeras, cangrejos, cabezas de bogavante, laurel, cebolla y vino blanco. A partir de ahora el Reino del Tres. Todo en tres litros de agua fría que se hierve tres horas, una por litro hasta que reduzca.

—Son geniales.

—Sí, sí que lo son.

Con el aceite caliente se añade el ajo. Al poco el calamar y la sepia triturada, ingredientes todos ellos del sofrito. Luego la cabeza del pulpo. No es buen día para tipos con tentáculos cuando en el Ramón hacen almejas. Cebolla a caramelizar y tomate.

—Fuego lento, vino blanco y a la espera del *fumet*. Reservamos. En una sartén con aceite muy caliente, las almejas, Laura. Un minuto y la salsa.

—Si algún día hablas así de una mujer o un hombre, Pepe, hazme caso, cásate y no salgáis de casa.

—Hay que esperar a que se abran las almejas.

—Carvalho, no sigas…

—Cuando estén abiertas, hay que cocerlas dos, tres minutos. Todo a fuego vivo.

—Siempre a fuego vivo.

—Nada de sal ni pimienta. El pescado y la almeja ya son salados de por sí.

—Lo sé, mi *amol*.

—¿Qué tomaréis?

—Cava Llopart integral.

A media tarde me dejo caer por el despacho. Biscúter no está. Briongos y yo atendemos a las tres, cuatro llamadas de rigor. Gente pidiendo información: un tema de ludopatía y una desaparición en la que lo más inquietante no es que la chica se haya esfumado sin dejar rastro, sino por qué no lo hizo antes, dado el tono de voz y el

nerviosismo del tipo que la busca. A los diez minutos llega Biscúter. Briongos le saluda mientras recoge para irse. En cuanto nos quedamos solos, la Futura Estrella de la Televisión Mundial me informa de que va a tener que faltar unos días a partir de pasado mañana.

—¿Cuántos días?

—Intentaré que sean los menos posibles. Estamos semanas encerrados como en unas convivencias. Hay una academia y nos enseñan cosas. Luego se graba de martes a viernes. Puedo venir el fin de semana y los lunes si quiere…

—No te molestes. ¿Cuánto va a durar *esto*?

—Depende de si paso las eliminatorias.

—Ah, hay eliminatorias. Como en los concursos de *gossos d'atura*.

Biscúter se coloca y recoloca el flequillo ralo ya por la edad, pero no capta la ironía. O finge maravillosamente que no la capta. Le veo mejor color. Nada de ese tono amarillento trinchera Primera Guerra Mundial.

—No, es maquillaje. Hoy no me he duchado para no perder el maquillaje de ayer. Mañana ya sí, que ya toca.

—O sea que, si pasas las eliminatorias, no te veremos el pelo, pero al menos tendrás mejor color y te ducharás a diario.

—Sí, pero no creo que pase. Hay una chiquita de pelo verde y piercing en la nariz, de Cádiz, muy salada y que cocina fetén. Y un ama de casa de Tomelloso que tiene la mano rota con todo lo que sea cazuela. De hecho, yo quería preguntarle si usted podía sugerirme alguna receta de esas que usted, porque a veces dan margen para que seamos imaginativos, y usted, jefe…

—Si quieres puedo darte la del café con leche.

La cara de Biscúter es todo un poema. Ni toda mi amargura puede evitar que no me dé cuenta del daño que le acabo de hacer. ¿Qué coño me pasa? ¿Me he convertido en un abusón, en la correa de transmisión de la violencia, los golpes sordos, el dolor, las vísceras rompiéndose —corazón, hígado, páncreas— por dentro como aquellas olivas desventradas, todo yo estoy anegado de sangre y bilis negra? ¿A qué viene esto? ¿Es ésta mi manera de reaccionar ante el hecho del abandono de todos y de todo? Miro de arreglarlo. La estupidez de Biscúter puede llegar a sacar lo peor de mí, que siempre es mucho.

—Perdona la brusquedad. Ya sabes la opinión que tengo de todo eso.

—¿Qué ve usted de malo en un programa en que se cocina, se hacen amigos, se explican recetas? Vas allí y te tratan como un rey. Todos los concursantes nos llevamos de maravilla. Menos con un par que van de *estiraos*, pero… Nadie en mi vida, y no me quejo de este trabajo ni de usted, entiéndame, me ha tratado así. Todo el mundo está encantado con uno y se ríen mucho y…

—No te das cuenta, ¿verdad? Estáis allí para la burla del tonto del pueblo y abaratarlo todo, hasta las diferencias y los modos de cada quien y cada cual. Y en pelotas y a la vista de todo dios. Todos los programas son franquicias para triturar la misma carne. Haz la prueba: pon la tele italiana o la de Groenlandia y estará el mismo programa con un Biscúter gondolero y otro esquimal.

Biscúter intenta reírse, pero no lo consigue. Biscúter no sabe fingir. *Fetillo* es puro. Morirá así, imaginándose ahora sobre una góndola o cazando focas.

—No hace gracia. Haces de puta y ni cobras: por la vanidad de salir en la tele. No sé si me apetece tener más puta que la que tuve.

Su seriedad me indica que el silbato frecuencia perro lastimado existe hasta para él. Y que mi discurso hubiera sonado a rancio hasta en un No-Do de 1946.

—Eso no es de caballero, jefe.

—Eres tan cursi, Biscúter.

—Usted era un señor, un caballero. Siempre lo fue. Igual soy cursi, pero también yo era así. Soy emotivo o cursi. Da igual. Siempre le admiré, jefe. ¿Y ahora…? ¿Sabe una cosa? Ella le quiso como nunca le podrá querer nadie. —¿Me suena una frase más o menos así con limpio acento salmantino: «Te quiero como no creí que podía llegar a querer a nadie»?—. Y aún está esperando que la llame o vaya a verla. O ya se habrá cansado de esperarle.

Tengo la réplica a punto, pero la aborto, consciente de la hartura de mí mismo, de todos los obstáculos alrededor de mis actos y omisiones, afectos y renuncias. Con todo, no puedo renunciar a hacerle daño, aunque sea con una causa objetiva, aunque momento y manera no serán los adecuados.

—Vamos a lo práctico, Biscúter: ¿conoces a alguien que te pueda substituir? Con Briongos manumitida y tú en amor libre, esto no va a funcionar y no tengo dinero para fugarme.

—Daré un par de voces.

—Dalas. Alguien ha de cubrir tu vacante.

16

PLAY STOP PLAY

Ayer noche estuve por aquí, pero no hubo suerte con el Gueño. Pruebo a eso de las doce del mediodía porque en uno de los bares, el Fermín, me indicaron que es más de venirse al vermut o a almorzar, pero por las noches nadie sabe ni en qué anda ni por dónde ni tampoco hay muchas ganas de saberlo. Le siguen sirviendo porque su padre era habitual y porque sí, qué más da, ¿no? Entro por Maquinista hasta la Plaça del Poeta Boscà y me tomo un café con leche en la cafetería del Mercado en vaso largo de cristal, sillas de madera y mesas de mármol. Atravieso por dentro el pequeño Leviatán de colores, voces y olores y ya en el otro lado los bares tienen nombres molones, camareros más molones aún y precios absurdos de tan molones. Echo un vistazo a un lado y otro por si tuviera al galápago tomando el solecito, pero no sé si de lejos distinguiría al Gueño de cualquier otro. Un Gueño necesita un uno contra uno, me digo, y yo mismo me hago una gracia fabulosa. Los pisos, como el resto de la ciudad, andan jalonados de banderas de unos y de otros, y hay balcones vacíos de banderas que son mirados mal por los otros abanderados. Paso al lado del quiosco, abierto, donde se vende de todo y también revistas y periódicos —es de suponer que se siguen vendiendo— y que anoche, con la persiana bajada, la chiquillería había convertido en una portería con goles que retumbaban como mil latas de conservas. A esas dos brujas les falta otra y Macbeth es el yonqui viejo con el que hablan. Una de ellas se llama Maruja, lo sé porque una colega, que quizás sea la tercera bruja, se chotea de ella como se choteaban antes las adolescentes cuando te gustaba un chico y éste no se había enterado hasta ese momento. Primero la llama a voz en grito, luego la jalea con un «Maruja alimón» fuera de siglo y finaliza cantando, agitanada: «Corre mi amor, corre hacia mí». Un tipo que me recuerda a Bromuro está sentado en una de las sillas con tres viejos más, mirando el móvil a escasos centímetros de su cuerpo contrahecho y una cabeza elefantiásica que parece insertada en el tronco a rosca de tornillo. Ayer noche todo esto tenía el sonido de una pelota de ping-pong sobre su mesa que dos barbudos hacían servir, pero ahora, con el solano que empieza a caer, la mesa está sin usuarios. Doy un vistazo por el Fermín. Noto la vibración del móvil: Marina. Dudo en contestar. La culpa, tanto judeocristiana como celta, me hace atenderla ante la previsión —esa luz roja en el aparato— de que en nada me quedaré sin batería y a salvaguarda del mundo exterior.

—¿Qué le dijiste a Max?

—Eh, hola, buenos días, Pepe, ¿qué tal estás?

—Hola, buenos días, Pepe, ¿qué tal estás? ¿Qué le dijiste a Max? Amèlia estaba casi a punto de marcharse del piso y resulta que se me queda *sine die*.

—Centremos un poco la cuestión —le digo, un poco cansado de ella y de todos aquellos tipos alrededor de su asunto. En realidad, todo me sobra en los últimos días. Sólo tengo unas tremendas y apabullantes ganas de estar solo. Solo en una habitación

vacía. En el extremo de una cama que no sea mi cama ni ninguna cama. Esconder la cabeza entre las manos y tratar de recolocar las cosas, la información, las cartas escondidas, y luego borrarlo todo, borrarme hasta a mí, borrar hasta el recuerdo de haber querido entender algo. Pero vuelvo a Marina—. Creo que estáis un poco confundidos. El vaquero quiere que le venda el piso y tú me haces responsable de que tu precarista no se vaya de casa. Soy investigador privado. No me hagas dudar de eso. Al menos de eso, no.

—Creía que se iría con Max la semana que viene. Lo habían hablado, creo.

Pitido sancionador. Un tanto por ciento mínimo, irrisorio, de batería: nadie me salvará de la isla si naufrago, nadie llamará con la excusa más peregrina, nadie me dirá de querer volver, ni tan siquiera Subirats con un nuevo bar chino que incluir en su, nuestra, Gran lista de tapas españolas chinas.

—Tienes que empezar a formalizar por escrito tus alquileres a amigas de familias asesinadas.

—Bueno, déjalo.

—Lo dejo. Tampoco hay tema ahí. El tal Max me parece un idiota, un narcisista inundador de mujeres en problemas, y el otro novio me temo que ya no aparecerá a tomar el té con vosotras.

—Sí, ya me he enterado de lo suyo. No estaba tan equivocada. Me temblaban las piernas cuando lo iba diciendo el Basté en la radio. Todo aquello de la conexión con sicarios sudamericanos y eso… Qué miedo, ¿no?

Pobre Laura: qué poco le ha durado el chivatazo periodístico que le podía ofrecer.

—Ahora ya por curiosidad…, ¿qué le dijiste?

—No lo recuerdo. Yo pienso que él creía que tu amiga ya no se veía con el perla de la Urbana. Al insinuárselo yo, supongo que se sintió pagafantas.

—Bueno, pues ahora volvemos a ser una familia feliz. —Suena un ladrido—. ¿Lo oyes? No nos falta ni el perro.

—Pobre: acabará en Servicios Sociales. Al menos sabemos que, cuando quiere, ladra.

—Como todos.

A estas horas no soporto tanta profundidad. No sin estar macerado. No hoy. Me muero por colgar.

—Quiere ir al piso a recoger unas cuantas cosas. Max le había dicho que la acompañaría, pero con el puteo va a ser que no. La acompañaré yo: ¿por qué no te vienes tú también, detective?

—¿Para qué querría ir?

—No sé, por curiosidad profesional. Hemos quedado en el piso a las siete menos cuarto. Si quieres, nos vemos allí. Dime cuánto te debo y te hago una transferencia.

—Te llamarán del despacho.

—¿Nos veremos luego o no?

Cuelgo sin contestar. Me siento molesto, enfadado, a punto de ponerme furioso. Con Marina, conmigo mismo, con esa manera tan mía y tan idiota de implicarme en cualquier cosa con la excusa de que es trabajo. Acabo de decidir cobrarle y cobrarle bien, como si una buena minuta diluyera el veneno que me corre; ahora que, si fuera sincero, no es responsabilidad de Marina y sus constantes peticiones de no se sabe qué. Furioso por la ruta de ayer sin encontrar al Gueño, más como excusa de acabar tajado y en piloto

automático hasta casa a dormirla y apenas pensar en ella y, al día siguiente, las persianas dejaron pasar el sol suficiente para despertarme vestido, con un trozo de mocho seco dentro de mi boca y el primer recuerdo de Mi Novia Zombie, como la evidencia triste de que tenerla era tener algo, aunque ese algo fuera lo más hijodeputa que pude tener en mi vida, con lo que eso me deja en un lugar muy abajo en la escala evolutiva y lejos del parterre con árbol y camino que lleva a la casa del cerdito Carvalho que uno imaginó construir de ladrillo, cinismo e indiferencia. Soy un puto yonqui, me oigo decirme, y me la quito de la cabeza como si ahuyentara cuervos de un manotazo. Furioso también por el Gueño, que no aparece ni por aquí ni por allá. Más aún porque sé que La Niñata está muerta. Por pobre y por puta. Por este orden. Que está muerta y no sé cómo decírselo a su vieja, o es sólo que me estoy especializando en darme cabezazos contra la pared y rebuscar ropa usada y rota en la sección de Deshechos, Objetos Perdidos de Antemano, Tallas Estrechas, Calcetines Viudos.

Necesito parar y otro café.

Un buen café.

Ya no un café con leche de madre que va al mercado a la compra.

Un café Chester Himes.

Me dejo caer en la Taverna Iberia, uno de los pocos locales que aún recibe población aborigen y que no ha sido hollado por ningún diseñador de interiores. Para incidir aún más en la idea de la resistencia, es un local de Pericos. Seguro que al final de la barra está Han Solo. Fotos de la visita de los Beatles a España y, al fondo, un mapa de la península ibérica con sus celtas y sus íberos y todos los localismos simpáticos. Miro a Catalunya porque hoy por hoy no hay pasatiempo más absorbente que preguntarnos si somos iguales o distintos, mejores o más pobres o menos morenos, todo este circo que empezó llevando a políticos en un helicóptero y vete a saber si no acaba igual. Y por aquí andaban los poblados de los cesetanos, laietanos con su música jazzera, ausetanos e ilercavones. Y en las paredes, 1982, y recuerdos a Sócrates y Giuseppe Bergomi, testigos del mejor partido jamás celebrado en el estadio de Sarrià, y fotos de Canito, de Di Stefano, Kubala y Zamora, todos con la zamarra correcta, y en la pared, carátulas de singles regalados por Fundador y Soberano es cosa de hombres, y en la tele encendida —lo que define un bar de toda la vida en la Barceloneta de los remodelados— tienen un partido de fútbol sala donde un brasileño del Barça hace una vaselina al portero y marca, pero nadie celebra a excepción de un grandullón con perilla y pantalones de militar que cada diez segundos hace declaraciones de intenciones en catalán y castellano, y da miedo y da risa, y Anís del Tigre, y suenan canciones viejas para mí y canciones viejas para cualquiera, y hubo un Gran Baile de Máscaras hace mil años en el Olympia Circo de Barcelona, y desde una foto se oferta toro lidiado, y el negocio del futuro es Gaes, gritan desde la barra, que es una broma para la parroquia y como tal la reciben, y replica el grandullón que se hace llamar Josep y quizás sea su nombre, pero no cuadra, y bien, Josep no me agrada y tengo ganas de pelearme con alguien, porque tengo ganas de sentir dolor físico y no sólo resaca, que como dejó escrito el poeta es lo más cercano al remordimiento, y sigue incidiendo en lo divertido que resulta ser Josep: «Tú lo dices bien. El negocio es Gaes, los gays y los gallos». Y aquí sólo ríen los dos viejos desdentados en el otro extremo de la barra. Josep debería venir con risas enlatadas, y mi café Chester Himes también viene en vaso largo de cristal, pero el Gueño no se pasa por aquí y era otra posibilidad más que probable. Y el Alien se me despierta y

aletea un espasmo de vómito ante el café que necesito y ella dijo que me quería como no había querido nunca a nadie, y callos, *pescaíto* frito, chipirones, tortilla de mil huevos y las bombas de toda la vida de la Barceloneta, y en esto que el Dios de los detectives existe porque el Gueño entra, pide una caña, se la sirven y sale fuera a tomarla, a la terraza, con el sol y el cigarrillo, y yo pago, me dejo medio café, aunque me estuviera entrando mejor de lo que parecía al principio, y salgo. Está de pie fumando, con el vaso de cerveza a medio beber sobre una mesa alta para pájaros dodos y asesinos de putas.

Sí, es él, sin duda.

El Gueño es un tipo en desguace como, bien pensado, también lo soy yo. La diferencia es que yo llevo más duchas que él y que he matado poco y sin placer. Mantiene el menda una dignidad afectada, del tipo «nada de lo que dicen de mí es cierto y el tiempo me dará la razón», muy habitual en políticos corruptos, banqueros a la defensiva y monarcas eméritos. Es bajo, más bajo que desde dentro de un coche la otra noche, delgado, y tiene un labio leporino, un detalle que no leí, ni Laura comentó, lo cual me hace dudar de si ese tío al que ya le suda la cara y la camiseta rosa y blanca, de helado barato, con su pelo corto, sus pantalones de misa, zapatos de hebilla y calcetines blancos, es el Gueño o sólo alguien que —por supuesto— me recuerda al de las fotos del Gueño y, algo más vagamente, al de Montjuïc, y que tiene ese ojo derecho portentoso que cuando entra en un bar —cualquier bar: de ahí el portento— siempre mira hacia donde está el lavabo. Con todo, salgamos de dudas:

—Hola, Gueño.

—¿Nos conocemos?

—Aún no. ¿Quieres que me presente?

—La verdad es que no. ¿Eres poli?

—¿Tengo pinta de poli?

—Tienes pinta de poli de hace treinta años. ¿Qué quieres?

—Hablar.

—¿De qué?

—Del amor.

El tipo me mira con una más que lógica sorpresa. Está evaluando si soy un apóstol, un imbécil, un secreta o todo a la vez.

—Vamos a sentarnos en una de esas mesas y así hablamos con tranquilidad.

—Estoy bien de pie.

—Como quieras. Soy periodista. *Freelance*, ya sabes, la crisis de la prensa escrita, bla bla bla —me oigo y pienso en Biscúter llamándome jefe y me temo que cada vez me parezco más a Mortadelo y menos a James Bond, lo cual en tiempos del *Me Too* no deja de ser una buena noticia, aunque qué quieres que te diga—. ¿Te importa?

Saco el móvil. Busco la grabadora. El Gueño bebe y mira al interior del Iberia. Josep. Seguro que le busca a él. Encuentro la grabadora. Pulso Play. Stop. Play. Se apaga el móvil. Lo siento, Laura.

—No tengo nada que decir. Habla con mi abogado.

—Lo haremos personal. Mira, apago la grabadora y yo te pregunto y tú me contestas.

Estoy perdiendo los nervios tanto como él conmigo. ¿Qué manera de entrarle es ésta? ¿Qué coño me pasa? No logro imponerle nada. Ni tan siquiera he logrado imponer el sitio donde hablar ni voy a conseguir nada con esa memez de la grabadora y el

periodismo. Soy gilipollas, rematadamente gilipollas. Debería haber esperado a que se fuera del local y asaltarle cuando estuviera solo y pudiéramos hablar en un sitio adecuado. Quizás esté bien una retirada a tiempo, Carvalho, a veces tendrías que ser más papel y menos carne y hueso. Él te hacía mejor detective.

—Déjame en paz. Largo.

—Sólo me interesa saber de La Niñata. No han encontrado el cuerpo aún.

—No sé de qué me hablas. No conozco a ninguna Niñata.

—Creo que sí. Antes te he dicho que quería que habláramos de amor. Es verdad. Quiero enfocar mi artículo desde el punto de vista del amor trágico. La Niñata y tú. El resto de las chicas de la montaña aseguran que estaba loca por ti y ahora ha desaparecido. Es como una historia romántica de las de antes: Romeo y Julieta, Marco Antonio y Cleopatra, Ava Gardner y Mario Cabré…

Es absolutamente estúpido, pero el Gueño reacciona a esto. Parpadea con el ojo que no está mirando llegar las carabelas desde Sudamérica mientras lo fija en mí.

—¿Eso dicen…? La Niñata era una buena chica. Un poco, bastante retrasada, pero no era mala como muchas de ésas. ¿Loca por mí? Loca por chutarse. Lo que sea y a cambio de lo que sea. Pero ¿qué estoy haciendo…? Te he dicho que no quería hablar de esto. Así que déjame en paz.

—Dime si está muerta. Si fue por celos. Igual sus celos te desesperaron, igual…

El Gueño se harta pronto y me da un empujón, vociferando. Aquello altera el gallinero de dentro. Josep a la cabeza. Sale él y uno de los viejos desdentados que sonríen sin acertar a emitir sonidos risibles cuando aquél hace una broma. Me compongo la chaqueta. Me acerco y cojo el móvil. Finjo apagar la grabación.

—¿Qué pasa, maricón?

Josep se me planta delante. Por detrás puedo ver la sonrisa maliciosa y cobarde del Gueño. Admito mi torpeza. Admito mi estrategia de mierda. En el fondo, igual yo quería pelea. Quería que alguien me reventara la cabeza a palos, pero una vez aquí no quiero que sean éstos, no quiero seguir viendo esa sonrisa en su cara. Sigo sin querer que ganen los malos.

—¿Qué te pasa? Contesta, imbécil.

Josep da un paso hacia mí, pero yo no me muevo. Tengo la pistola, pero no la saco. Si uno no va a disparar, no se saca. Creo que eso venía en las instrucciones. Levanta los brazos para, con fuerza esta vez, volver a empujarme, pero lo veo venir y me aparto y le impacto con la palma de mi mano endurecida contra su mandíbula y luego le lanzo una patada contra la barriga que esperaba hiciera más efecto que el que hace o quizás debería haber apuntado algo más abajo. Ya no se sabrá. Para la próxima, si es que hay próxima. Aparece un segundo personaje que trata de inmovilizarme. Llega por la derecha y le asesto un puñetazo en la mejilla que suena bien, pero me temo que mi mano no opinaría igual. El tío cae al suelo, los camareros del Iberia salen porque no quieren jaleo, pero Josep ya está cerca de mí y me endosa un puñetazo en el abdomen que debe asustar a mi bazo enfermo de esplenomegalia y alterar las células malvadas que estarán borrachas de crueldad en la cantina mexicana de mi páncreas o mi hígado. Luego, me golpea en la cara. Ahora mi mandíbula. Insiste con la jeta. La nariz. En nada, al bajar la cara, ya veo mi sangre manchándome la camisa, el suelo. Hay gritos. Alguien llama a la policía. Imagino que lo tengo al alcance y confiado. Levanto la cabeza, tomo impulso e impacto en su cara, notando mi barbilla contra su mejilla. Oigo un crac y entonces le

empujo y cae hacia atrás, y apenas atisbo a ver nada, pero estando en el suelo le doy una patada en la barriga y otra en la cara, y por la entrada de Almirall Churruca, que viene del mercado, veo llegar a una pareja de urbanos y al Gueño echando a correr por el otro extremo, y me lanzo a seguirle o a escapar de la Urbana. Las dos opciones llevan a la misma acción. Le sigo, le sigo, le sigo. Me siguen, me siguen, me siguen. Llegamos a Miquel Boera y creo que ya no me siguen, ya no nos siguen. Voy sangrando y estoy furioso.

Pienso en sacar la pistola.

Pienso en disparar.

Pienso en mi imbecilidad.

Pienso en la ropa tendida en los colgaderos.

Pienso que igual el Gueño y yo en persecución ya somos *atrezzo* patrocinado por Desigual para turistas.

Pienso que ésta puede ser una ciudad maravillosa para llegar, vivir, estar, sabiendo que uno se irá en unos días, años o meses, pero no para quedarse para siempre, atrapado de no sabe uno qué.

Pienso que no hay sitio bueno si no te puedes escapar de él.

Pienso que moriré en Barcelona: ojalá me entierren al lado de Serrat.

Pienso que chocheo.

Pienso en Airbnb.

Pienso que se me va a escapar, joder.

Al parecer, volvemos a la casilla de salida. Se mete en el Carrer de la Sal. El Gueño se gira y en eso comete un error porque una gitana gorda como un tonel y recia como un legionario se topa con él y el Gueño sale despedido como si hubiera chocado contra un colchón. Ahora sí que saco la pistola, más para enviar señales a la gitana de «ya me encargo yo» y que luego se lo dejo, mientras agarro el cuerpo caído y lo alzo con las fuerzas de la desesperación. Busco un lugar donde esconderme los minutos suficientes para que me diga algo o lo reviente y entro en el único local abierto de la calle. Creo que me he metido en algo parecido a una sinagoga, dado que hay gente sentada en sillas en círculo, está todo a media luz, pero veo que hay libros y reconozco al librero Camarasa, y me encantaría hacerle un guiño, pero no tengo ojos ni complicidad. Atravieso la primera estancia y me meto en la segunda, que es una cocina, y hay una puerta y es un lavabo diminuto con apenas un inodoro. Le meto el caño de la pistola en el orificio de la nariz, que hace buena pareja con el puto ojo enloquecido, recobro resuello y pienso que, si Camarasa está celebrando un club de lectura, va a ser un éxito.

Lo tengo cogido del cuello. Con el brazo con el que sostengo la pistola contra la cara del Gueño me limpio el ojo que se me entela de la sangre que va goteando de una de mis cejas. Tengo ese labio leporino que quiero que me diga cosas que me suenen a verdad: hechos, lugares, porqués.

Harto de no saber.

Harto de despedidas sin adiós.

—Tengo poca paciencia, Gueño. ¿Dónde está La Niñata, dónde?

—No lo sé, de verdad que no lo sé.

—¡No me jodas! La mataste, la estrangulaste, la golpeaste y luego la enterraste en la montaña de Montjuïc con las otras.

—No, no, en serio que no lo sé.

—Me estás hartando, te lo juro.

—No lo sé. Anita sí, creo que sí. Voy *drogao* a veces. Heroína, pastillas, la cura con metadona, todo a la vez y no sé. Anita sí, pero La Niñata no, te lo juro por mis muertos que no. Yo no le hubiera hecho daño. Era buena conmigo.

—¿Dónde? No soy poli, sólo trato de decirle a su madre que no la espere, un sitio donde llorarla. Dámelo.

Alguien pica a la puerta del Carrer de la Sal. No necesito ser el tipo más listo del mundo para saber que son los urbanos que nos seguían. He de pensar con rapidez.

—Dímelo.

—No sé nada de La Niñata. No la encuentran por mucho que busquen porque no está. No sé dónde, pero yo no la maté. Te lo juro. No era como las otras, no.

Le miro al ojo que trata, con pánico, de descubrir en qué momento se me va a crispar la cara y va a venir el sopapo. Estoy furioso. Quiero creerle, pero es de memo creer a un asesino psicópata, ¿no? Quiero creer cualquier cosa. Los guardias urbanos le indican al librero que les deje pasar. Apenas me despisto un tanto, el Gueño toma la puerta trasera que da a Mariners y, previo manotazo en mi jeta, sale al exterior. Debería seguirle, pero estoy cansado y no tengo claro que no haya alguno de los urbanos por ese lado esperando que hagamos lo que hacemos, así que subo a la trastienda, donde está Montse, la otra dueña de la librería. Los conozco de hace mucho tiempo, de cuando compraba libros. Ella hace un gesto para que guarde silencio y me agache. El cuerpo se me rompe cuando lo hago. Al parecer, mi precaución era en vano y el Gueño se ha largado sin más problemas. Camarasa está tratando de que no entren en el local. Argumenta que es una reunión vecinal para hablar de todo, del referéndum del 1 de octubre, de las movilizaciones contra los pisos turísticos y los narcopisos, de la playa debajo de los adoquines. Finalmente, los urbanos entran. Llegan a la cocina, ven la puerta y no atienden mucho a las señales de sangre que los llevarían hacia arriba, donde Montse está apoyada en el muro que hace de construcción menor en esa trastienda robada a un techo alto en esta vieja casa de pescadores. La puerta trasera está abierta: hasta los urbanos lo entenderán a la primera.

—No podeu entrar aquí de qualsevol manera. És casa nostra. Estem fent una reunió.

—Tenen permís per fer-ho? —pregunta uno de los urbanos.

—A casa nostra entra qui nosaltres volem.

Unos minutos después, la reunión continúa ya sin urbanos, satisfecha más o menos la curiosidad de los vecinos. Sigo sentado, ahora de vuelta al cubículo de la cocina. Montse me riñe mientras trata de detener las hemorragias de nariz y cejas. Me duele un costado. Las costillas. Quizás me haya fisurado alguna. Y el tobillo de un pie. He de desabrocharme uno de mis Oxford porque el pie se me va poniendo pie de buzo. Mierda. Agradezco los cuidados. Cuando abro los ojos tengo a Montse frente a mí.

—¿Qué tal va Biscúter con Nicolas Capo y las verduritas?

—Nunca te odiaré lo suficiente. ¿Y vosotros?

Paco irrumpe en la escena. Deja caer sus gafas anudadas a su cuello que me recuerdan a otras gafas y otro cuello.

—Jodidos, pero mejor que tú.

—¿Cómo va la tienda?

—¿Qué tienda?

—La librería.

—Cerramos hace casi dos años, Pepe.

—Lo siento.

—Sí, todo el mundo lo siente, pero nosotros tuvimos que cerrar.

Me miro en el lavabo del bar de la Leo, la vieja bailarina, cuya pleitesía por Bambino, el cantaor de cuyas brasas hicieron a Raphael y María Jiménez, es más fuerte que la vida. Me he zafado lo antes posible de los lazos de los libreros. Tengo demasiadas deudas con todo el mundo. No necesito más. No recuerdo aniversarios, funerales ni fiestas de guardar. Mucho menos fechas de cierre de librerías. Soy injusto, *I know*. Pero me lo puedo permitir. Mi cara está tremenda. Se me ha ido inflamando a trozos. El dolor en el costado persiste, y dependiendo de lo que haga —hasta lo más trivial: respirar, por ejemplo—, se agudiza. Me temo que deberé pasar por un hospital. El del Mar ni loco, ya que siempre está lleno porque a la gente cercana a él le suele pasar de todo y urgente. Me saco el algodón que Montse me ha introducido en uno de los orificios de la nariz y creo que he dejado de sangrar. Salgo del baño. Obvio las miradas del personal. El chiringo es pequeño. Y ha visto cosas peores que a un *eccehomo*. Pido una cerveza y Leo me ofrece unas migas que le salen muy buenas. Me excuso con las migas, pero me las pone igual. Enfrente tengo mil fotos de Bambino. Ahí con Camarón, allá con Rocío Jurado. Leo es una superviviente y una nostálgica de la Barceloneta insalubre, pobre, pero de la Barceloneta de los vecinos personas. Ciudades que no son más que gente aquí y ahora. Sin normas. Sin higiene. Sin seguridad. Sin obediencia. Sin esto sí y esto no. Ahora los alquileres a turistas hacen que se viva de noche y cierren las tiendas que abrían a las siete de la mañana mientras abren los bares que cierran a las tres. Una Barceloneta condenada a no saber qué hacer hasta la hora de comer.

—Echaste al Gueño del local.

—En cuanto me enteré de lo de las pobres chicas. Hijo de puta.

—Le he tenido encañonado, Leo, y no ha soltado prenda.

—Es un cagón cobarde. Su padre ya lo era. ¿Por qué lo buscas?

—La madre de una de las que deben estar enterradas en Montjuïc. Dice que no es verdad. Que sabe que está viva.

—La esperanza.

—Esa sádica con nombre de zarina rusa.

Leo dice que sí porque tiene un máster en dementes, pero se disculpa para colocarse detrás de la barra e ir metiéndose en la cocina con pedidos y platos. Uno de sus hijos me coloca una Estrella fría sin vaso que tampoco pedí. Enfrente de mí dos habituales siguen embobados lo que está saliendo por televisión. Me suena esa voz. Mucho. Demasiado.

—«El arroz es un animalito muy delicado».

«Cuando la tortilla es muy honda debe comerse caliente, si no te estarás comiendo un adoquín».

«Por la langosta hacia Dios».

Me enderezo, dolorido, y camino dos metros hacia delante para comprobar que mis sospechas se vean confirmadas y mis expectativas ampliamente superadas. Allí tengo a Josep Plegamans, asistente de investigador privado. Plano de medio cuerpo explicando su estrategia, el próximo plato y un resumen de sus ocurrencias en el programa anterior,

sus frases célebres, que, al parecer, a ningún guionista le suena haber leído en ningún otro sitio. Biscúter se lleva bien con una concursante que se llama Amparo. Pienso en decir a la Leo que cambie de canal o apague el televisor, pero por experiencia sé que entonces subirá su volumen. La duda es si escucha mal, entiende peor o le importa un bledo lo que le pide un cliente como yo o como cualquiera, así que dejo un billete de diez euros y marcho hacia el aparcamiento subterráneo donde dejé el coche. Entro en el Focus como puedo. Me duele hasta vivir y decido cerrar los ojos para meditar entre irme a Urgencias, al despacho o a casa. Una hora después me doy cuenta de que me he quedado dormido. Una hora de sueño a ritmo de parquímetro.

17

MALA HOSTIA

Si hago caso a todos los mercachifles de la emoción, el día de hoy es resultado de mi actitud. Mi mala, nefasta actitud. Así que trato de relajarme. Si todo va a salir mal, dejemos que fluya. Aún no son las dos y me arrastro en dirección al despacho. Antes paso por la Filmoteca para llevarme de la biblioteca seis películas. Necesito a John Ford en vena. Necesito a Alain Delon de samurái. Necesito *Ocho y medio*. Necesito las cien mejores películas soviéticas. Necesito casas japonesas en blanco y negro y con el objetivo de la cámara en el suelo. Pido un pase para la biblioteca. Subo las escaleras mecánicas y entro en el recinto. Silencio de misa. Selecciono las referencias y se las paso a la bibliotecaria. Pelirroja, guapa, intérprete de violín a buen seguro. Dice que estoy sancionado una semana más por un retraso con un par de referencias. Que tengo mi carnet bloqueado. Tengo un labio hinchado, la nariz dolorida, una ceja pespunteada y, casi con toda probabilidad, una costilla fisurada, y ahora, al parecer, el carnet de la Filmoteca bloqueado. Miro a aquella tipa. Me pongo en jarras. Mi camisa manchada de sangre apesta a sudor de bruto como —seguro— no se ha olido en décadas en esas estancias. La chica me mira a la cara y no a la funda de mi Barracuda colgada. No se inmuta. Esa funcionaria no va a dejar que me lleve mis películas y me siento como un yonqui con una jeringa sin aguja amenazando al dependiente de una farmacia.

—Las necesito.

—Hasta dentro de una semana es imposible.

—Puedo matar, ¿lo sabes?

—¿Sí? No importa: soy fija.

El sentido de humor sigue teniendo un valor para mí. Como lo tienen la belleza, la bondad y la inteligencia si se notan sin que su poseedor se esfuerce apenas en demostrarlas. Así que la dejo con vida y llego en cuatro zancadas al despacho, previo paso por la farmacia, y engullo el primer antihistamínico con una botella de agua que compro a un paqui antes de llegar al monumento a la Sampere. Trato de evitar a Guifré y lo consigo: la primera victoria del día. En mis treinta metros cuadrados multiplicados por dos he seguido con las labores de reconstrucción y habilitación de cara y, por el momento, por lo que enseña el espejo del lavabo, a menos que empeore la costilla, no creo que deba pasar por la Seguridad Social. Me cambio de camisa. Biscúter no está. He visto encima de mi mesa unas páginas con datos de futuros candidatos a sustituirle. Las referencias son suyas, es decir, gente honrada, pero nadie especialmente brillante que haga peligrar su puesto de trabajo como asistente de investigador privado. Presupongo la presencia de Estefanía porque suena algo parecido a música prensada y apagada desde sus auriculares. Paso por detrás de ella y por eso nota mi presencia espectral.

—Vaya pintas. No ganas para camisas. ¿Estás bien?

Gruño.

—¿Sabes que me han bloqueado la puta tarjeta de la Filmoteca?

—¿Y por eso te has liado a hostias?

Me siento en una de las sillas y me dedico a mirar quién demonios es esa chica que trabaja para mí.

—Llámame a Laura, la de *La Vanguardia* —me levanto todo lo ágil que puedo de la silla—. Haz algo para mí que me recuerde por qué te pago.

—No empieces.

Me pongo la chaqueta. Una de las ventanas está abierta y el aire acondicionado puesto. Cierro la ventana.

—Huele mal. Por eso abro.

—Pues apaga el aire.

—¿Acabas de llegar y ya te vas?

—Llama a la periodista.

—¿Irás en coche?

—Sí.

—¿Por dónde vas a ir?

—¿A dónde quieres que te lleve?

Son casi las seis cuando me veo buscando una salida de Ronda de Dalt. Prometí dejar a Briongos un poco más arriba de Pont de Vallcarca, pero luego me acabo apiadando y heme aquí, trepando hasta Murtra.

—Pepe..., tú tienes una hija, ¿verdad?

—Ya sabes que sí.

—¿Te llegaste a casar con su madre?

—No.

Briongos recuerda o se asegura.

—Con Charo tampoco te casaste, ¿no?

La miro y, piense lo que piense, sólo me aparece Biscúter de alcahuete y demasiadas horas sin el jefe en la oficina. No espera que le conteste. Tampoco pensaba hacerlo.

—¿Por qué?

—El matrimonio es un sacramento muy sagrado —la broma era anciana antes de pensarse—. No era el momento. Nunca lo fue. Y cuando quizás lo hubiera sido ella se fue a Andorra.

—Pero volvió a Barna. Biscu dice que ella llamó un par de veces y no le contestaste las llamadas.

—Sé que está bien. Eso me basta.

Silencio. Sonido de intermitentes. A veces me canso de mí mismo, de mis corazas, de ir secándome por dentro.

—Igual todo se reduce a que ya era vieja para ti.

—¿Por qué debería ser yo mejor que el resto de los cincuentones? ¿Porque eso significaría que soy menos cabrón que otros? Pero la cosa no va por ahí. Además, me gusta Juliette Binoche, por ejemplo, y tiene mis mismos años.

—Ya, pero ella es actriz.

—Charo, a su manera, también lo era.

—La francesa seguro que dedica diez horas al día a no parecer vieja.

—¿Ella? Ni de coña. Binoche es agua clara y alegría interior.

—¿Te liaste con ella en Madrid?

La miro a mitad de camino entre la sorpresa y el agradecimiento infinito. Sólo suponer que pueda haber tenido algo con la Binoche ya merece un aumento de sueldo. Voy a mostrar mi lado más risueño cuando me percato de ese cartel anunciador. Un cartel discreto, pero que rezuma diseño y espíritu concertado. Miro la hora en el salpicadero. No está mal. Podría encajar. No sé cómo han ido las monedas en el laberinto de mi cabeza, pero han caído a la vez e igual hacemos algo bueno hoy. Briongos pregunta a qué viene el giro brusco hacia la derecha, escalar una de las calles que quedan a las faldas de la montaña del Tibidabo, no respetar uno, dos, quizás tres semáforos en rojo. No digo nada. Es una oportunidad. Una entre cien, pero quién sabe. El tobillo hinchado no ayuda con los pedales. Veo la pijería en racimos aquí y allá, los automóviles en doble fila, y sigo hacia adelante. Doy un par de vueltas. Nada. Estoy por volver a bajar para coger el lateral de Rondas cuando es Briongos, mucho más lista de lo que siempre sé que es y me digo, quien me indica que suba por ese pasaje porque ha visto algo.

Unos chavales siguen a uno que no parece muy feliz de ser perseguido. Aparco. Desde abajo le dan alcance, le empujan al suelo. Patadas. Risas. Burlas. Me gustaría ir más deprisa, pero el antihistamínico está dejando de hacer efecto. A mis espaldas oigo el sonido de la puerta y sé que Estefanía me sigue. Buena chica. Estoy a unos tres o cuatro metros, cojeando, cuando creo saber qué está pasando. Son cuatro muchachos a los que les quedarán cuatro o cinco años para que sus papis los lleven a hacer un posgrado en Ottawa para que hagan el babuino y se gradúen con el resto de los hispanos, birretes al aire. Uno de los chicos, moreno, pelo rizado y jersey morado, está dando patadas a la mochila del chaval que está tendido en el suelo. Otro, patilargo, pelo con caída de cien euros, está grabando la escena. Un tercero está agachado cogiendo a la víctima por el cuello y tratando de que abra la boca para que el cerebro de la operación, el del polo celeste, cara aspirador y deportivas del precio de mi Focus, se la llene de la orina que su linda pollita está regando con algo de negligencia en acertar.

Me coloco detrás de él y con mi mano derecha le agarro la manguera díscola y se la aprieto tanto que tengo miedo de que regurgite por cualquier otro sitio menos habituado para ello. Trata de zafarse, pero con la otra mano, más mal que bien, le tiro del pelo algo largo, algo suave, algo todo, creciéndole en el cogote.

—No te muevas, hijo de puta, o te reviento. Tú, suéltale o te piso la cabeza.

Me obedece el del suelo. Se endereza. Me hace ojitos. Se sonroja. Yo no quería. Yo no estaba aquí. Estoy por preguntarle si su madre trabaja en una tienda de bisutería cerca de la estación de Atocha. El meado de mi amigo le está mojando las deportivas, los pies del imbécil que lleva el iPhone y se atreve a dirigirlo hacia mí. Briongos sólo necesita dos movimientos, uno por mano. El primero para quitarle el teléfono y el otro para asestarle una bofetada a mano llena que resuena por todo el Putxet. El adolescente se queda quieto. Bajo los pantalones al mío hasta la altura de las rodillas y lo lanzo al suelo. El del móvil dice algo sobre que no tenemos derecho a no sé qué. Briongos insiste con otra en el mismo moflete y me quedo pensando que su dermatólogo y su rosácea van a estar más que contentos con nosotros. Me desagrada tanto esta violencia que creo que voy a llorar de pena. Sobre el cuarto agresor ni Estefanía ni yo llegamos a improvisar nada porque éste echa a correr hacia las colinas para reunirse con sus compis de clases de equitación a las que ya llega tarde.

—Levántate, Rubén. Y sécate el pantalón y el resto de la ropa en la cara de tu compañero.

De modo afectado y teatral me quito la chaqueta y se la dejo sobre los hombros a Rubén una vez se ha secado con más temor que otra cosa. Puedo imaginar cómo su cabecita está a punto de reventarle ante la información maniquea y violenta que está recibiendo en clara confrontación con la asesoría de soporte psicológico ciento veinte euros la hora, martes y jueves, y los sabios consejos de docentes, madres y concertistas de piano ingleses despeinados.

Me pongo en cuclillas cerca del chaval al que se le está enfriando el culo contra la acera. Sus ojos quedan magnetizados en mi Barracuda, en mi cara hinchada por los golpes, y los míos evitan su triste Glock, pues lo último que querría sería frustrarle:

—Estás a la última —señalándole su anzuelo—: la pistola de bolsillo es una tendencia creciente.

El del móvil que Briongos no le entrega seguro que será letrado del Estado. Sigue con la retahíla de derechos y la tipificación delictual de quitarle el iPhone. Desde abajo pregunto a Rubén.

—¿Cómo se llama ese que no para de hablar?

—Santiago.

—Santiago…

—¿Sí?

—¿Quieres hacer el favor de callarte de una puta vez?

Por increíble que parezca, se calla. Y es que uno debería haber sido capataz de plantación o domador de cachorros. Vuelvo con el exhibicionista horizontal.

—¿Tú cómo te llamas?

—Gabriel.

—Muy bien, Gabriel ángel caído. Seguro que has visto un montón de series y ya sabes cómo va esto, ¿vale? Ni tocarle. Nunca más. Si no, la próxima seré menos cariñoso. Y piensa que pase lo que pase en el país, los Mossos nos quedamos aquí. Lo entiendes, ¿verdad?

Me levanto con disimulado dolor. Gabriel lo hace rápido y también se dirige a la misma clase de hípica que el amigo de antes. El del móvil sigue ahí. Está a punto de enternecerme esa lealtad. Se dejaría matar antes de abandonar su teléfono. Me disculpo mientras pongo el brazo sobre los hombros de Rubén y bajo hacia el coche mientras Briongos le explica que lo llevamos a comisaría y bla bla bla. El cuarto chaval ayuda con el pantalón al ángel Gabriel.

—Huelo a pis, señor.

—Luego te duchas y se va.

Estefanía ya está a mi altura:

—A veces vales la pena, Pepe.

Como parece que es el día de las buenas obras, he cogido el taco, he puesto tiza azul en el casquillo y he hecho un par de carambolas. Las carambolas se llaman Laura, Marina y Amèlia. Me faltan dos para montar una obra de Lorca. El escenario lo tenemos: el piso de Amèlia, al que hemos accedido después de levantar la prohibición los investigadores. La aprensión y actitud corporal de Amèlia parecen sinceras. Se

agarra del brazo de su amiga nada más entrar y mientras subíamos se le notaba que ése era el sitio en donde menos le apetecía encontrarse. Todo más que lógico: iba a entrar al lugar donde se asesinó a su hermana pequeña y a su abuela reventándoles la cara por un botín que no valía, seguro, ese precio. Mi intuición me dice tanto que Amèlia no es agua clara como que no tiene nada que ver con esos asesinatos. Al menos no directamente. La que, evidentemente, disfrutaría sería Laura. No le había podido dar la exclusiva del novio guardia urbano, pero al menos estaría en el lugar de los hechos. A Amèlia le tiembla la mano al tratar de introducir la llave en la cerradura de la puerta que, al franquearse, nos llevará al interior. Lo hago yo por ella. Enciendo la luz que saltó en el momento de los asesinatos. Y a todo esto el perro sin ladrar. Algo increíble. Tanto si era peligro, violencia o juego, el perro hubiera debido ladrar. Me olvido del perro. Supongo que una cuadrilla de limpieza ha adecentado el piso, casi puedo visualizar por todo aquel pasillo las pisadas de Valent, testigo de cargo y ladrido.

—He hablado con Matacañas. El asesino o asesinos tuvieron la santa de ducharse en el propio piso.

—Ya.

En realidad no lo sabía, pero quiero que Laura se lleve la impresión de que este asunto me importó en su momento tanto como ahora me importa nada. Sólo se trata de mi buena obra del segundo semestre del año. Baja la voz para no incomodar a Amèlia.

—¿Primero mataron a la vieja y luego a la cría?

—Ya sabes que sí.

—Si lo supiera no te lo preguntaría.

—Sí que lo harías.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros. Tampoco sé muy bien a qué se refiere la pregunta.

—Traumatismo craneal. Con la niña se ensañaron. Innecesario. Cada vez entiendo menos este mundo. ¿No te pasa a ti lo mismo, Pepe?

Para esta réplica ni tan siquiera me encojo de hombros.

—¿Qué cantidad se llevaron, Amèlia? —pregunta Laura cambiando de interlocutor. Amèlia sigue inmersa en una especie de catatonia de la que Laura, ahora, la despierta a medias.

—No lo sé, la verdad. La yaya era muy suya en eso. Nunca hablábamos de dinero en casa. Iba al banco, sacaba y metía. No sé. Algo tendría, pero no sé cuánto.

Entramos casi al mismo tiempo los cuatro en el comedor. A todos menos a Amèlia la mirada se nos escapa como un imán hacia el sofá donde se encontró el cadáver de la vieja. Amèlia se deshace del abrazo de Marina y se dirige hacia la mesa de la comida en un lateral de la estancia. En medio de la mesa hay un jarrón de color azul abierto por los bordes como un ramo de gladiolos muertos o una flor carnívora petrificada en Pompeya. Reposa sobre un tapete de ganchillo que imagino obra y paciencia de la abuela y no de Amèlia, de profesión actriz en perpetua formación. Pero sobre la mesa hay algo más: un papel con algo impreso y un manojo de llaves. Casi seguro que serán las de la cría. Las que se habían extraviado.

El corazón de investigador privado enterrado bajo los tablones empieza a latir. Hago que no lo escucho, pero ya me sé cómo acaba la historia.

A Amèlia no le salen las palabras. El manojo de llaves está enlazado en un llavero con un emoticono amarillo. Carita de complicidad. Ceja alzada. Debería ensayar una así

yo cada mañana.

—*Què fan aquí les claus? I això?*

Lea usted la nota.

Mensaje claro. Alguien quiere decir a quien le pueda interesar que lo sucedido no ha sido improvisado y que tampoco se les olvida que los trabajos se pagan. Firma de autoría. Damos por hecho que Amèlia ha reconocido las llaves. El llavero al menos. Las llaves pueden ser copias. Laura se abalanza sobre el papel sin tocarlo. Lo leemos sobre la mesa. Me temo que todo el mundo está viendo demasiadas series sobre forenses.

—Son argentinos.

—Ruidosamente argentinos.

«CATALANA: YA SABÉS QUE SI NO COBRAMOS SE VA A ARMAR QUILOMBO, ASÍ QUE DEJA DE HACERTE LA BUENITA. QUEBRAMOS 2X1 SIN AVISO. LO DEL RATI NO CAMBIA NADA. PAGÁ».

—Hemos de ir a la poli con esto.

Marina acaba de decir lo que todos estamos pensando. Lo que se debería hacer, estar haciendo ya mismo. Esto ha agitado el avispero y en lo que a mí respecta, desgraciadamente, no puedo poner un punto y final y cerrar el libro. Pero de hacer eso, lo que se debe, lo que deberíamos estar haciendo, colocaría a Amèlia en una situación extremadamente complicada. Cuenta atrás para su pesadilla. Deberíamos acompañarla a comisaría.

Diez, nueve, ocho, siete…

Pero, como era de esperar, Laura pide unos minutos extras antes de la ejecución. Todos tenemos ganas de concedérselos.

—Espera, no nos precipitemos. Amèlia, ¿quieres hablar antes con nosotros? ¿Has de explicarnos algo?

La mujer está en estado de shock. La actriz no interpreta. No aprendió tanto en sus cursillos de formación y en el fingimiento de orgasmos con urbanos y cowboys. El juego ha dejado de serlo. La mujer de hielo tiene un novio al que tanto le da por lanzar manteros montaña abajo como trapichear con todo. En ese trapicheo —eso lo sabemos desde hace muy poco— el tipo tiene contactos con delincuentes llegados de Sudamérica y ahora tenemos Martín Fierro en mayúsculas en una primorosa hoja tamaño holandesa. Las grandes dudas son: ¿por qué, Amèlia? ¿Dinero? ¿La herencia? ¿Hubo alguien que se excedió con algo?

—Voy a buscar un vaso de agua —dice Laura mientras se introduce en el pasillo en dirección a donde es de suponer esté la cocina—. Pepe, ven aquí.

Acudo. Me señala el espejo del lavabo y otro, viejo y alargado, que queda en una de las paredes del pasillo. En rotulador color rojo, las oportunidades del día en Mercadona: 2x1.

—Alguien encargó un muerto y le regalaron otro.

—O ese otro no debía estar aquí.

18

NO DEBERÍAMOS ESTAR HACIENDO ESTO

He decidido que no estaría de más una conversación en privado para saber dónde estamos y qué vamos a hacer. Salimos a la calle. Vamos a ir a mi despacho y, menos Laura, que irá en su moto, el resto cogeremos un taxi si es que alguno se digna a pasar por aquí con su lucecita verde y sus ganas de dejar cambiar los semáforos a rojo mientras le das la dirección. Por primera vez en este tema algo adquiere hechuras imprevistas de investigación y no sé si eso es una buena noticia. Al menos para mí. No me gusta jugarme la cara y menos gratis, sino sólo como protección de Marina. Ése era el trato, ése el encargo. Estoy convencido de que por parte de los Mossos nos estarán vigilando. Dudo que se les haya pasado por alto Amèlia, la misteriosa Amèlia. Me enciendo un cigarrillo, que es la mejor manera para hacer acudir un taxi, que entre en estación un tren o que en el restaurante ya tengan mesa para dos, aunque de esto último hablo de oídas porque un restaurante que te hace esperar sólo ha de ser gratis, y si es gratis ya no es un restaurante, sino un comedor social. Laura sale con la moto. En un par de minutos conseguimos parar un taxi. Veo que el asiento del copiloto está despejado y me siento ahí con el friqui facha de turno y su panel de avión privado: ipod, iPhone, GPS, atrapasueños y carta astral ibicenca. Detrás, Amèlia hace un amago de llorar, o llora. No veo lágrimas. Hay gente que consigue eso: llorar sin lágrimas. A esa prestancia antes, creo, al menos en algunas novelas del XIX, se le llamaba lloriquear. Marina le pasa un brazo por el hombro. No hablamos. No nos oímos decir las dudas que tenemos, las certezas que queremos que Amèlia nos ratifique. Ronda Sant Antoni, Rambla y unos cuantos semáforos que ni las manadas de turistas ni los indígenas respetan, como si en los laterales de La Rambla los coches se convirtieran en inofensivas sillas de ruedas de lisiados. Carrer del Carme, Casa Beethoven, La Boquería, El Liceu, y nos bajamos unos metros después de Nou de la Rambla porque creo que otro semáforo absurdo más y mi gen XYY van a pedir sitio en el escenario. La melena rubia de Laura nos espera. Fiel a su instinto de periodista de calle, está charlando con una prostituta subsahariana, joven y rotunda, que sale del Carrer de Guàrdia como Eurídice del averno. Le hago un gesto y se despide de la puta con un trote equino, cabello al viento y casco a modo de codera. Hago un gesto viril de tribuno romano a Guifré porque la buena educación aprendida de niños es una costra que por mucho que te levantes sigue ahí, y él me levanta tres dedos no porque seamos pareja de mus ni me haga propuesta de sauna, sino porque son tres las mujeres que llevo conmigo. A Guifré le da igual que dos de ellas parezcan la madre y la hermana de Ben-Hur recién recogidas de la leprosería, y seguro que ya está gritando para sus adentros Tom Jones y volteándose con la bandeja ahora en una mano, ahora bajo la axila de su camisa blanca sudada, con una sonrisa de araña tensando la tela con el reclamo de arroz frito y tintado de azafrán de paellador, patatas bravas, gazpacho y pimientos de Padrón que unos pican y otro no. A veces me gustaría ser él. Tener su

cerebro, su corazón, su entrepierna. Matarme a trabajar, que me dolieran los pies y que me creyera que estar en el mismo trabajo y en el mismo lugar de trabajo dos décadas significa siempre tener la misma edad con la que empezaste a trabajar hace dos décadas y que antes, ahora y siempre las mujeres van a verte como una oportunidad de pasión, atrapados ambos para siempre en *Dancing Queen* o en *Una lágrima cayó en la arena*.

En el despacho, pierdo la mitad de lo que me he apostado a nihilismo puro conmigo mismo. Está Briongos y no Biscúter. Quedo en paz. Busco sillas. Pido café a Estefanía para todos los que lo deseen. Se lo pido hasta por favor. Al final sólo querré yo. Laura espera a la última curva para añadir un cortado. Amèlia y Marina se han sentado en las dos sillas que quedan frente a lo que se supone es mi mesa de trabajo. Laura lo hace en el sillón y yo en la punta de la mesa, como hacen todos los policías enrollados de series y películas.

—Aparta un poco, Pepe, que no las veo —me dice Laura tocándome la cintura. Me giro con cara de vinagre.

—Laura, el sillón tiene ruedas. Muévete tú.

Obedece.

Esto que no salga en el montaje final.

Empecemos.

—Vamos a tener que ir a la policía con ese papel, Amèlia. Sí, no discutas. Necesitarás una protección que va más allá de vivir con tu amiga y de la que tu novio cowboy te proporcione.

—No somos novios.

—Es igual eso ahora. Lo seréis de aquí a diez minutos o diez días.

—¿Cómo se llama ese novio? —interviene Laura mientras llega Briongos con los cafés pedidos.

—¿Cuál?

—El cowboy.

—Max.

—¿Max qué?

—Max, Maximiliano Artigas, creo. ¿Por qué?

—Soy periodista. Siempre pregunto.

—¿Puedo seguir? Gracias. Al margen de la protección, esto pinta feo. De esa nota se desprenden varias cosas. Una de ellas es que el asesinato de tu abuela y tu hermana fueron asesinatos encargados. El móvil del robo no existe.

—Pero… pero…

—Sigo. Y según la nota, el encargo lo hiciste tú.

—Pero eso es absurdo. Totalmente absurdo. Yo no conozco a nadie. ¿Para qué iba a querer matar a toda mi familia?

—En realidad era uno, el otro no estaba previsto —echa una mano Laura—. ¿Para qué? Te dirán que dinero. La herencia. No sé mucho de heredar y dejar herencias que no sean taras y deudas, pero imagino que, sin padres, la herencia de la abuela pasaría a las nietas. Y sin la otra nieta, toda para ti.

—Es atroz. Es innecesario. Yo vivo bien. No necesito nada y…

—Vives de los demás. Te ayudan, vamos —trato de contemporizar—. Estoy contigo en que el resultado es atroz, pero igual encargaste algo que no debías a quien no debías.

Todos estamos pensando en el mismo nombre. Del Río. Pero nadie dice nada. Amèlia, al parecer, ha descubierto las bondades de la cenefa del suelo viejo de mi despacho. Estefanía pasa al otro cubículo, pero, a diferencia de otras veces, no cierra la puerta.

—Si no dices nada más, Amèlia —dice Laura con ese tono de voz de «Aprenda francés mientras duerme»—, no vamos a tener otro remedio que acudir a la poli y te van a detener. Hay otra manera…

—¿Sí? ¿Cuál? —pregunto.

—Podemos esconder ese papel y que no llegue a la poli.

—¿La vas a defender tú de unos sicarios hinchas de Boca?

—O de San Lorenzo. Esa gente quiere cobrar.

—Però què volen cobrar? No ho enteneu? Jo no vaig encarregar res de tot això! Jo m'estimava a la iaia i a l'Elsa. És monstruós que creieu que…

Ahora sí. Ahora llora con lágrimas. Ahora ya no es una actriz detrás de unas líneas resabidas de diálogo, sino una mujer con el único papel que en estos instantes se ve capaz de realizar. Marina la consuela. Deberíamos dejar pasar unos instantes. Un vaso de agua. Comprensión. Pero es hora de apretar.

—Mira, Amèlia. Igual todo es un error. O un mal cálculo. Tú tenías una relación sentimental con el tal Del Río. Sí, ¿no? ¿Sabes que está o estará en nada en la cárcel? ¿Él y su excompañera? Lo sabes, ¿no? —La mujer asiente—. Hoy nos hemos enterado de que ese tal Del Río era un elemento de mucho cuidado. No sé qué relación tenías con él. Si planeabais casaros y tener hijos como la familia Bach, y en vez de concertistas, ibais a tener guardias urbanos y actrices en clave bien temperado —oigo un «Pepe» de advertencia en la mirada de Marina—, quítatelo del corazoncito. Dudo que ese hombre sienta algo por ti más allá de la circunstancia y la oportunidad. Y dinero. Quizás ese hombre buscaba tu dinero. Quizás cometiste alguna indiscreción, no sé. Comentarle que tu abuela guardaba joyas o dinero.

—És possible, és possible. No ho sé. No me'n recordo.

—Pero es una posibilidad, ¿no?

Briongos vuelve con nosotros.

—Perdonad si me meto en lo que no me concierne y bla bla bla, pero ¿y las llaves? ¿Cómo se las pudo robar a la cría pequeña?

Está en lo cierto. Y el perro que no ladra o que nadie oyó ladrar.

—¿Valent conocía a Del Río?

—Sí.

—Perfectamente entra Del Río y lo saca al pasillo.

—¿Y tu familia conocía a Del Río?

—Elsa sí. La yaya no.

—Pero Del Río no pudo hacer eso. No tiene sentido —habla Laura—. ¿Para qué meterse en ese marrón?

—Lo único que se me ocurre —empiezo a pensar en voz alta— es que Del Río sabe por Amèlia que en esa casa hay dinero. Y él se lo encarga a alguien. Calculan mal los horarios, entran en la casa y se encuentran a la abuela y la nieta y deciden tirar por en medio. Y luego se llevan la pasta.

—Si tienen el dinero, ¿para qué pedir precio por los muertos?

—Quieren más dinero.

—¿Y las llaves…? —Los relojes dan la hora: Briongos, a su manera, también.

—Del Río las debió ver por la casa días antes de los asesinatos y se las llevó. ¿Pudo pasar eso, Amèlia?

Asiente.

—Deberíamos poder hablar con Del Río.

—Está en preventiva. Me lo acaban de confirmar —señala Laura.

—Tendrá que salir en algún momento, ¿no?

—Tardará. Esto es urgente. Veré qué abogado lo lleva —indica Laura—. Igual podemos visitarlo en la cárcel.

Todo aquello parece empezar a adquirir un contorno reconocible, aunque cualquiera asumiría que tiene agujeros y agujeros. En el ambiente sobrevuela qué hacer a continuación. Lo correcto, lo sensato o lo estúpido. Es evidente que Paris va a volver a cagarla con Helena y no vamos a ir a Mossos desde Troya.

—Bajo tu responsabilidad, Amèlia. No hemos visto la nota. No sabemos nada de las llaves. Y si esa gente va a por ti, más allá de defenderte con jotas y zetas, no sé qué podremos hacer. Al menos no te han puesto un plazo. Tenemos que hablar sí o sí con Del Río.

Ella acepta porque sabe que la otra opción es una detención y pasar a ser cómplice de dos asesinatos, algo que siempre suena feo para un fiscal instructor.

—Si Matacañas se entera nos mata.

—Acabará por enterarse y nos matará —contesto a Laura.

Suena el teléfono. Briongos acude a atenderlo. Mientras, Laura decide acompañarlas hasta la calle. Me indica que es para mí.

—¿Quién es?

—No me lo ha dicho.

—Pues pregúntalo.

—Es una señora.

Desesperado, cojo el teléfono. En el mismo instante en que lo hago, y sin posibilidad de escapatoria, distingo la voz de la madre de La Niñata. Pongo a Briongos mi mueca más detestable o al menos una de las diez más detestables. Apenas la vieja oye mi voz, cual perro de Pavlov rompe a llorar:

—Ay, señorpepecarvalho. Muchas gracias. Muchísimas gracias, de verdad. Mi hija me ha llamado. Anoche me llamó. Dice que está bien, que está fuera, por el Norte, en Bilbao o por allá, y que ya me llamará.

—Eh, uh, me alegro mucho. De verdad. ¿Seguro que era ella? —pregunto, y lo lamento—. ¿La reconoció?

—Sí, sí. Tenía una voz ronca, señorpepecarvalho. Estaba resfriada, me dijo. Pero que me llamará en unos días. Se cortó enseguida. Era una cabina en un bar.

—¿Anotó el número?

—Ay, no, señorpepecarvalho. No pensé y tampoco sabría anotarlo. Ya me dirá cuánto le debo o si ya vale con lo que le di. Lo importante es que está bien, ¿no?

—Si eso es lo importante.

—Muchísimas gracias.

—De nada.

El Gueño ha resultado más listo de lo que se podía suponer.
Además, no está solo en esta vida: al menos tiene una amiga ronca en el mundo.

19

SUPERMAN II

—¿Tú has visto Superman II?

—Una de morro y otra de queso.

—¿La que salía Marlon Brando?

—No, ésa es Superman I, bueno, Superman a secas.

Morro y queso en platos de plástico.

Subirats se vuelve —van tres intentos— a poner de pie encima de una de las sillas. El chino trata de bajarlo. Lo consigue, pero Subirats es indómito y vuelve a subirse.

—Yo les propondría que siguieran con el *foie*. Nuestros cacahuetes de *foie*, que vienen acompañados con el pan y espiral de cacahuete congelado con manzana verde. Los traeremos a su mesa servidos en forma de dados con un velo de miel de caña y un panecito *brioche* para que puedan hacer la combinación a su gusto. —El chino le hace bajar y Subirats esta vez parece aceptarlo. Al menos lo simula de un modo hasta convincente—. El siguiente paso es el chipirón, que viene totalmente fresco, levemente pasado por la plancha y acompañado por unas barbas de tempura y una roca de cebolla dulce. Luego, un plato que llamamos *Buscando a las setas*. Es un salteado de setas, hojas frescas y secas, como si el cliente estuviera en el campo buscando setas. O si quieren pasamos a tomar ravioli envuelto en un velo de soja y sésamo…

Buscando a las setas: me levanto, aplaudo y río.

En los libros uno era más contenido.

En los libros el detective aguantaba mejor el dolor y la soledad, pero también se divertía menos. O fingía que lo hacía, no sé, joder, Escritor, escríbeme un poco esta noche.

El humo de un cigarrillo que no debería estar fumando dentro de este local me ciega uno de los ojos y debo parecer un villano, pero no importa.

Media persiana: viva la Ley Seca China.

Viva Verdi.

Viva *veni, vidi, vici*.

Dejo de reír, pero no de aplaudir. Necesito sentirme feliz, alegre, lejos, y hacerlo antes de que la conciencia se me despierte y se ría de mi risa y de haber pensado que era feliz y de creer que uno puede escapar de la melancolía cuando anda metida en los huesos y eres tú, y Subirats es un genio y yo aplaudo, aunque ya sólo sonrío porque, en el fondo, tengo miedo de dejar de aplaudir y reír, el eco amortiguado ya de ambas cosas y estamos los dos bebidos y los chinos que nos rodean deben despreciarnos y también reírse de nosotros, narigudos insolentes, que gastan el dinero en nada, en comer y comer, beber y beber, y en aplaudir y reír cosas que ni son extraordinarias ni divertidas.

En el corazón de todo ello, un delirio, un sueño imposible de cumplir: nunca llegas a tiempo y por eso los malos siempre se salvan en el último momento. En Superman II,

no. Por eso se inventaron los superhéroes. Y el sueño es cuando ríes como ahora y aplaudes y estás algo bebido y tú sabes por qué te has emborrachado y de qué escapabas en la risa, porque se puede reír sin pensar, y ese no pensar da risa porque si piensas sientes el dolor y va ocupando todas las habitaciones de la casa y entonces la risa y la alegría y la estupidez y el sin sentido tienen la cara inmensa de un payaso chiflado e irrumpen en la misma casa y persiguen al dolor y la pena y la vida, que es corta y una mierda y todos se te mueren alrededor y ella se te comió las últimas esperanzas que tenías, pero el payaso alegre y demente ocupa todo y el dolor y la pena y la lucidez echan a correr y no encuentran cobijo ni en la cocina ni en el comedor, hasta que en la última habitación atisban a ver una trampilla y tú sabes que has de reír más fuerte, y a todos los chinos les acaban llamando Joan o Jordi y has de hacer lo posible por que la melancolía hijaputa no abra esa trampilla porque has de destrozar la pena, hacerla jirones, pero se abre la trampilla y se salvan los malos y tú ríes, pero la risa es un eco que sabes que se apaga, porque cuando te quedes solo y a oscuras en tu propia casa, cuando el alcohol lo hayas meado y sudado y estés echado vestido en la cama, saldrán de esa misma trampilla el dolor, la pena, tus muertos y la desesperanza y te despedazarán como perros rabiosos, y lo sabes y esperas que Subirats diga otra broma porque, Carvalho, estás viejo, solitario y final.

—¿La has visto o no la has visto?

—¿El qué?

—Superman II. —Se sienta, por fin, en la silla. El chino Joan se lo agradece.

—No.

—¿Y respecto del menú…? Va, te doy pistas. Desde el restaurante se ve la Vega. En lo más alto. Sé que has ido, Carvalho. Yo también. Separados. Yo con una novia, tú, solo. No hace mucho. Creo. Pero de eso no estoy seguro.

—Granada. Álvaro Arriaga. Edificio del Museo Memoria de Andalucía.

Ahora es Subirats quien aplaude.

Sin risa ni cigarrillo en la boca cuyo humo le haga entrecerrar uno de los ojos y le haga parecer un villano, Pirata Patapalo.

Ya estamos pagando, ya estamos saliendo a la noche.

No sé dónde estoy ni a dónde vamos.

Va a conducir Subirats.

Por fortuna, no va a conducir nadie.

Vamos andando a una coctelería —una bocacalle, dos, el Dry Martini en la acera de enfrente— que se llama Harry y que, como el nombre indica, huele a desinfectante, polvo de sillón y permanente de abuela. Subirats se pide su Alexander de whisky y yo cambio mi tendencia a un cóctel de cava sabiendo que me he equivocado porque añoraré aquel que hacen o hacían en Boadas.

—Mírate esa peli, Carvalho. Te sitúo. Superman salva a Lois Lane en París, pero no controla su fuerza y larga el lugar donde los terroristas tenían sus bombas, que o-b-v-i-a-m-e-n-t-e es la Torre Eiffel. O sea, Superman lanza el ascensor donde están las bombas, pero lo hace con tal potencia que rompe la Zona Fantasma. Atiende. Los guionistas de Hollywood saben más de lo que parece. En aquella época aún eran comunistas, homosexuales. pero se hacían pajas con Farrah Fawcett-Majors. En fin, a lo que íbamos. Destruye la Zona Fantasma, que era el lugar donde… —Llegan los cócteles

—. Gracias. Donde estaban prisioneros los villanos de Krypton, los que el padre de Superman hizo prisioneros…

—¡Marlon Brando!

—Pero Marlon Brando no sale en ésta. ¿Está bueno tu cóctel?

—Para meter el mocho *i fer dissabte*.

—Ya… Boadas *in our minds*. Los Supervillanos de Krypton se llaman Zod, Ursa y Non. El jefe es Zod, es general. Luego se les une Lex Luthor. Éste sale mucho siempre en Superman. Es como el Villano de guardia.

—Estás borracho.

—Por supuesto. Todos éstos van a la Fortaleza de la Soledad, que, en invierno, cae cerca de tu casa, en Vallvidrera.

—Pon el freno: no me expliques toda la película.

—Pero es que te interesa. ¿Quieres ver las fotos de los supervillanos, de Zod y Nua? —está sacando su iPhone. Odio esto. Que no dé tiempo ni a recordar las cosas, que todo se deba confirmar de inmediato para ser olvidado a continuación.

—No quiero verlo.

—Son iguales.

—¿A quién?

—A tu novia y su marido.

Joder, sí.

Ahora sí que necesitaría a Brando bajando la escalinata del puerto; a Brando tratando de defender a Redford y siendo apaleado y *eccehomizado* por intentarlo; a Brando metiéndole una tonelada de mantequilla a Subirats en la boca.

—Tú ríete, pero a ésos los has liberado tú de la Zona Fantasma. Más vale que la próxima vez que vayas a la capital del imperio lleves kriptonita.

Vete a la mierda.

Saco dinero y pago.

Me encuentro fatal.

Tengo arcadas, pero Carvalho, como Dean Martin, nunca vomita en vía pública. Sabe beber y tampoco es que beba mucho: lo necesario para no enloquecer. Subirats deja de hablar. Eso es algo, al menos. Vomito todo el chino y el cava y bilis y algo negro que puede ser sangre o ectoplasma zombie. Perdóname, Dino.

—¿Te encuentras bien, Pepe…?

Sí, sí, sí, estaré bien cuando saque de dentro toda la kriptonita. Eso es.

¿Qué me está pasando?

¿Qué se hace a continuación?

Si consiguiera aminorar la velocidad de todo, si pudiera descifrar los signos, las pistas que leo y no sé descifrar su resultado. Las pistas de Mi Novia Zombie, del Gueño, de los asesinos de la familia de Amèlia, de mi enfermedad. Pero todas están mezcladas, todas por todas partes, todas inconclusas. No consigo ver nada con claridad porque la sangre, el rencor, la pena y la vejez son velos que no dejan que uno vea y, por mucho que lo intente, no consigue quitar las pieles de cebolla.

No sé qué he de buscar escarbando con las manos, los dedos en la tierra de la montaña de Montjuïc.

No sé si he de cortar la cabeza a Milady de Winter.

No sé si me quedan meses, años, días.

No sé si alguien está en peligro, si la puta volverá a Terrassa, si hemos de confesar los pecados o cometerlos todos otra vez.

—Llévame a casa.

—Pero tal como vamos nos van a detener.

—Están todos buscando y ocultando urnas, llévame a casa.

—Pepe…

—Llévame y te cocino.

—No vayas de farol.

—No.

—*¿Crede Byron?*

—*Crede Byron*.

—Lo hago para seis porque es de kilo. Te lo llevas en *tupper*. Me quedo un plato para desayunar o tirarlo esta misma noche. Quedará un cuarto de hora. La clave es retirar los restos de grasa que quedan impregnados en la carne. El solomillo ha de estar limpio como la conciencia de un santo de los de antes, de los apocalípticos.

—Tipo…

—Tipo Gaudí o Asensi. El solomillo Wellington, como su nombre indica, es anglosajón. O sea, que ellos calentarían en una cazuela un pedacito de mantequilla, pero nosotros le hemos echado un chorrito de aceite. Carbonell, por supuesto. El duque de Wellington, además de derrotar a Napoleón y seducir a mujeres, exigía que allá donde él comía se preparara este solomillo.

—¿Cuándo se vendió la casa Fuster?

—Al poco de morir El Escritor. ¿Por qué?

—Curiosidad. ¿Erais muy amigos?

—Lo suficiente como para cocinar juntos de madrugada. Como ahora nosotros. Atiende. Doramos el solomillo y reservamos la carne sellada como si fuera Ofelia entre tulipanes.

—Oye, Pepe —pausa para beber y saborear el vino—. ¿Tú y yo somos amigos? Amigos de amigos, ya me entiendes.

—¿Qué os pasa a todos con la pornografía? Estás borracho, Subirats. Te me pones tierno. No es de caballeros esta ternura.

—De acuerdo, de acuerdo. Somos tipos duros. Somos hombres, sea eso lo que cojones quiera decir.

—Vamos a sofreír las cebolletas. ¿Las has cortado en daditos? Muy bien. De aquí a cinco minutos, la mezcla de champiñones, y después untaremos el *foie*. Luego pintamos la masa de hojaldre, horno y en media hora cenas como el hombre que derrotó al hijo del notario más famoso del mundo.

—Hombres como Nelson, hombres como el Cholo Simeone.

—Hombres como George Eliot, hombres como Madame Curie.

Nos dirigimos al salón. Todas las ventanas están abiertas para que el calor de la chimenea encendida no nos ahogue tanto que deseemos no haberla encendido. Ambos llevamos nuestro Coto barato pero bueno en las copas correspondientes.

—Somos tan inútiles, Pepe, que no sé qué encuentran en nosotros las mujeres. Qué valores. La violencia, la protección, la locura… Todo lo que se me ocurre en un tío es

negativo, desproporcionado o delito. ¿Qué crees que buscan en nosotros, Pepe?

—No buscan nada. Sólo andamos por su mundo con una polla entre las piernas.

20

TODO EL AMOR DEL MUNDO

No hay muchas maneras de llegar a estar en paz con uno mismo a ninguna edad probablemente. Mucho menos a la que yo tengo. Nunca ha sido cuestión de errores o plenos. Tampoco de ganadores ni perdedores. De viejo lo sabes, cuando ya no sirve de nada. Uno puede ser feliz en una vida infeliz, y viceversa. La vida es compleja. Nos engañan los libros y las películas al solucionar los conflictos con amor, épica o un buen número de baile.

Al fuego, entonces.

Una ventana abierta en mi casa, con las cenizas de la chimenea a mis espaldas, hojas de libros bajo las astillas, mediado el mes de junio y Barcelona ahí, condenada a ser vista y sentenciada en una sola mirada. Y en esa mirada —mía, en este caso— no sé si perdonarla o condenarla.

Dime, Nerón, ¿la quemamos o no?

Oh, las cartas que no enviamos —«Charo, nos jugamos la posibilidad de vivir o malvivir los últimos años que nos quedan sin demasiada vejez»—, y esa cazuela de arroz con bacalao, con la sobrasada que Biscúter me enseñó a añadir al sofrito, estaba gustosa, seguro, y es una lástima que esté donde está ahora, en el cubo de la basura, embadurnada de salsas y entre mondas y huesos y cartílagos y algún plástico que no debería estar allí, pido clemencia por esto último, ayer mismo hallaron varada en no sé dónde a una ballena con dieciocho kilos de plástico, además de Jonás y Pinocho, en su barriga y una tonelada de cartas que no se enviaron.

Elegí estar solo. Sé estar solo. No he sabido hacer otra cosa en mi vida más que estar solo. Soy especialista en quedarme solo. Me describió así y quizás lo fuera o quizás quise ser lo que leía de mí. Carvalho es lúcido: no se engaña. Qué lástima, la verdad. Y ésta es su montaña, y él, yo, soy el indio viejo que se muere sin molestar. Y allá abajo, Babilonia, Barcelona.

Atención. Peligro: melodrama.

Igual son piedras, igual es úlcera, igual es extirpable, igual es miedo, igual es quimio, igual radio, igual es nada.

Qué importa.

El cero y el infinito, el sexo y la muerte.

Charo decía que hay hombres casados que se van de putas o tienen amantes —todo depende del precio que quieras pagar por ser otro, por volver al principio desde el que no empezaste nada definitivo— para seguir adelante con todo su dolor sin herir a nadie. Como un monje lacerándose la piel en la soledad de su celda. No todo es vicio en el puterío, ni traición en toda infidelidad: hay una cierta bondad cobarde.

Apoyo los pies en el alféizar. El frescor del verano ahora, de la noche delante de mí, con las luces encendidas en la metrópoli abajo, como el deseo, fantasía y delirio del

apache que espera el amanecer para bajar, atacar y regresar sin rasguño alguno con el Armagedón a sus espaldas. Vuelvo a encender otro cigarrillo y busco a tientas el vaso con los restos del escocés ahumado que probé por primera vez hace un millar de años en Edimburgo.

Pienso en todo y pienso en nada.

Pienso en mis fantasmas, en mis asesinados y en mis asesinos.

¿Qué sientes, Carvalho?

¿Qué siento, Escritor?

¿Es amor, es dependencia, es sexo, es dolor, es rabia, es coraje, es derrota?

¿Es miedo a haberme equivocado en todo lo vivido protegiendo nada, reservándome para nada, esperando nada?

Eres la peor candidata de toda mi vida para compartir nada conmigo, pero no puedo dejar que me propicies la idea de imaginar qué hubiera sido mi vida de haberla querido compartir con alguien, de haber decidido renunciar a la lucidez, la mortalidad, la serenidad, las líneas claras sin cursilerías, sin mentiras ni renuncias.

¿Por qué buscamos lo que nos destruye?

¿Por qué no quise acabar al lado de quien me quiso mejor, a quien, probablemente, quise más?

No hay respuestas.

Nunca las hay. De ahí los libros: no sé qué buscaba, al abrirte encontré lo que no esperaba.

Mierda.

Acabo el cigarrillo. Si me tumbo en la cama, cuando está ya a punto de amanecer, quizás pueda conciliar el sueño tres o cuatro horas. Sé que me levantaré contigo en la cabeza tal y como me acuesto. Contigo y la promesa de olvidarte.

No se olvide usted de recordar olvidar.

Mis pasos descalzos hasta la habitación. El último trago. Sabor a metal, a mercurio. Me quito el pantalón, la camisa, los calzoncillos y me dejo caer.

Quiero dormir.

Quiero morirme dormido.

Quiero despertar y ser otro.

Quiero limpiar el arma y clic.

Clic.

¿Cuándo te darás cuenta, Amèlia, de que soy una montaña para que puedas guarecerte en ella y estar a salvo? Me acerco por detrás de ti y quiero que notes mi deseo, y te oigo respirar y sé que ya no estás dormida, que lo finges, y ando desnudo y trato de bajarte el pantalón del pijama porque quiero entrar en ti, quiero que sepas que ésta es tu casa, que yo soy tu destino, que estoy aquí y que no te voy a fallar. Nunca fallo a nadie. Y el pantalón se resiste un poco. No abres las piernas y pongo mi mano entre ellas y no la muevo. Se queda allí hasta que sepas que no voy a renunciar. Que es bueno y nuestro. Nuestra intimidad. Nuestra casa. Consigo bajar el pantalón, retiro el tanga y me acomodo en ti. Pon de tu parte, por favor, no hagas que me desanime, no hagas que me sienta estafado, así, déjate, déjame entrar. Me muevo. Tú sigues quieta. Te haces la dormida, la muerta, la que no está. No tomas partido, no juegas a ser la que maneja el

asunto como hacías al principio del principio. No me buscas. No me deseas. No lo haces como hacías. Quizás es temporal. Quizás es quizás. No me importa que no te muevas. Estoy a punto de acabar y te mueves en espasmos. ¿Estás llorando? No es posible: ¡Si soy yo, cariño! Tienes la cara contra la almohada para que no oiga cómo lloras. Haces que me sienta mezquino. Una bestia sin ningún tipo de sentimiento. Un bruto. Ceso mis embestidas. Salgo de ti. Pregunto. No respondes. Te acaricio el pelo. Te subo el pijama como puedo. Sigues llorando. Vuelvo a preguntar. Insisto.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Qué tienes…?

—No lo sé, Max, no lo sé.

—Imagino que tienes todo muy reciente. He sido un bruto, perdona. Perdóname, de verdad. Estaba medio dormido. Te deseo tanto que…

—Sí, sí, no pasa nada. *Estic fluixa*.

—Deja de llorar, por favor. En la mesilla tienes *kleenex*. Aún es muy temprano. Tratemos de dormir. Ven, que te abrazo.

—*No, haig de fer coses*.

Como un resorte, Amèlia se levanta de la cama. Las sábanas cubriéndola hasta la cintura mientras se sienta en el lecho. Lleva puesta una camiseta gris, del revés, un descuido, pero el resto todo en orden. Los jirones del amanecer empiezan a desgarrar la oscuridad. Los relojes y las bombas empiezan —tic tac— con su cuenta atrás.

—¿Qué pasa, cariño?

—No sé, Max, creo que todo esto es precipitado.

—¿El qué?

—Esto. Estar aquí. El ir tan deprisa.

—Llevamos años juntos. Con parones, pero años. ¿Vamos deprisa? Puede ser. Pero las circunstancias son las que son. Ha pasado lo que ha pasado. Estabas viviendo en casa de una amiga. No puedes volver a tu piso. No te tomes esto como algo definitivo si no quieres. Es temporal. Hasta que vendas tu casa y puedas comprarte o alquilarte un piso que te guste. Ya está. Y si aún no estás preparada para que hagamos el amor me lo dices. Yo lo entenderé. Estás en shock. Lógico. Ha sido una falta de tacto por mi parte. Perdóname.

—*No hi ha res a perdonar. Sóc jo*.

El silencio se instala entre ellos.

—Voy a hacer café.

Max busca el pantalón de su pijama. Le cuesta encontrarlo. En ese momento suena un aviso en el móvil de Amèlia. Ella se restriega la cara con la mano y lo coge. Es un *whatsapp*. Otro. Max se demora en ponerse el pijama. Busca las zapatillas. Amèlia contesta los mensajes. Max sale de la habitación. En la cocina no queda café hecho de ayer, así que ha de hacerlo de nuevo en su vieja cafetera, que resiste el envite de cápsulas y nuevas máquinas. Enciende el fuego y coloca sobre él la cafetera mientras en el microondas un par de tazas con leche sin lactosa se calientan. Max se apoya contra la encimera cruza los brazos y mira el fuego de la cafetera hipnotizado. No levanta la cabeza cuando entra Amèlia con el móvil en la mano.

—Era Marina.

—¿Sí?

—Está preocupada.

—¿Por…? Estás conmigo.

—Bueno, sus cosas de hermana mayor…

—Te dije que ese tipo no era de fiar. Te lo dije.

Ella se sorprende. ¿Qué sabe Max? ¿Qué intuye más allá de la indiscreción del amigo de Marina sembrando la sospecha de que ella no había dejado la relación con Manel? ¿A qué viene ahora esto?

—Anda, ven, tonta —él abre los brazos y ella acude a refugiarse—. ¿Me dejas ver tu móvil?

Amèlia se separa de Max y le mira a los ojos. Él está sonriendo.

—No lo decía en serio. Te probaba. Sólo eso. ¿Quieres mirar mi móvil? Allá está. En mi mesilla. Abierto. Sin contraseña. Si jugamos, jugamos limpio, Amèlia. Lo dijimos desde el principio. No quiero ver tu móvil. No quiero convertirme en quien no soy, pero tampoco quiero vivir con miedo. Necesito saber que, si estás, estás. Hoy, mañana, pasado. Y si tenemos problemas, lo decimos, lo hablamos. ¿Lo entiendes? Sacrifiqué mucho por ti y…

—Yo no te pedí nada.

—Tú nunca pides nada, pero haces que los demás te demos cosas que nos haces sentir que necesitas. Eso también es una manera de pedir.

—No sé a qué viene esto. ¿Quieres ver mi móvil? Míralo —la mujer desactiva el código de bloqueo y le planta el teléfono en la cara a Max. El café empieza a hervir en el fuego. Max renuncia.

—Vamos a desayunar.

—No puedo también con esto, Max.

—Olvídalo. Hemos dormido poco y ya está. No será fácil. Es obvio que no lo será.

—Quizás no sea una buena idea trasladarme aquí. Es posible que sea mejor hacerlo de la manera que tenía previsto.

—Vas a tardar mucho en el tema de la herencia. En cobrar y buscar, vender y comprar. Con mucha suerte, meses.

—Puedo medio vender mal si es rápido. ¿Te ha dicho algo el amigo de Marina?

—Ése tiene tanto de API como yo —vertido el café humeante en una de las tazas, dos de azúcar y un primer sorbo demasiado caliente para Max. Amèlia aún no ha decidido si desayunará—. Es detective. Un minuto de Google y sale él, su despacho, todo. Pepe Carvalho. Aunque igual se trata de un seudónimo. Por lo de las novelas. A ése tu amiga lo llamó para ver qué tal tipo era yo. O para vigilarte a ti. O al otro. O a ti con el otro.

Amèlia piensa en contestar a esa última frase, pero se limita a aguantarle la mirada.

—Así que es eso. Pues si lo sé, me dejo follar.

—Por el amor de Dios, los hombres ya no somos tan básicos. Ésos eran nuestros padres. Ahora también queremos amor. Mucho amor. Todo el amor del mundo, a poder ser.

21

NARCOPISOS

Casi dejo pasar la llamada. Aún no he identificado ese sonido tontorrón —en el aparatejo lleva el sugerente nombre de *Westlake*— que Briongos ha colocado en mi móvil. Se enciende y apaga la señal que me avisa de que se trata de un teléfono desconocido. Descuelgo. Una voz de mujer me deriva a Jordi Matacañas. Saluda y pregunta o quizás sólo pregunta, aunque por el tono puede ser que sólo exija, probablemente ni él sepa ya diferenciar esos matices en su voz.

—Necesitamos localizar a Amèlia Torras. No coge el teléfono y no sabemos dónde vive. Dijiste que estaba con una amiga tuya.

—Sólo conozco una Amèlia y no sé si es la que buscas.

—Házmelo fácil y no le envío una pareja a buscarla.

—¿Para qué la quieres?

—Eso no te importa.

—No son maneras de pedir las cosas, ¿no crees?

Silencio. Puedo notar cómo se va agotando la paciencia en el policía casi al mismo tiempo que la mía. De lo poco que mantengo incólume es no ser lacayo de nadie y que se me pidan las cosas por favor. Hay un espejo en todas las películas de John Ford y quiero poder mirarme en ese espejo muchos más años.

—No tengo su móvil. Tú lo has dicho: es amiga de una amiga mía.

—Llámala. Me preocupa que no coja el teléfono. Temo por su integridad física. Cada segundo que me estás vacilando, tu responsabilidad respecto de su seguridad aumenta. Tú sabrás.

—Nunca he sobrellevado muy bien las penas del mundo, Matacañas. Hago la llamada para que se ponga en contacto con vosotros si le da la gana.

—Vale.

—Pero hazme un favor.

—Dime.

—Vete a la mierda.

Cuelgo. Otra de tus grandes gestas, Carvalho: ponerte de perfil a la poli. Echo una mirada al Despacho y pienso que, sin Biscúter, igual tomo la determinación de cambiarme de lugar o cerrarlo de una vez, liquidar los ahorros en unas vacaciones de ensueño hortera y esperar eso de morirse mientras se me derrite el maquillaje bajo sol cubano. Si es que me dejan entrar a Cuba. O salir. Aunque si voy es para no salir y, al menos, morir en terreno santo. Me puede la curiosidad de saber para qué quieren ahora hablar con Amèlia. Decido llamar a Marina, pero antes me dejo llevar por una iniciativa que ya estoy lamentando mientras marco otro número.

—Subirats, dime que no estás ocupado las próximas tres horas.

Subirats estará en una hora en la comisaría de Les Corts. Sé que él no es muy bienvenido allí desde que gestionó unas supuestas hostias mal dadas a una chica rusa por parte de los Mossos con poca paciencia y poco conocimiento de que el entonces conseller d'Interior había colocado cámaras y de que éstas grababan. Intento localizar a Marina, pero no lo consigo. Dejo mensaje. Pasan los minutos en los que me pregunto por qué me estoy metiendo en ese asunto sin dinero de por medio. Me doy respuestas como recién salidas de una enfermería —debiluchas, temblorosas, fáciles de derrumbar —, quizás porque ya me sé la respuesta correcta: sólo busco tener la cabeza entretenida. Lo único que tengo por delante es a unos cuantos representantes de una comunidad de vecinos del Carrer d'En Roig por no sé qué lío que Biscúter me ha señalado con su letrilla de lémur después de unos cuantos signos de interrogación.

Ya hace más de un cuarto de hora que Marina no contesta a mi mensaje. No quiero tener a Subirats esperando a nadie y pruebo la segunda opción, que sí contesta. Max parece de buen humor. De todos modos, cuesta imaginárselo taciturno o, simplemente, desencantado con el mundo que encuentra cada día cuando se despierta.

—Sí, está aquí conmigo.

—No coge el móvil.

—Lo dejamos en casa. Hemos ido a pasar el día fuera con la moto. ¿Quieres que te la pase? ¿Es por lo de la tasación?

Pereza sistémica de mantener la mentira contra la que ni lucho. Por no hablar de ese tono de ironía en su voz que me dice que ya sabe el engaño. Por supuesto que lo sabe.

—Han llamado de los Mossos. Ha de estar en media hora en Les Corts. En la puerta habrá un señor con traje, poco pelo y pinta de llamarse Alfons Subirats. Es abogado. No me han dicho que sea necesaria su presencia, pero prefiero que vaya.

—¿Sabes de qué se trata?

—No.

—Vale, allí estaremos. ¿Te decimos luego cómo ha ido…, *Carvalho*?

Pues no hace falta, cowboy. Me bastará con la frágil ética profesional de Subirats. En nada llegará la visita. Se lo comento a Briongos para que esté atenta al timbre, la puerta, etc. Me encierro y me llega la llamada de Marina, que ya no atiendo. Suena el timbre. Briongos hace entrar a tres hombres. Falta una silla. Estefanía está atenta a eso. El grupo consiste en tres tipos: dos sesentones delgados y cerúleos, uno alto y agitanado y el otro rubicundo y mucho más bajo, tanto que casi le cuelgan las piernas sentado en la silla. El tercero, cuarenta y nada, luce afeitado y peinado esmerado y una camiseta rock con un trío en posición cucurucho que responden al parecer al inventivo nombre de Stray Cats. Lleva gafas y unos zapatos de ante negro que le deben hacer sudar los pies de manera inmisericorde con lo que ya está apretando el calor. Da muestras de no querer estar aquí. Los otros, con probabilidad tampoco, pero saben que a las últimas partidas a petanca delante de la Audiencia podrán llegar si espabilamos todos. Cuando les doy el «Ustedes dirán», empieza uno de los petanqueros mientras el joven husmea con la mirada por mi despacho. El discurso está armado. Forjado en comunidades de vecinos y en el yunque de mostradores de la Administración. Sea lo que sea, lo llevan masticado y saben escupirlo en ese estilo podemita de lo voy a decir todo y ya y, si acaso me queda tiempo, respiro luego. Indican número y calle mientras coloco las manos bajo mi barbilla y, en el primer rellano que encuentre, hago que se bajen del discurso preparado.

—Siempre hemos sido una comunidad con nuestras cosas, pero honrada y que sabía convivir. Cada uno con nuestras historias. Si usted es de aquí, del barrio, ya sabe a qué me refiero. Y de la misma manera, cuando llegó la gente de fuera. Ecuatorianos, nigerianos, moros, de todos lados. Yo no soy racista…

—Yo, sí —dice el otro petanquero.

—Eso no importa.

—No, no importa —intervengo—, pero si se le empieza a levantar el brazo derecho le echo escaleras abajo.

Nadie ríe. A veces, uno se merece el público que tiene.

—Resulta que nuestro problema son los pisos vacíos. Habrá oído lo de los narcopisos. —Asiento—. Estamos en una situación desesperada, señor…

—Carvalho.

—Señor Carvalho. Encontramos jeringuillas por todos lados. El otro día vimos que uno de los camellos hacía guardia y tenía metido así —lo ejemplariza con la mano por dentro del pantalón— un machete acojonante. Un machete. Te vas de vacaciones y se te cuelan y luego para sacarlos, Dios y ayuda. Se saben las leyes al dedillo.

—Son pisos para drogarse, para vender droga. Les roban, se hace de todo. Vienen de toda Europa. Los mismos mendigos o ladrones cogen lo que pillan para comprar droga y se meten en los pisos.

—Narcoturismo —apuntala el joven, y así escucho por primera vez su linda voz.

—Denúncienlos. Hablen con los propietarios. Esos pisos deben ser de alguien —lanzo la pregunta, pero me sé o debería saberme de memoria la respuesta.

—El otro día salió en *La Vanguardia*. Sólo en el barrio, hay ciento siete propiedades vacías, ochenta y siete…

—Ochenta y cuatro.

—Bueno, pues ochenta y cuatro son de fondos de inversión y el resto de los bancos. Con la crisis y los desahucios, esos pisos quedaron sin propietario y ahora ¿cómo hablas con un fondo de inversión? ¿Quién coño es un fondo de inversión?

—Son supermercados de la droga: veinticuatro horas al día —interviene otra vez, en esta ocasión con más ímpetu, el joven—. Hemos hecho de todo. El otro día unos cuantos entramos a saco en uno de esos pisos y sacamos a todos los yonquis a hostias. Ni le cuento cómo estaba el piso. Y la terracita que tenían. Llevan una semana sacando escombros y no acaban. Pero da igual, los drogatas duermen en las escaleras. La droga la controlan rumanos, paquistaníes y ahora dominicanos.

—Ya, pero no acierto a ver en qué…

—Tratamos de ir unidos, pero cada uno va por su lado. Y ellos saben muy bien de qué va esto.

—Lo saben perfectamente —incide el petanquero, que toma la palabra quizás queriendo retomar la iniciativa—. Y, encima, los culpables de todo esto, los putos bancos nos vuelven a dar por saco. Si ocupan la casa de una familia, ésta pone la denuncia lo antes posible o tira la puerta abajo. Y la denuncia sale adelante si encuentra un juez decente que lo da por violación de domicilio y no ocupación…

—No hay muchos de ésos.

—Pero al menos ahora los hay. Antes ni eso.

—Pero como son bancos, los procedimientos se alargan. Ellos no tienen interés. Les da todo igual. Si la poli entra y hay yonquis, los detienen, pero, si no, con que haya gente

normal, tienen derecho a quedarse y el tema ya es civil y entonces son meses, años. Dilaciones, citaciones sin entregar porque no se les encuentra, o a las que no acuden y se suspenden los juicios una y otra vez. Esto está a punto de estallar y nadie hace nada al respecto.

—A ver, me hago cargo de la situación, pero no veo por dónde puedo entrar yo ni para qué necesitan…

—Me lo recomendó un amigo mío —desvela el joven—. Me dijo que usted era peleón. De los que no se rinden.

—Señor Carvalho, nosotros somos una comunidad de veinte vecinos, pero la idea es agruparnos varias y necesitamos un administrador de fincas que no nos deje tirados como los últimos tres.

—Cuatro, han sido cuatro, Xavier.

Cuando me quedo solo, estiro una de mis piernas, y con el pie que en un extremo de aquélla Dios me concedió abro más la ventana para ver si corre algo el aire de media tarde. pero la canícula convierte en inmóvil la atmósfera. Me tienta no llamar, pero acabo por hacerlo.

—No me gustan las bromas cuando no estoy de broma. Me debes el precio de una visita. Son cien euros.

—No hablarás en serio. No pienso pagártelos. Tú me tomaste el pelo. Marina y tú nos lo tomasteis a Amèlia y a mí y ahora os lo devuelvo. En realidad, al parecer, ahora necesitamos más a un detective que a un API. Espera, te llamo ahora que sale tu amigo abogado.

Cuelga. Dejo pasar el tiempo. Finalmente es Subirats quien telefonea.

—Se la han quedado —silencio para la calada al cigarrillo que en el sótano de la comisaría no ha podido fumarse—. Mañana la sueltan después de que pase a disposición judicial. Necesitaba abogado, Pepe. Habían llamado a uno del turno de oficio. Le he tenido que pedir la venia y prometer que le pagaremos.

—Háblalo con el vaquero. ¿De qué se trata?

—Al parecer hoy se han recibido unos anónimos que pueden implicar a la chica.

—¿Hoy?

—Sí.

—¿Quién los ha recibido?

—Ellos. En comisaría. Anónimos a la vieja usanza: rollo vintage. Por correo. No sé más. Es lo que me han querido decir, ya sabes cómo van estas cosas.

«QUEBRAMOS 2X1 CALLE BAILÉN. NIÑA FRESA NO TE HAGAS LA RE JUDIA. EL RATI NO CUENTA. PAGÁ».

22

NOVIA URUGUAYA CAMUFLADA DE ARGENTINA

—¿Por qué no quieres que te hable de ella? Es argentina.

«Esto no va a parar nunca de sangrar, ¿es que no lo ves?».
«Ya está temblando el pobre».
«No me extraña».
«Pelotas con goma: plato ganador».

—¿Cómo lo sabes?
—Por el acento, joder. ¿Por qué me iba a engañar con eso?
—Podía ser de Uruguay.
—Dice muchas veces «obvio».
—También en Montevideo. Tu novia es una uruguaya camuflada de argentina, te lo digo yo.
—La típica treta del Cono Sur.
—Obvio.
—Obvio.

«Tú no has entendido nada».
«En pelotas: polvo ganador».
«Desde el principio dijiste que me faltaba carácter y te he querido demostrar que no es así».

Carmina Burana cha chan.
—Haces del típico abuelo toca cojones. La vieja que cuando colábamos la pelota nos la pinchaba. No soportas ver a gente enamorada. No ahora porque te dieron boleta.
—Odio la cursilería. Odio la gente que no se sabe controlar. Odio los catalanes que hablan en tango y en flamenquito.
—¿Entonces esa cara? Parece que te la lavaron a vergazos. Pinche malaje, wey.
—Rectifico: tu novia es de Sausalito.
—No, es que tengo unos clientes mexicanos día sí día no en el despacho y me encantan algunas expresiones. Pagan bien, pero se están horas. Tengo que sacarlos a empujones. ¿Qué me dijeron hoy que me pareció genial? Por cómo sonaba, pero también porque era una descripción perfecta. Sólo por esa vitalidad del español renunciaría a ser independiente ¿Qué era…? Mira, mira ese plato. Qué huevos.

«León come gamba».

—¿Cómo era…?

«En estos momentos pido la cabeza».
«Traedme la cabeza del animal».
«Mira a este cazón, mírale a los ojos y pídele perdón».
«Un par de pasos atrás, recluta».

—Ah, ya recuerdo. Resulta que los hijos de mis clientes, que, por supuesto, son unos perlas… Muy mala onda… —perdona, ya paro—. Pues resulta que los hijos tenían unas amigas. Dos chicas. Una de ellas era la novia del que controla. Y esa chica siempre venía acompañada de una amiga, y va y mi cliente, para decirme cómo eran, me suelta: «Eran un par de chiquitillas gordibuenas». Gordibuenas. Es genial. Es que ya las ves, ¿verdad?

Gordibuenas.

Moctezuma, perdónales, que no saben lo que hacen.

«Pedro, yo te perdono», dice el cazón al tiempo que abre y cierra la mandíbula.

—¡Qué hijos de puta: le traen la cabeza del cazón y todo!

«¿Cómo se llama este plato, por llamarlo de alguna manera?».
«León come gamba».
«¿Cómo?».
«León come gamba».

Subirats se retuerce de la risa y yo le doy un tiento al Ardbeg muy consciente ya de que al nacer me extirparon de raíz cualquier neurona de frivolidad. En televisión enfocan desde arriba el plató y, sí, allí está la cara del león, que no es sino una patata asada con sus ojitos de bolitas pimienta y sus bigotes de azafrán. La gamba, al parecer, es la sopa que simulaba un gazpacho de tomate y fresa. El aspirante a cocinero está aterrado.

«Repito: tú no has entendido nada. En mi vida he visto una marranada como ésta y tú me la has intentado colar. Es un insulto a la audiencia, a este jurado, a tus compañeros, a los miles de personas que quisieron participar y se quedaron fuera, en especial a mi inteligencia».
«Tú dijiste que tenía que arriesgarme. Que me faltaba carácter, y el león simboliza…».
«¡Basta!».

—Hay que reconocerle arrestos al chaval. Mira, mira…

Uno de los tres jueces da una zancada hasta donde hay una mesa de platos, uno por cada concursante. Por ahí anda el sorbete eficaz pero rutinario de Biscúter. El juez guapete se acerca sin miedo alguno al león ni a la gamba y da la vuelta al plato. La humillación hace enmudecer al plató, a Subirats y a mí. Nadie ríe. O sea, que va de eso. Humillar, castigar, competir, provocar. Cortan para publicidad: compre usted coches, colonias al precio de pisos y desayune cereales. Sólo serán seis minutos, y Bibi Andersen en el colmado y una mujer rusa dice que va a hacer un plato estrella con la ternera, aunque pasándola como la pasa por una plancha untada de mantequilla uno lo duda, y un jovenzuelo gaditano se lamenta de haber tenido problemas de tiempo sobre todo a la

hora de ponerlo a batir. «Lo he podido poner parcialmente a batir». Aparecen los tres supremos jueces, cada uno en su papel.

—Superman II otra vez y tú sin verla. Creó tendencia. Éstos se han inspirado en los supervillanos. Clarísimo. Eran tres e iban vestidos igual, ¿recuerdas?

Voy a contestar mal, pero aparece un plano frontal de Biscúter. Noto cómo Subirats calla de repente y me mira de reojo.

> «Creo que tengo una gran oportunidad, con todos mis respetos hacia el resto de los compañeros, de hacer un plato de los que mi jefe dice que son platos bobainas: minicarpaccio de calabacín y tarta de carne con salsa de verduras a los lados».

No puedo más y apago el televisor. Subirats intenta quitarme el mando y por poco hace que se me vierta el culo del ahumado. No consigue ni una cosa ni la otra.

—No, espera, que igual le dan de hostias o el cazón le muerde la cara al tontopollas.

—Prefiero que me hables de tu novia.

—Así no. Sin cariño, no.

—Hablemos de trabajo, venga. Se me han quitado las ganas de cocinar.

—No jodas.

—Igual luego.

—«Pedro, yo te perdono, dijo el cazón».

Al levantarme me doy cuenta de que quizás he abusado del whisky. No sé si podré hacerme cargo de la cena de Subirats. Como últimamente me sucede. Tengo tantas ganas de cocinar como de volver a comer y no poder lo que cocino o me cocinan. Soy el Beethoven sorderas de los últimos Cuartetos. Soy eso. No es de extrañar entonces que haya perdido peso. Siempre he tirado a flaco, así que nunca he sabido muy bien cuál era mi peso, en qué andaría yo, más allá de lo que me podía indicar la ropa que me ponía o Charo en los tiempos de Charo. Pero ahora sí sé que estoy más flaco.

—Todo esto va en contra de mi secreto profesional, a menos que considere que eres tú quien me ha contratado.

—No te he contratado. Pagan ellos. Yo me limito a sobornarte con una cena.

—¿De qué estaríamos hablando?

—De una paleta de cerdo estofada con chalotas.

—¿Qué quieres saber, carnal mío?

—¿Qué te ha dicho Amèlia?

—Apenas nada. No ha declarado, a indicaciones mías, una vez me han dejado claro que no saldría hasta que declarara ante el juez de guardia. Luego, me ha negado todo. Dice que es un montaje. Que no entiende nada. Está conmocionada.

—Bueno, ella vive conmocionada.

—¿El cerdo en sartén de hierro y verduras encurtidas?

—Se hará como se haga. No voy a ponerme al nivel del desfile de Victoria's Secret de ese programa. Cebolla amarilla, ajo y jengibre. Está a medio preparar, si no nos dan las tantas. Lo único que he de confesarte es que esta paleta de cerdo estofada con chalotas es sin chalotas. He de reconocer que tener al figura en la tele perjudica la compra en la Boquería. Pero busco substituto. A las chalotas también.

—Con puerro y ajo, ¿no?

—Si el mundo puede vivir sin justicia social, podrá vivir sin chalota. Págame el esfuerzo, abogado.

—Le comenté lo del urbano. Que se la relaciona con él. Que se sabe que habían mantenido relaciones.

—¿Y tú cómo…?

—Son muchos años ya, Pepe. Eso y que la impresora —un clásico de todas las comisarías y de todos los cuerpos policiales del mundo, me temo— no funcionaba. El *mosso* salió un momento y me tomé algunas licencias. Leo en diagonal a velocidad mutante.

—¿Y?

—Se ha quedado, no sorprendida, pero un poco… No sé. No me ha dicho nada. Me ha reconocido que lo conocía. Que era una historia pasada y ya está.

—Que la relacionen con él ¿lo entiende al menos?

—Supongo. No todos los días se asesina a golpes a tu abuela y a tu hermana. Sin un móvil aparente. Entra dentro de lo normal que la policía investigue, pregunte, quiera saber de la superviviente.

—O sea, que no me das nada.

—Te doy lo que me ha dado.

—Más.

—Para no tener caso, muestras mucho interés.

—Acabo de ver a un león comerse una gamba. Necesito sacármelo de la cabeza.

—Puedo trasladarte la impresión que me da todo esto.

—Me conformaré con eso.

—Creo que ella sabe. Creo que ella tiene algo que ver con todo eso. No hace las preguntas correctas que harías tanto si fueras inocente como si fueras una simple tarada.

—Yo creo que es la típica situación que tú pones en marcha y se te va de las manos. No puedes parar ni seguir. La clave es él. Si quiere hablar. Si habla es que no hay nada.

—Podría tratar de conseguir hablar con él en prisión. Como letrado puedo intentar un pase. Hablar con algún familiar o con el letrado que lo lleva o ir los dos letrados si el compañero no se fía. Lo he hecho en otras ocasiones.

—No, déjalo. No tengo caso. No me pagan. Para mi curiosidad ya es más que suficiente. Voy a cocinar.

—Ya tardas.

Me dirijo a la cocina mientras Subirats se sirve otra copa y pone el televisor en marcha, pero con la deferencia de bajar algo el volumen. Empiezo con los preparativos. Incorporo el miso y el vinagre y coloco a Trump, que ya está sofrito en la cacerola. No puedo impedir seguir dándole vueltas a la oscura historia de la prima Amèlia y me emplazo a buscar el libro de Marsé para la próxima vez que prenda la chimenea como castigo por lo que le hace al Pont de Vallcarca. Amèlia planea el asesinato de la propietaria del piso y queda de heredera junto a su hermana. Entonces, ¿la muerte de ésta? ¿Para quedar ella como única heredera? No, no, no. Su situación no es tan desesperada. Además, los anónimos hablan de que el segundo asesinato ha sido un regalo de la casa. La hermana, su asesinato no era necesario, no había sido encargado. Pero ¿y si lo vemos desde el otro lado? ¿Y si el asesinato que no debía ser fue el de la abuela? ¿Por qué Amèlia encargaría la muerte de su hermana pequeña? ¿Qué estaba

pasando allí? Estaba la hipótesis de que Amèlia se dejara robar y el urbano lanzador de manteros se encarga —él o por terceras personas—, y al llegar se encuentra a las víctimas y decide matarlas. De acuerdo, pero ¿a golpes? Había algo improvisado en todo eso. Además, eso no tendría sentido con los anónimos. Las piezas pertenecían a puzles distintos. ¿Y si nos olvidamos del urbano y de Amèlia? Las llaves de la cría. Alguien las roba. Alguien quiere robar con ellas. La imprudencia hace que, al entrar, coincida con la abuela y con Elsa, que —importante— no debía estar allá, sino en el instituto. Ese alguien es reconocido por Elsa, con lo cual la mata y ha de matar al otro testigo. Por eso no ladra al principio el perro. Los conoce. Pero, Carvalho, por el amor de Dios, ¿quién pasa del tipo penal de robo a asesinato? ¿Quién es tan loco para eso? Pero esa opción no es desdeñable y los anónimos pueden ser una manera como cualquier otra para despistar. Muy rebuscado. Hazlo fácil. Siempre fácil. Todo esto es demasiado rebuscado. El dinero, siempre es el dinero, casi siempre se trata de dinero.

Suena el timbre. Salgo de la cocina con —imagino— parecida cara de sorpresa que la que tiene Subirats, que apaga el televisor no sé yo si por esa inesperada visita casi a medianoche o por miedo a mi furibunda reacción ante el programa de marras. Le digo que abra él.

—Hola, espero no molestar —Max también saluda a Subirats sin que parezca sorprendido de su presencia—. No coges el teléfono, Carvalho.

—Lo hago para no tener que hablar con nadie.

—Huele bien.

—Mejor sabrá —remata el abogado recurriendo ahora al refranero nacional y no al porteño o mexicano.

—Te diría que te quedaras a cenar, pero no sé si me apetece. ¿Cómo has sabido dónde vivía?

—Deja eso. El asunto es serio. ¿Puedo pasar? He venido directo y he traído a Valent: por las noches si está solo se añora y destroza cosas.

—Valent no entra. Déjalo fuera. No puede destrozar nada y puede añorarse hasta el paroxismo.

Max entra y mira a su alrededor. Parece no decepcionarse con lo que no ve, pero es obvio que la sobriedad no le gusta. Podría ser un buen decorador de interiores. Jack el Decorador. Se dirige al abogado preguntándole a qué hora cree que declarará Amèlia:

—A veces hay hasta dos traslados, pero estoy casi seguro de que Amèlia irá en el primero.

—¿Cómo la ha visto?

—Tranquila.

—En cinco minutos he de volver a la cocina y cuando lo haga he de tener decidido si seremos dos o tres los comensales. Así que dime qué quieres de mí.

—Estoy preocupado. No sé qué está pasando. Amèlia no dice nada, pero sé que hay cosas que no se entienden por sí solas. Tengo miedo por ella. Aquí hay gente peligrosa. Gente que no se va a detener porque sí.

—Está la policía.

—La policía no basta. El tipo ese era urbano. Mira tú la policía.

—Mira, Maximiliano Artigas, Max, yo no hago esto por amor al arte. Yo me gano la vida así. Entiendo lo que dices y es lógico que estés preocupado. Yo lo estaría si una

persona que me importa estuviera metida en algo parecido. Y por parecidos motivos me metí en esto. Marina tenía miedo. Pero Marina era una vieja amiga. Tú, no.

—He venido para contratarte.

—No estoy para bromas.

—Es obvio que no bromea, Pepe —apuntala Subirats marcando acento porque es de los que nunca desperdicia una buena oportunidad para ser prescindible.

—Claro. Pagaré yo mismo tus honorarios.

—Max, no puedo proteger veinticuatro horas al día a Amèlia.

—No te contrato para eso, aunque toda ayuda será bien recibida. Te contrato para saber.

—¿Saber qué?

—Saber todo. Saber qué ha pasado. Saber qué está pasando. Saber qué pasará.

—Pienso que se queda a cenar, Carvalho, ¿no? Aunque sólo sea por política comercial.

23

AQUÍ YACE ELIZABETH ROSETTI

Por aquí ando. En mi casa, solo.

La marea va bajando lentamente.

Muy lentamente.

No ha sido fácil.

Lo hubiera sido respecto de Subirats porque le esperaban en otro sitio, o sea que se hallaba en una cierta cuenta atrás sexual que aseguraba su marcha. Si se alargaba nuestra cena debería acortar su duelo uruguayo o argentino. Igual Subirats fuera un mimoso o un depresivo. Igual se arriesgaba a que quien le esperara cambiara de idea, se quedara dormida o se pusiera a leer a Benedetti. Uno no ha de olvidar nunca que hay gente para todo.

Subirats no importaba. Importaba mi nuevo cliente. Las ganas de quedarme solo eran inmensas. Me llegaban por oleadas y la marea no dejaba de subir. Notaba la altura en los tobillos, en las rodillas.

Mejor dejar de pensar.

Pero también quería que tanto Max como él se fueran en el mismo reembolso. El cowboy había venido ya entonado y aquí acabó de arribar a una cierta verborrea borrachuza: expansiva, pero sin perder de referencia ni dónde está la puerta del lavabo ni dónde el vaso de cada cual.

Minutos después de haber aceptado el encargo supe que quizás debería haberlo sopesado mejor. Uno debería a mi edad poder elegir a sus clientes. Pero lo cierto, y en defensa mía, es que ni lo había aceptado yo. Lo había hecho en mi nombre Subirats. En mi nombre y en el suyo. Negoció —he de reconocer que mucho mejor que si lo hubiera hecho yo mismo— honorarios, condiciones y plazos de pago —transferencia del sesenta por ciento mañana por la mañana a un número de cuenta de su despacho y el cuarenta por ciento en el momento en que yo informe sobre el caso finiquitado—. Recordó los honorarios de su asistencia en comisaría y mañana en el juzgado, así como que se comprometía a que, a primera hora de la mañana, es decir, de aquí a cinco horas, telefonearía al letrado del guardia urbano en preventiva, un tal Juan María Tió, para acudir a la prisión a hablar con él. En cuanto lo hiciera, si lo conseguía —no era fácil, nos advirtió—, nos mantendría informados.

El reloj se comía el tiempo, a ratos minutos, a ratos media hora. Los miraba detrás de mi pared de manicomio, algodón empapado en alcohol, y comían algo, bebían mucho y hablaban demasiado.

La buena noticia es que iba a cobrar por un caso en el que ya estaba metido y trabajando casi gratis.

La mala es que ya no era tan libre para mandarlo al guano de un momento a otro.

Max se mostró alterado, locuaz, preocupado, preguntón, divertido, egomaniaco, triste y sentimental. Tenía todos los temas de conversación que yo no tengo ni echo de menos: la ruta del Románico, el recauchutado de los neumáticos de los coches que circulan de modo ilegal en San Francisco, Javier Bardem, el falso 9 y los magistrales movimientos estratégicos de los políticos procesistas. La conspiranoia burbujeaba juguetona en sus venas. Todo estaba pensado y previsto. Al Plan A le seguía el B y, a éste, el C. Encarnaba un poco la eclosión de una generación de ciudadanos catalanes, desprejuiciados en su soberbia y en su sentimiento de superioridad —somos un país del Norte incrustado en un país del Sur—, hartos de componendas, humillaciones, chistes de Eugenio, el Majestic y Sazatornil y ávidos de aprovechar este nuevo 98, fin de Régimen y romance por estrenar con ese cónyuge veinte años más joven que era la República, aunque la huida —Europa no nos dejará colgados: no puede hacerlo. No se lo puede permitir— fuera arrastrando, agarrados de la pierna, a la mitad de los catalanes que aún no se decidían a arrancarse de sus cuerpos la posesión diabólica que supone ser españoles con lo sucio, pobre y chillón que es ser español. Todo mentira y verdad a la vez, en cierta manera.

El whisky y un par de botellas de Rueda —un detalle elogiable, pero ya un pelín rutinario, de Subirats— iban complicando que me dejaran solo, pronto y ya. Habíamos cenado o, quizás debería decir y lo digo, habían cenado estupendamente. En un momento dado, una bola extra en el interior de la cabeza de ciervo del fan de Presley iluminó una serie de carteles luminosos y se habló de Amèlia. Amèlia la mujer, Amèlia la actriz. Max pareció quitarse un peso de encima al desvelar lo que no fue ninguna sorpresa. Amèlia era una pésima actriz que seguía gastándose dinero en cursos, castings, agencias y profesores que jugaban con su ilusión y su tenacidad suicida.

—Se gasta lo que no tiene.

Eso me interesó un poco más. Amèlia me interesaba como me podría interesar de crío Mr. Spock: para saber cuándo iba a aparecer la parte humana de su ser vulcaniano. Porque esa parte humana me iba a gustar, mantenía y mantengo. Intervine:

—Si lo gasta, lo tendrá. No me veo entregando su cuerpo por un curso de expresión corporal.

—La yaya Merçé le daba una asignación mensual. A las dos hijas. Poco, es verdad, pero algo les daba. Comida y casa tenían, claro, y les daba lo que ella creía que aún valían las cosas. Amèlia ha ido trabajando aquí y allá. Pero nada serio. No buscaba nada que la apartara de sus cástings a media mañana o sus clases a las cinco. Hace tres o cuatro años cobró del subsidio hasta que se le acabó. Nunca le pidió una compensatoria al marido. Por orgullo y por idiota. Si la Ley lo otorga será por que es justo, ¿no? Yo también la ayudo, y mucho. Está mal decirlo porque estas cosas se hacen sin que nadie lo sepa, pero, aquí entre amigos, también estoy harto de dar y dar y parece que me perdonen la vida. Le doy dinero aquí y allá, como el que no quiere la cosa. O hago pasar por regalo de cumpleaños un cursillo o ropa para que vaya bien al próximo casting.

—Un novio solícito.

—Un novio gilipollas.

—Ninguna acción es inocente.

Silencio incómodo. La marea. Las olas. Estar solo. Todo eso.

¿Por qué no se largaban?

—Ahora su situación mejorará —el abogado recondujo el tema.

—Tendrá el piso y los ahorros de Caixabank de la yaya.

—¿Cuánto es eso? Lo del banco, porque imagino que el piso está limpio.

—Sí. Tenía una buena paga porque el yayo Ferrán se ganaba bien la vida. De todos modos, nada que te permita retirarte, vamos. Y si empieza con los cursos, se lo funde en un plis plas. Pero ahí voy a estar yo. Cuando pase un poco esta pesadilla, vamos a sentarnos a hablar en serio Amèlia y yo de todo esto.

—Si le vas a decir que es una pésima actriz le romperás el corazón —apuntaló Subirats como si se tratara de una estaca en la conversación—. Si en cuarenta años no sabes ese tipo de cosas es que no quieres saberlas nunca.

El cowboy no negó esa deriva de juez televisivo del abogado y se abonó a despotricar un rato más de su novia. Se me pasó por la cabeza preguntarle por qué sigue con alguien que no soporta lo que hace, lo que piensa de lo que hace y lo que nunca decidirá hacer. Quizás para cambiarla. O por qué él pensaba que podía ajustar la maquinaria y quedarse con lo bueno de Amèlia. ¿Y qué era lo bueno de Amèlia? Podría ser atractiva, pero el resto de los componentes y aditivos no animaban mucho. No parecía ser inteligente, divertida, cariñosa, atormentada, borde, resolutiva o cualquier virtud teologal o pecado capital que pudiera preciarse. Con tiza escribía eso dentro de la pizarra de mi cabeza y me apresuraba a borrarlo, avergonzado. Quizás otro Carvalho pudo tener la autoridad moral o el cinismo para preguntar eso. Pero no el actual. No ahora. No este tipo que soy ahora yo.

Porque ¿qué era lo bueno de Novia Zombie?

Llevaba Max sobre sus hombros cuatro amores —dos matrimonios y una vida en pareja además de Amèlia— y cien enamoramientos porque el tipo tenía el corazón y los bajos afectados de TDAH. De la mujer anterior a Amèlia, Merche, con quien no se casó, Max se deshacía en elogios que hubieran sido perfectos para un progenitor al que tienes colocado en una residencia de pago, pero no para alguien que debería haber convocado años ha, es un suponer, tempestades en atardeceres irlandeses. La Pobre Merche, La Pobre Merche, La Pobrecita Merche.

—No tan pobre: al final se libró de ti.

—Te lo creas o no, creo adicción en las mujeres. En algunas —se corrigió de su pretenciosidad él mismo—, claro. He tenido hasta intentos de suicidio.

—Usted —abandoné el tuteo: era necesario sacar al cliente del despacho, volver al rito— es un perfecto idiota. Váyase de mi casa, váyanse los dos de mi casa. Usted —señalé a Alfons, quien pilló tanto la orden como la broma— como cómplice necesario. De inmediato. Fuera los dos.

—Aún no sé si eres un moralista o un amargado, Carvalho.

—¿Por qué elegir entre las dos? Venga, largo.

Max se levantó sin saber el tono de todo aquello, pero optando por que era broma y yo un bromista sin gracia, tono ni medida. Subirats ya estaba recogiendo lo que había traído y no quería dejarse: una bolsa, la chaqueta y algo de sobriedad. La despedida fue breve, cosa que me alegró sobremanera.

Se largó Subirats en su coche y detrás el de Max, ese hombre con quien Amèlia tendría una conversación seria, muy seria, en unos meses sobre su futuro profesional. Eso sería de aquí a un tiempo, cuando ya estuvieran juntos y tranquilos mirando *MasterChef* en el televisor y todo esto —los asesinatos, los anónimos, las noches en

comisaría, el propio Carvalho— no fueran sino recuerdos de una mala época que no hizo sino unirlos aún más, mira tú las cosas del amor, Núria Espert.

El coche que conducía Max era un Seat León lleno de pegatinas de cualquier cosa. Las luces traseras de los dos vehículos subían y bajaban a resultas de los hoyos y montículos del terreno y al salir en la calle que desembocaba unas curvas más adelante en la carretera que los llevaría a Leviatán. El abogado conocía una ruta alternativa para evitar controles, aunque tampoco es que eso me importara mucho. Me metí en casa, quería que se me pasara un poco la borrachera para llenarme otra vez el vaso de ahumado, abrir la ventana, colocar las piernas en alto, con las plantas de los pies descalzos contra la pared —eso que molestaba tanto a Charo— y echar un vistazo a la ciudad para pensar en nada y evitar no pensar en lo de siempre.

Y en eso ando.

Hace unos minutos ha vibrado mi móvil una vez.

Otra y otra más.

Me resisto a hacer el esfuerzo de alargar el brazo y mirar el dichoso teléfono.

Cómo hacernos yonquis por Steve Jobs, otro que no hizo caso al doctor Vargas.

Me levanto camino de la cama. Espero estar lo suficientemente borracho para poder dormir. Otra vibración en el Huawei. Es lo único que aún vibra en esta casa. Es un mensaje de ella. Son varios. Dice que está.

Estoy

Contigo

Nada puede ensuciarte

Te necesito, Pepe

Mañana cojo un AVE para verte. Llego a las once y media. ¿Me vienes a buscar? No sé ni dónde vives.

¿Querrás verme aún?

No contesto. Todo el alcohol ha sido destilado de inmediato por mi sangre y mi cerebro. Quizás eso sea lo único bueno de ella: que me disuelve el alcohol en segundos. Puedo intentar ir a la cama, pero sé que no podré dormir. Ya no. Otra noche más en vela. Apago el dichoso aparato, que debería haber tenido apagado.

¿Por qué me dejo hacer esto?

¿De qué manera dejo la puerta sin cerrar para que ella entre en mi casa, abra mi nevera, se lo coma todo, lo descongele, lo pudra, lo destruya…?

¿Por qué?

Suena el timbre.

Puedo suponer quién es. Juguemos a las adivinanzas. Si Charo estuviera en la partida, sería Charo. Pero no será Charo. Así que sólo puede ser la policía o alguno de los dos idiotas que se han ido hace nada. Miro alrededor por si se han dejado algo a la vista que me ayude a saber quién es antes de que decida abrir a estas horas de la madrugada. Apuesto por Max. Igual viene a retarme a duelo. Es una posibilidad. Si fuera así, lo aceptaría. Sin lugar a duda. Duelo a muerte.

Otro timbrazo.

También pudiera ser ella.

Todo muy drama.

Photocall emocional.

A todas horas, veinticuatro horas al día, claro que sí.

Las normas de seguridad alertan de que el modo correcto es preguntar quién es antes de abrir. Si tienes mirilla —cosa que no es el caso—, observar por ella antes de abrir. No hago nada de eso. Prefiero que me maten a parecer cobarde, a observar por mirillas, a preguntar a un intruso qué hace a esas horas, con esa pistola, en la puerta de mi casa. Lo que sí hago es descorrer la cortina de una de las ventanas y optar por algo de prudencia. No veo a nadie. Voy a buscar mi propio salvoconducto a la eternidad de su funda, en mi armario —otro timbrazo—, y con la Barracuda en la mano abro la puerta.

Nadie.

Entre las piernas se me cuela Valent, que, directamente, decide subirse al sofá, frente al televisor. Viejas costumbres, atavismos domésticos. Pienso en el idiota de Max. Pienso en si no es tan idiota. Pienso en telefonearle. Pienso.

Voz de mando que no afecta en nada al perro. Cuando me acerco a él, levanta sus ojos, caídos y lánguidos, de can viejo y cansado, pero aún dispuesto a dormir en un sofá a resguardo de la noche. No estoy para ternuras, así que lo cojo por algo que supongo que es un collar escondido en la maraña de pelo y lo saco fuera. Es obediente y listo: no volverá a accionar el timbre con el hocico, la pata o su lengua multiusos. Me acerco a la cocina. Busco un plato hondo y le sirvo la ración de mi cena.

—Hoy cenas como un rey. *El rei Valent*.

Salgo fuera y el olfato del perro hace que acuda enseguida. Dejo el plato con el cerdo estofado en el suelo. No es mucha cantidad para un perro, aunque seguro que nunca debe haber cenado tal manjar, así que como resopón no se puede quejar. Me siento en el escalón de la entrada y lo acaricio mientras come. Antes a los perros no les podías hacer eso. Por muy tuyos que fueran. Te gruñían, te metían un bocado ante la duda de que quisieras quitarles la comida. Ahora ya no. La contracultura y el pacifismo han llegado al mundo de los canes. Ya no están todos locos y salvajes como cuando yo era niño. Los perros y sus amos, locos y salvajes. Qué lástima de decadencia.

Acaba y se relame. Me mira y le pregunto quién ha sido, quién los mató. Cómo eran. Qué querían.

Valent, por toda respuesta, esconde el hocico debajo de mi axila. Quiere que lo vuelva a acariciar. Obedezco. Soy obediente con las fieras. No puedo evitarlo. Me gustan los mordiscos y los empujones. Estamos un buen rato así: yo, apoyado mi hombro contra la pared, sentado en el escalón, la puerta entreabierta, y él buscando cariño. Se me cierran los ojos. Quizás aún pueda dormir. Pero antes de nada husmeo ritual, así que me levanto y echo a andar por el jardín. Valent me sigue.

Entre los rosales, desnudos, sólo espinas ya, sin poeta inglés que los glose, me detengo y hago las presentaciones.

—Valent, aquí está Bleda. Bajo tierra, pero no excaves. Nada de truculencias, Rosetti. Bleda, aquí está Valent. Esta noche estará por aquí meando, cagando, persiguiendo gatos y aullando a la luna. Llevaos bien. Mañana se irá, así que no te encariñes, Bleda, que nos conocemos.

Vuelvo a la casa.

Valent no me sigue: ha entendido lo incomprensible.

24

11:30

Ducha, desayuno con café recién hecho, de pie en la cocina como siempre digo que uno no debe ni tan siquiera desayunar. Son casi las nueve. He dormido el doble de horas que la noche anterior. Quizás para septiembre consiga dormir un día entero. Un ladrido en la lejanía. No es de Valent, por supuesto. Nada más levantarme he enviado un mensaje a Max para que se lleve al perro. De momento, ni lo ha leído.

Laura me manda un mensaje. Me pregunta si me he enterado. Que ponga la tele. *24 Horas*. Desde anoche que es noticia. Cuando encuentro el mando la noticia está acabando. Al parecer ayer se hallaron restos de cadáveres, dos en concreto, en la montaña de Montjuïc. Uno de ellos podría ser de La Niñata. La ropa coincide con la que llevaba la última vez que se la vio con vida. El otro cuerpo por el momento es desconocido.

Apago el televisor y salgo de casa comprobando si llevo encima las llaves, la cabeza, las gafas de sol para paliar el disco rojizo que empieza a castigar ya a estas horas. Valent me mira a distancia, curioso ante los movimientos del nuevo hombre en su vida. Un amorío breve en su vida de perro, me prevengo. No veo que haya hecho ningún desastre, aunque es cierto que, dado el estado de todo aquello —que nunca llegó a ser jardín más allá de la imaginación de Charo—, tampoco me daría cuenta y me importaría menos. Los rosales siguen en pie y Bleda bajo tierra. Buen chico.

Bajo la ventanilla del coche y sigo de un buen humor que no hace más que cabrearme si me pongo a pensar. Me digo que aún no lo he decidido, pero sí que lo he decidido. Tengo mis dudas de que haya cogido ese tren. Tengo mis dudas de que haya realizado todas y cada una de las acciones que llevan a alguien a comprar un billete, despertarse a la hora, tomar un taxi hasta Atocha y subirse al tren que procede. Y a espaldas del Ogro, por supuesto. De haber conseguido subirse a ese tren, me la imagino corriendo mientras un secreta la persigue por los pasillos del Orient Express.

Ojalá no venga. Ojalá no vaya yo. Ojalá la siguiente curva sea peligrosa. Ojalá me detenga un control y me retenga porque mi aliento bajo el aroma a flúor aún huele a la borrachera de hace unas horas. Ojalá el mundo se venga abajo. Ojalá la Estación de Sants sea el Templo de los Filisteos.

De momento, el destino me depara única y exclusivamente mi libre albedrío y aparco en el ático descubierto del parking Colón, y en el despacho aún no son las nueve y media y está Biscúter y está Briongos y la señora Pavón agarrada a su bolso, con la nariz enrojecida por debajo de un pañuelo de tela con las iniciales bordadas de su difunto marido. Paso arrastrando un «Buenos días» y tengo a Biscúter dispuesto a decirme lo que ya sé e indicarme lo que haré. Dejo la puerta abierta en una señal inequívoca de que, a pesar de eso, quiero escucharle. Él la cierra detrás de sí mientras me quito la chaqueta y abro la ventana para no tener que poner, ya tan temprano, el aire acondicionado.

—La he visto, Biscúter. ¿Qué quiere?

—Hablar con usted.

—No soy forense.

—Se me rompe el corazón.

—Las cosas son como son. No es que hayamos llegado tarde. Ya era tarde cuando vino. Con todo ha tenido mala suerte. Le habían mentido y eso la dejó tranquila y ahora la puñetera verdad con su insoportable impuntualidad.

—Igual no es la chica.

Entra mensaje de Laura: el cadáver es, en un 99 % de probabilidades, el de La Niñata.

—Venga, acabemos: hazla pasar.

Rebusco en los papeles un folio en blanco, enciendo el ordenador, pongo la contraseña y la señora Pavón es introducida en mi despacho por un Biscúter sinceramente afectado.

—¿Por qué van diciendo eso que saben que no es verdad, señorpepecarvalho? ¿Por qué la televisión, los periodistas van diciendo eso sin saber si es verdad? Ni me han preguntado a mí. Yo les hubiera dicho que hablé con ella, que…

—Usted me dijo que tenía la voz cambiada.

—Más ronca. De catarro. Pero era ella.

—El cadáver que han encontrado, señora Pavón, llevaba las mismas ropas que su hija cuando desapareció.

—Se la puede haber intercambiado con otra chica. Eso lo hacen mucho. Ella lo hacía en el San José Oriol, cuando vivíamos en Congreso, cerca de Virrei Amat. Un colegio nacional muy bueno en la Trinidad Nueva. Iban en autocar y todo. Mi cría hacía eso. Se iba con un jersey y me volvía con otro y yo le decía pero dónde está el tuyo que era mucho mejor. En casa éramos trabajadores, pero los míos salíamos de casa limpios y bien vestidos. Y le hacía devolver la ropa a quien fuera y que volviera con la suya. Mi niña era demasiado buena. A veces no es que se la cambiaran, sino que se la quitaba alguna envidiosa y ya no la veíamos más.

—No sé qué quiere de mí. ¿Qué puedo decirle? Le estarán haciendo pruebas de ADN y entonces…

—No se fíe usted de eso. A la policía, al Gobierno le interesa que se cierre en falso todo esto y más ahora que vienen el verano, las vacaciones y lo del lío este de la independencia, si te he visto, no me acuerdo. Yo creía que usted sabría, que usted me ayudaría a decirles que no es verdad lo que dicen. Que es otra. Sus padres también estarán preocupados y… A usted, señorpepecarvalho, la policía le dirá la verdad…

—A mí la policía no me ha dicho ni dirá nada. Han encontrado los cadáveres de dos chicas. Las pruebas indicarán que una de ellas será su hija. Una periodista me lo ha confirmado. Créalo o no, señora Pavón. Ésa ya es una decisión suya. Yo le digo lo que sé sin esconderle nada. De verdad que lo siento mucho. Ahora sólo queda que le hagan justicia. Confíe al menos en eso.

—No hay justicia para los pobres, señorpepecarvalho. ¿Sabe de qué me acordé la otra noche? No sé si me acordé o lo soñé porque a veces me quedo traspuesta con la tele y pienso o sueño. Soñé con mi niña y que me hablaba. Por eso sé que no es ésa. No puede estarme hablando en sueños y a la vez estar enterrada en esa montaña. ¿No ve que eso es imposible? Me hablaba con su voz de niña y me acordé, o lo que fuera, de una

tarde hace ya años. Muchos. Ella era muy chiquita. Veraneábamos en un camping de Arenys que se llamaba Carlitos. En la misma carretera está. Una tarde con su padre y su hermano salimos al monte que hay por detrás. Su hermano se perdió. Y además empezó a llover. Una de esas lluvias de verano tremendas, de las que parece que se va a venir el mundo abajo. Buscamos al hermano que tendría diez, once años, y nada. Mi marido dijo que lo más seguro es que hubiera vuelto al camping él solo en cuanto se dio cuenta de que nos había perdido. Mi marido se quedó dando vueltas por el bosque, pero mi hija y yo volvimos al camping. Para ir más rápidas cogimos la propia carretera. Diluviaba, Dios, cómo diluviaba. Chuzos de punta. Íbamos por el bordecito y, a veces, perdíamos pie y los coches no nos veían. Mi niña debía tener tres, cuatro añitos. Llevaba un vestido largo azul y coletas, tres, dos a los lados y una arriba como un pequeño surtidor. No podíamos ir las dos una al lado de la otra. Era peligroso, así que iba yo delante, con un brazo para atrás y la niña me daba la mano, pero se le iba y venía. A veces la notaba y otras no, pero yo no podía parar. No sé por qué no se me ocurrió cogerla en brazos. Podía perderla a ella también. De repente, pensé: «Eres tonta: coge a la niña y ya está», y así quise hacerlo. Me giré y ella estaba unos metros detrás. Llovía tanto entre nosotras que la lluvia parecía una manta, un telón de esos de teatro. Sus pies volaban de lo que corría, arriba y abajo del bordillo. Iba descalza de un pie. Había perdido, desde no sé cuándo, su zapatito. Estaba hecha un estropicio. No volvimos a por el zapato. La cogí en brazos como pude y seguí adelante. Se acurrucaba contra mí, la pobre. Sabía que mientras estuviera conmigo nada malo le iba a suceder, señorpepecarvalho.

La veo llegar, todo afán competitivo de cuando era cría y atleta y esas cosas que me ha explicado un poco, como todo lo que me ha explicado: a brochazos, mejor aún, clavando un destornillador en la tela y haciendo sietes como heridas y arañando con las uñas paredes y pizarras, dibujando con las manos espectros que cambian de tono y forma a medida que lo hace la luz, luz del sol o de fluorescente del baño. Nada se entiende del todo de ella. Nada tiene sentido del todo con ella. Siempre has de presuponer el resto, acabar las frases, convertir los puntos suspensivos en punto y seguido. Ella misma no tiene sentido de modo global, orgánico, sin el juego de sombras chinas. He de repetirme que su cabecita no funciona como las demás, pero las cien veces que le he preguntado qué le pasa allí dentro, que la lleva a construirse desde y por el drama, interpretarlo todo mal, paranoide y extremo —fobias y filias—, y encontrar entre una solución buena, mala y otra regular, una cuarta, peor y más extraña que nunca explica nada, ella sonríe, cambia el gesto, sale del bar o va a ducharse. No sé casi nada de ella. Y lo que sé quizás sea mentira, exageración, su mirada deformada o una verdad que no sé entender. Ella tampoco sabe casi nada de mí, pero a ella no le cabe nada que no sea su dolor, vivir atemorizada y esperanzada, todo al mismo tiempo. Lo que teme, de lo que se esconde, lo que quiere, de lo que vive. La veo llegar y quiero sentarme a tomar un café y que me explique algo que pueda insertar en un relato, entender algo o quizás no, no quiero nada; sólo tenerla.

La veo llegar. Pelo muy corto. A dentelladas. Crisis.

Por qué desapareció. En dónde estuvo. Si no le importa el daño que hace con su capricho y su inestabilidad facilona de niña consentida a la que le va castigarse, la brecha que crea en el otro al dejarle a ciegas, no hay más infierno que el suyo. El resto de

los infiernos no existen. Si tan sólo pudiera enseñarle el mío, preguntarle si puede dejar de mirar el suyo y acompañarme en el mío.

Qué siente.

Qué va a hacer.

A qué ha venido.

La veo llegar.

La veo llegar y ya me gustaría verla marchar.

La veo llegar y me gusta. Mucho. A dentelladas. Crisis financiera del sistema: mi Lehman Brothers hecho mujer.

Ella me ha visto, baja la cabeza y sonríe. Puede ser timidez. También puede ser la estrategia de la mangosta ante la cobra. Puede ser cualquier cosa. Mira a los lados antes de darme un par de besos y abrazarme fuerte. La abrazo yo también y ella gime como un cachorrillo: «qué gusto».

—¿Cómo estás tan guapo? —Pausa—. Creo que me siguen. —Pausa—. Salgamos a fumar. Estoy que me muero por un cigarrillo. —Fin de las Pausas.

Miro por encima de ella para comprobar si veo a alguien que se parezca a alguien que sigue a la mujer del Señor Asesor Presidencial y no lo sé ver. Deberían llevar un cartel como los chóferes que esperan en los aeropuertos a los señores Wang.

—Salgamos.

Acaba de llegar y ya anda con las órdenes. Mariscala de Campo de Minas. Pelo cortísimo, pálida. Es ella y no es ella. Como siempre que la veo. Es una de las versiones de ella que andan por ahí dentro. Se le nota contenta por verme y por la aventura. O igual va puesta. O todo a la vez. De las cosas que aprendí con ella es que las posibilidades de respuesta no se excluyen, sino que se suman. La causa es todo y todo es a la vez consecuencias de la causa.

—Estás serio. Lo sé. Lo entiendo. Lo he hecho todo mal, pero no te puedes imaginar qué estoy viviendo. Está loco. Ha enloquecido. Habla de internarme y todo.

—Nos sentamos y hablamos.

—No me hagas daño, Pepe. No soporto más dolor. Déjame disfrutar de ti, de esto, del aire —y hace el ademán de respirar la pureza de la zona de fumadores fuera de la estación.

Me echo a reír. Es cómico. Perverso. Nada tiene el mínimo peso específico en su mundo. No importa el dolor que produce. Quizás sepa construir la frase, pero no la entiende, sólo la siente y luego a otra cosa. El problema —quizás, qué más da— es que no sabe qué es que te haga daño alguien que no eres tú mismo.

—Al final he sacado los billetes con la tarjeta.

—Se dará cuenta.

¿Y eso qué me importa?

—Supongo. Ya me da igual. No pienso volver. Me quedo contigo.

—Estás loca. Yo no quiero estar contigo.

—Déjame convencerte. Te quiero mucho, Pepe. Te lo digo de verdad. He tenido otras historias, pero ninguna me ha llevado a la decisión de dejarle. Él está enfermo. Mucho: igual se muere y todo. Está obsesionado conmigo. Me destruye de una manera que no te puedes imaginar. Me ha destruido toda la vida. Lo que soy. Lo que podría llegar a ser. Todo. Ya sé que crees que soy una cría. Lo sé.

—Pienso que estás loca y que mientes.

—No es verdad. Nunca te he mentido. Quizás, a veces, no te he dicho lo que estaba pasando, pero te aseguro que era para protegerte.

—¿Protegerme de qué?

—De él.

—Vamos a la cama.

El Barceló Sants es un hotel que está dentro de la misma estación de ferrocarril. Es suntuoso, moderno y llevado hasta el paroxismo por la imaginación de un fan de Kubrick y su *2001*. Hay muchas habitaciones. Conseguí alquilar una. La 703.

Ya hemos acabado por el momento. El deseo ha dejado paso al aquí estamos y el aquí estamos se ha desmoronado sobre el agujero del no quiero estar aquí. Es probable que ella sienta algo parecido. Ha sido un polvo brusco, de los que a ella dice que le gustan y yo no sabría asegurar si a mí también. No al menos con ella porque me puede la sensación de que uno está resiguiendo la línea de puntos de vete a saber quién. Ella ha puesto mirada ojiplática, ha señalado lo ciega que ha estado de no ver claro y yo he interpretado el papel de hombre furioso que se contiene, que no perdona, pero que tampoco se va, y la cosa ha seguido derroteros previsibles, agradables, lujuriosos, de gaseosa agitada, alguna hostia suelta y casi coreografiada, y desde la cama donde estoy solo, el ventanal espacial deja la vista de una Barcelona a la espera de la Invasión Alienígena Definitiva.

Después de un polvo todo se ve a la distancia adecuada, pero hoy no cambia mucho mi percepción. Lo que me ata y me ahoga de ella no es ni el sexo ni su deseo. Recuerdo otros cuerpos y la dependencia de ellos. Podría pasarme el resto de mi vida sin follármela. Quizás me ata lo que me asusta sin que me haga huir. Su aparente fragilidad, su dependencia, esa manera de hacerte creer que, sin nuestro amor enfermo, egoísta e infantiloide por suicida, ella moriría, y con ella, el mundo entero entraría en barrena hasta su destrucción. No sé por qué y eso es lo más increíble, me lo creo. Me ata la fortaleza de su debilidad, que yo no tengo, que nunca tuve. Me mata que me necesite tanto.

Pero después del polvo ya quiero irme. Un clásico como Garcilaso o el zumo de naranja con albornoz blanco de hotel.

Ella, desnuda, bonita y menuda, trata de abrir ese ventanal para poder fumar sin que salte la alarma antiincendios.

—Igual no se puede abrir. Por seguridad. Por los suicidas.

Ella está tentada de bromear sobre sí misma, pero no lo hace. Consigue —por supuesto— abrir el ventanal lo suficiente para echar fuera el humo de su cigarrillo. Dos caladas, me mira con ojos Pavese y me sonríe. Conoce el Código. Se ha visto obligada a vivir —atractiva y promiscua— entre gorilas y orangutanes. Ha utilizado lo que tiene y ha arrancado la cabeza y desmembrado a competidoras. Ha sobrevivido porque sí, conoce el Código Macho. La soberbia y la ceguera. La fragilidad y la violencia. La fugacidad de la hombría y la estupidez de lo ignorado y misterioso. Y, especialmente, la vanidad chimpancé. Merece lo peor, pero no me importa tanto como para interrogarla, perdonarla, seguir con ella. Sólo quiero curarme de su veneno. Extirparme el tumor. Cortar la extremidad gangrenada. Y poder seguir con mi vida a trompicones, con lo que me quede sano.

Pienso en Aramis y en Milady de Winter.

En Cleopatra, el áspid, Cesarión y Marco Antonio.

Pienso en Bonnie y Clyde, en Yogui y Bubu.

Pienso en ti y en mí.

—Ven aquí.

—Deja que lo acabe.

—Ven.

Obedece.

Se acerca a la cama. Me besa. Se sienta delante de mí.

—Esto está roto, pero explícame una buena historia.

—Yo también estoy rota.

—Por un momento podrías dejar de pensar en ti y en lo que sufres. Sigue habiendo hambre y sed en África.

Se levanta y va hacia la ventana. Calada, humo y vuelta a casa.

—A veces no sé ni por qué hago las cosas que hago. Las hago porque en ese momento lo veo claro. Siempre intento hacer las cosas bien. De verdad, te lo juro.

—Te creo.

—Arreglarlo todo para que podamos estar tú y yo juntos. Desaparezco y van pasando los días y se me hace bola. Él está loco. Se mete a saco de todo. Hay días que tengo que ir a pillar hasta dos veces la misma noche. La señora se coge un taxi hasta Vallecas porque la señora no es nadie ni da lecciones de moral en los medios. Me castiga. No me deja en paz. Sé que cuando vuelva me lo hará pagar. Lo sé.

—Creí que venías para quedarte.

—Sí, pero tendré que ir a buscar las cosas y eso. Arreglarlo todo consiste en eso: no puedo irme con una mano delante y otra detrás.

—No vengas. No te quiero aquí. Si te quieres ir de él, hazlo. Te buscas un piso y te largas. Parece tremendo y lo es, pero la gente se muda y sobrevive.

—Tú no sabes el poder que tiene.

—Sé quién es. Una vez me metieron la cabeza en un inodoro por él.

—No es sólo eso: policía, jueces… ¿Por qué no me dejará en paz?

—Está enamorado. Tenéis vuestro juego de amor.

—Obsesionado.

—Eres tú porque él podría tener a cualquiera. Es atractivo. Tiene poder y dinero. Sale en la tele. Está en curva ascendente.

—Pero me quiere a mí. Soy su juguete. No quiero. No aguanto mi vida. Por eso me meto. Porque no puedo con ello.

—¿Con qué no puedes?

—Mi vida. Con lo que me hace hacer.

Me callo. En este punto, siempre sugerido, siempre presupuesto, me quedo a la expectativa porque no sé si quiero saber y si saber es mi morbo o mis ganas de entender y resolver. Me castigo, me fustigo con no preguntar porque no sé si voy a poder soportar saber. Conociendo, además, que es terreno abonado para la fantasía y el reparto de roles: Sant Jordi, Rosa, Princesa y Dragón. Sé que me haré daño. Aunque quizás hoy ya no.

—Sólo se excita haciendo daño. A mí. Viendo cómo se lo hacen a otros. Tengo imágenes en la cabeza que no me puedo sacar, Pepe. Toda esa mierda que quiero dejar atrás. Quiero otra vida.

—¿Lo vuestro siempre ha sido así?

—Ahora es peor, claro. Todo es peor.

—Llevas mucho con él. Si vas es porque a ti también te va. No me importa. De verdad que no. He visto cosas más tremendas. Una vez hasta presencié un matrimonio por amor.

—Me harta esa chulería tuya, Pepe. Déjalo estar. Creía que no, pero esto ya está muerto. Lo veo clarísimo.

—Chica lista.

Me levanto y me empiezo a vestir. Noto que estoy a punto de decir lo que se supone que uno ha de decir para conseguir un antídoto o, al menos, un placebo para morirse bien. Busco y no encuentro la camisa. Es una de esas veces en que me gustaría que El Escritor me pusiera en una hoja qué diría ese Otro que no era Yo. Esa capacidad de encajar. De tragar la amargura y seguir adelante. Uno necesita calor, a veces a cualquier precio. Uno necesita creer en Dios sabiendo que no existe. Uno necesita fe y equivocarse. Le pregunto si la fuerza.

—¿Qué te importa a ti? Es mi vida.

—Tu vida intoxica la mía.

—Lo siento. Te avisé desde el principio. Estropeo todo lo que toco.

—Yo también te avisé de que no salvo a nadie. Que no me gustan las dobles vidas. Que no me gustan los juegos. Nos avisamos demasiado, creo. Demasiadas alertas y poca ruta.

—Desde que estoy contigo no le dejo y me hace daño por eso.

—¿Y el pelo?

—Eso fue un accidente. No fue adrede. Pepe…

Encuentro la camisa. Botón a botón. Como me enseñaron de mocoso.

—Te quiero. Te quiero de verdad. Te quiero como no creí que se pudiera querer.

Suena la campana. La miro. Quiero comparar, reconocer, hacer mío ese tañido. Ella me aguanta la mirada. Quiero creerla, pero no puedo. Rompe, estridente, el silencio la señal del teléfono de la habitación. Ella lo coge. Se trata de un error. Cuelga y me mira.

—Qué raro.

—¿El qué?

—Se han equivocado. Eran de Vodafone. Me ofrecían un cambio de móvil si no era cliente suya.

—¿Por el teléfono de la habitación? Llama a recepción.

Lo hace. Mientras, localizo los zapatos y me calzo. En recepción han pasado una llamada. Le dan el número y dicen que ha sido hecha desde una de las cabinas del mismo hotel.

—Espérame. Ahora vuelvo.

El ascensor no tarda. No espero encontrar a alguien en recepción. Eso sólo le pasaba a Bogart cuando hacía de Sam Spade. Pero he de hacer algo. La llamada es tan patosa que sólo tiene como objetivo asustar. Informar de que lo sabe. Que depende de él consentirlo o abortarlo. Que la esperará despierto cuando vuelva. Que él decide. Que él manda.

Abajo no hay nadie. Las tres cabinas quedan enfrente del mostrador de recepción, que parece un panel de mando. Pregunto, pero allí nadie ha visto nada raro. Me deslizo por la rampa a la calle, Plaça dels Països Catalans. Mucha policía. Antes ya me había fijado en eso. La alerta antiterrorista está en el nivel 4 y esto es una estación de trenes.

Pero el tipo que busco yo no debe ir uniformado. Veo un traje, veo otro y me decido a seguir a la carrera a uno que, sospechosamente, decide dejar de seguir el trayecto por la calle y entra en la estación. Me tranquilizo cuando veo que lo tengo a una veintena de pasos porque tampoco quiero que me ametrallen en nombre de Alá. No estoy seguro de nada. Él parece verme. Y hasta reconocerme. Es un tipo de aspecto vulgar con una chaqueta demasiado calurosa para llevarla puesta, a menos que lo hagas para poder llevar algo metálico debajo. Puede ser perfectamente un escolta. Un secreta. Aumento la velocidad mientras pienso que no tiene sentido que él huya de mí. Siendo la mujer del Señor Asesor Presidencial es lógico que él y su familia estén protegidos. Que eso se utilice para las infidelidades de la dama puede no ser ético, pero sigue siendo lógico. Lo tengo casi a mi alcance y pienso que he de no ser brusco para tratar sólo de hacerle llegar un mensaje a su jefe. Un mensaje claro y directo. De los tres el único que no tiene secretos que puedan importar a la prensa soy yo. Enseñar un poco los dientes.

—¡Eh, oye, tú! Quiero hablar contigo. Espera un momento.

Una riada de mochilas incrustadas a niños y niñas se cruzan en el peor momento, alentada la manada trashumante por unos tipos barbudos en pantalón corto y mochilas aún más enormes e incrustadas. Cuando la supero, veo que el tipo está intentando pasar el control de acceso al AVE. Echo a correr. Paso la chica con la maquinita, pero mientras el perseguido supera el control de seguridad, el perseguidor es interceptado.

—Es un momento. Quiero darle algo. A ese señor. ¡Oiga!

Ni se molesta en girarse. Quizás no fuera quien yo creía que era. El segurata se está poniendo pesado. Me empuja.

—Vale. Está bien. Deja de tocarme. ¡No me toques, joder!

Me alejo de allí. El grupo excursionista está sentado en el suelo, espaldas apoyadas en la tienda del Barça donde Piqué, Busquets y algún otro que no reconozco parecen hijos de la tormenta y del caos patrocinado por Nike. Uno de los barbudos saca una guitarra y empieza una cancioncilla de misa monárquicamente subversiva.

En el ascensor pienso que ella ya no estará. Llego a la puerta de la habitación, pico con los nudillos y nadie responde. Insisto. Para mi sorpresa me abre. Me pregunta y le contesto. Igual era quien era, pero no lo sabremos nunca. El objetivo de la llamada era obvio. Y, al parecer, ha conseguido su propósito.

—Me ha encantado verte, Pepe. Estás más flaco, ¿no? Me vuelvo.

—Quédate. Vete mañana.

—Me encantaría, pero tengo que hablar con él. No puedo vivir así. No es por ti ni por nosotros, si es que aún hay un nosotros. Es por mí. Estoy cansada de vivir con miedo.

Lo entiendo. La abrazo y se recoge contra mí. La vida podía limitarse a esto, pienso. Podríamos morirnos ahora. Que el libro se acabara ahora, Escritor.

—Te llamo. Prometo que te llamo y nos vemos pronto.

No llamará. Sé que no volverá a llamar. Lo que no sé es si ella lo sabe.

25

NO QUIERO HABLAR DE ESO

De ser —Subirats y yo— héroes helénicos diría que Afrodita o quien fuere la que determina la justicia, el desvelamiento de la Verdad —¿Hera?— o las suculentas minutas de los investigadores privados —¿Hacienda?— nos ampara cubriéndonos con su manto. Genera desconcierto y confusión a nuestro paso. Somos invisibles. Al menos yo. La fortuna hizo primero que el letrado encargado de la defensa del guardia urbano, Manel Del Río, cediera la venia a un compañero de promoción en la UB de Subirats, José Luis de Viguera. Y que, a pesar de todas las lógicas prevenciones, se dejara convencer por Alfons para ir a visitar a su cliente para comentar sobre su relación con Amèlia, ya en la calle, después de un traslado al Juzgado de Incidencias número 3 en la Ciutat de la Justicia, que no llegó a nada, ni tan siquiera al interés de la jueza. La presunción de nada no podía amparar una declaración sobre nada. Probablemente había sido una estrategia de Matacañas para empezar a minar la voluntad y tranquilidad de Amèlia. Ponerla nerviosa o castigarla por no haberle informado sobre la existencia de los anónimos que encontramos en su piso ni sobre la recuperación de las llaves. Esto último me confirmó Subirats que ya lo conocían. La buena suerte no se había detenido ahí. Mi parecido con De Viguera era de mínimos, pero existía. Subirats sacó —de acuerdo con su colega, ya que éste había accedido con la condición de ir juntos— el pase de prisiones para ambos. Habían quedado para mañana, pero, por indicaciones mías, Subirats había cambiado a primera hora el mañana por hoy de modo imperativo, con tan poco tiempo que De Viguera había declinado acompañarle hoy. Eso sí, asestó en plena frente con el código deontológico a Subirats las suficientes veces como para arrancarle un compromiso de que nada que pudiera perjudicar a su cliente sería esgrimido para la defensa de Amèlia.

En la carretera de Martorell que va desde Barcelona a Capellades, en Esteve Sesrovires, está ubicado el Centro Penitenciario de Can Brians. En medio de ningún sitio, en lo alto de un promontorio que en Catalunya podríamos llamar colina y en el Nepal, sótano, Can Brians es una cárcel nueva, bien aireada, llena de sitios agradables, muros, verjas, trabajos manuales y barracones. A veces parece que estés en el Port Aventura de las prisiones. Aquí campo de concentración japonés, aquí centro de entrenamiento de marines, aquí taller de cerámica y aquí un puñado de educadores sociales. E internos, claro. De todos modos, viniendo de la cárcel Modelo, ahora en trance de ser jardín, parking, cafetería o salón de uñas postizas chinas, todo cambio es bueno. Por experiencia carcelaria sé lo que me digo.

El tipo del control ha echado un par de miradas debajo de unas cejas incrédulas a mi cara esforzándose por parecer de abogado y a la que aparece en el carnet profesional de De Viguera, pero nos ha dejado pasar. Ahora estamos esperando que llegue Del Río.

—Creo que mi novia tiene un lío con alguien.

No contesto. Llevo toda la mañana sin apenas emitir algo que no se pueda considerar un gruñido.

—Mi novia. La argentina. La uruguaya-argentina.

Entre las evidencias que conservo —pocas pero firmes— he de añadir la de que no soporto a Subirats a la luz del día. Si no lo hubiera quemado ya, hojearía la tontería de Bram Stoker a ver si me daba la clave para acabar con él, pues me parece inmune a ristras de ajos, agua bendita y estacas de madera. Un crucifijo envuelto en la camiseta del Real Madrid, quizás.

—Sé que no puedo pedir nada, pero jode, me jode. Porque creo que esta vez era amor de verdad.

Le miro y espero que capte toda la sorna y el desprecio en esa sorna que me sé capaz de expresar facialmente.

—Sí, no me mires así. No todo lo tengo en la entrepierna y en la cabeza. Tengo corazón. Estoy muy disociado yo. Cuerpo y cabeza. Y con ella, no sé, era todo a la vez.

Esperando, implorando la presencia de Manel Del Río.

—¿Tú qué harías?

—¿De qué?

—De lo que te estoy explicando.

—Es una chorrada, Subirats.

—Pero duele.

—Duele a tu ego. Jódete. Ese ego te ha llevado a esa cama.

—Ya…

Silencio, bendito silencio.

—¿Ningún consejo, nada? Yo no soy como tú que te lo callas todo. Eres rollo John Wayne. Yo más Dean Martin en *Río Bravo* o *Rojo*, en la que está borracho. Debes estar sufriendo como yo, pero tú…

—Mira, tengo una mirada más amplia. Quizás es eso. Estamos aquí esperando a un tío que mató a un desgraciado que atravesó todo el puto continente africano para vender mantas y mandar dinero a su puta tribu. Tenemos a una tipa entre cuyos admiradores no me cuento, pero a cuya abuela y hermana han matado a golpes y a la que amenazan de muerte. Ayer encontraron dos cadáveres enterrados en Montjuïc. Dos chicas. Dos prostitutas a quienes se las follaban entre matojos por seis euros ciudadanos decentes de esta ciudad. Una no saben ni quién es. Quizás nunca lo sepan. En algún lugar del mundo, alguien, una, dos o tres personas, esperará toda su vida noticias de ella que no llegarán y tú me preguntas de qué modo puedes superar ese dolor tan grande que tu novia uruguaya te produce porque igual tiene un lío con otro tipo. ¿Es eso? ¿Lo he entendido bien?

—Hostia, Pepe, visto así.

Silencio. Esta vez tenso. No me importa. Me levanto y doy unas vueltas por la sala donde los cubículos de comunicaciones con los presos quedan a un lado como máquinas vacías de peluches en ferias. Me muero por un cigarrillo. Igual salgo y entro. Subirats no renuncia.

—Entiendo lo que quieres decir, Pepe, pero por ese criterio a mí no me pueden doler las muelas o preocuparme mi situación laboral porque un volcán entra en erupción en Nicaragua y mata a doscientas personas.

—Lee a Ovidio. Está todo ahí. Luego, te lo traes y lo quemamos en casa. Salgo a fumar.

Como era de prever, Murphy hace entrar en ese momento a Manel Del Río. Éste es un tipo achaparrado y fuerte. Bigote y patillas. Rostro anguloso, moreno, pelo castaño y una fisonomía que podría ser agradable si le quitaras el vinagre de la dieta. Muestra su sorpresa. Seguro que está pensando que nos hemos equivocado de preso. Subirats acude al rescate:

—*Hola Manel, sóc Alfons Sanahuja, advocat, company de José Luis de Viguera. Havia de venir amb ell però no ha pogut. Parlem en castellà o català?*

—*M'és igual. Què voleu? El José Luis no m'havia dit res. I ell?*

—*Millor parlem en castellà per ell. Ell,* él es Ovidio Marusiña. Es abogado de Pontevedra y está de prácticas en el despacho.

Ahora recuerdo por qué sigo frecuentando a este abogaducho.

—*Eu falo galego e catalán.*

—*Anyway,* Ovidio. Empezaré por el principio. En lo que a ti te interesa.

Subirats le explica en representación de quién venimos. Que lo que hablemos no puede afectarle de ningún modo ni lo haremos servir para nada. Sólo queremos información que nos ayude a saber dónde estamos. Manel no parece quedar convencido, pero ante la disyuntiva de volver a la celda o al taller en el que estuviera y hablar con alguien de fuera, siempre tenemos las de ganar. Así es. A la primera pregunta, no contesta. Se cruza de brazos y se deja caer hacia el respaldo de la silla. No niega conocer a Amèlia, pero tampoco se digna decir que sí.

—Sabemos que la conoces.

—Si viera una foto. Conozco a mucha gente. Demasiada. Además, ahora parece que conozco a todo el mundo.

—Sabemos que tuvo una relación con ella.

—¿Eso dice ella?

—Sí.

—¿Qué más dice?

—Poco. Lo mejor es lo que se le entiende y no dice —intervengo yo y sé que no debería haberlo hecho.

—Vaya, el centollo también habla. Creo que me voy a largar. De aquí sólo voy a sacar problemas.

—Espera. Sabes lo que les pasó a su hermana y a su abuela. Fueron asesinadas. Sabemos que ese mismo día hablasteis por teléfono. Que os visteis una vez después de eso.

—Sé lo que me explicó. Una tragedia. El mundo es muy cruel. ¿Qué quieren que les diga?

—La policía no sospecha de ella como autora material. Tiene coartada. Pero ayer la detuvieron. —Un calambre interno se le dibuja en el rostro—. No quiso declarar.

—Es que no veo de qué coño quieren hablar conmigo.

—Bueno, ahora el centollo pregunta —me acomodo en el papel. Quizás hasta pongo acento—. A ver, la detienen porque en su casa y a los Mossos les llegan unos anónimos reclamándole el pago del encargo de matar a sus allegadas. Los anónimos están escritos, al parecer, por matones argentinos, quizás uruguayos. —Un rictus risueño en Subirats—.

Sabemos que estás siendo investigado por una conexión con matones de allá y con robos y demás. Y, al tener una relación con Amèlia, sólo queríamos saber sobre eso.

—¿Saber qué? Esa conexión es una mierda. No tengo nada que ver con eso. Saldré en nada de aquí. Está lo del mantero, un accidente lamentable y punto. Nada más. *Encolomarme* lo de los asesinatos es flipante. ¿Seguro que De Viguera les ha dejado venir a verme? Enseñadme los carnets.

Subirats lo hace.

—*Tranquil, Manel. L'Amèlia està espantada i...*

—Y cree que se te fue la mano. O a quienes les encargaste aquello. Eso es lo que nos ha dicho a nosotros. A la policía no les ha dicho nada. Te es leal. Tú sabrás en cuánto valoras su lealtad.

—Estáis locos. Si tuviera algo que ver con eso, ¿qué ganaría confesándolo?

—Los Mossos lo saben. Los últimos anónimos les han llegado a ellos. Y saben de tu relación con ella. Me extraña que no te hayan preguntado nada a estas alturas del partido. Quizás te interese componer un relato con nosotros, con Amèlia, algo convincente.

—Quiero que esté presente mi abogado. No me fío.

—Dinos quiénes son.

Manel se acerca a la mampara. Es un tipo violento, pero también un animal encerrado.

—No tengo ni puta idea —nos deletrea.

—¿Por qué matarlas?

—Vete a la mierda, centollo.

—Hablan de que les encargasteis un asesinato y que el otro fue un regalito de la casa.

—Déjalo, vámonos...

—¿Quién le quitó las llaves a Elsa? ¿Quién las volvió a dejar dentro?

Se levanta de la silla. Es una gran noticia que haya una mampara entre nosotros y él. Subirats está agobiado. Sabe que la astucia que hasta hace nada parecía divertida se ha tornado expedientable, vergonzosa, desleal.

—Mirad, no me volváis a tocar los cojones con esta mierda.

—Entonces, ¿te importa que declare Amèlia?

—En absoluto. Siempre y cuando declare la verdad.

—Declarará la verdad que nos convenga. Ya sabes cómo es ella. Es actriz. Mala, pero dar pena sí sabrá. Ella no pudo ni pensar algo así. En un juicio se verá que tu ascendente sobre ella es tan poderoso que le hizo darte unas llaves y, a partir de ese momento, el resto de la causa hará que te comas esto o no. Lo nuestro no es lo más relevante para ti.

—Dos asesinatos son relevantes.

—Sólo si no consigues demostrar que no eres responsable de ellos.

—No lo soy.

—Ella sospecha que sí. Nosotros también.

—Ella tiene tanto que perder como yo.

—¿Qué tiene que perder?

—Nada si dice la verdad y me cree. Mucho si flipa y dice lo que no fue.

—¿Y qué fue?

Del Río se sienta otra vez. Va a hablar. Sabe que no se puede grabar nada ahí desde el momento en que los controles y el tener que dejar móviles lo impiden. Pero sabe que, cuando uno empieza a hablar, el resto de las conversaciones, pensamientos y acciones se ven condicionadas por lo dicho, por lo que le costaba tanto decir al principio y acabó por decir.

—Yo no maté a nadie. Yo no encargué matar a nadie. Amèlia no sé, pero lo dudo. Todo eso son ganas de aprovechar la mierda para hundirme más.

—¿Tienes coartada esa tarde?

—No —no hace falta decir nada: Manel sabe que ha de darnos algo más—. A ver... Amèlia sabía que la vieja guardaba dinero y joyas en casa. Yo sé cómo hacer esas cosas. No era ni un robo. Es dinero suyo, de sus padres, me dijo. La cosa debía ser fácil. Me hizo una copia de las llaves y yo tenía que ir a primera hora de la tarde, cuando no había nadie en casa. Rebuscar un poco y coger la pasta. Punto final. Ella fingiría que ponía la denuncia y ya está.

—Pero al final no lo hiciste tú. Lo encargaste. Quizás porque debías pasta a alguien y ese alguien o *álguienes* van cuando les sale de los cojones y tiran por en medio. Roban y se llevan por delante a una cría y a su abuela.

—No alucines. La cosa era hacerlo yo. Robar. Punto.

—¿Entonces...?

—Entonces nada. La noche anterior había salido y llegué muy perjudicado. No fui a currar y ésa era una de las condiciones para estar cubierto. Me eché a dormir después de comer. Cuando me desperté de la siesta vi que además ya era mucho más tarde de la hora, me puse a ver la tele y decidí dejarlo para otro día.

—Entonces ni tan siquiera entraste a robar.

—No.

—Alguien entró, pero tú no. Alguien entró a matar a una persona y fingió un robo. ¿Por qué?

—No tengo ni pajolera idea. Amèlia me estuvo llamando y le contesté la llamada ya tarde. Estaba como loca diciéndome que qué coño había hecho. *«Què has fet, malparit?»*, me dijo. Lo recuerdo perfectamente. No sabía de qué me hablaba, claro. Traté de tranquilizarla, pero era imposible. Pasados unos días volví a verla y le expliqué lo que acabo de explicaros. Pero tampoco hubo manera.

—Y, al parecer, no tienes coartada.

—No.

—Vaya.

—Estuve viendo el culebrón de TV3. Si eso te sirve.

—Si cuando te juzgan somos independientes, sí.

—Joder, Pepe.

—¿Pepe?

—Ovidio es Pepe en latín.

26

CABEZAS CRUJIENTES DE BECADA

Tengo delante de mí a Estefanía con su insultante diferencia de años y las tres o cuatro mutaciones que han tenido lugar en el mundo desde que yo tenía su edad. Envidio sus ojos, con los que lo ve todo nuevo. Envidio las palabras —nuevas, las viejas nuevas— para nombrarlo. Envidio que puede saltar sin miedo. O un miedo distinto del que puedo tener yo, cuando uno sabe —a partir de una edad— lo malas que son las caídas malas, las pocas cartas que quedan por repartir y que hasta tú mismo estás amañado en esa partida. Estamos hablando de su ex, del caso de La Niñata, de lo que sabemos de Amèlia, de las barbaridades del mundo, de que han dado con una pastilla que permitirá obtener todos los beneficios de ir al gimnasio.

—Están probando con ratas, pero a las ratas les salen tumores.

—Habrá que esperar, entonces.

—Tú eres flaco. No necesitas gimnasios.

—Aunque seas gordo: nadie necesita un gimnasio. Es denigrante. Gastar dinero y tiempo para torturarte si al final así consigues poder gustar a los demás.

—El resto de los humanos andamos en eso.

—Tú gustas como eres, aunque a veces seas testaruda y maleducada. Pero eso también son virtudes que no se aprenden ni en iglesias ni en gimnasios.

—No gusto a todos.

—¿Quién quiere eso?

—Yo, no. Pero en mi generación tienes que gustar al que te alquila el cuchitril a precio de oro, al jefe que te paga una mierda por un trabajo sin asegurar y con horarios partidos, al tipo del metro y al del bar.

—No te quejes de jefe.

En la habitación de al lado, Biscúter anda trasteando con algo metálico que se ha caído al suelo. Supongamos que se trata de una bandeja. Supongamos también que esté vacía. Biscu maldice a su manera: barroca, alambicada y divertida, a medio camino entre saeta de Semana Santa, Galdós y exabrupto de camionero. Estefanía le llama para que se una al grupo. Se trata de una charla de trabajo mientras hago tiempo para mi cita con Amèlia en los jardines de detrás de la Biblioteca del Carme, en una cafetería al lado de donde estuvo o aún está la Escuela Massana. Biscúter aparece: era una bandeja y estaba vacía.

—Andas atribulado, *MasterChef* —para que luego digan que no soy hombre de bromear.

—No pasa nada. Es que no sé dónde dejo las cosas que luego no las encuentro. ¿Usted no habrá cogido un bol así de grande? —con los brazos trata de significarnos la dimensión, quizás un pelín exagerada a menos que quieras depositar allí el grano molido de toda una tribu bosquimana—. Seré yo. Estoy supernervioso. Ya sabe que estamos en

semis, en el programa, y tenemos que hacer un plato estrella. Hemos hecho de todo. Quiero hacerles algo para que se chupen los dedos.

—Hazles una de tus tortillas de patatas.

—Demasiado sencillo. No dejan de repetir: riesgo, inventiva, tradición.

El carácter se me empieza a agriar. Trato de contenerme. Si Biscúter me conociera lo suficiente sabría que deberíamos cambiar de tema. Al parecer, algo me conoce.

—No me olvido de lo suyo, lo del substituto. He dado voces. Creo que el hijo de un amigo mío que trabajaba allá en la cafetería del Mercat de la Barceloneta está en paro. Trabajaba repartiendo comida en moto. Tuvo un accidente. Se quedó sin moto, sin trabajo y sin un euro. Trabajan para otro, pero figuran como autónomos. ¿Usted cree, jefe? ¿Para eso tanta revolución y tanto Podemos? Para estar peor. Nos están convirtiendo en chinos a todos, jefe.

—Deja en paz a los chinos, que al menos tienen la suerte de no tener internet. El péndulo vuelve a 1938. Trump, populismo, el zar en Rusia, la extrema derecha, la superioridad del nosotros frente al ellos… Todo suena a viejo, pero con la rabia de la revancha.

—No sé. A ver también cómo acaba lo nuestro.

—¿Tú votarás?

—Si no hay mucho lío, sí. Pero no me pregunte porque no se lo diré.

—He notado tu deriva hacia el desmantelamiento de España. Haces bien. Eres un romántico nihilista, así que apuesta por enamorarte de la vecinita ingenua y naif del ascensor, la nueva. La madrastra sólo sabe dar disgustos y palos en la cabeza. Bueno, dime, si no es en tu mítica tortilla de patatas, ¿en qué estás pensando?

—Estoy bloqueado, jefe. No es que tengas que hacer algo que sea sabroso, que guste a los tuyos, sino que son muy severos. Mucho. Pero vale la pena. Aprendo mucho y, luego, por la calle, la gente te para y te dice que ha hecho tu receta y te felicita y esas cosas. Ayer por la tarde me pusieron un niño en los brazos y me hicieron una foto. Y de los *selfies* ni le cuento. ¿Sabe usted lo que es un *selfie*?

—Y una sílfide, Biscu. Joder, ¿nos centramos un poco? Estábamos trabajando.

—Acabo. Mi menú. Tengo ideas. Lo que no sé es si una *carn d'olla* puede encajar con lo que van a pedir. Lo del plato sorpresa lo sé de *estranquis*, ¿eh? Eso ya se lo dije, ¿verdad? Igual en el último momento cambian y nos piden una sopa juliana.

—¿Quieres hacer algo que les abra en canal? ¡Tradición! ¡Innovación, sorpresa! ¡Elefantes de la India, fieras feroces, saltimbanquis y payasos! Caza, Biscúter, hazles algo de caza. Juega con el tabú. ¿Qué tal una becada? A lo Maupassant. ¿Qué me dices? Ya sabes, ave por comensal. No sé cuántos serán en el programa. ¿Diez, doce? Una docena de becadas. Yo cortaría las cabezas y las serviría separadas. Eso seguro que gusta a la audiencia. Y si lo quieres hacer como debe hacerse, con el respeto a la tradición y a Maupassant, las cabezas han de estar ungidas de grasa de jamón, mantequilla y aceite, deberías asarlas con llama de vela. Así la grasa chisporrotea, humea la piel dorada y al morder la cabeza grasienta puedes hacer crujir la cabecita del ave. Lo suyo es ponerte perdido, pero puedes asir por el pico la cabeza y es más pulido.

—¿Está usted seguro? No lo veo claro. Es que lo de la carne, ahora, y los animalillos…

—Ni caso, Biscu. Te toma el pelo.

—No seas cobarde. Ese programa busca acercar lo sofisticado al pueblo llano. Se morirán de placer. Las becadas deben estar desplumadas y bridadas. Ataditas y prestas para la sesión de sado. Coloreadas y rociadas con la misma grasa de las cabezas. Diez minutos. Ocho, mejor. Sal. Reposo en aluminio. Las trinchas ahí delante de toda España. Becadas Trinchadas por España: ¡firmes! Diez minutos de horno. Ahora sí, diez. Las sacas del horno, rescatas las tripas con una cuchara. Cuélalas. No te olvides del *foie gras*. Troceas, armañac y caldo. Lo hierves. Riégala con sus jugos al fuego sin que llegue a secarse. Salpimientas el jugo y plato ganador. Ah, y más armañac.

—Haz el plato que tú sientas.

—No seas cursi, Briongos. Es comerse a un animal que has matado. No hay nada sentimental en matar y comerse sus vísceras, pero eso es cocinar.

—Estás enfermo, Pepe.

—No sé, jefe, *no ho veig clar*.

Suena el timbre de la calle. Correos, mensajería, algún autónomo explotado que se ha equivocado de piso. Cualquier cosa es posible.

—Eres un cabrón. Con esa receta le sacan a hostias del programa.

—Receta ganadora. Si quiere, en vez de becadas que lo haga con coles de Bruselas.

—Ok. ¿Nos centramos, *jefe*, en el Expediente Amèlia? Bien. En realidad, todo se basa en si creemos o no al urbano. Tiene motivos para mentir. Lo suyo es lo único que nos relaciona a Amèlia con una banda de sicarios argentinos. Si quitas al urbano, todo es un despropósito.

—Lo es. Pero lo cierto es que es real. Los anónimos son reales. Y no hablan de robo, sino de asesinato.

—La opción lógica es que Del Río encarga el tema porque les debe algo o por lo que sea y esa gente se desmadra. Si es así no pedirían un dinero de un asesinato que les ha sido encargado.

—A menos que sí que les encargaran un asesinato. La vieja o la niña. La vieja por la herencia. La niña, no lo sabemos.

—Están las amistades de la cría.

—Sé que los Mossos han investigado y nada grave. Hijos revoltosos de padres clase media alta nada revoltosos.

—Lo lógico es que la muerta buscada fuera la vieja.

—Sí.

—Y una vieja sólo tiene dinero y recuerdos en el mejor de los casos.

—Damos por cierto que Amèlia y el urbano habían planeado el robo. El dinero que había sacado la abuela desapareció. Quien hizo aquello, robó. Pudo ser Del Río. Ése era el día pactado. Se durmió, pero, tarde y todo, fue al piso. Por probar si se podía continuar con el plan previsto. Abre con las llaves que le hizo su novia. Se encuentra el pastel. Elsa no debía estar allí. La pobre se quedó para acabar el trabajo y eso no lo sabía Amèlia. Mata a una y a otra. Encaja.

—¿Y los anónimos?

—Está la conexión de Del Río. Está eso.

—Hay otra posibilidad. Quita los anónimos. ¿Qué nos queda? Un doble asesinato. Una tipa que hereda.

La voz de Subirats anda interrogando a Biscúter en la otra habitación.

—A menos que los anónimos sean falsos.

—¿Qué sentido tiene? Es demasiado rebuscado.

Subirats irrumpe en el despacho. Saluda con dos besos a Briongos y con un gesto de la cabeza a mí, señal inequívoca entre primates más o menos evolucionados.

—Pepe, para que veas lo maravilloso que es tener una novia argentina o uruguaya, que eso aún no lo tengo claro.

—Alfons, estamos trabajando.

—Escúchame, tío borde. Estaba con mi novia. Se llama Gabriela, Gabi. ¿Os he dicho que es adorable y que estoy perdidamente enamorado de ella?

—¿Le gusta a tu mujer? —la voz pura y puritana de la juventud, hermosa y cruel.

—No, pero la odiará. Esta vez voy en serio.

—La última vez que hablaste de ella estabas torturado.

—¿Has oído hablar del poliamor?

—Sí, venga, bájate a hacer un café en lo de Guifré y ahora estoy contigo.

—No. Mira.

Saca de la cartera tres folios. Se trata de fotocopias de los anónimos. El último no lo había visto hasta este momento. Lo han recibido en *El Periódico* hace unas horas. Lo sacarán esta tarde noche en la web y mañana en papel a menos que Matacañas consiga un poco más de tiempo. El nuevo anónimo es más incisivo. Hay una amenaza de muerte.

> «CATALANA: YA SABÉS QUE SI NO COBRAMOS SE VA A ARMAR QUILOMBO, ASÍ QUE DEJA DE HACERTE LA BUENITA. QUEBRAMOS 2X1 SIN AVISO. LO DEL RATI NO CAMBIA NADA. PAGÁ».

> «QUEBRAMOS 2X1 CALLE BAILÉN. NIÑA FRESA NO TE HAGAS LA RE JUDIA. EL RATI NO CUENTA. PAGÁ».

> «CATALANA TACAÑA: COMO NO PAGASTE, YA LO SABE TODO EL MUNDO: ASESINA. LOS RATIS, LA PRENSA LLIBRE. TÚ LO QUISISTE. ALLÁ TÚ CON SAN PEDRO. PAGÁ».

—Lo de san Pedro es una amenaza, obviamente. Ya sé que no sois idiotas. En fin, dándolo a los medios, *la prensa libre,* ya no sé qué quieren. No van a cobrar. Lo dan por perdido y quizás por eso la han delatado.

Pero no encaja. No encaja nada. Tengo ganas de ver a Amèlia y que me diga de qué va todo esto. Aunque es probable que ni acuda a la cita. La prensa la habrá llamado, a menos que Matacañas la haya sacado de escena.

—Y vuelvo a Gabriela. Espera, Pepe, joder. Que no soy un imbécil. El otro día, hablando no de esto, de otra cosa, me di cuenta de una cosa. Las notas las escribe un extorsionador argentino. Es obvio. La jerga lo es. *Ratis*, *quilombo*, *rejudía*. Es jerga de representación teatral de fin de curso. De acuerdo. Pero la cuestión es que o bien nos encontramos con la primera banda delincuencial Simón Bolívar o esto no se aguanta. Porque la expresión —y aquí entra mi novia— «niña fresa» no es argentina, sino mexicana. Se lo dije en plan guiño porteño y me dice: «¿De qué vas, wey?». Lo de «San Pedro» es de cualquier sitio, aunque también muy mexicano, pero no es definitivo. «Quebramos» también lo puede decir un argentino, sobre todo si vive en Bogotá.

—Es decir que esto es un *patchwork*.

—*Llibre* —indico—. También puede ser una errata en el último. Igual quisieron poner *lliure*.

—Fascinante. Vuelven los delincuentes en catalán. Como decía el poeta, hasta que el Barça no baje a Segunda, Catalunya no será un país normal. Eso, Pepe, ya lo veo por los pelos, pero puede ser. Sí, tanto un error caligráfico como una mala traducción. Puede ser cualquier cosa y puede haberlo enviado cualquiera.

—Pero ¿quién y por qué?

—Inculpar a Amèlia. Puede ser cosa de Del Río. De quien los mató.

—De quien los mató, no. A un asesino lo que le gusta es que no lo cojan. Puede ser cualquiera. Incluso ella misma.

—No jodas.

—Es una actriz. Es un buen papel. Es una manera de que los focos se dirijan a ella. Por una vez.

—No tiene sentido.

—No sabes la de cosas que se hacen con el único objetivo de llamar la atención. Puede ser Amèlia con un buscador de Google. Puede ser cualquier cosa. Y claro, también un argentino enamorado de la vitalidad del español. ¿Qué hora es?

Briongos me la da. Quedan diez minutos para mi cita con Amèlia. Cojo la chaqueta, el móvil, que anda cargándose en uno de los viejos enchufes, y me despido de todos. Estoy seguro de que en los Mossos eso no se les ha pasado por alto. De todos modos, he de recordar que el único encargo que tengo es el de un novio enamorado de alguien extraño. No he de descubrir el enigma ni el asesino. Sólo encontrar la verdad de los hechos, dársela a quien paga por esa información y olvidarme de todo. Pero ¿por qué pretendo engañarme? Como siempre, quiero saberlo todo.

Dudo en entrar por Hospital, girar por el Egipte y pasar por detrás de la Boquería, con su penetrante hedor a vida roja y pescado plateado y muerto, pero opto por Ramblas y entrar en el mercado por la puerta grande. Aborígenes, asiduos, trabajadores y turistas enloquecidos por colores y aromas atestan la verdadera catedral de la ciudad. A pesar de que sobra gente, falta sitio y estoy temiendo haber perdido la oportunidad de presionar a Amèlia, porque tengo muchas dudas de que se presente, me alegro de estar allí. Del aquí y el ahora. De reconocer aún algún lugar como territorio amigo y de esta brisa pestilente de un mes de julio aún no muy caluroso.

Entro por Carme, paso por delante de la Biblioteca y la Boquería me recuerda qué solos nos vamos quedando los muertos por aquí arriba. Paso por en medio del claustro como por en medio de un animal desventrado. Un tipo con rastas y pinta de vivir más en la calle que dentro de una habitación y un viejo bien vestido, enjuto y de traje azul y corbata ruinosa, están jugando al ajedrez en esos tableros de piezas enormes. El viejo mueve un alfil y el joven aplaude. Por fortuna nadie inmortaliza el momento en un iPhone.

Estoy a pocos pasos de la cafetería y la veo.

Ha venido.

Amèlia.

La actriz.

La dama misteriosa.

Y Max. También él.

El cliente.

El cornudo displicente.

Miro a ambos lados por si Donizetti está tomando notas para un próximo estreno en la nueva temporada del Liceu.

Están sentados uno al lado del otro. Dos coca-colas zero en sendos vasos verdosos. Nos saludamos. Me muestro brusco al llegar. Estoy harto de ellos dos. De lo que saben, de lo que no saben y de lo que deberían saber y no saben. Max me sonríe como un idiota y se endereza para darme la mano. Está traicionando a su novia. Para protegerla de ella misma, de los malvados, de su amante en la cárcel. Amèlia se acerca el vaso a los labios para no interactuar conmigo. Está traicionando a su novio. Con lo que quiso hacer o lo que hizo. Jugando al solitario con dos barajas y haciéndose trampas hasta a ella misma. Y, de paso, tratando de jugar conmigo.

—¿Has hablado con los periodistas?

—No —me contesta la mujer, y creo que es sincera.

—Para evitar las situaciones de ansiedad nos dejamos el móvil en casa. Al llegar vemos y decidimos a quién se contesta y a quién no. Qué es lo importante.

—Quiero hablar con ella.

—Me imagino.

—A solas. —Max pone cara de sorprendido, ofendido o de algo entre medias de ambas cosas—. Váyase a dar una vuelta. Ahí está la biblioteca. Seguro que tienen *Tintín en la Isla Misteriosa*.

—Vuelvo en media hora, cariño.

La besa. Ella, besada, le besa a él. Max liquida su cola y se va por la salida que da a Hospital. Viene una camarera con piercing nasal y melancólica mirada a la lejanía. Apunta en la tableta mi Alhambra fresca, helada si puede ser. Me dejo puesta la chaqueta. Me encanta sudar camisas.

—Tendrás llamadas en el móvil. Algunas de periodistas. En *El Periódico* han recibido otro anónimo —no le quito los ojos de los suyos. Quiero notar hasta la mínima variación de color. Unos ojos bonitos. Claros, profundos, pero, me temo, algo apagados por el Orfidal.

—¿Qué dicen?

—Más de lo mismo. Sólo que en el momento en que lo difunden a un medio ya no les va lo de cobrar. Y tampoco matarte, creo, y ésta es la buena noticia del día. Lo que sí es cierto es que te encausan. Te meten directamente en la mierda. Ésa, claro, es la mala noticia. Tengas o no que ver con el asesinato y robo de tu familia, vas a tener que dar muchas explicaciones. Es obvio que tú no lo hiciste. Tienes una coartada. Pero pudiste encargarlo. Pudiste sugerirlo. Pudiste insinuarlo para que otros lo hicieran. Del Río, por ejemplo. O Max —improviso, y es como una luz en la oscuridad—. Cualquiera que quiera hacer lo que fuera por ti.

—Deja de decir tonterías y deja de hacerme daño y de tratarme como una basura. Yo no soy Max. Yo no he nacido para que me humillen. Ni tú ni nadie. ¿Lo entiendes? Estás hablando de matar a la única familia que me quedaba. A mi abuela, que nos crio a Elsa y a mí cuando mis padres se mataron. ¿Sabes cómo murieron? Por la mañana estaban y por la tarde, ya no. El yayo Ferran y la yaya Merçè se encargaron de nosotras y nos quisieron todo lo que pudieron, y te aseguro que fue mucho. Y le han reventado la cabeza en su sillón a la yaya. Y a Elsa, *la meva germana petita*, Carvalho. Le rompieron la cabeza. ¿Qué estás insinuando?

—Perdona, yo no quería…

—Llevas demasiado tiempo rebuscando entre la basura. Igual es eso, ¿no? Igual deberías darte una ducha y frotarte bien, Carvalho. ¿Sabes qué hizo o hicieron los que las asesinaron? Me lo dijo tu amiga periodista. Pues se ducharon luego. En mi propia casa. A escasos metros de donde estaban *les pobretes*. Son unas bestias. Son unos asesinos. Y ni Manel ni Max son ese tipo de bestias. Uno nunca sabe quién tiene al lado, pero hay límites.

—Llamaste a Manel nada más entrar en casa.

—Sí, tenía miedo. Él era algo así como policía. Es lógico que le llamara a él, ¿no?

—Él dice que te llamó él y que le echaste en cara lo que había pasado.

Una grieta en la máscara de contención.

—Es mentira. Dudo que haya dicho eso. No tiene sentido. Quizás sí que fuera él quien llamara.

—Te doy mi palabra. Lo ha dicho. *Què has fet, malparit?*

No reacciona a eso.

—Entonces es él quien manda los anónimos. Si miente en eso puede mentir en lo demás. Si declara eso, yo lo negaré.

—Él niega los asesinatos. También niega que tú se lo encargaras a él. Y la conexión con los que envían los anónimos. Pero dice que habíais acordado robar en tu casa el dinero y joyas de tu abuela.

—Mentira. Es absurdo. Yo no necesito dinero. Es delirante. Me querellaré contra él cuando pase esto.

—No te lo recomiendo. Si es mentira, caerá por su propio peso. Los anónimos lo descuadran todo. Sólo hay una razón y la niegan todos.

—¿A ti qué te va en esto? Deja actuar a la policía.

—Tu novio me ha contratado para que te proteja y sepa qué ha pasado.

—¿Max? —Asiento con la cabeza mientras, por fin, la camarera melancólica deja sobre la mesa de madera de IKEA mi Alhambra. ¿Por qué acabo de traicionar a mi cliente? El otro Carvalho no lo hubiera hecho. Me escribo mal—. No te engañes. Te ha contratado para saber qué había entre Manel y yo. Sólo para eso. Hablaré con él. Dese por despedido, señor Poirot.

Risas. Dibujadas. Enlatadas. Tristes, por eso.

No me parece mala idea el despido. Cobro y me olvido de ese pozo de mentiras.

—Es usted una persona muy fría y mucho más segura de lo que me pareció de buen principio —retomo el hablarnos de usted, a medio camino entre la burla y el final de acto —. Creo que no la he visto llorar de verdad ni una sola vez. Ni perder los papeles. Se encierra en la burbuja y es difícil saber qué está pensando o sintiendo.

—¿Quiere usted verme llorar? Ya me ha visto. Tiene memoria selectiva.

—Me parece una ordinariez llorar. Yo sólo lloro al verme desnudo al entrar y salir de la ducha.

—Soy como soy. Quedarte sin padres de un día para otro puede afectarte de muchas maneras. A mí me hizo así, aunque ya antes era una niña callada. Pienso cosas. Siento cosas. Por dentro. No me salen sin querer que salgan. Por eso las dejo dentro.

—Sé que me mientes.

—Sí, pero no sabes en qué. De todos modos, te aseguro que en lo que yo puedo mentir no es importante.

—Odio las mentiras. Incluso ésas.

—Los únicos que no han de mentir son los que están solos. Los únicos que no lo necesitan. Aquéllos sobre los que no importa contar, o que cuenten, la verdad. Su verdad no afecta a nadie. Uno miente para protegerse y proteger lo que quiere. Tú no mientes, pero eso no tiene ningún mérito, Carvalho, porque tú estás solo.

27

PODREDUMBRE NOBLE

Las aves pequeñas se pueden consumir recién cazadas, eso lo sabe cualquiera por poco que uno sepa, pero si usted es un jabalí le dejaremos madurar de dos a cuatro días. Seis quizás.

¿Es usted un jabalí?

No, señor, yo no soy un jabalí.

No me engañe.

No le engaño.

Porque si es usted un jabalí y está muerto le tendremos que cortar los testículos para quitar ese sabor a salvaje que a algunos tampoco les gusta.

Ni soy un jabalí ni estoy muerto. Me llamo Pepe Carvalho y soy detective privado.

¿Como el de las novelas?

Ése era otro.

Ése era jabalí.

No, tampoco lo era.

¿Está muerto?

¿El jabalí?

Pepe Carvalho.

No lo sé.

Una tormenta incorrecta en mi almohada. No quiero oírme decir su nombre. Esto deontológicamente no tendría que estar pasando. Tienes su cara. Tienes su cuerpo. No, no es verdad. No es así. Pero te han extirpado los testículos. No hueles a salvaje. Ella olía a limpio y salvaje. Para poseerla después de abatirla debías dejar pasar unos días, encerrada ella en una torre, justo antes de la putrefacción, sólo así era más tierna, con más sabor y aroma. No sabría decirte a qué olía ella. No usaba perfume y tampoco a monte. Era salvaje, pero no olía a nada. Como un bisturí. Un bisturí infectado por mucho que te empeñes en limpiarlo.

Yo sí que estoy muerta.

Pero tú no eres ella ni la que está aquí entre mis piernas.

Ésa es otra. Pero yo estoy muerta y yo sí que huelo a monte.

Deberías callarte en mi cabeza. Deberías llamar a tu madre. Con voz ronca, si quieres.

Los animales acosados y cazados, las presas aterradas después de huir y defenderse, las presas que no quieren ser presas, ni que las atrapen, las sometan o las maten. El cerebro de todas ellas envía glucógeno a la masa muscular con el objetivo de sobrealimentar para que puedan las presas compensar la fatiga de la huida, de la lucha, un último chute para un sobresfuerzo.

Te va la vida. Te atrapan, te asesinan, te cazan y el glucógeno se convierte en ácido sarcoláctico y éste en ácido úrico. A medida que desaparece éste, los tejidos se van reblandeciendo y traté de gritar y lo hice y llamé a Constança y a los cielos llamé y nadie me oyó y de mis pasos en la tierra.

Arranca dos o tres plumas de un tirón suave, del pelo, de la cabellera de Novia Zombie, de Niñata, del faisán, hacia atrás, en sentido contrario al del crecimiento, con cuidado para no desgarrar la piel. Acabas con la pechuga desplumada. Empiezas por la parte superior y tiras hacia la cabeza. Puedes chamuscar el pelo con un encendedor y decir que ha sido un accidente. No ha sido adrede. Puedes hacerlo. O con una vela encendida, las plumas, y quitarlas con un par de pinzas. Luego, después de desplumar, frotar con un paño limpio, destripar, dejar las patas sin cortar, separar vísceras. Puedes hacerlo, claro que puedes hacerlo.

Ni tan siquiera tú sabes si querías matarla. Si fue el momento o que ya no había marcha atrás o ese simple poder de hacerlo. Matar en un sueño. Atravesar una nube con un avión. Ella no debía estar ahí. La gallina vieja, sí. Gallina vieja no hace buen caldo. Cuando la pechuga del ave se pone verde. La blusa de La Niñata. El desgarro. Estoy. Ven por mí, aunque ni usted ni yo seamos jabalíes.

El miedo en sus ojos. El terror.

Todo ese glucógeno, mira tú qué palabreja. Todo ese glucógeno y, a mis pies, el mar, la ciudad. Hazme daño si quieres, pero no dejes que llegue al ácido úrico, no, porque eso es morir.

Mira cómo me hacen daño.

El daño que me hace él por ti.

Me sacrifico mientras las catepsinas, esas monjas asesinas, enzimas, encima tuyo. Te pareces a ella, pero no hueles a monte. No eres ella, no. No tengo excusa. Ella huele a Salamanca. Las catepsinas, Monasterio de las Catepsinas, son las monjas encargadas de la degradación de las proteínas del músculo, y éste, al romperse —como tu cuello, como una membrana, como la tierra al acogerte—, provoca un aumento de los péptidos y otros aminoácidos libres que son los que segregan el sabor y el aroma que buscamos en una pieza de caza. La carne. La carne cazada. La presa.

Pasan las horas, pasan las horas y no llamas y no te llamo. Es así y la luz cambia y el verdugo es víctima y la víctima asesino, tarima, horca, sótano, cueva, y mira lo que me hacen y es por ti, por lo que te quiero, y los aminoácidos, qué decir de ellos que no se haya dicho aún, pues los aminoácidos se degradan como me degrado yo al arrastrarme y no olvidarte y entonces llaman al timbre de la puerta y son Amoniaco y Cadaverina, cada uno con su botella de Rueda comprado en supermercado.

Amoniaco y Cadaverina dan un olor muy característico a la casa y es entonces cuando uno puede dar por seguro que la carne está ya fuera del periodo de maduración y ha empezado la degradación y estás gritando y me dejo ir y me corro dentro de ti y te tapo la boca con mi mano y me muerdes uno, dos dedos, y te dejo y ella gira la cabeza mientras, de un tirón suave hacia atrás, en sentido contrario al crecimiento, tu pelo, chamuscado, con una vela o un mechero, ya sabes que también puedo hacerlo, jabalí, fue un accidente, pero hemos de evitar la iniciación del proceso bacteriano de descomposición de nuestro amor y estás solo, tú y tu masa muscular, y es el momento de acabar con todo esto desde el mismo instante en que las plumas de la cola pueden desprenderse con facilidad.

Cuélgala por las extremidades, siéntala ahí, en un lugar fresco y oscuro como una nevera, un sótano, un juzgado, una montaña, pero piense *usté* que no es precisa una maduración larga si el animal es joven o de pequeño tamaño y acerco mi boca a la tuya y quiero que no hables, sino que sólo respires, respires en mi boca, y no dejes a la presa cerca de una pared si no quieres que la parte del cuerpo que toca la pared se pudra y no la puedas consumir y mejor llama a un médico, que miren las vísceras, el hígado, los pulmones, para ver si tiene la solitaria, con leche la llamas y la tenia acude y no dejes a la presa cerca de la pared y esa luxación de costilla y ese tobillo esguinzado y esa cara golpeada no son sino muestras de aminoácidos y deseo, dolor y amor y has de consumir la carne tierna y olorosa antes, unos minutos antes de la descomposición y todo esto es una clase de no sé qué asignatura.

La gallina vieja no hace buen caldo.

Comerse la perdiz con el dedo en la nariz.

Las carnes se ablandan después del *rigor mortis* y no me hagas daño, hago lo que quieras, pero no aprietes tanto, tan fuerte, que no puedo respirar y no soporto tal descarga de glucógeno, glucógeno, y no me encuentro la vena, amiga paya, no te la encuentro, yo tampoco, glucógeno, y en el tobillo y en el muslo, estás flaca, y el glucógeno en plata quemada como antes, y había gente rica y noble, en Salamanca y en Sildavia, en la Isla Misteriosa, en Tocomocho, y bueno, esa gente rica que puede mirarte desde lo alto del jarrón chino, del callejón, de las paredes enceradas del suelo vuelto del revés, hacia atrás, un suave tirón, apreciaban de tal manera la caza dejada y colgada que esperaban que las aves se desprendieran solas de la cuerda de donde se encontraban colgadas y eso se llamó podredumbre noble y eso está bien, llamar las cosas por su nombre:

Podredumbre.

Podredumbre noble.

Y todo esto es una clase de gramática parda y, así se llama, podredumbre noble, cuando tienes tanto poder y tanto dinero y has tenido siempre tanto poder y tanto dinero y sabes que siempre tendrás tanto dinero y tanto poder que no sientes nada de lo que se supone que uno ha de sentir con, incluso, tanto poder y tanto dinero y es podredumbre, podredumbre, la primera mentira, la primera vez que dijiste que no importaba, que no era asunto tuyo, que no habías venido a salvar a nadie y aunque el miedo huela a mierda porque primero te traicionan los amigos y luego los esfínteres y dejas que las presas se desprendan solas de la cuerda de la que están colgadas.

Porque puedo, lo hago y no pasa nada porque nada es lo que puedo hacer y hago y usted me paga para que le diga qué está pasando y yo se lo digo. Le digo qué está pasando. Su novia, señor cliente, es una anguila.

Ella es una anguila.

Y alquilamos una habitación y golpeo mi cuerpo con el tuyo y no sé si te deseo o si sólo deseo confundirme, llegar a algún sitio en el que todo esté oscuro y te pareces a ella y no te pareces absolutamente en nada a ella, pero no eres ni hueles a monte, como ella. Ni a perfume. No hay caza. No hay sabor. No hay olor a podredumbre. Lo tengo todo. Tengo poder. No tengo nada. Te miro para que sepas que esto me lo hacen por ti. Por él. Por ti.

Busque una rama. Una rama lo suficientemente fuerte como para clavar un gancho y colgar de la nariz un jabalí. Ha de cortar un anillo alrededor del cuello a partir de una

rareza. Corte una pulsera alrededor de la parte superior de cada pata. Conectar todos los anillos. Desollar al animal.

Me llamo Max y no soy un jabalí.

¿Es usted un jabalí, Carvalho?

Puede estar seguro de que no.

Un animal asustado, una presa. ¿Es usted eso?

Amèlia es una anguila.

¿Ha amado alguna vez a una anguila?

La tuve en mis manos, se escurría, la devolvía al sitio en el que estaba. Sólo trataba de que se quedara quieta. Hablar con ella. Saber qué era. Una anguila. Ahora lo sé, pero en ese momento no podía saberlo. Zona de calambre. Zona electrificada.

Su novia, *misié*, había planeado con su amante robar a la vieja. Joyas, dinero, lo que hubiera. Su novia no había planeado nada. La muerte de la vieja y la cría. ¿Por qué? Se ensañaron con ellas. Las golpearon en la cabeza hasta matarlas. ¿Por qué? Ésa no es manera de matar a una anguila, pero quizás sí a una liebre, una perdiz o un faisán. Con el dedo delante de la nariz. Luego les tapas la cara para que no te miren a los ojos. Como un animal en manos de un taxidermista. Esos ojos. Vivos, muertos. Golpeas y miras para que sepas que sufres con ese dolor. Es insoportable.

Es todo lo que sé.

Pudo robar o no.

Pudo matar o no.

¿Qué más quiere, señor cliente?

Quiero la verdad.

La verdad es que al principio solo comíamos frutas y hierbas, raíces, pequeños animales y la carroña que dejaban los animales más grandes, peligrosos, fuertes. Leones. Tiburones. Jueces. Tigres y agitadores en las calles. Cuando esas fieras dejaban la pieza cazada, en la putrefacción podían los hombres como usted o yo comer. Carne parcialmente descompuesta. Carne fácil de masticar, fácil de digerir.

Rigor mortis mientras la entierro.

Rigor mortis mientras pasa el tiempo.

Cortas la cabeza de la anguila viva.

Cortas la cabeza viva de la anguila viva.

Cocina la anguila en el momento en que las plumas se desprenden con facilidad con una vela o un mechero, fue un accidente, Pepe.

Enterrar a la fresca un cuerpo *rigor mortis*.

Rigor mortis mientras se duchan los asesinos de dos mujeres.

Rigor mortis rigor mortis rigor mortis.

No quiero parecer descortés, pero deberías volver a casa para que no suceda nada más. Me quedo un rato. Me quedo un rato más, pero no me toques. No me toques ya. Soy una anguila y no me dejo atrapar. Mi piel es resbaladiza. Húmeda y resbaladiza. Mi piel. Eres bonita. Tus ojos, tus pechos, tus manos, tu boca. Eres bonita como ella y las dos, ninguna oléis a caza. La Niñata apestaba a caza. Hacía cualquier cosa por estar bien. Llamaba a casa de tanto en tanto. Su suerte debía cambiar. Era cuestión de días, meses. Dejar atrás esta mierda, estirar suave hacia atrás. Eso es. Gueño dame un último tiento. No me hagas daño. ¿Qué sacas haciéndome daño?

No lo entiendo no lo entiendo no lo entiendo.

¿Quieres que te la chupe, Gueño? Se te levanta fijo. Fijo que esta vez se te levanta. Mira qué hago para que lo veas y se te levanta. Mira lo que hago. ¿Te gusta? ¿Quieres que me peguen? ¿Quieres que arañe las paredes? ¿Qué quieres? ¿Qué quieres que haga bajo tierra si se me pudre la piel del animal que, por descuido, ha tocado la pared?

Dame un beso.

Dame un beso si vas a salir.

¿A qué hora vendrás? ¿Con quién vas? Te esperaré despierto. Así me quedo más tranquilo. Lo haremos si sé que vienes de follarte al detective. Quieras o no. Mejor que no quieras. Mejor que no te dejes. ¿No serás tú un jabalí? ¿Cómo se sabe cuándo uno es jabalí?

Un jabalí es un animal muy señoritingo. Es así. A veces atacan y otras no. En ocasiones van con su camada, salen del Passeig de la Bonanova, del barrio de Salamanca y se llegan al Raval, a Vallecas y a San Blas. Un jabalí y una anguila. Y una perdiz y todos los animales y ya está bien, Carvalho, ya está bien.

¿Quién eres?

Eres de quien te escribe.

Ahora me escribo yo.

Estoy.

Ven

por

mí.

En Bangkok se comen las anguilas. Se comerían a los jabalíes si vivieran en Vallvidrera y no en Bangkok. Esto es así. Nunca hay jabalíes en el Sur de California.

—¿Por qué se llevó el perro al coche? Nunca se lo he preguntado.

—Llegué. Aquello era dantesco. Todo lleno de sangre. El perro chapoteaba por la sangre. Sus patas iban y venían por la sangre espesa.

La sangre es más espesa que el agua. El animal se desangra. Un jabalí es un cerdo con más mala hostia. Más o menos. Tiene cuernos. Y un rabito en forma de muelle como los cerdos. No hay caldo si la gallina es Amèlia.

—Cogí a Valent y lo llevé al coche. Además, estaba todo a oscuras. Al caerse la lámpara en la pelea con la abuela se había fundido la luz. Veíamos por la luz del rellano, por la luz del piso de enfrente del rellano. La linterna de los móviles. Era macabro. Saqué al perro de allí.

Se ducharon a oscuras. Se ducharon sin luz. Se ducharon con un perro chapoteando por el piso, lamiendo la sangre de los dedos de una cría, su abuela, y todo ¿para qué?

—Eso es lo que hay. No creo que haya nadie. No sé quién envía los anónimos. Quizás ella. Quizás usted. Quizás El Escritor.

—No bromee. Esto es un asunto muy serio.

—Si sigo encontraré al jabalí y tendré que matarlo o capturarlo o dejarlo marchar.

—Encuéntrelo. Sólo estaremos tranquilos si lo detienen y paga por lo que ha hecho. Usted es detective.

—Yo soy detective. Detective privado.

—Haga justicia, detective.

—Un detective no hace justicia. Entrega la verdad a su cliente y él decide.

Hasta que el abdomen presente un tono verdoso. Hasta que por el efecto de la putrefacción el cuello de La Niñata se desprenda y ésta caiga al suelo.

¿Por qué no vienes? ¿Por qué no vienes y me rescatas? ¿De qué tienes miedo? ¿Quién eres ahora? No quién fuiste, que da igual, sino quién eres ahora. ¿Quién serás desde ahora hasta el final?

Ven.

Se queda dormida la anguila. Es madrugada en el Hotel Suizo. Cierro la puerta y me voy. Demasiado tarde para Vallvidrera, demasiado pronto para Ramblas.

Pero tendría que dar de comer a tu perro.

Ven y te llevas al perro.

No es mi perro. Era de mi hermana pequeña. Lo recuerdo lleno de sangre. No sé mirarlo y verlo de otro modo. En su sangre.

No lo abandones.

Él nunca lo haría.

28

ASEDIO DE AMÈLIA

—¿Y eso es todo?

—Los hechos son éstos. A partir de aquí es el terreno de las fantasías. Y me contrataste para un informe, no para una novela.

—Es insuficiente. Te me estás quitando de encima, y eso, qué quieres que te diga, me parece poco serio, Carvalho.

—El encargo también lo era.

Tengo a Max en el otro lado de una mesa del Café de la Ópera, en el fondo del local, sin visión alguna que nos indique que a escasos metros están las Ramblas, el Liceu y el gentío que, ya a primera hora de la mañana, en pleno verano, empieza a circular en ambos sentidos de Colón a Plaça Catalunya, saliendo y entrando en las bocacalles que uno se sabe de memoria desde crío, en un ejercicio de libertad de mercancías, cuerpos y tareas.

Me alegro de haberle citado aquí y no en el despacho. En el Café hay clientes, pero uno puede tener la sensación de no ser un extra en el imaginario de Barcelona, Ciudad de Vacaciones. El local, como casi cualquier cosa que ande por esta zona de la ciudad, cambia de fauna y colores dependiendo de la hora del día y de la noche. Antes que cafetería fue una chocolatería regentada por un paisano, tal y como me decía siempre mi madre con ese punto paleto de orgullo local. Desde hace casi un siglo lo regenta la familia Doria. A veces, la propietaria anda por aquí. Hoy no es el caso.

Me pido un café. El cowboy, con el sombrero sobre la mesa, rodeado de decoración modernista y camareros sacados de un tebeo de Bruguera, hace que todo sea más irreal si cabe. Lo suyo es un café con leche. Le miro mientras da vueltas al azúcar con una cucharilla. Coge las gafas y vuelve a dejarlas caer cabeza abajo cual Gina Lollobrigida segura de Burt Lancaster y Tony Curtis. Pone la palma de una de sus manazas sobre la mesa de mármol. Entra una familia de turistas. Hablan y se descubre más escocesa que inglesa además de rosada y gigante, dando voces y fotos. Por este orden. Hasta a Max le desagrada:

—Todo el mundo sabe que mientras más al norte, más salvajes son los salvajes. Ayer estuve viendo hasta las tantas un documental sobre Roma. De la BBC. En época de César había quien dudaba que Britania existiera. Se decía que eran antropófagos, además de tener costumbres increíbles y horrendas como beber leche.

Sonrisa que no correspondo. Silencio. Ambos evitamos mirarnos a los ojos. Él me los busca. Yo no se los doy. Este acceso de melancolía de Max me incomoda. Hace unas horas estaba entre las piernas del amor de su vida y eso no me ayuda. En cuanto deje de trabajar para él, en el tiempo en que desayunemos, nos dejemos robar por el ramo de la hostelería y salgamos a la calle, el delito será el mismo, pero el remordimiento ético

girará, cada vez a más velocidad, en torbellinos alrededor del desagüe de lo que no fue, sublime amnesia.

—¿Tú qué crees?

—Yo no creo nada.

—¿Lo dejo estar? ¿Me conformo con saber que ese hijo de puta está en la cárcel y que ella está conmigo?

—Lo mío no son los consejos. Ni darlos ni recibirlos, pero, mira, no podemos ir más allá. Los dos tienen motivos para mentir y para que sea verdad lo que dicen. Es obvio que estar al lado de alguien que ha planeado un robo a su propia familia puede no dejar de intranquilizarle, pero eso es porque ni tú ni yo venimos de familia de posibles ni somos accionistas de Aigües de Barcelona, por poner un ejemplo. Ella ha estado en dos planos de la misma realidad. Ahora, la realidad, la otra, la más o menos cierta se impone y tú, ahora, gestionas la partida. Es amargo el jarabe: o tragas o escupes.

—¿Y los anónimos? ¿Y las amenazas? ¿Podemos estar tranquilos?

—Yo trataría de obviarlos. Si son ciertos, nadie puede defenderlos, y si no lo son, no hay problema con ellos.

—Ya no sé si podré confiar en ella.

—Todos tenemos agujeros por los cuatro costados. Por algún lado ha de salir el agua que entra por otro sitio.

—Agujeros y cicatrices —se mesa el cabello, se pone las gafas: parece cansado—. Agujeros, secretos y cicatrices.

Debería dejarle pasar estos accesos de melodrama. Está en su derecho de ser cursi, aunque…

—Sé de cicatrices. Te juro que sé y estaría por asegurar que tú no tienes ninguna en todo el cuerpo.

—¿A qué viene eso?

—Es falta de sueño. Me afecta a la capacidad de asimilación de trascendencias.

—¿Una mala noche?

—No tanto.

—La mía no fue buena. Amèlia salió y, con todo eso de los anónimos, no me quedé tranquilo y apenas he dormido. Suerte del documental que te comentaba antes. Éste es el tercer café de hoy. Iba mirando el móvil y al menos estaba conectada. Le dije que me enviara un mensaje al llegar y no lo ha hecho. ¿Qué raro, no, Carvalho? —La descarga se produce y ahora soy yo quien le mira directamente a los ojos. Sé que lo sabe o lo intuye o sólo juega a que lo sabe y es todo un hombrecito cruel y taimado—. De todos modos, para más seguridad, y esto no se lo digas ni a ella ni a Marina, compartimos una aplicación y así sé por dónde para. Ahora está en el piso. Imagino que en el piso e imagino que sola. Pero hoy durmió en un hotel. E imagino que no sola.

No contesto. Trato de repasar toda la conversación desde el principio, la actitud de Max para comprobar si ha estado jugando al gato y al ratón, hasta que decido que me importa una mierda.

Un tedio imparable.

Harto de él, de ella.

Harto de mí.

Harto de todos.

—¿Sabe quién fue Vercingétorix?

—En fútbol voy justo.

—César le asedió en Alesia. En un momento dado Vercingétorix decide quedarse solo con los guerreros y deja salir de la ciudad a las mujeres, los niños, a los enfermos y los ancianos, pero César no los deja pasar. No los quiere ni como esclavos. Se quedaron días y días al raso, en la explanada entre las murallas de Alesia y las fortificaciones romanas del asedio. Acabaron comiendo hierba. Muriendo de hambre y frío.

—Pues en los Astérix, César parecía buen tipo. De todos modos, Max, ¿me quieres decir algo? Estas charlas cultas y gilipollas están muy bien para los villanos en una película de superhéroes con los sobrinos, pero no mientras me tomo un café antes de empezar la mañana. Lo entiendes, seguro que lo entiendes.

—Sí, tienes razón. Me excedo con la verborrea. Supongo que, si decides que se ha acabado todo lo que puedes hacer, he de aceptarlo. Lo nuestro fue una relación de confianza y me temo que ésta no existe. Mañana hago la transferencia del resto de tus honorarios y nos olvidamos el uno del otro. Gracias por todo de todas maneras. Nunca hemos estado en la misma frecuencia, pero gracias.

—No hay de qué. Es mi trabajo. Dale recuerdos a Amèlia cuando el dron la localice.

No entra al quite. Dejo que me pague el café. Estoy por pedirme un litro de leche y bebérmelo a gollete de la botella para horrorizarle ante tamaña demostración de barbarie, pero, si castigo mi estómago, que sea por algo por lo que valga la pena retorcerse de dolor.

Salgo al exterior y me veo obligado a ponerme las gafas para paliar el sol que empieza a castigar. Voy dando zancadas hacia el Despacho tratando de no hacer el más mínimo caso a las peores sensaciones posibles. Renuncio a no poner en asedio a Amèlia y la llamo. Su móvil está encendido, pero no atiende. Al llegar, Estefanía anda por aquí. Le pido que haga una búsqueda en Google. Tengo varias llamadas de Laura. Mientras espero, telefoneo a Marina, quien tampoco sabe ni debería saber por dónde anda su amiga. No sé de qué me estoy preocupando. Ha sido ese pobre tarado narcisista. Pienso que, a partir de las amenazas vertidas en los anónimos, Matacañas habrá puesto vigilancia a Amèlia. De ser eso cierto, media ciudad sabe que esta noche me he acostado con la novia de mi cliente. La otra media me sigue cuando lo hago con la mujer del asesor gubernamental Carbonell. Debería empezar a echarme una novia sin compromiso o, mejor aún, abogar por encerrarme en casa y morirme viendo películas inmortales. Enciendo el ordenador y husmeo por las cosas más importantes que han salido del doble asesinato. Vuelvo a llamar a Amèlia y a Marina. Sólo me atiende esta última. Tiene llaves del piso. Me pasaré por su trabajo si las lleva encima. Me lo confirma. En hora y media más o menos. Todo lo que leo es lo mismo de un periódico a otro. La misma información. Anoto mentalmente las cosas que yo sé y que no aparecen en los medios. También del amante bandido de Amèlia. La supuesta conexión sudamericana. Debería empezar a ser más sistemático. ¿Empezar ahora? Estás de coña, Carvalho.

Recapitulemos mantra:

Max no tiene sentido.

Max celoso sigue sin tener sentido.

Max no tenía sentido hasta hoy.

Max asesinando a Amèlia hoy tiene sentido.

Amèlia no puede estar muerta. No, eso no, joder.

Max y el Gueño enterrando con las manos el cuerpo de Amèlia y La Niñata en la montaña de Montjuïc.

Matacañas interrogándome por ser yo el último en ver con vida a Amèlia.

Esta historia ya la has visto en demasiadas películas y deberías saber que no es argumento verosímil para la vida. No sirve aquí. Amèlia no llega a una hora prudente de la madrugada. Max sabe dónde ha estado. Max la sigue a todas partes. Max sabe lo del amante. Max contrata a Carvalho para cubrir todo aquello que se le pueda escapar. Max los sigue. Max lo sabe. Todo. Quién fue. Por qué. Para qué.

Max juega con todos.

Max hace bromas pesadas y canta por Elvis.

Max recorta y pega letras en los anónimos.

Frena Carvalho, esto es la realidad, éste eres tú y no te están escribiendo, ordenando, disponiendo causas y efectos. La vida no tiene sentido. Esto tampoco.

Telefoneo a Amèlia. Ya no da ni señal. Una mentira piadosa: la batería se habrá consumido. Quizás la haya apagado o Max haya llegado al piso o a donde ella esté y haya forzado ese cierre de móvil. Max ha asesinado a Amèlia sólo para poder seguir jugando.

No. No. No.

Finalmente telefoneo a los Mossos y pido que me pasen a Matacañas. Está en un interrogatorio, lo cual es, casi con toda probabilidad, falso. Dejo el teléfono. Miro la hora. Recuérdala, detective: igual es un dato que puede irte bien.

Sigo en el ordenador cuando suena el teléfono y es una de mis cien periodistas favoritas:

—He encontrado cosillas, Pepe. ¿Estás delante de un ordenador? Te envío links a tu correo. Venga. Te doy un par de minutos y te llamo por Skype. Sólo tienes que aceptar la llamada. Tú puedes, Pepe.

Obedezco. Leo. Entiendo. Me asusto. Me recrimino y me perdono. Acepto. La cara de Laura en mi pantalla del ordenador. Estefanía se desliza desde la otra habitación y se queda a mi lado.

—Maximiliano Artigas, Max, todo bastante correcto. Muy activo en redes y todo normal. Motero, fan, asociacionismo. Lo que quieras. Trabaja en una correduría de seguros. De perfil vulgarísimo, pero con las fotos que cuelga imagino que debe tener líos aquí y allá. Tiene una relación estable en Facebook. Y mucho antes tuvo otra. No sé qué pasó, pero parece que se les murió un hijo. De los dos o de ella. Él la tiene como amiga, pero ella a él no. En las rupturas pasa, *mon ami*. Eso quiere decir que, probablemente, la botó él. Mira, aquí: Mercedes Nebot.

—La Pobre Merche.

—¿La conoces?

—Él habló una noche de ella y la llamaba así. Si se le murió un hijo no me pareció que fuera de los dos. Sería de ella. Búscala a ella.

—Ya lo he hecho. El nombre de él me sonaba. Olfato y memoria, amigo. Y aquí viene la prueba del siete. Asesinaron a su marido y a su hijo en su propio parking. No se llevaron nada. Con arma de fuego. Encontraron otro cuerpo. Un pringado que supuestamente le estaba extorsionando. Se mataron entre ellos como en aquella película que me dejaste aquella vez…

—¿Qué edad tenía el chaval?

—Doce años.

—Joder.

—La Pobre Merche.

—Igual no es ella.

—Es ella. ¿Cómo puede uno entrar ahí, en su correo…?

—Su muro. Tienes que hacerte amigo. Te tiene que aceptar. Pero ella lo tiene abierto.

—Nada de Max.

—No. Igual no estaba con ella cuando pasó todo eso.

—Pero ¿no te suena todo a lo mismo? Son diferentes instrumentos, diferentes músicos, pero la misma dichosa cancioncilla.

Estefanía asiente a mi conversación por Skype con Laura.

Todo es tan goloso que me hace resistirme. Me repito que esto no se aguanta por ningún lado. ¿Cuál es el móvil? ¿Por qué unos muertos recuerdan a los otros…?

—¿Hacemos lo de siempre, Pepe? —dice Briongos.

Sí, hagámoslo. Trabajemos un poco. Pero antes vuelvo a llamar a Amèlia. Dejo sonar el móvil. Apagado. Buzón. Voy a pedir a Marina que acuda al domicilio del Carrer de Provença. Volveré a llamar a Matacañas. Hablaré con quien se ponga al teléfono de los Mossos y me atienda. Trabajaremos los tres al mismo tiempo. Creo que Laura empieza a dar buena cuenta de un bikini desde su casa o el propio periódico. Esta mujer no va a aprender nunca a comer. Lleva puestos los auriculares. Empecemos.

—Lo que es distinto no cuenta. Las similitudes.

—La presencia de Max.

—No lo sabemos. Quizás la conociera después.

—Aunque sea así, Pepe. Max sigue siendo una similitud.

—Más.

—Muertes violentas. Dos cadáveres.

—En el de Merche fueron tres, pero el tercero fue el culpable. La pistola era suya. Disparó él. No cuenta. Era español. De Algeciras. Nada de sudacas.

—No hay mucho más.

—Él debería haber sacado ese tema.

—¿Para qué? ¿Para parecer sospechoso?

Estefanía tiene razón. No hay nada. Sólo una armonía que remite a un relato que nos atrae. Me repito que sólo estoy tratando de trasladar la culpabilidad. Max es un tío celoso y controlador. Un narcisista. Una boa constrictor emocional. Pero de ahí a matar a golpes a una vieja y a su nieta va un buen trecho. Además está todo lo demás. El urbano, los anónimos, el robo que nadie hizo… Pero, sin embargo, el dinero que la abuela Mercè retiró del banco no aparece y quizás joyas, si había joyas. Max contratándome para saber la verdad. El asesino haciendo hincapié en las pistas para que lo descubran. No, demasiado rebuscado porque ¿para qué podría hacer algo así Max?

—¿Dinero?

—Es poco dinero para todo esto. Además, sea o no Max o el urbano, dejamos fuera muy alegremente a Amèlia. Puede haber jugado el papel de inductora o cómplice. Quien fue tenía llave para entrar.

—Sí, es posible. Amèlia lo sabe y no lo dice. O lo sugiere o lo hace entender. Pero eso, si es, será indemostrable.

—Y la chica no es Scarlett Johansson para hacer perder la cabeza a su paso. Es una tipa normal, nada sexual.

Me callo y mastico los penúltimos grumos del remordimiento.

—¿Por qué? ¿Por qué algo así?

—Para cuidarla después —interviene Briongos.

La miro. Hay unos instantes de silencio, antesala a la lucidez o al descarte. La imagen en Skype de Laura, con la boca masticando su comida o cena o vete tú a saber qué, sus gestos indican que es una posibilidad, una manera de dar sentido a todo esto.

—Las cuida luego. Eso es una cosa igual en los dos, ¿no? Es un cuidador.

—Puede ser una similitud retorcida y jodida. Pero si admitimos que Max rondaba alrededor de La Pobre Merche, estuviera ya o apareciera después, debió ser providencial. Pudo orquestar la matanza, participar o, simplemente, aprovecharse de ella. Pierde al hijo y al marido y hace su aparición el cowboy. Las aísla, las bloquea y ellas dependen de él. Las cuida, las protege, las guarda en cajitas hasta que se cansa, imagino.

—Hemos de mirar más cosas sobre cómo fue la investigación, pero, aunque se encontrara el pastel, bastaría con que él tomara nota de aquello. De lo que produjo en La Pobre Merche. El modo en que podía desplegar todos sus encantos de hombre protector. La mujer tenía otro hijo. Hizo de padre. Era perfecto. Gracias, Briongos, eres lo más —le digo mientras le sello un beso en el centro de su cabeza olorosa de champú y acondicionador 2 en 1.

—¿Qué hacemos?

—Llama a Marina y que acuda al piso de Amèlia. Que deje lo que sea que esté haciendo. Necesito las llaves. Yo acudo para allá también.

—Puedo acercarme yo con la moto en diez minutos.

—Sí, rápido. De todos modos, desvía el teléfono a tu móvil. Si llaman desde los Mossos diles que me llamen al móvil. Insistes en que es muy importante.

Así lo hace. Nos despedimos de Laura y le prometemos la exclusiva si hay algo. Estefanía coge el casco y bajamos por la escalera hasta la calle. Cuando nos vamos a despedir me suena el móvil. Hago una señal a Briongos para que se detenga.

—Creía que eras de la cofradía de los de no llamar al día siguiente.

—¿Estás bien?

—Rara.

—¿Has hablado con Max?

—No. Sé que me estuvo llamando, pero para verle necesito unas cuantas horas más.

—No sé si es verdad o no, pero te tiene localizada por el móvil. Para que no te maten los pinches malos. Seguro que tiene acceso a lo que escribes.

—*Aquest tio és gilipolles…*

Tanteo qué le digo y qué no. Quiero que esté alerta, pero no quiero que me lo enfade. Quiero que no esté sola, pero no quiero trasladar el escenario del crimen a casa de Marina. Una matanza que achacar a la banda multinacional del crimen sudamericano entraría dentro del guion. Veo que tengo una llamada desconocida. Probablemente sea Matacañas.

—No te fíes de nadie.

—No me fío de nadie. Sé cómo tratarlo. Hablo luego con él. No te preocupes.

Cuelgo a Amèlia y supongo que también a Matacañas. Le indico a Estefanía que ya no hace falta su viaje en moto. A unos metros, Guifré me hace unos gestos que quizás pudieran ser una imitación del Tigre de Gales. No es seguro. Vuelve la llamada desconocida. Acepto y espero la áspera voz del *mosso*. No es él.

29

AYUDANDO A LA POLI

No puedo ir a rescatar a nadie. No puedo dejar las cosas como están por aquí. No me lo repetiré más veces. Es así. No puedo intoxicarme con sus juegos. No puedo estar a eso. No.

La llamada era de Lidia, la compañera laboral de Novia Zombie. Según ella, llamaba por motivación propia. Que no le dijera nada a su amiga. Hace días que no acudía al trabajo. Que no contesta a las llamadas. Tampoco lo hizo a la mía una vez colgué a Lidia.

Lo siento, pero ahora no.

Si te estás ahogando en el pozo, aguanta la respiración. Si el péndulo acerca peligrosamente su filo a tu cuerpo, aplástate contra el suelo. Si el asesino ha entrado en la habitación, mantente debajo de la cama y no hagas el más mínimo ruido. Y así todo.

Suena el móvil. Es Mónica, la *mosso* que estuvo en la última entrevista con Matacañas. Es obvio que no va a humillarse a llamar él personalmente después de mi mala educación. Me sugiere que vaya a verlos de inmediato. Si no tengo dinero para el taxi, me ponen un coche a mi disposición. No, gracias. Iré por mis propios medios. Ya mismo. Detengo a un paquistaní cubierto con un coche y en nada me planto en la comisaría. No consigo centrar mi cabeza en dos pensamientos que me lleven a algún lugar desde el que poder edificar el andamiaje de lo que ha pasado, de lo que puede estar pasando.

Doy mi nombre y digo el motivo de mi presencia allí. Me dan un pase, me acompañan a la sala donde esperan intérpretes y abogados y no me da ni tiempo a sentarme cuando ya estoy en el ascensor subiendo a la tercera planta. En esta ocasión sólo está Matacañas. No parece tener ni muchas ganas de conversación ni muchas ganas de jugar a ver quién es el más hábil con la esgrima. Perfecto porque yo tampoco.

Sin embargo, empieza en plan soliloquio. Me digo que aguantaré un par de cortes publicitarios antes de la película. Puede que hasta dos, pero ni uno sólo más.

—¿Por qué siempre es lo mismo? ¿Por qué siempre tocáis los huevos todos vosotros? Periodistas, opinadores, detectives, políticos… Dejadnos trabajar, joder.

¿Tenemos que empezar así?

—Yo hago mi trabajo y tú el tuyo. Pero en este tema no he interferido para nada en la investigación que estáis llevando.

—A excepción de ocultar la existencia de los primeros anónimos.

—Para proteger a mi cliente.

—Amèlia no era, no es tu cliente. Al menos hasta ayer noche en que intimasteis un poco más.

—Es cierto, no era mi cliente. Así me siento un poco mejor.

—Igual ese polvo te sale un poco caro. De momento, fuiste el último que la viste con vida.

—Acabo de hablar con ella por teléfono.

—¿Dónde está?

—En su piso.

Matacañas coge el teléfono y da indicaciones para que se personen en el domicilio de Amèlia a la mayor brevedad posible y la traigan a comisaría. No tengo ni idea en concepto de qué, pero tampoco voy a preguntarlo.

—Luego tu amigo el abogado y tú vais a ver al urbano. ¿Sabe ya que tiene una queja en el Colegio de Abogados?

Era previsible. No será la primera ni la última de Subirats. El investigador se sienta sobre su mesa dejando colgando los pies. Yo estoy en una silla a unos dos metros de él. Funciona el aire acondicionado y los calcetines de Matacañas son rojos. El resto, lo de siempre.

—No creo que yo sepa nada que no sepáis vosotros. Sabéis de la doble vida de Amèlia. Lo de los anónimos. Tiene un novio quinqui y violento en la cárcel y uno controlador en el cogote. Y hay alguien, uno de los dos, solos o acompañados, hay alguien que ha matado violentamente a la abuela y a la hermana de Amèlia. Ninguno de los dos tiene un móvil lo suficientemente potente como para apadrinar la violencia. Igual no es ninguno de ellos. Los anónimos hablan de un policía. Eso señala a Del Río. Quizás demasiado evidentemente. No lo sé.

—Todo eso lo sabemos. Eso y más cosas.

—No tengo ningún interés en que me den el premio a trabajador del mes, Matacañas. Quiero que no le pase nada a nadie más. Y creo que Amèlia está en peligro.

—Lo está y la has puesto tú.

—Cuestión de perspectiva, pero me temo que no me cabe nadie más en la mala conciencia.

—Siempre queda sitio.

Sale de la estancia por espacio de cinco, quizás diez minutos. Aprovecho la temperatura agradable para cerrar los ojos y dejar pasar el tiempo con la mente en blanco. Me saca del limbo el propio Matacañas. Le han informado de que en el piso no hay nadie. Han podido acceder a él y nada, a excepción de su móvil encima de la mesa del comedor.

—Se te oscurece un poco más la conciencia.

—No jodas. Si estaba en peligro debería haber estado en vigilancia.

—Esto no es Hollywood. Con los recortes y el miedo yihadista estamos trabajando tres veces más de lo que podríamos. Podemos tenerla más o menos controlada, pero no en vigilancia día y noche.

—Estará con Max.

—Si lo estuviera, también lo sabríamos, y no está.

—¿Él está vigilado?

—Desde el primer momento.

—Pero ¿para qué me contrató?

—Hay una respuesta obvia y una enferma. La obvia es que así podía tener acceso a todo aquello que él no podía controlar. La enferma te la explicaría mejor un psiquiatra. Un psicópata perfectamente puede asesinar a un tipo, desmenuzarlo, diseminar los miembros por todo el país y luego, como no lo cogen, explicarlo en el bar de la esquina.

El enemigo de esos tipos no es la policía, sino el aburrimiento. Así que les encanta jugar. Contigo. Con nosotros. Probablemente lo de los anónimos es cosa suya.

—Eran exagerados, una mescolanza…

—Saltaba a la vista. Pero podía ser un juego. De hecho, lo era, para asustar a Amèlia, pero podía no ser él el culpable de los asesinatos. A efectos probatorios no tenemos nada contra él. Lo vemos hasta nosotros. Hemos de esperar.

—Estuvo metido en una historia extraña con su anterior pareja.

—Somos la policía, Carvalho. Lo sabemos todo.

—¿Entonces…?

—No tenemos tampoco de eso ninguna prueba que lo incrimine. Lo dicho: hemos de esperar a que cometa un error.

—Puedo intentar hacerle hablar.

—Puedes. Grabarle. Todo eso. Sí, pero a ver qué sirve luego. Si fue él, demostró una sangre fría absoluta. Las conocía. Las mató a golpes.

—De ahí que les cubriera la cara.

—Si no hubiera sido alguien muy cercano, no lo habría hecho. Pero esto ya es territorio minado. Hay cosas que pueden hacerse para despistar, otras no. Nada concluyente.

—Se duchó. Sacó al perro fuera de la escena. Un perro que le conoce y no ladra.

—Se lo llevó al coche. Esto puede sonar raro, pero estaba molestando y chapoteando en sangre. De hecho, es una decisión sensata. Aunque también así se aseguraba por si quedaban restos de las víctimas en su coche.

—Pero ¿para qué? —pregunto por si el *mosso* me da otra respuesta que la que yo pienso.

—Control. Egocentrismo. Psicopatía. Hemos de esperar a que haga o diga algo que no debe.

—¿Como por ejemplo?

—A pesar de los periodistas y abogados, en una investigación se omite alguna información a la espera de que el culpable o culpables hablen de eso o pregunten.

Mientras Matacañas sigue con el discurso de lamentaciones, le doy vueltas a todo lo que he leído en los medios. A lo que he deducido. A las conversaciones de Max. Reparo en algo que, en su momento, me sonó novedoso. Algo que, estoy seguro, sólo sé por él.

—Él me dijo que el apagón había sido por la lámpara de la mesita. Un cortocircuito en la pelea, con todo el follón. No lo dijo como una posibilidad, y aunque así hubiera sido, ¿cómo podía conocer ese dato él? No recuerdo que saliera en los medios. Me sonó nuevo al oírselo decir.

—No salió en los medios. Seguro. Eso podía ser algo porque efectivamente fue así como sucedió.

—Puedo intentar que lo vuelva a decir, grabarlo…

—Tendríamos que pensarlo bien, prepararlo.

—Igual no hay tiempo.

—Si es él, creo que ya está en otra cosa. Pienso en los últimos anónimos. Echan a Amèlia a los leones. ¿De qué le sirve Amèlia en la cárcel? No va a poder protegerla allí.

—La aterroriza. Le impide alejarse de él. Nos controla a todos. Ése es el juego.

—Puede ser. Déjame que dé una vuelta al operativo. No hagas nada por tu cuenta, Pepe. Te lo pido por favor.

—De acuerdo. Intentaré portarme bien.

—Si te portas mal, al menos que diga algo comprometedor y grábalo. ¿Sabes cómo hacerlo?

No pienso contestar nunca más a esa pregunta.

—Luego está lo de Amèlia.

—¿Qué pasa con Amèlia?

—No podemos desestimar su participación en lo que ha pasado. En el robo y en los asesinatos. Trata de meter tu polla en otros sitios.

—¿Qué haces esta noche?

Cuando salgo de comisaría, el sol aprieta, y mucho. Estoy desconcertado. Demasiadas cosas en la cabeza, demasiados castillos sin cimientos. Es como tener varios círculos dibujados con un único compás clavado en Amèlia. Llamo a Max e, inexplicablemente y por primera vez en todo este tiempo, no me lo coge. Eso no me gusta. En absoluto. No me gusta que ni tan siquiera sepa dónde localizar a quien fuera mi cliente.

Me enciendo un cigarrillo en la misma puerta de comisaría. Digan lo que digan las cajetillas, fumar sigue siendo la mejor de las maneras de tratar de encauzar los pensamientos. Los vehículos circulan por la Avinguda de Les Corts dirección Numancia y, desde allí, para abajo hasta Plaça Espanya. Supongo que debe ser una buena idea marchar andando hasta el despacho para decidir qué hacer a continuación. Detrás de quién ir. Debo reconocer que se ha despertado una facultad que desconocía poseer: hago desaparecer gente: Niña Zombie, Amèlia y, es muy probable que también, Max.

Cruzo la avenida y cortando calles bajaré hasta Ramblas abajo e igual me dejo caer a hacer una paella en un lugar que merezca la pena, dinero y tiempo. Mi cuerpo lleva sin darme malas sensaciones desde hace el suficiente tiempo como para que me olvide de él. Pienso también que tenemos al culpable o a quien suponemos culpable sin saber si está solo, si Amèlia intervino de alguna manera. Es un culpable sin prueba determinante. Un abogado brillante lo sacaría adelante a menos que Amèlia estuviera metida en el tema y se fuera de la lengua. Eso o alguna prueba determinante. Cualquier prueba que no se ha encontrado. El coche está lleno de sangre, pero hasta allí fue el perro. Nadie vio nada. El único hilo que ata a Max con esas dos pobres mujeres es el hecho de que viera necesario aislar a Amèlia para conservarla a su lado. Es un hilo estúpido, enfermizo, susceptible de ser cortado por el primer tijeretazo con algo de pulso de un letrado. Pero eso es todo. La cuestión de Del Río, de los matones, del pago por asesinar a una y sólo una de las víctimas, los anónimos, todo era puro espectáculo. Mala actuación, tan mala como Amèlia buena mala actriz, tan ruidosa actuación como Maximiliano Artigas haciendo de Presley.

Westlake vibrando en el bolsillo de mi chaqueta me avisa de que Subirats me está llamando.

—¿Hemos acabado con *Cowboy de Medianoche*?

—Sí. Esta misma mañana me ha dicho que mañana haría la transferencia. Me da que no lo hará.

—Me llamó al punto de la mañana y he quedado con él en media hora. Para otras cuestiones. Una financiación bancaria. Se nos compra una moto de verdad. De vaquero.

—¿Has quedado en tu despacho?
—No, en un concesionario de Harley.
—Es tan escandaloso. No puede evitar llamar la atención. ¿Qué se va a comprar?
—Ni idea. Pero a plazos, así que no alucinemos con el siga usted al dinero.
—¿Dónde habéis quedado?
—¿Conoces el 99%?
—Sí. Llega media hora tarde. Necesito hablar yo con él.
—No lo jodas antes de que cobremos.
—Por cierto, ¿sabes que estás denunciado en el Colegio de Abogados?
—¿Es cosa mía o desde el 92 nadie tiene sentido del humor?

30

HAMBURGUESA CON PATATAS Y COLA

El 99 % es un local de ambientación rocker que se encuentra a cinco minutos de la comisaría de Les Corts, en el Carrer de Joan Güell, una de las calles que rodea El Corte Inglés y que fue de la gente de posibles de Barcelona y que ahora es de oficinistas y gente de posibles atrapada en la nostalgia. El 99 % se hace llamar Motobar al estar pared con pared con un concesionario de Harley Davidson. Menú adolescente de hamburguesas, ensaladas, coca-colas, cervezas y patatas cortadas sin amor.

Los brazos tatuados de Jordi Bou me saludan nada más llegar. Nos conocemos de hace ya demasiado tiempo, de cuando él tenía la mitad de tatuajes y yo el doble de pelo. Me tienta sentarme en cualquiera de los sofás rojos y esperar a que sea 1982, por la puerta entre Diane Lane y el Chico de la Moto reine. Pero quiero seguir fumando, así que me pido un vino blanco sin padre ni madre pero fresco y decido quedarme en la terraza.

—No soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.

—Sabes que no voy a comer en tu restaurante, Bou.

—Puro esnobismo.

—Claro.

—Tu Escritor vino una noche. De incógnito. Y repitió de hamburguesa y kétchup.

—No mientas. Queda peor en gente tatuada.

—Deberías tatuarte algo. En un detective mola. No parecerías tan demodé. Una rosa roja. Unos dados. Una torre. Unas palabras en sánscrito.

—Sí, unas palabras mejor.

—¿Las tienes pensadas?

—Desde hace años: *Yo no soy él*. ¿Te gustan?

—Sí, me gusta. Con las chicas funcionaría. ¿Hay alguna novedad más en tu vida?

—Conocí a Juliette Binoche.

—Joder, cuente usted.

—Uf… Qué pereza. Debí haberme callado. A ver… Madrid, Gran Vía. La veo. Pienso en qué decirle. Trato de buscar en mi francés. No encuentro nada más allá de Tour de France o croissant. No hay problema. En inglés. Estoy a cuatro, cinco metros de ella. El inglés se me atraganta. Intimida aquella mujer. Pues en español. Llego a su altura, ella me mira y…

Una de las camareras viene a buscar a Bou, quien me hace un gesto:

—Un momento. Yo mismo te saco el vino y me lo acabas de contar.

En nada llega el vino, pero sin noticias de Bou, sino que me lo sirve una camarera más tatuada y simpática que él. El vino está más horrible de lo que recordaba, con lo que me limito a mojarme los labios y enciendo el enésimo Lucky. Echo un vistazo al

concesionario de Harley por si Max estuviera ya por allá. De regreso a mi mesa le veo pasar y meterse en el interior del 99%. Espero a que se siente, saco el móvil y lo pongo en opción de grabar. Luego cojo mi vaso y entro yo también. Está de espaldas a la puerta, quizás porque en el televisor anda un Elvis disfrazado de obeso superhéroe, con guirnaldas al cuello y unas patillas en forma del contorno del continente africano. Bou hace un ademán medio comprensible. Al sentarme, Max se sorprende un poco, pero tampoco todo lo que me esperaba.

—Voy a tener que cambiar de abogado. El que tengo creo que es un poco indiscreto.

—¿Subirats? Págale antes. Pero que no sea por esto. Es casual. Soy amigo del dueño y me gusta caerme por aquí y ver todo aquello que no viví ni me importa lo más mínimo haberme perdido. ¿Tú eras de los que te peleabas con los otros, los repeinados de las Vespas?

—¿Los mods? No, yo soy un hombre pacífico. Alguna pelea en algún bar, pero todo cosas de críos. Si hasta me gustaban los Nacha Pop y los Brighton 64.

No tengo ni idea de quién habla.

Max coge sus gafas y las deja sobre la mesa que queda entre nosotros, roja también, con el logo del bar. Miro las gafas. Sting. Es la primera vez que no las deja colgando de su cuello. Manumitidas encima de la mesa sin cordel ni trapecio. En la mano con la que se restriega la cara, como si se quisiera borrar los rasgos, sobresale un anillo plateado. Es otra novedad. Se lo menciono.

—Lo tengo hace años.

—Es pequeño. De mujer.

—Es de Merche.

—La Pobre Merche.

—Sí. ¿No te ha pasado nunca odiar la imposibilidad de uno de amar a quien te haría feliz y hacerlo a quien te arruina?

—¿Hablas de La Pobre Merche, de Amèlia o de quién hablas, Max?

—Hablo en general. Hablo de la vida en general.

—Hoy no me interesa hablar de la vida en general.

—¿De qué quieres hablar?

Llega la camarera con el servicio pedido por Max. Un plato combinado que lleva por nombre *Cadillac solitario*. La chica me pregunta si quiero otro vino. Ni loco.

—No sé, explícame cosas. De La Pobre Merche, por ejemplo.

—¿Por qué no dejamos de jugar, Carvalho?

—Tengo la sensación de que a ti sólo te gusta jugar cuando eres quien maneja el juego. Igual a los demás también nos gusta, de tanto en tanto, la diversión.

—Merche fue una gran mujer que me quiso mucho. Que aún me quiere. Perdió a un hijo y a su marido en un atraco. Ésa es Merche.

—¿Ya estabas con ella cuando eso pasó?

—Eres muy patético, Carvalho, lo sabes, ¿verdad? ¿Por qué te la tiraste? ¿Era necesario?

—No tengo que pedirte permiso. Te sorprenderá saber que nadie tiene dueño.

—Estabas trabajando para mí.

—Tranquilo. Esos momentos no te los he cobrado.

—Vete a la mierda.

—Tú no quieres que me vaya ni a la mierda. Quieres que te diga qué sé. Qué saben. Quieres estar tranquilo. Quieres disfrutar. Quieres lo de todos: no morirse de bostezos.

—Estoy pasando página. Desde esta mañana. Así que mientras menos sepa, mejor.

Le señalo el anillo.

—Viejas promesas, antiguas amantes. Nunca cierras una puerta, ¿verdad? Seguro que ni sabes. Eres el típico jugador ventajista que no deja ni perder ni ganar a los demás. —Da el primer bocado a la hamburguesa. No parece importarle lo que le digo. Hace bien —. ¿Dónde está Amèlia?

—No tengo ni idea.

—Sé que has hablado con ella esta mañana.

—Sí, hemos hablado. Después de estar contigo. Se ha dignado a descolgar y hemos tenido una discusión bastante desagradable y también la he mandado a la mierda. Eso sí, le he pedido que en cuanto pueda me devuelva todo el dinero que le he ido dando y dejando. Algo simbólico al menos.

—¿Dónde os habéis visto?

—En ningún lado. Te he dicho que hemos hablado por teléfono. No trates de ponerme trampas. Aún sé lo que digo. Ella estaba en su piso. No pongas esa cara. Los dos sabemos dónde estamos en todo momento. Por seguridad. Y ella lo sabía. Eres un ingenuo. Pero ya la he bloqueado y borrado de todos lados. Que se vaya a tomar por saco.

—Se os veía tan bien.

—Eres un cínico.

—En tu nueva etapa deberías actualizar los insultos. Cínico hace un siglo que es virtud.

Da un largo y ruidoso sorbo al refresco de cola y decide no seguir con el intercambio de golpes. Amplía el zoom. Señala un póster que hay detrás de nosotros con un rocker encima de una Triumph.

—¿Sabes? Yo fui al cole con él. Al Alpe.

—Mira tú qué bien.

—Aunque no lo creas, yo voy de cara, Carvalho. Te lo creas o no. Tengo muchos defectos, pero voy de cara. Y la quería y la quiero, joder, pero vas dando y dando y te das cuenta de que para nada. Le gusta que la chuleen. Pues ya está, ya tiene lo que quiere. Tiene al chulo en la cárcel y, si no espabila, ella también. Ya no me incumbe.

—¿Crees que ella tuvo algo que ver con los asesinatos?

—¿Sinceramente? Creo que no. Pero su novio, sí. Lo que sí me encaja es que la obnubilara con la pasta y lo de robar a la vieja. Estos días la vi con un dinero que no procedía para la escasez en la que siempre estaba. También puede ser que lo haya cogido de la casa, no sé. Eso es lo de menos. Pero no creo que Amèlia sea una asesina, aunque como dice el tópico nadie conoce a nadie.

—¿Cómo sabías que se había ido la luz por un cortocircuito a causa de la lámpara de la mesita?

—Ni idea. Yo no sabía eso.

—Tú mismo me lo dijiste.

—Yo no te dije nada —uno, dos, tres bocados más a la hamburguesa de ternera—. No intentes liarme, detective. Me estás grabando, ¿verdad? Hola, qué tal. Deliciosa la hamburguesa. Me queda nada y paso enseguida a las patatas.

Él me lo dijo y ahora lo niega.

Ha sido él.

Él las mató.

Él abrió la puerta y saludó a Valent —tap, tap— y lo dejó en el pasillo. Con unas llaves que pudo perfectamente haber sustraído a Elsa. Muy fácil. Sin problemas. Entró en el comedor y allí estaba la yaya Merçè mirando la tele o cosiendo o lo que fuera que estuviera haciendo la mujer en su sofá favorito. Y llegaste allí y la golpeaste con un objeto contundente en la cara. ¿Qué fue? ¿Un bate, una barra metálica? ¿Qué fue...? Oíste ruidos detrás de ti, los pasos de Elsa para encerrarse en su habitación, tratar de llamar a un móvil que no tenía —ese golpe de suerte tan Max, o quizás se lo quitaste para que lo de las llaves no fuera tan sospechoso y te fue providencial—. Llegaste a su habitación y la viste tumbada en la cama, hecha un ovillo, protegiéndose la cabeza, suplicando, gritando.

Tú la querías.

La querías mucho.

Por eso. De lo que la querías, llorabas como llorabas cuando la matabas.

Cuando la golpeabas, cuando la sangre te salpicaba la cara, las manos, la ropa, cuando sucedía todo eso, tú llorabas.

Llorabas porque no querías eso.

La golpeabas con más fuerza por la rabia de no querer golpearla hasta asesinarla, porque ella no debía estar ahí donde estaba.

Ella debía estar a esas horas en el instituto.

La querías mucho y ella te quería mucho.

Pero nadie podía ver aquello y seguir vivo y lo bonito que hubiera sido estar juntos los tres, Amèlia, Elsa y tú, la de veces que habías soñado con eso. Las dos chicas y tú.

Las dos y tú.

Pero no pudo ser. Como la otra vez en aquel parking, que tampoco pudo ser porque un crío estaba mirando. No puede ser que haya gente que esté donde no debe estar, mirando. No puede ser. No.

Y ya muerta, le tapaste la cara para no seguir viendo esos ojos abiertos entre la maraña de pelo ensangrentado y los trocitos de hueso y masa encefálica. La tapaste con una de sus camisetas. Una negra que rezaba no sabes muy bien qué en letras amarillas.

Luego fuiste al comedor porque tenías el presentimiento de que la vieja aún boqueaba y estabas en lo cierto. Y la volviste a golpear y ella quería detenerte con los brazos y te molestaba que te estorbara, que no dejara que le asestaras un golpe limpio en la cabeza. Rompiste sus dedos, la mano, el brazo se astilló y con el propio bate o barra metálica tiraste con tanta violencia la lámpara de la mesita, esa que la yaya Merçè utilizaba para leer o coser jerséis o doblar calcetines y bragas, que el enchufe se arrancó de la pared, chispazos y el apagón por haber saltado los plomos. Pero la mujer se quedó quieta. Todo había acabado. Pero la volviste a golpear por el mero placer de hacerlo sin la oposición de las ramas viejas de aquel árbol.

La oscuridad venía bien a la escena, aunque fuera a plena luz del día; aquellos pisos de l'Eixample, grandes, oscuros y tristes, de hijos únicos, domingos terribles y *tietes* solteronas.

Y la vieja que siempre te había tratado bien, que te hacía confidencias, que estaba entusiasmada con que lo tuyo con Amèlia acabara en algo serio, también te marcaba con

su mirada y también la tapaste y pensaste en irte a duchar.

Con todo el tiempo que no sabías que tenías.

Tenías que quitarte la sangre de la cara, de la piel, de la ropa. Te quitaste las gafas, el reloj, zapatos y calcetines, el resto de la ropa que luego limpiarías en casa, y dejaste que el agua te absolviera. No te importaba que el tiempo se estirase. Que entrara alguien. Que te castigaran por lo que habías hecho. Que entrara cualquiera menos Amèlia.

Amèlia no.

Amèlia sola era tuya.

Amèlia como una niña en la feria, huérfana otra vez.

Amèlia buscando tu mano, encontrándola, protegida.

—No podías aceptar ni siquiera la posibilidad de perder a Amèlia. Sabías que se seguía viendo con Del Río. Tenías miedo de perderla.

—Me empiezas a molestar, Carvalho: ¿por qué no te vas?

—Mataste a la cría.

—Yo no maté a nadie. Si supieras lo que quería a Elsa no dirías esa mierda.

—Probablemente es verdad. La querías y, a pesar de eso, la mataste. No había otra opción. Te había visto matar a su abuela.

—¿Sabes qué estoy pensando? —pregunta para sí mismo mientras con una de las manos retira el plato vacío después de haber liquidado hamburguesa, ensalada, casi todas las patatas—. Que eres muy patético. ¿A qué estás jugando? ¿A detective? ¿Es eso? ¿Quieres parecerte a alguien, Carvalho? No me toques las narices. Déjame comer tranquilo. No tengo nada, absolutamente nada que ver con esa historia. Si la policía tiene dudas, que me cite y yo iré con mi abogado, que no será tu amigo, te lo puedo asegurar, y ya está. Estamos en un Estado de Derecho donde la presunción de inocencia es sagrada. ¿Sabes tú qué es la presunción de inocencia? Repásalo en alguno de los libros en los que sales. Haces muy mal de ti mismo.

—Te pillarán. Los anónimos eran de chiste.

—Sí que lo eran. Y lo en serio que nos los tomamos también. Ojalá sean falsos. Por Amèlia.

—No localizan a Amèlia.

—Llamadla al móvil.

—Digamos que el móvil y Amèlia están en sitios distintos. El primero está en comisaría. Amèlia, nadie lo sabe. ¿Lo sabes tú?

—Te aseguro que no.

—¿Está muerta Amèlia?

—Ojalá.

31

TLP MON AMOUR

Cierro los ojos. No queda mucho para llegar a Atocha y no hay muchas posibilidades de que concilie el sueño si no lo he hecho ya. En los televisores un biopic sobre el creador de Winnie-the-Pooh, un padre cabrón, madre robot e hijo resentido, creo. A mi lado una chica lee *Patria,* la consumición en el vagón número cuatro puede abonarse con tarjeta y en el móvil llegan y llegan mensajes que no me molesto en leer.

Vuelvo a Madrid porque necesito hacer todo lo posible para saber, para entender, para aceptar, para huir de mi propia inteligencia. Vuelvo a Madrid a hacerme daño. Vuelvo a Madrid a matarme. Vuelvo para no tener que volver más.

Amèlia sigue desaparecida. Puede estar muerta o a la fuga. Puede estar en cualquier lado o en la montaña de Montjuïc enterrada o escondida junto a urnas y papeletas, la obsesión colectiva en estos momentos. Max sigue comiendo tranquilamente hamburguesas. Es probable que ya se haya comprado la Fat Boy. Sabe que está en el ojo del huracán, pero a un narcisista como él eso le engolosina. Acabará por cometer un error. Y si no lo comete, se aburrirá y se forzará a cometerlo. Aunque eso puede tardar. Perfectamente puede hibernar meses, años y que todo quede olvidado, que todos seamos La Pobre Merche.

Me levanto con la intención de ir al lavabo. Ocupado. Espero que lo dejen libre y entro. Una vez dentro, me pregunto a qué he venido. No consigo orinar una gota. Igual ha sido por levantarme, por hacer algo, por demostrar mi protesta ante el final de Winnie-the-Pooh. Aprovecho para lavarme manos y cara. Las dos manos, *mother,* y toda la cara. Me miro en el espejo. Mala pinta, Carvalho. Recuerdo la última conversación con Subirats. Se puso casi paternal. Me aconsejó lo que todos. Que volviera a los médicos, a los resultados de las pruebas, que me dejara hacer. Que mi actitud era infantil, irresponsable, cobarde. Nada que no supiera. Podría —de haber tenido ganas, fuerzas, algo— haber alegado el derecho del que vive en la calle y que no quiere que le acojan. El derecho del loco por su locura, del enfermo por su enfermedad, del moribundo por su muerte. Hay algo inadmisible en estos tiempos nuestros: la imposibilidad de entender a quien no quiere trabajar ni estar sano ni follar.

Llego a Atocha y sigo sin acostumbrarme a los recibimientos en soledad en esta puñetera estación. Me dejo caer hacia el Reina Sofía y encontrar la calle en la que está la tienda de fulares y fruslerías fetén. El calor madrileño a media tarde pega duro. Me quito la chaqueta y me aligero un poco, al menos, con la brisa que a ratos parece rebelarse a quedarse quieta, tan quieta que pareciera que asesina sin ruido a pájaros y a ancianos, cada uno en su correspondiente jaula. Cuando entro en la tienda, la cara de Lidia, que está atendiendo a una clienta, refleja alivio, casi alegría. Cuando nos quedamos solos, me pregunta si quiero tomar algo. Le digo que no. Tampoco sentarme. Me he pasado más de tres horas sentado, así que me irá bien estar de pie un rato. Lidia

no me explica nada que no me hubiera dicho por teléfono el otro día. Novia Zombie está mal. Ha caído en barrena. Solía hacerlo, de tanto en tanto, hace mucho tiempo, pero Lidia no recordaba la magnitud de ese abismo. Está enferma. Está enganchada. Quiere verme, Lidia está segura de ello, pero es tan orgullosa que no me lo dirá nunca. Orgullo y cobardía, una buena mezcla para no hacer nunca nada, Jane Austen.

—La gente puede cambiar si se la ayuda.

—¿Realmente crees en esas cosas? Nadie cambia, nadie puede cambiar. El carácter es el Destino. Ésta es de las pocas cosas en las que creo.

—Pero estás aquí.

—Estoy aquí. Lo cual demuestra que mi Destino es ser gilipollas.

—La conozco de muchos años y nunca la vi como contigo. No soy una hippie idiota. Sé ver cuánto hay de necesidad en su manera de querer. No te lo niego, pero no hay cálculo. En ella todo está enredado. Hasta el amor lo está. Ella te necesita tanto como te ama. Cuando estás puesta hasta el culo no quieres a nadie. Lo sabes tan bien como yo. Es sólo que supongo que ella vio en ti una manera de mirarse distinta y de hacer las cosas de otra manera. Vivir otra vida.

—Lidia, todo eso no es asunto mío. Asunto mío es, como mucho, saber qué siento y qué necesito para no avergonzarme yo. Me importa nada cuanta farlopa se está metiendo. Lo hace y ya es mayorcita. No es una niña de la calle esnifando pegamento de una bolsa. Y su vida, toda su vida es responsabilidad suya. Si no le gusta, que la cambie.

—No siempre es fácil.

—¿Cuál es el problema? ¿Dinero, posición social, chantaje…?

—Yo creo que el problema es él. Tiene una dependencia de ella y la tiene como la tiene para que ella no pueda salir de su laberinto. La fuerza, la obliga a hacer cosas que no quiere. A ir y venir. Es su muñeca de porcelana, una autómata. Tú la hiciste sentirse otra, de carne y hueso.

La escucho y me emplazo a no caer en una trampa tan vanidosa como ésa. Pero no digo nada. Que hable y hable. Cuando salga de esta tienda nunca más volveremos a vernos. Todo está acabando de repente. Todas las veces serán la última vez.

De una de las estanterías tomo entre mis manos un libro, abiertas sus páginas simulando un puerco espín. Maneras de hacer servir un libro sin leerlo ni quemarlo. *Middlemarch*, un gran puerco espín.

—¿Cuánto tiempo hace que la conoces?

—Diez, doce años.

—No eres objetiva: has sido su amante.

—¿Qué te importa eso?

—Nada, es verdad. Soy un machista. ¿Cuántos líos le has conocido? ¿En cuántos te dijo que se sentía otra? ¿En cuántos envites acabó ganando el guardián del castillo? Sigo siendo más machista aún. No contestes a nada.

—No lo entiendes. Buscas seguridad. Los dos. No la hay, no podéis fiaros. Pero eso no es lo importante ahora. Estoy preocupada. Mucho.

—No te preocupes, esto sólo es un juego. Ella siempre cae de pie. Piensa en este negocio. En quién viene cada mañana a abrirlo y quién lo cierra.

Lidia se queda callada. No hay como nombrar derechos y horarios laborales para que todo el mundo haga las pertinentes y eficaces reglas de tres y decida quién es cada cual. Aprovecho para mirarla. Su pelo corto. Sus rasgos finos —nariz, boca, ojos

reunidos muy juntos en el centro de una cara lechosa, rodeada por una cabellera recortada hasta recordar una diadema. Sus dedos regordetes, sus brazos con un tatuaje en el antebrazo que no acierto a ver. Una palabra en griego clásico: para que luego digan que no sirven de nada las Humanidades.

Pero estás aquí, agrimensor K, y has venido para algo que no sabes ni tan siquiera ordenar en tu cabeza, por dónde empezar a hacer lo que sea.

Quizás el Castillo, el Ogro, la curiosidad que mata al bicho.

—Sé la calle, el número, pero no el piso. Dámelo.

—No sé si está allí.

—Dámela. Igual voy. Aún no lo sé.

Lidia manipula su móvil y me la envía por *whatsapp*.

—No sé si te dejarán acceder. Tienen seguridad, escolta. Además, saben que existes.

—Eso es de lo poco que sé.

—¿De verdad que no quieres tomar nada? Tengo limonada natural.

Me dejo convencer porque sé que me irá bien: estoy seco. Lidia sale al poco con sendos vasos de limonada fría. La empiezo a tomar sin dejar de mirarla a los ojos. No me retira la mirada. Es buena gente. Aún quedan personas así. Dando de beber al sediento en el pozo, Sara. Me la acabo y le doy las gracias. Vuelvo afuera. Son casi las siete de la tarde. Paro un taxi y me dirijo a la dirección que me ha facilitado, a la gruta del Ogro, el piso enorme y las ventanas alargadas, y calle Hermanos Bécquer y la soledad enorme de todo aquel monte de las ánimas.

Indico al taxista que me deje en el cruce de Serrano. La calle apenas tiene números y estaría bien pensar qué vengo a hacer, a decir, qué busco, hasta dónde estoy dispuesto a llegar.

La calle es tan corta que si me decido a entrar me toparé con la puerta. De todos modos, no creo que me sea tan sencillo llegar sin que alguien me pregunte quién soy, a dónde creo que voy y qué horas son ésas de venir sin avisar.

Y en efecto, allí están.

Reconozco la mosca rubia en el careto construido a trozos de papel, piedra, tijera, los pikolinos.

Pixie y su acompañante Dixie, al que casi no pude ver en mi vergonzante episodio de serrín y orina de hace meses. Nada destacable en él salvo esa insoportable sensación de querer dar sin preguntar: brazos, manos, cuello. Todo un trozo de carne envasada al vacío.

Por fortuna, no hay un inodoro cerca donde meter mi cara, aunque tampoco hay nadie a la vista que pudiera hacer que se cortaran un tanto con el recibimiento que me van a ofrecer. De todos modos, no tengo el cuerpo para mucha fiesta. Mejor si en esta ocasión dejo las cosas más claras que la última vez.

—Mira quién tenemos por aquí: el catalán.

—Visita profesional.

—¿A la señora o al señor?

—Sería genial si estuvieran uno y otro. Me ahorraría dar dos veces el mismo discurso.

—Ensaya antes con nosotros.

Ni una puta alma en todo Hermanos Bécquer. Ni una.

—Dejamos de hacer cine, ¿de acuerdo? Tengo que hablar con ellos. Traigo un recado personal. Es todo.

—No lo es.

—Te aseguro que es importante.

—No es no. ¿Qué os pasa a los catalanufos? ¿Nunca entendéis que un no es un no?

Sigue hablando Pixie. Dixie sonríe, se cuadra. En una muñeca, una cadena de oro para sujetar trasatlánticos. En la otra, el Big Ben con su correspondiente bandera patria. Mira a un lado y a otro. Tiene ganas de García Lorca. A éstos ésas no se les pasan nunca.

—¿Me vas a pegar con un ejemplar del Código Penal?

—Mira que eres gracioso.

—Escucha, éste es el momento en que te doy una patada en los huevos, saco la pistola y te encañono a la cara para que Dixie no se mueva. Es cuando te digo que llames al puto Carbonell y le digas que voy a subir a verle para charlar con él, que vosotros me dejaréis pasar y luego salir y bla bla bla. ¿Por qué no nos ahorramos toda la violencia de en medio? Llama a tu jefe. Dile quién soy y que quiero hablar con él. Si me dice que me largue, me largo y fin de la historia.

—No.

Resoplo. No quiero pelear. No quiero que me den golpes. No quiero caerme al suelo ni mancharme la chaqueta o la camisa. No quiero todo este incordio.

—Si no hablo con él, hablo con Pedro J. y le doy una alegría sobre el asesor presidencial futurible miembro del equipo de Cifuentes y la manera que tiene de pasárselo bien.

Pixie duda. Dixie, a lo suyo: nostalgia Rapa-Nui.

—Llama. ¿Qué te cuesta?

Pixie tampoco parece tener muchas ganas de jaleo. Así que se hace de rogar unos buenos segundos, pero acaba por sacar su iPhone y marcar el número que ha de marcar. No sé si está deseoso de que le digan lo contrario de lo que le dicen, pero le dicen que suba. Solo. Le dicen que no hay ningún problema en hablar conmigo. Eso sí, he de dejarle el móvil. Lo apago antes y se lo entrego. Pixie al parecer es torpe y lo deja caer al suelo y por algún misterio cinegético sale rodando casi un metro quedando a sus espaldas. No voy a recogerlo y es obvio que él tampoco. Espero que Biscúter haya contratado seguro por robo o extravío.

En el ascensor ya estoy solo. Pixie ha pulsado el último piso y cuando se abre la puerta del ascensor de aspecto decididamente galdosiano, todo madera cubriendo una maquinaria perfecta y moderna, imagino y espero, me sorprendo dentro de una habitación con dos puertas más, por lo que supongo que se trata del propio domicilio de Carbonell y Novia Zombie. Hay un sensor. Seguridad. Por supuesto. Zumbido y dentro. Echo a andar por un largo pasillo y me digo que llevo puesta mi chaqueta azul oscuro con camisa azul oscuro, corbata y vistoso pañuelo fuera del bolsillo, zapatos negros y calcetines de lana del mismo color adornados con ribetes azul oscuro, aunque a excepción del calzado, nada de eso sea cierto. Voy todo lo aseado, limpio, afeitado y sereno que podría después de tantas horas en ciudad, estación, tren y más ciudad. Soy todo lo que un detective privado es. El escrutinio del político será el que ya sé: negativo por tener una profesión indigna y absurda, por hacer mal lo poco que sé de mi oficio —no perder la pista, evitar impagados y golpes y no romper tu móvil dos veces en el mismo mes— y acostarme con su mujer. Me encantaría causarle buena impresión,

comerle la moral, pero siento lo mismo que sentí tantas veces de crío y de adolescente, de adulto y de viejo al entrar en determinadas habitaciones y despachos, cruzar determinadas puertas, amar determinados cuerpos y mantener educación y compostura ante gente que te mira con esa mezcla de asombro y repugnancia. Valoran que hayas salido de la mierda al tiempo que se aguantan las arcadas porque ahora y siempre, para ellos, tú hiedes a caballerizas.

Oigo ruidos aquí y allá, por lo que deduzco que hay más gente en el piso. En la cocina, por ejemplo. No espero que sea Carbonell preparándome un café, pero estoy dispuesto a dejarme sorprender. Tampoco espero que sea ella. Será el servicio. Un piso así ha de tener servicio. Tan imprescindible como un sofá orejero y un jardín en el ático. Al final del pasillo, uno de esos comedores con sillas forradas en felpa roja en las que no se sienta nadie y, probablemente, come el mismo número de gente que se sienta. Estoy pendiente de cruzarme con la hija menor del general Sternwood, pero no me encuentro a nadie y Carbonell está en una terraza —bingo—, con los cielos recortados de un Madrid desangrándose en rojos y lilas. Es alto y delgado, muy delgado. Viste informal de catálogo de El Corte Inglés, de esa manera que la gente de dinero de Madrid viste informal y cursi y por la cual sabes que es de Madrid y que tiene dinero a pesar de ir informal y cursi. Se gira nada más verme llegar. No tiene cara de mucha hospitalidad. Ojos pardos clavados con chinchetas con un aire al Rasputín de las fotos antes de que lo asesinaran. Nariz aguileña, bronceado alpino, zapatos con cordones.

Me acerco y soy consciente de que no sé qué quiero hacer o decirle. Cuando cogí el tren este mediodía en Sants esperaba encontrarme a Novia Zombie, acceder a ella, estrellarme contra ella como un coche se estrella contra una valla. Pero las cosas han venido así. Luego surgió lo de ir a por él. Verle, saber quién es, que me explique la parte de mí que no sé, el reflejo del otro lado de la cama de la mujer que compartimos. Por fin lo veo. Tiene un cigarrillo en la mano aún por encender. Espero que atine y esta vez no se queme el pelo.

Nos miramos y no nos decimos nada. Se enciende con afectada parsimonia y un Zippo el cigarrillo. Pero no cuela. Es puro teatro. Es aquello de moverse lento para que sepas que no te tengo miedo. Pero me tiene tanto miedo como yo a él. Con todo, me asalta el cansancio. Ese conocido cansancio esencial, viejo, de torpeza por ir andando en territorio que no es el tuyo, sin brújula ni mapa, contra las rocas y sin saber nadar, gentleman Shelley.

—Pensaba que me iba a recibir en un invernadero.

—Esto es lo máximo que he podido conseguir con mi sueldo.

—No está mal.

—Le adelanto, entonces, que mi mujer no es mi hija.

—Me alegro. En especial por el notario. Es gente muy cuadrada: padre, madre, hijos y minutas.

—Siéntese. ¿Quiere fumar? ¿Tomar algo?

Entiendo que el asiento que me ofrece es el que queda detrás de mí, unos metros a mi espalda. Se trata de sendas tumbonas de madera que uno debe comprar pensando en todos los maravillosos momentos que va a pasar sobre ellas, leyendo viejas novelas victorianas, en otoños no muy inclementes y en perfecta armonía con el cielo y los hombres. Carbonell entiende que su lugar no es la otra tumbona y da un par de pasos atrás, coge una silla metálica y la acerca. Me siento en la punta de la tumbona y saco mi

propio tabaco. Él se sienta a su vez, sin dejar de observarme, curioso, quizás decepcionado o furioso, quién sabe. Su Zippo enciende mi Lucky. Estoy por morderle la boca.

—Puedo hacer que nos traigan café o una bebida.

—Estoy bien sin nada. Gracias.

—Usted dirá. Cómo lo hacemos. Qué quiere. Qué busca. Qué espera encontrar.

—En primer lugar quiero que me deje en paz.

—Quiere que le deje en paz.

—Sí, soy un poco mayor ya para andarme con matones, amenazas y esas historias. Estoy cansado, Carbonell, y yo cansado puedo ser muy desagradable.

—No me amenace usted ahora a mí, por el amor de Dios. Usted se ha estado acostando con mi mujer. El papel de cornudo nunca tiene buenas líneas de diálogo ni intervenciones muy meritorias.

—Que te engañen, si lo piensa bien, nunca es nada personal. Tampoco que te dejen. Lo que sí es personal es que elijan quedarse.

—Curioso punto de vista. Me molesta la situación, no se engañe. Me parece una falta de respeto que se presente en nuestra casa —da una calada profunda al cigarrillo. Ahora está disfrutando. Se le nota—. Me pregunto cuál es el verdadero motivo para tenerlo aquí. Quizás ha venido a por ella. Si es eso, le diré que no anda por aquí. Hace varios días que no aparece. Esta mañana mismo he pensado en cambiar cerraduras porque uno también se harta y no sé si quiero que vuelva. Si no sabe nada de ella es posible que le haya substituido. No es usted el primero. Quizás sea el último en lo que a mí respecta. Sé por dónde para y me sorprendería no verla muy pronto: tenemos compromisos inexcusables. No sé. Es impredecible, pero no tanto. ¿Venía a por ella? Eso es muy romántico.

—No, no venía a por ella.

—Entonces venía a saber. A saber si lo que ella le explicaba era cierto o sólo una fantasía. Si yo era el monstruo que ella le dibujaba o no. Si su vida es tan abismal como decía. Sí, venía a saber. Conocimiento y decepción. Como en sus novelas. Sí, sé lo que va a decirme, que ése no era usted. A todos nos roban la sombra. Todos tratamos de escapar del espejo, pero no a todos nos escriben. Debe ser incómodo, ¿no? No saber quién copia a quién.

—Una temporada ya fui a un psicoanalista. Esas cosas supuestamente divertidas que uno no volverá a repetir. Así que ahórrese todo esto.

—Ya, le entiendo. ¿Para qué esas tonterías si usted es un hombre de acción? ¿No le bastaba con lo que le planteaba ella? ¿Quería más, Carvalho? ¿Qué más quería? ¿O le divertía saber que se la estaba jugando a un hombre poderoso, importante, su enemigo natural? ¿O era el morbo de lo que ella le debía explicar? ¿Qué más quería? Vuelvo al principio: ¿qué viene a buscar?

Por primera vez desde que empezó la conversación tengo la sensación de que está jugando conmigo con la paciencia de una enfermedad infecciosa. De nuevo, me asalta el mareo que ya tuve en el tren. Tengo el estómago vacío desde hace días: quizás también sea eso. Me pregunta qué quiero, a qué vengo y ni yo mismo lo sé. No debería haber venido. No debería haber nacido. Haber puesto el pestillo y no salir de casa, lavarme sólo la mano que utilizaba para comer y quedarme en el paraíso de la infancia.

—¿Dónde está?

—Ya le he dicho que no lo sé. Pero no se preocupe, está bien, seguro que está bien. Ella hace cosas así. Desaparece, te sube y te baja, te pide ayuda o te clava la estaca. Hasta que tú te cansas o se cansa ella. Ella es una trampa peligrosa, Carvalho, pero eso ya lo sabe usted. En mi caso, prebendas de marido, siempre vuelve. En relación con el resto de los personajes, hay de todo. Entenderá que no me interesen los pormenores.

—Siempre le vuelve la pelota a los pies… ¿Cómo cansarse de alguien como usted?

—No soy tan cretino, Carvalho. Veo que es más torpe de lo que imaginaba. ¡Soy el marido, soy la seguridad! Si ella vuelve es porque aquí está bien. En ocasiones una pareja es la manera que tienes de no hacerte daño tú mismo. Aquí está segura, protegida de sí misma.

—No sé por qué, pero no suena bien.

—¿De verdad que no quiere tomar nada? Yo voy a pedirme algo. Gerardo hace unos combinados energéticos estupendos. Le pido también uno para usted.

Esta vez no me resisto. Tengo sed. El aire es espeso, húmedo, extraño en un clima como el de Madrid. Es posible que sea el lugar, las plantas, el resol o quizás no he salido de Barcelona. Quizás nunca pueda salir uno de su cárcel mental. Tarda tanto Carbonell que creo que traerá él mismo los refrescos. No le apetece verse servido a mis ojos. A veces uno olvida que los prejuicios son siempre carriles en una y otra dirección. Estoy en lo cierto. Me acerca el vaso antes de volver a sentarse en su sitio. Le doy las gracias. Es todo tan teatral, tan civilizado, tan ridículo. Tomamos un sorbo casi al mismo tiempo, como si formáramos parte de un anuncio televisivo. Sus ojos me sonríen, han cobrado algo de vida, pero al mismo tiempo toda la edad, todo el sufrimiento se le ha dibujado en la cara como una acuarela que se fuera derritiendo, esparciéndose por sus rasgos, nariz, pómulos, barbilla.

—¿Sabe usted qué es el trastorno límite de la personalidad?

Asiento sin nada de verdad: mentir por no trastabillar la conversación del otro.

—Tiene un nombre más feo: trastorno *borderline*. Se trata de una enfermedad que hace que no puedas regular tus emociones. Provoca una montaña rusa emocional: cambios de ánimo, impulsividad y una absoluta inestabilidad contigo y con la gente a tu alrededor. Pierde uno el sentido de la identidad. Disocia. Puede consultarlo en Google.

—Me temo que me acabo de quedar sin móvil.

Un nuevo sorbo. En esta ocasión primero él y luego yo.

—La linda cabecita de nuestra chica está rota, hecha trizas. No ayuda tampoco ponerte hasta las cejas de cocaína o alcohol, claro.

—Y usted la cuida, la protege.

—De ella, sí, lo hago

—Ya sabía yo que se trataba de un buen tipo.

—No lo soy. Pero llevo con ella una eternidad. La quiero. La quise y la quiero. A veces me cansa ser su enfermero, su padre, su guardián, pero también tenemos buenas épocas.

—Y épocas en que se aburren.

Sonríe. Me interroga con la mirada.

—¿A qué se refiere? No me sea mojigato, señor Carvalho. En la vida privada, uno puede llegar lo lejos que uno quiera, ¿no está usted de acuerdo?

—No suelo estar ni de acuerdo ni en desacuerdo con nadie. Las cosas me importan lo que me importan. Aun aceptando lo que me dice de ella, nada de eso avala sus

guardaespaldas, las llamadas a las habitaciones, los anónimos…

—Ah, eso. Digamos que yo también he de divertirme. Usted nos ha dado mucho juego, detective. Es un personaje libresco, lo quiera o no. No sé si de fábrica, pero ahora lo es. Enternecedor lo de Sitges, por ejemplo. Un poco sensiblero para mi gusto.

—Lo siento.

—Pero, por otro lado, debo pedirle disculpas por lo de la cafetería hace unos meses. Me desagrada esa violencia. Eso fue cosa de los chicos, cosa de quien la ejercita, pero lo sentí cuando me insinuaron su desmesura.

—Hay que dejar margen al artesano para que encuentre su talento.

—Me encanta su sentido poético de la vida.

Mi cerebro no ha pasado por alto el empleo del plural hace unos instantes, esa afirmación, que he de reconocer que desde que entré en esta casa he tenido de que yo no era más que una parte de un juego a varias bandas, me molesta. Me molesta escucharla y me molesta darle crédito. Al igual que el trastorno de Mi Novia Zombie. Todo eso se me está dibujando en la cara.

—No se ofenda. No es fácil encontrar caza mayor. No es nada fácil. Todo son guiñapos, trozos de nada que no aguantan tirones ni el juego. No quiero decirle que disfrutara con la situación. En absoluto. Pero tampoco era una situación nueva. Cada cierto tiempo, ella se marcha. Encuentra alguien y entonces la situación, nuestra situación, nuestra vida le parece insoportable y cree que puede empezar de nuevo, tener fuerzas, saber organizarse. Siempre es lo mismo. Y el elegido se viene abajo o ella o el miedo o la decepción. Por eso le digo que ha sido un más que digno rival. Está aquí, presto a llevarse a la chica, pero esta vez no hay chica. Quizás usted le llegó más lejos de lo que imaginó o estará pillando en San Blas, vete a saber. La he ido a buscar a tantos sitios, Carvalho. Con ella siempre hay alguien más. Más que usted y yo. Ya sé yo quiénes, pero ni tan siquiera la vigilo. Yo también me harto de jugar. Le doy asco. Le damos asco, ¿es así? Es usted un hombre sensible: seguro que también se da asco.

—No. Me perdono mal, pero no me asqueo. Pero conozco este olor. Es la podredumbre noble. Comer con el dedo en la nariz. La carne más blanda es aquella que ya empieza a pudrirse. Han de divertirse con el servicio, con la chusma. Hay que hacerlo rebuscado para que parezca sofisticado, pero lo esencial es que la carne apeste un poco.

—Es que lo es, Carvalho. El dolor, el placer, el deseo, lo insatisfecho. Rascarse la herida, infectarla, curarla. No todo es tan sencillo como parece. Yo, al menos, creo que no. Ella estaba con usted, ella follaba con usted por placer. Pero ¿qué tipo de placer? ¿El de su cuerpo? ¿El del cuerpo enamorado o el de la culpa? ¿Qué le daba más placer, el sexo con usted o saber que, al llegar a casa, la estaría yo esperando para castigarla? ¿Ve como nada es sencillo en cuanto nos levantamos de la cama al despertar? ¿Qué demostración de amor más poderosa hacia usted que ser castigada por mí al regresar de amarle? ¿Qué demostración hacia mí que volver siempre? ¿Soportar el dolor por el dolor o por qué, entonces?

—Soy de formato básico, Carbonell. Gracias por el refresco.

—Quédese unos días. Vaya al Prado. Pasee por el barrio de Las Letras. La casa de Lope de Vega, de Quevedo. La Confitería a medianoche. El Retiro mañana por la mañana.

No le contesto. La ira me lo impide. Una ira hacia todo. Casi lo de menos es él.

—No sé por qué, pero su opinión me importa y me importa tratar de que no se lleve la impresión de que soy un monstruo. Piense que las personas aquejadas de esa enfermedad mental, que siempre está asociada con otros trastornos, son muy manipuladoras. Descifran mal la realidad o la retuercen. Ellas no son culpables. No sé lo que le habrá contado de mí, pero no se lo crea, o no del todo. Esas cabecitas exageran, fabulan, mienten, dramatizan todo. Soy asesor presidencial. Tengo encima el ojo público. No puedo hacer muchas tonterías. En Madrid, la prensa tiene la mitad de los periodistas en la extrema derecha y el resto en el limbo de la precariedad. Soy un miembro progresista de un partido que busca la centralidad. Tampoco soy un santo, pero todo lo que pasa y ha pasado entre ella y yo es consentido. Todo. Hay sitios a los que uno sólo puede ir si quiere ir y donde se queda si le gusta estar. Entienda eso y perdónese usted. Hasta es probable que esté enamorado. ¿Ve? Yo ya no tengo esa pureza, y la pureza, ésa y cualquier otra, una vez rota no es posible recomponerla.

—Está disfrutando, ¿verdad?

—Estoy siendo educado. Ha venido a por la chica, a contemplar al monstruo, a entender algo. Bien, la chica no está, aquí está el monstruo y lo de entender ya es cosa suya. Puede sentirse manipulado, pero eso es algo que no me afecta. La historia con mi mujer la ha vivido como ha querido. Creo que ella la ha cerrado, pero la abrirá mientras se entretenga y no tema perderme a mí y lo que yo represento para ella. Es así. Saque sus propias consecuencias. La partida sólo cambia si yo me harto. El resto es Sansón alrededor del molino. En lo que yo no puedo hacer nada es en lo que respecta a sus taras, sus cicatrices, sus necesidades. Como entenderá, me importan un bledo. ¿Sabrá encontrar el camino hacia la salida o le pido que le acompañen?

No digo nada y marcho, tratando de recordar las habitaciones que atravesé hasta llegar aquí. No puedo ni hablar conmigo mismo. Ninguna de las réplicas brillantes y cínicas que he ido almacenando, coleccionando, reservando para situaciones como ésta. Pero no he podido decir nada ante este tipo. Él jugó a su juego. No me conocía. Fui yo quien me metí en él. Le debo unos cuantos golpes en el lavabo de una cafetería. Eso sí. Un puñado de horas de insomnio. Fue ella la que me metió en el juego. No, tampoco, fui yo. Pienso que él ha estado vigilando, mirando, quién sabe si decidiendo cuándo me veía y cuándo no. Dando órdenes. Castigando y recompensando. Deja de llamar, de follarte a tu detective. Queda con él. Déjale tirado en esa cafetería. Hago que me engañas, pero luego te hago saber que lo sé. Castigo y dolor y pena y redención. Estoy mirando. Estoy aquí. Puedo sentirme asqueado, dolido, enfadado, violento, pero ¿qué he de hacer? ¿Romperle la crisma a Carbonell? ¿Dar por bueno todo lo explicado por Novia Zombie? ¿Era sincera al darse a mí, al querer escapar, o era otra vez lo mismo?

Pues claro que era otra vez lo mismo, idiota.

Por supuesto.

Juegos de poder, juegos de gente ociosa.

Juegos de la gallinita ciega, El Cucharón en la Casa de Campo.

Juegos de ricos.

Entro en el ascensor. Más mareo.

Salgo a la calle. Aún se mantiene la luz natural. Ni rastro de Pixie y Dixie. Tiro hacia Serrano. El estómago me da un vuelco y me encuentro vomitando en uno de los huecos de árbol de la calle Serrano. El refresco, el combinado de frutas, la puta trampa de pensar con la polla y con las frustraciones del estar solo, de no sentir nada, de clavarte

un tenedor en el brazo con la esperanza de que la piel no sea madera ni cuero viejo y sangrar y dolerte.

Estás acabado, Carvalho.

Los transeúntes no dicen nada. Sólo otro borracho fuera de su zona, vomitando en la vía pública de doña Carmena. Sólo alguien que no debería estar aquí, que no tiene ningún sitio donde ir ni a donde volver.

Una voz de una señora me saca del trance autodestructivo:

—¿Se encuentra bien, hijo? ¿Se le ha cortado la digestión?

Niego con la cabeza a esa buena mujer, enjoyada y con una permanente más rocosa que cualquier catedral gótica que se precie. Aunque seguro que vota y seguirá votando, pase lo que pase, al Partido Popular; seguro que es sorayista y casi la perdono.

—Estoy bien. Me ha sentado mal algo que comí.

Y, entonces, como en una novelucha de tres al cuarto, me empiezan a temblar las piernas y busco donde sentarme, y un señor se acerca a la señora y un tercero dice de llamar a una ambulancia y yo quiero decir que no, pero lo cierto es que no puedo casi ni pensarlo mientras dejo que me ayuden a sentarme en un banco.

32

EBRIO Y URGENTE

En Urgencias, un sanitario se detiene delante de mí, que estoy sentado a la espera de que me hagan una analítica y no sé qué más, al tiempo que me pregunto qué demonios hago allí esperando a que me hagan una analítica y no sé qué más.

—¿Está bien? —me pregunta mientras me pone la mano en el hombro.

—Sí, mejor.

El tipo —joven, delgado, moreno, extranjero— sonríe y se va. Signo de salud recuperada. Se marcha. A mi lado está una mujer enjuta y larga, las arrugas de su cara expresan la edad que tiene, una anciana con bastante energía. Se dirige a mí para señalar que aún llevo puesta la chaqueta.

—Quítesela. Estamos en pleno verano.

—Estoy sudado. Debo apestar.

—Hágalo. Yo le aviso si hace mal olor.

La obedezco. Se acerca a mí. Me olfatea.

—Huele a sudor. Pero sudor limpio. De hombre. Trabajador, incluso. Odio el sudor del hombre vago. Me llamo Encarna, pero puede llamarme Nani.

—Pepe.

—Señor Pepe y señora Nani.

—De acuerdo, entonces.

Nos damos las manos.

—No soy de aquí. ¿Dónde estamos? ¿En qué barrio?

—En Serrano. En Urgencias del San Rafael. ¿De dónde es usted?

—Soy gallego, pero vivo en Barcelona.

—¿Del Barça?

—Sí.

—Yo, del Atleti. Mi marido, del Madrid, pero es buena gente: odia a Florentino Pérez y esas cosas.

—Ya me quedo más tranquilo.

—¿Qué tiene? Lo mío es lo de siempre. Aguanto fatal la quimio, pero aquí me vuelven a poner sobre la pista de aterrizaje. He venido sola para no asustar a las hijas y al marido. ¿Está de paso? —Asiento y quedamos en un silencio que ella cree que debe romper—. ¿Sabe qué me sabe peor? Que me perderé la final de *MasterChef*. ¿Usted lo sigue?

—Algo sé.

—Tiene su gracia. Mi favorito es uno de su tierra, catalán. Me cae genial. Habla raro, yo no sé si por la inmersión lingüística o porque tiene algo que cambia palabras. Ojalá gane.

—Ojalá —lo digo y soy sincero: el mundo necesita la inocencia de Biscúter.

—En fin, tontadas para no pensar. Seguro que no sabe quién fue san Rafael. Era un arcángel. Había muchos, pero sólo a tres se los conoce por su nombre. Miguel, Gabriel y Rafael. Tontadas de vieja.

—No, está bien. ¿Es serio lo suyo?

—¿Si me voy a morir? Sí, creo que sí. De momento tengo calidad de vida, pero hay metástasis. Es curiosa esta enfermedad: eres tú destruyéndote. Creas lo que te mata. Lo he pasado mal y, a ratos, cuando pienso en los nietos que no veré o en que igual la palmo y el Cholo nos da una Liga o una Champions, me siento estafada. Pero ¿sabe qué? Al final, la vida cansa. Cansa mucho. Cansa tanto que quieres descansar. Morirse es descansar para siempre.

—Ya.

—Pero usted es joven. Ha de vivir. Seguro que no es nada lo suyo. ¿A qué ha venido a Madrid? ¿Negocios? Por la chaqueta, digo.

—Sí, algo así, negocios.

—Negocios sin dinero, me temo. Ha venido por alguien, ¿es eso? No me engañe. No engañe a una vieja profesora de griego moribunda. Los dioses podrían castigarle. ¿Ha encontrado a quien venía a buscar?

Miro directamente a los ojos de la mujer. Unos brillantes ojos negros, unos ojos curiosos, inquietos, valientes, dentro de dos agujeros en la cara. Bajo la cabeza. Trato de localizar el móvil para saber la hora, cuando reparo en que ya no lo tengo y me alivia esa libertad. Ella espera una respuesta.

—Sí, está en el infierno.

—Entiendo. ¿La va a dejar allí o va a bajar a buscarla?

—Nani, no sé amar, sólo cuidar. A los demás. Yo no me importo mucho.

—Cuidarse uno es una tontería. Hemos venido a rompernos la crisma unos contra otros. A cambiar, a hacernos señales y a abollarnos. A mezclarnos. Haga lo que quiera, pero ya sabe, uno sólo se arrepiente de lo que no hizo.

—Sí, me sé esa teoría.

—Cuando salga del infierno, asegúrese de que está totalmente bañada por el sol antes de girarse para comprobar si le sigue.

—Usted es una romántica.

—Los mitos griegos no eran románticos. A Orfeo, que de él hablo, aunque si no lo ha adivinado ya no me lo diga, lo descuartizaron un puñado de mujeres despechadas. Aquello no era Hollywood. No sé en qué infierno está, pero si tiene entrada y salida es mejor que una sala de espera de un hospital. Hágame caso, Pepe, gallego catalán.

—Sí, supongo que sí. —Me levanto de la silla mientras echo un vistazo por el pasillo donde estamos sentados por si hay algún sanitario celoso de su labor médica. No quiero dar muchas explicaciones—. Si viene el enfermero dígale que era un arcángel o Luis Aragonés.

Le espeto un beso en la frente. Me coloco las faldas de la camisa por dentro del pantalón, me pongo la chaqueta y me dispongo a irme.

—Suerte, Pepe.

—Más suerte tú, Nani.

Echo a andar sin mirar atrás, no sea que desaparezca, que se la trague otra vez el averno. No me encuentro con ningún miembro del personal. Echo a andar y llego a Serrano. Escapo a buen paso como si me acabara de evadir de una prisión. Trato de

colocar mi cabeza en algún punto lejos de mi cuerpo, que ahora me pide que le meta algo, que necesito energía para pensar y seguir en pie. Me da casi igual en dónde acabar. Paso delante de una cafetería, quizás un restaurante, en Claudio Coello, La Bodega de Casanova. El cartel es verde y en la barra no se puede estar. El barbudo que está detrás me indica que hay sitio dentro. Un diminuto comedor. Una pareja al fondo y una mesa vacía para mí. Al poco me preguntan qué quiero, pido la carta de vinos y me traen un vermut de grifo. En todo camino del héroe hay brebajes misteriosos y éste no es de los peores. La música metalera está demasiado alta, pero no he de hablar con nadie, así que no me importa. Es de valorar encontrar una tasca así en medio del barrio de Salamanca. La decoración está atiborrada de objetos antiguos, relojes que sólo marcan dos horas al día, fotos enmarcadas que supongo serán toreros, futbolistas o cantantes. Eso tampoco me importa. De lo que supongo que es la cocina sale un tipo vestido con chaqueta que fuera blanca y limpia hace tiempo. Vuelvo a pedir vino y un pincho de tortilla de patatas, en parte porque acabo de leer en uno de los cuadros enmarcados del bar el comentario de un antiguo usuario por internet:

> «La peor tortilla de patata de todo Madrid».

El infierno empieza aquí.

«Quédese unos días. Vaya al Prado. Pasee por el barrio de Las Letras. La casa de Lope de Vega, de Quevedo. La Confitería a medianoche. El Retiro mañana por la mañana».

El camarero me rellena el vaso con más vermut: ni rastro del vino y tampoco importa.

> «El dueño del bar es borde, maleducado, estúpido, prepotente. Cree que, como es su bar, puede tratar mal al personal, en general, y a los pijos del barrio de Salamanca, en concreto».

Llega la tortilla.

> «El camarero cortaba los pinchos de tortilla apoyando toda la mano encima, después de tocar la tortilla varias veces con la mano, cogió los hielos de la coca-cola con la mano».

La pruebo y está exquisita.

No como la de Biscúter, pero tampoco se pueden pedir imposibles.

Biscúter finalista, Biscúter campeón.

Más vermut.

Volveré a vomitar y, sí, en efecto, me da igual. Me levanto y voy a la barra.

—Quiero un whisky. Caro. Me he levantado para que dejéis de rellenarme el vaso de vermut —le indico al barbudo que sirve las bebidas, quien hace que me busca un whisky caro, me enseña la etiqueta, no me la creo del todo y me sirve. No es borde ni maleducado conmigo. Quizás porque no soy un pijo de Salamanca, quizás porque he pedido su tortilla de patatas, quizás porque ha distinguido en mi muñeca la pulsera del servicio de urgencias. Trato de arrancármela sin mucha convicción.

—No te la quites. Te da rollo. Hazme caso. Ligas más si creen que te has escapado de un frenopático.

Al rato estoy en la calle. No sé a dónde ir, no sé qué hacer. Sólo sé que quiero volver a verla antes de no volver a verla más. No voy a bajar al infierno a rescatarla. No voy a creerme ninguna fábula, ninguna canción de amor más, pero verla sí.

Es una yonqui, es una enferma, es una mentirosa, pero qué importa.

Carbonell estaba ahí desde el principio. Manejando el juego, decidiendo el tiempo, las jugadas. Diciéndole a ella cuándo sí y cuándo no y cómo nos entretenían el detective y sus mensajes y sus dosis de aparente arrojo y crueldad enmascarada. Cada ausencia, cada regreso. Todas las palabras, las frases de Carbonell van ordenándose y desordenándose en mi cabeza. Todos los veredictos de crimen de lesa humanidad que condenaban a Juana de Arco eran contrastados con recuerdos de ella cuando estaba en mis brazos, cuando me llamaba para decirme que dejara de hacerme el tipo duro porque ya me había visto y sabía quién era. Ella era inocente y culpable. Sentía lo mismo y su contrario. Esta historia no dejaba de ser una más, otra manera masoquista de hacerse daño y gozar del daño, gozar de la ausencia, de la pérdida, del reencuentro. Todo un relato pertrechado y orquestado, improvisado o señalizado. Qué más daba. Habría de todo. Pero es sólo que.

Es sólo que.

Quiero mirarla a los ojos y ver la verdad.

Que me la diga, escucharla.

Quiero jugar yo también a la gallinita ciega y decirle: te he descubierto y da igual.

No soy idiota: lo supe, lo sé y no importa.

No quiero retirarme con toda la dignidad cargada en mis hombros, no quiero preservar mi orgullo. Nada de eso sirve ya. Estoy viejo, cansado, herido de muerte.

No me sirve de nada mi amor propio porque haga lo que haga todo es vermut de grifo.

«Quédese unos días. Vaya al Prado. Pasee por el barrio de Las Letras. La casa de Lope de Vega, de Quevedo».

Lo siento, Nani, pero noto el descenso y me voy a dejar ir. En el bar me dicen que vaya a Carabanchel, Gruta 77, pero no sé, creo que no iré. Quiero ir a los lugares a los que fui con ella, en donde estará con vete a saber quién. Una noche me dijo de ir al Penta, donde iba de adolescente, pero fuimos a Joséalfredo, pero no quiero volver allí porque igual me sale un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y recito a Luis Alberto de Cuenca, lo cual en ocasiones hasta puede estar bien, pero no hoy, no esta noche de vermut de grifo. Lústrate los zapatos, pero antes de salir de casa, no cuando ya estés en la calle. La gente se fija en los zapatos, Pepe, por el amor de Dios. Te quiero, te quiero, te quiero. Pero ¿por qué me quieres? Porque hemos nacido el uno para el otro. Y todos los agujeros ya están rellenados. Todas las ausencias, lo incomprensible, lo irracional, lo ilógico; sólo era que no conocía toda la amplitud del juego, pero nunca antes, nunca con nadie, nunca de esta manera.

Tequierotequierotequierotequierotequiero.

Y soy una psicópata emocional y dame un beso en condiciones, Pepe, que parece que no sabes y quién sabe si sabe hasta que no lo da y qué más da. En el barrio de Lavapiés entro en el Calvario, cómo no, con las luces muy bajas, y creo distinguirla aquí y allá y me pido un Ardbeg y no tienen y pido cualquier cosa que no beba cualquiera y está bien y cuando los ojos se acostumbran al calvario es hora de dejarlo y no dejo de pensar en Carbonell, recibiéndome, tratando de no evidenciar lo inofensivo que resultó

el detective sin pistola ni móvil ni pinta de Bogart, cómo aceptó los términos del armisticio, cómo vino a entregar las armas sin haber sido necesario ganarle en nada, y no tengo manera alguna de telefonear a nadie porque sólo me sé el número del despacho y no son horas de llamar y no hay nada que decir y pregunto a un tipo en el Calvario antes de dejarlo si sabe quién ha ganado *MasterChef* y me dice que no se sabe aún, al menos él no lo sabe, pero que por *twitter* y yo le digo que igual ya tal y ella era tan bonita cuando parecía que sólo existía yo en su mirada y podría conformarme con la verdad de un instante porque ese puñado de instantes fueron míos, pero no es de recibo, Carvalho, que bajes sin freno porque estés viejo y solo y creas que tanta precaución y cinturones de seguridad te han dejado en una posición complicada y seguro que no es eso, seguro que se trata de saber quién eres, el tipo de hombre que eres y aceptarlo, no eres un héroe ni un villano y al final sacarán las urnas y votaremos y volveremos a ser nosotros y ellos, siempre es eso, siempre.

Igual era Carbonell quien escribía los mensajes. Igual era él quien escribía tus «Estoy», tus «Te quiero más de lo que jamás quise que pudiera creer» o tus «Ven». Es él quien te esconde. Quien ha hecho que esté aquí, perdido en Lavapiés, sólo para verme y decirme que todo fue mentira. Que estás loca. Que no controlas lo que sientes, lo que dices, lo que haces, que no te importa la trascendencia de lo que sientes, dices y haces. Y aún sigue jugando. Seguro que me está viendo ahora. Los dos metidos en ese coche de cristales ahumados. Paranoia. Mira, ése es tu Novio Detective, Novia Zombie, mira cómo va, mira cómo te busca, ¿no me digas que no es enternecedor?

Lo es, lo es, claro que lo es, enternecedor como una viruta de madera clavándose en el ojo: igual de enternecedor.

Otro taxi y a otro de los locales donde fuimos, en la Plaça Dos de Maig, donde reconozco el local a pesar de que el nombre no sea el que decía yo, Anómalo, Anormal, Antinatural. Reconozco la rayuela en el suelo y me digo que ya basta de novelas, Madame Bovary, Madame Butterfly, Madame O…

Quiero ver su flor de lis, quiero cortar su cabeza. Estoy buscando a La Maga y quiero escuchar dentro de su cabeza jazz de caracolas. Estoy buscando algo que me mate. No tengo paciencia para esperar a la medicina, a las analíticas, a las pruebas de sonido.

Esto que oye es su sangre circulando por su hígado.

Buena señal.

Bandera bucanera del pirata que está recitando en estos momentos en el bar un «Aquí mi culpa, aquí tus dudas, aquí te quedas» muy rumbero para ser argentino el poeta, pero, por si hay quejas, un buzón amarillo chillón advierte que puedes introducir o bien sugerencia o poesía, y decido seguir tomando algo en esta barra y todas las mujeres se parecen a ti y ninguna eres tú y mi cabeza rebota contra algo y recuerdo a Max y a Amèlia, el uno demasiado silencioso los últimos días y la otra demasiado desaparecida, pero todo parece otro mundo, otro planeta, otra época con y sobre la cual no tenga nada que ver ni decidir.

Mujeres que se pierden, brutos que las buscan para retenerlas, matarlas, convertirlas en hijas, madres, muebles, amantes, cadenas y fantasías de destrucción.

Mujeres que han de escapar.

Mujeres que vuelven, que se van, mujeres a las que no sabes convencer de que se queden a tu lado, Carvalho.

Mujeres que con su silencio te señalan y te dicen algo que no sabes descifrar.

Niñata, Amèlia, Novia Zombie.

El Gueño, Max, Carbonell.

Y Carvalho.

Carvalho también, claro que sí, Carvalho también en el grupo de las bestias.

Pero también están Briongos, Nani, Charo.

También Biscúter, Subirats, Matacañas.

Y Carvalho también, claro que sí, Carvalho también en el grupo de los necios.

¿Carvalho qué?

Ya no recuerdo más locales donde estuve con ella. Puedo volver a empezar. Es más de medianoche. Alargaré la noche y buscaré un lugar donde dormirla o me iré ya hacia la estación. O quizás haré guardia en Hermanos Bécquer por si Carbonell sale o ella vuelve, pero el camarero me dice que todo el mundo está en Toni 2. Él lo odia. Odia a la gente que va. Actores, directores de cine, escritores. Pero la gente va y será por algo, aquí la gente es muy de famoseo y está en Chueca y hay un pianista gay, me dice, muy gay, remarca, y bien, hay un grupo en la barra que también van y me dicen que me llevan y salgo de Aleatorio y no Anormal ni Aligerar ni Ausente y llegamos allí y todo está como es: hasta el pianista gay, muy gay, que anda tocando un bolero baboso.

El grupo me deja atrás y yo aprovecho para engancharme a un trozo de barra libre y me pido otra más. La antepenúltima. Quiero matarme antes de buscar cualquier cama cerca de Atocha. Hago mi promesa. Levanto la copa y prometo que jamás.

Que nunca jamás.

Que nunca nunca jamás volveré a Madrid mientras la ame, a pesar de que amarla no es lo que siento, pero uno a veces se construye desde el rechazo y las ausencias y otros desde la compañía y lo incondicional.

No más Madrid.

«La casa de Lope de Vega, de Quevedo. La Confitería a medianoche. El Retiro mañana por la mañana».

En esto, noto una mano en mi hombro que me hace girar.

—¿Sigues viviendo como un suicida, eh, cariño?

33

TRAERSE EL SUMISO DE CASA

La exescritora o próxima premiada de un certamen que no fuera el Biblioteca que ya ganó se alegra de verme y no sé muy bien por qué. Probablemente yo también. Sancho, su marido, anda por ahí, y sus amigas, con nombres que no consigo retener o escuchar. Una se llama Ingrid casi con toda certeza y otra Rosie, con la mayor de las dudas. La primera también viene con pareja, Rosie, no. Me pregunta qué hago, me recrimina las pintas, me dice que me saque la chaqueta, me interroga sobre lo que bebo y yo he de parar como sea aquello.

—¿Dónde te hospedas?

—En ningún sitio. No he sido previsor. Alargaré la noche y buscaré dónde.

—Puedes venir a casa. Es grande. No creo que a Sancho le importe.

Viene a nuestro encuentro Ingrid o Rosie.

—Hola, soy Kristine —anuncia Rosie.

—Pepe.

—Suele tener mejor aspecto —advierte Lady Writer—. Una vez te hablé de él. Es aquél.

—El detective —aligero yo.

Aquello motiva a Kristine. Doy un sorbo a algo que no sé si he pedido. Ellas tienen las consumiciones en otro lado. Han acudido al reconocerme ella.

—¿Qué tal? ¿Cómo van los libros?

—Fenomenal. Estoy acabando una novela. Será negra. Mi primera incursión en el género.

—Mira tú qué original.

—Te iba a llamar un día de estos. Para que me expliques cosas de cómo trabajas o un caso sobre el que pueda escribir. ¿Te parece?

—Ya no tengo móvil: deja que te llame yo.

—No llamarás, ¿verdad?

—No.

Kristine sonríe y pide un vodka con naranja.

—¿Qué haces tú por aquí? ¿Trabajo? Explícame, que igual me das una idea para un argumento.

—Turismo de capital.

—¿De veras?

—A mí me gusta mucho Barcelona —tercia Kristine.

—Y yo tengo un amigo gay y otro negro —contesto, pero, por fortuna, la chica no me oye. Trato de ser aburrido y mentiroso para que me dejen en paz—. Créeme. Turismo. A ver que recuerde el itinerario que me han recomendado: ir al Prado. Pasear por el barrio

de Las Letras. La casa de Lope de Vega, de Quevedo. La Confitería a medianoche y El Retiro mañana por la mañana.

Algo de lo que he dicho las ha sorprendido.

—¿La Confitería? ¿Realmente quieres ir a La Confitería?

Me pongo en alerta. Carbonell sigue jugando.

—Sí.

—¿Sabes lo que es?

—Dime.

—Quien te ha dicho eso te ha tomado el pelo. Es un salón de sado, pero para gente de dinero, limpia y digna, no te vayas a creer tú.

—¿Dónde está?

—Solo no te van a dejar entrar.

Pienso rápido. Mucho, probablemente demasiado.

—¿Me acompañas?

Kristine duda. Su amiga interviene, entre protectora y celosa.

—Estás loco, Pepe. ¿Desde cuándo te apetece ir a esos sitios?

—Debo salir de mi zona de confort.

—Vete a la mierda.

—No seas tan cagada. Un escritor se mete en líos, se prueba, se castiga. ¿De qué vas a hablar en tu próxima novela? ¿De recetas y el boom inmobiliario? Lo tuyo es el amor, loquita mía. Si no quieres venir, deja que me lleve a tu amiga.

—Es un club privado. No puede entrar cualquiera.

—Puedo hacer que entremos. Pero si entramos, entramos —sentencia Kristine ante la cara más que sorprendida de su amiga.

—Vaya, Kris, tienes golpes escondidos. No nos pasará nada, ¿no? Voy a decírselo a Sancho. Estás loca. Estáis locos los dos.

Lady Writer se pierde entre el gentío. Kristine se gira hacia la barra y pega un primer sorbo a su combinado mientras mira a la lejanía. Es el momento en que alguno de los dos debería decir algo, pero ninguno encuentra nada que decir. Al rato regresa la exescritora y, al parecer, a Sancho aquello no le parece ni una de las mil mejores ideas del mundo. De hecho, ni aparece para conocer al recién llegado.

—Es igual. Iré solo.

—Como un alma en pena. ¿Qué te pasa, Pepe? ¿Qué buscas?

—¿Por dónde cae La Confitería? ¿Sabes la calle? —pregunto directamente a Kristine.

Memorizo la dirección para poder soltárselo al taxista y dejo que pague la escritora a cuenta de los royalties. Estoy en la calle, a la espera de que pase algún taxi libre, cuando a mi lado llega Kristine.

—Te acompaño. Te haré pasar por mi sumiso. ¿Cómo llevas lo de la sumisión?

—No quiero engañarte, mal.

—Me lo imaginaba. En un curso de FemDom podías traer el sumiso de casa y si no te lo podían suministrar ellos.

—Como los patines en el Skating.

—¿Qué es skating?

—Sado sobre hielo.

Ya dentro del taxi, Kristine mira por la ventanilla. La observo y es todo indefinido en ella: edad, belleza, sexualidad. Supongo que debería darle las gracias, pero tendrá ella sus intereses más allá de las buenas obras por las que todos vamos en busca de redención.

El taxi nos deja en la puerta. Ella insiste en pagar. Entramos en el local, que tiene claramente dos zonas, una de copas, convencional, y lo que viene a llamarse Obrador, que no es sino una mazmorra nada sórdida y de diseño Grey, es de suponer, a juzgar por el material de propaganda. Hay talleres y cursos. El de Dirty Talk es económico. Cinco euros dos sesiones.

Decir obscenidades a tu pareja puede ser muy excitante para tu relación sexual.

Hay también un club con su escudo de armas: Club de Caballeros Dominantes, y un Taller trimestral de FemDom y rudimentos de bricolaje para hacer tú mismo tus látigos y penes puntiagudos. Pienso en Charo y en el fin de Bizancio. Pienso con añoranza en ISIS.

—Una de las sesiones ya ha empezado.

—¿Desde cuándo?

—Quince minutos.

—Nos quedamos atrás y miramos —mi intervención es nefasta. Esto no consiste en eso—. Es broma. Hemos quedado con alguien dentro.

—¿Está apuntado?

De pronto, veo claro. De repente, lo sé.

—Sí.

—¿Nombre?

—Pepe Carvalho.

El tipo mira la lista mientras Kristine me mira a mí. En el fondo me gustaría equivocarme, pero sé que no será así.

—Aquí está. Pone uno y que le facilitaríamos pareja.

—No quería arriesgarme.

—Pasen. No hagan ruido. Pónganse al fondo. Ya les indicarán el turno.

No me va a gustar, lo sé, pero será la purga, el líquido que desinfecte la herida, la amputación del miembro. Voy detrás de Kristine y nada parece muy serio, como si fuera una atracción de feria, uno de esos engranajes de una atracción en un parque temático. Esto es música para adultos, nada aquí está vivo. Luces de ambiente y esposas y látigos y correas y arneses que cuelgan del techo. Nada aquí parecer ser muy verosímil. En una de las salas, en medio, una silla, los brazos de la cual desembocan formando la cara de un león. Aquí ya hay gente. Algunos llevan máscaras, otros no. Gritos, olor a hospital, a incienso, a plástico nuevo. En el centro de la primera sala hay algo parecido a un reclinatorio y un tipo delgado medio desnudo sobre ese mueble, la cara contra un agujero para que una madame embutida en cuero y sobre tacones le acerque los pies para que se los lama. Lo hace. No distingo a Carbonell ni a Novia Zombie. Ojalá no hayan venido. Ojalá esté él, sólo él. Pasamos a la otra sala. Aquí la sesión está a punto de empezar y Carbonell no lleva ni tan siquiera un antifaz de villano en película de espadachines. Enseguida me mira, me reconoce y no hace ni un solo gesto. Seguro que

se ha estado girando hacia esta puerta por la que yo he entrado desde hace horas. Sí, la mosca está ya en la telaraña.

A su lado, cogida de la mano, está ella, pálida, ninfa con un antifaz negro que ella debe estar congelando con sus ojos. En el centro de la sala hay otra mujer, menuda y blanca, dominando a tres pijos de pelo ensortijado vertidos desde el AVE de Sevilla a media mañana. Embutida en cuero, masturba con una mano a uno de ellos mientras con un látigo mantiene bajo palio al resto de una manada que espera una señal para follársela si pudiera o follar entre ellos o follar a alguien que aparezca en escena. Dudo si la persona que está al lado de Carbonell es Mi Novia Zombie o si ella es la que está en medio de la sala. Dudo y no quiero saberlo. Detrás de todo ello una cruz de san Andrés. Carbonell baja la cabeza para decirle algo. Casi puedo notar su disfrute con mi dolor. Está en su derecho. Se lo he servido en bandeja. Quizás lo he buscado yo. He venido por esto. Ella sigue sin dejar la mano de él, de igual modo que, a buen seguro, Amèlia no dejaba la mano de Max al subir unas escaleras o al salir de cenar de una pizzería, la misma mano que había reventado la cabeza de Elsa, que ojalá hubiera podido acabar a tiempo el trabajo y estar en el instituto, la misma mano que reventó la cara de la yaya Merçè, con sus ahorros en La Caixa y su cena siempre a punto y sus culebrones a la hora de la siesta, y de esa misma mano La Niñata subía la ladera de la montaña de Montjuïc sin mirar atrás, hacia el horizonte y el mar porque bien sabía que no había suficiente esperanza que le permitiera mirar ese horizonte sin que se le reventara de lágrimas el pecho, y el Gueño la guiaba hasta su tienda, y los camioneros mostraban un cigarrillo a las chicas para canjearlo por una mamada y todas les enseñaban el dedo, aunque cualquiera había hecho peores cosas por peores precios, esa mano del Gueño que le sostenía el brazo mientras se chutaba droga o se la metía por la nariz mientras le destrozaba el ano o la humillaba restregándole la cara por el suelo de tierra y piedras que se le clavaban en la piel como se clava la fusta en las nalgas en el Obrador, y luego colgarán del pelo, me asegura Kristine, el otro día fue así, y después van a cosas más duras, pero nos vamos cuando quieras porque a quién buscas, a quién estás buscando, y no lo sé, no lo sé, ya no lo sé porque ya he encontrado lo que andaba buscando.

Serendipia.

Encontrar lo que necesitabas sin estar buscándolo.

Pero sí que busqué, escarbando con mis manos como grúas en la montaña, en las medias verdades, en los mensajes telefónicos, en la niebla de una cabecita que no sabe cómo ordenar las cosas para que parezca una vida verosímil, homologable, casi eficaz, y si sólo queremos protegeros, ¿por qué os matamos?

Si sólo queremos que no os vayáis, ¿por qué os rompemos los dos brazos y las dos piernas?

Si supieras lo que he hecho por ti, Amèlia, te dejé sin nadie para que te escondieras en mí como un animal perseguido por una jauría se esconde en una grieta de una montaña. Los animales perseguidos, los animales excitados, atados y retenidos, que saben que van a ser torturados, sus miembros desencajados, en forma de cruz con una bolsa en la cara, animales para consumo, animales a punto de la putrefacción; Amèlia desapareció, la asesinó; mujeres que desaparecen para que no las matemos los hombres, que son asesinadas porque sin ellas la vida es insoportable, porque no queremos que sean de nadie más y nadie es de nadie y nadie tiene dueño y él es tu amo y decide qué haces y cómo y eso le da placer: ver cómo te follan otros, y luego volverás de la mano a

casa con él al perdón y la indiferencia del asesino en su vida de civil, y te aventuro controlando la escena, esta recreación del dolor de los ricos, y, mientras la manada se turna en ti, me mirarás, primero a él, que te ha traído aquí, y después a mí, que no te saco de aquí, y me dices que de esto me proteges, y el reclinatorio puede permitir que alguien te tire del pelo mientras la ama —que eres tú o no o da lo mismo ya—, puede introducirte un pene de plástico al tiempo que un hombre, un desconocido, te meta el suyo en la boca, y Kristine me pregunta ya has encontrado lo que buscabas, ya has localizado a tus amigos y piensa que todos los que están aquí son adultos y están porque les produce placer lo que sucede aquí, nadie está obligado, quizás bebidos, quizás encocados, quizás perdidos, quizás tristes, quizás locos, pero nunca obligados, y no seas reaccionario, Pepe, no pienses en John Wayne y en *La diligencia*, no pienses en Aznavour y las antiguas amantes que uno puede encontrarse al girar una esquina, ni en Charo, las risas de Charo después de un polvo doméstico en tu casa o en un restaurante, las risas de Novia Zombie cuando compartías algo, y no pienses en nada y vete de aquí, detective, vete, Pepe Carvalho, conocimiento y decepción, pero, en fin, uno es carne de libro y se hace cuerpo y héroe y baja hasta el centro del escenario y aparta a aquel que tira del pelo y esgrime un rojizo pene de plástico y coges la cabecita, la giras y ves el rostro sobre el que barriste cualquier beso que encontrabas en esa boca y su mirada, de aquel azul del glaciar que podía hundir al Titanic, y sabes que está puesta como un ratoncito rojo, pero que sabe y conoce y te reconoce y te sabe, y podrías decirle cualquier cosa y hay lío por detrás de ti y quieres decirle que se venga contigo, pero tampoco quieres ser Max ni Carbonell ni el Gueño y salvar a la damisela para poder asesinarla luego de otra manera. Te clavas en sus ojos y le dices que la quieres, que se acabó, que lo sabes, que no importaba, pero que nadie debería salvar a nadie. Los náufragos salvan a los barcos que los rescatan y es ella quien ha de salvarte a ti y es así, pero ella ni puede ni sabe y, ya en la calle, el suelo, la noche, Madrid, tristeza, todos estos millones de cadáveres de la ciudad Madrid (según las últimas estadísticas) sin mar ni consuelo.

34

PAQUETE POSTAL

La cucharilla da vueltas al café en la terraza de Guifré. No hay apenas gente sentada, ha refrescado un poco, pero se presiente que la temperatura aumentará a medida que se cubran las horas de la mañana y la muchedumbre subirá y bajará por estas Ramblas, de Colón a Macià, y de Macià a Diagonal. Estamos ya a 16 de agosto, pero todo sigue igual: las heridas, la frustración, la tribu, el runrún de una sociedad ilusionada, obnubilada y asustada, estirando unos y otros una goma elástica con el objeto de que se rompa, algo reviente, que se hagan fotos y que Europa intervenga. Es como si este país no supiera andar sin que algún militar se sublevara en África cada cierto tiempo y que se aprovechara una crisis para apretar el botón de salida. La fascinación por el hombre de orden y por el bandolero existe. Orwell —que es algo más que una plaza que anda por el Raval— dejó escrito que los catalanes eran profundamente antifascistas en la misma medida que simpatizantes de lo totalitario: no cabe disidencia en la tribu, la paranoia del enemigo interior y exterior. Mucha gente está encontrando una manera sencilla de expiar su pujolismo y otra su ansia de revancha y sangre. Espero que todo reviente de una vez, pero que no haya ni un solo muerto. Pero me temo que unos y otros esperan que los haya para conseguir argumentos en esta tabla de ajedrez. Los generales de ejércitos en batallas siempre han sido unos asesinos. Lo de héroes, patriotas y estrategas ya llega cuando las interrupciones para publicidad y se abren las páginas de los libros de Historia.

Me tomo el café. Me gustaría saborearlo. Me gustaría recuperar todas aquellas sensaciones de armonía en la pura rutina que he tenido todos estos años hasta que la conocí. Aunque como me decía El Escritor: Pepe, la realidad toda ella es mentira. Inventamos los recuerdos, falseamos lo real, los personajes, quienes éramos y lo que pensábamos y así no hay manera de hacer nada más que novelas y películas de arte y ensayo. Tratamos de convertirnos en personajes y la vida en un argumento y, me temo, esto no funciona así.

Antes de ella. Antes de ella, nada.

Ni consigo recordar quién era porque uno no sale igual de determinados sitios.

El Escritor hubiera rehecho el final, nuestro final Zombie.

A mí me hubiera hecho menos frágil, más seguro, más capaz de asimilar el eco de la soledad, y a ti, contigo hubiera sido menos despiadado de lo que lo he sido yo.

—¿Qué pasa, Tom Jones?

—Aquí disfrutando de la ciudad antes del enésimo desembarco de Normandía.

—Sí, *fill meu*, sí. Pero ¿sabes qué? A mí me da vida ver gente. Y además vienen con una sonrisa. Algunos no saben ni dónde están, pero, la Virgen, qué buena actitud.

—Para mí que vienen todos medicados —bromeo sin recordar que el archivo de lo irónico no está instalado en la cabeza de Guifré.

—¿En serio? ¿Por el mareo de los barcos? Yo una vez pillé una sopa en una excursión en barco allí en la Costa Brava.

—Eres animal de secano.

—Pues hice el servicio militar en Infantería de Marina.

—¿Saldrás a defender la integridad de España?

—No me veo, Tom Jones. Hoy aún puedo, pero a partir de mañana empiezo vacaciones. Mi mujer se me ha cuadrado este año. Así que, a partir de mañana, *el teu amic Guifré se'n va al poble:* Dos Torres de Mercader. Es de mi mujer, pero ya es como mío. Ella se aburre, pero yo no. Mira tú la guasa.

El camarero juega girando entre las manos su bandeja. Está recién duchado y repeinado. Ropa limpia y planchada.

—Por cierto, ¿qué tal lo lleva tu ayudante, Tom Jones?

—Está de vacaciones —sé que se refiere a Biscúter: nunca me han preguntado tanto por él como estos días—. Un día de estos vuelve. Perdí el móvil hace nada. Luego le pido el teléfono a Briongos e igual le llamo.

Como a un animal en la jungla, un leve movimiento en el tráfico o en el caudal que sube por las ondas dibujadas en el suelo de las Ramblas indica al camarero que están llegando. Los primeros, el primer crucero, aquellas sonrisas dopadas.

—Bueno, Pepe, te dejo, que allí vienen.

—A por ellos, que son pocos y cobardes.

Me regala una sonrisa a la remanguillé, que hubiera dicho Bromuro, ya erizado el pelo de la nuca, los tacones tocándose y los brazos prestos a secuenciar los tres o cuatro movimientos de banderillear a los turistas que en grupos de tres, cuatro o seis vienen subiendo hacia Plaça Catalunya.

—*Bon yur, madamissié, Gud morning leidi y míster, Boys, brother y sister, tahquechén, aligator,* buenos días, *bon dia benvinguts a Barcelona*…

Dejo el precio del café y me dirijo hacia el despacho. Me fijo en que Cayo, uno de los retratistas fijos en esa parte de las Ramblas, tiene ya un cliente. La gente se sorprende y no es para menos. Su modelo es una mujer con una rigurosa niqab. Parece una puesta en escena, un truco televisivo.

—¿Qué pasa, maestro? —también saludo a la mujer.

—Uno, que ha visto de todo y siempre sigue viendo de todo. ¿Sabes que me ha dicho la mujer? «Que los ojos queden bonitos». La tía se ha cuadrado con el maromo. Quería un retrato y aquí está posando. El tipo se ha ido cagándose en todo.

—La próxima revolución es suya. Y es de las buenas. Subo al despacho. Adiós, maestro, adiós, señora, y… *thank you*.

Ella baja la cabeza en señal de reconocimiento. Seguro que está orgullosa de sí misma. Eso siempre es un buen principio. Cayo, colombiano de Barranquilla, se despide de mí. Escaleras arriba, abro el despacho y el hecho de no estar cerrado con llave me indica que hay alguien dentro. Estefanía. Gruñidos en forma de saludos: somos gente educada.

—¿Sabemos algo de él?

—No, ayer le llamé, pero no cogió el teléfono. No entiendo el derrumbe. Fue finalista y era un concurso. Eran tres, quedó uno de los tres. Está bien, ¿no?

—Es parte del circo. Ilusionar y destrozar.

—Cuando vengas, modera esas expresiones.

—Tenía que haberles hecho caza.

—Pepe…

—Caza.

—Prométemelo.

—He de reconocer que murió de pie: con una tortilla de patatas en la sartén.

—Por cierto, tengo tu móvil. Te lo he hecho con seguro. Es la mejor manera de no perderlo o que te lo rompan. Está configurado. El PIN sigue siendo tu año de nacimiento, 1414.

—Tú sí que sabes cómo hacerme sentir bien.

Me entrega mi nuevo aparatejo, ya cargado y con algunos de mis contactos, cada vez menos y más infrautilizados.

—Por cierto, se me olvidó decirte que cuando estuviste en paradero desconocido llegó este paquete.

Briongos abre un cajón de su escritorio y me lanza un sobre acolchado de los que se utilizan en Correos. Miro el remitente: Juliette Binoche. Voy a abrirlo cuando entra Biscúter. Nos sonríe y se sonroja. Trae chocolate caliente y croissants recién hechos. Se le ve bastante bien. Un poco triste, quizás, o avergonzado, y mucho más pálido sin maquillaje. Probablemente no quiera hablar del tema y yo tampoco. Briongos se levanta y acude a abrazarlo. Creo que al menos debería levantarme. Nunca se me ha dado muy bien lo de abrazar sin una voluntad judoka inminente. Pero lo intentaré. Biscúter no lo espera y, al final, me guardo su abrazo para otra ocasión y no se lo doy.

—¿Todo en forma, Biscu?

—Sí, en serio. Estoy bien. Esperaba llegar más lejos, pero los otros eran mejores.

—Sólo más guapos —trata de ayudar Estefanía.

—¿Lo vio usted? —Le confieso la verdad—. Mejor. Me llevo todo lo demás que es muy bueno. He aprendido mucho. He conocido gente muy maja y vas por la calle y te paran y te abrazan y te dan ánimos y recetas, muchas recetas. Si supiera, jefe, la de recetas que me dan aquí y allá. Hoy ya no, pero mañana me pasaré por La Boquería y compraré para haceros algo que ni os vais a imaginar qué es.

—Entiendo que se ha acabado la dieta del anarconudista loco, ¿no?

—Interrumpimos la emisión, que decía antes la tele.

Biscúter decide encontrar una bandeja en la que colocar los croissants y el chocolate. Aprovecho para abrir el enigmático sobre. Decido ir hasta mi despacho. No cierro la puerta para controlar la escena del chocolate y los croissants. Hay una nota y un paquete de plástico. La nota no es de Juliette Binoche. Es de Amèlia. Me dice que está viva y lejos de la ciudad porque en la ciudad está Max. Sólo volverá cuando lo detengan porque ahora sabe que es él. No sabe por qué lo hizo ni a cuenta de qué. Antes de marcharse lo vio en el piso y no lo confesó, pero dio igual: ella lo supo.

La quería sola porque la quería en exclusiva para él.

Mientras leo pienso que eso nos gustaría a muchos: detenerlo, si es que aún anda por aquí. Pero, al menos, la buena noticia es que Amèlia está viva. Miro la letra. El remitente. Esa dirección de París inventada. Pienso en si en algún momento le dije algo sobre Juliette Binoche, la tonta anécdota en Madrid. Si se lo dije a ella sola. Si se lo dije a Max solo. Si estaban los dos presentes. No lo recuerdo. No tengo tan claro que sea

Amèlia quien escribe. También la madre de La Niñata sigue creyendo que la llamó su hija y estaba pudriéndose en la montaña de Montjuïc.

La bolsa que acompaña a la nota es negra y pone joyería Puigmartí, pero no es una joya, aunque ojalá su contenido vaya a valer mucho. Me levanto de la silla y me dirijo a la puerta. Biscúter está con la bandeja del chocolate y la bollería. Le digo que no puedo quedarme. Protesta. Me convence. Me abraso la garganta. Mojo la pata del croissant en el chocolate. Tres minutos después no siento lengua y demasiado el estómago y estoy llegándome casi a la carrera hasta el Paral·lel donde paro un taxi. En cinco minutos y con todos los semáforos a nuestro favor enfilamos Entença y llego a los Mossos de Les Corts. Me bajo y pido ver a Matacañas. Está reunido, está ilocalizable, está llegando o yéndose. Finalmente se hace carne y pistola.

—¿Qué pasa, Pepe? Tenemos día complicado hoy. Estamos en alerta 4.

—Vamos a un sitio privado. Es importante.

Me lleva a una habitación cerca de la sala de espera de los abogados.

—Dime.

—Me llegó una carta por correo certificado. No firma ella, pero puede ser de Amèlia.

—Enséñamela.

La lee atentamente, cogiéndola por los bordes, aspecto procedimental que yo no hice. Cuando preveo que ha acabado de leer, le entrego el sobre con la bolsa en su interior.

—¿Qué es?

—El cordel que sostenía día y noche las gafas de Max. El último día que hablé con él no lo llevaba. Me acuerdo porque me di cuenta de que dejaba las gafas encima de la mesa, cuando le encantaba dejarlas caer alrededor de su cuello.

Matacañas sale del despacho y vuelve con unas pinzas y otra bolsita, ésta transparente. Cuando prende el cordel lo sostiene a la altura de sus ojos y de los míos. Es un cordel amarillento, aunque en gran parte oscurecido. Podría ser sangre. Podría ser lo que le llevase a la cárcel.

—El asesino se duchó después de cometer los asesinatos. Cuando uno se ducha se quita las gafas. Es posible que no reparara en las manchas.

—Lo analizaremos. Ojalá. —Mira el remitente del sobre—. ¿Juliette Binoche?

—Una broma sin gracia. Quizás también podrías cotejar la letra de la carta con documentos de Amèlia —el *mosso* asiente—. Ojalá todo encaje, pero no las tengo todas conmigo. Max es un manipulador de manual. Amèlia desaparece. Antes, se le enciende la luz y repara en el cordel de las gafas. Se lo quita. Nos lo envía. ¿En qué momento se lo quita?

—Mientras duerme. Después de follárselo, por ejemplo. Me cuadra más que ya lo supiera. Que ya hubiera reparado en lo de las gafas.

—Amèlia siempre fue un enigma.

—¿De qué hablasteis la noche que estuvisteis juntos?

—Hablamos por signos.

—Igual hasta te envió él a Amèlia.

—No jodas, Matacañas. Esa dosis de maridos enfermos ya la tengo cubierta.

—Tú sabrás. Lo llevamos a analizar y vemos. También puede ser un nuevo capítulo de Max jugando con todos. También lleva su pinta.

Estoy de acuerdo.

—Pero si es la sangre de las víctimas y determinamos que es suyo, al menos deberá dar explicaciones. Y si Amèlia le ha traicionado, fabulará y acabará por cagarla.

—¿Me diréis algo?

—Si es él, lo detenemos y te avisamos. Por este orden. Ahora explícame lo de la Binoche.

—Hoy no tengo el día para presumir.

Me levanto con la intención de marchar y salgo de la habitación. Matacañas me sigue. Estoy a punto de pasar el torno para salir.

—Carvalho.

—¿Qué?

—Gracias.

—Si es que conocerme es quererme.

—¿Sabes qué pienso? Pienso que todo se acabó y quizás esté bien que se haya acabado.

—Concreta un poco, abogado —le digo, aunque ya sé a qué se refiere, quizás porque quiero que se refiera a otra cosa que no sea el Tema. Estamos en casa, en Vallvidrera, ya hemos cenado: ha cocinado él unas perdices deliciosas que me han sentado como un tiro y por eso o con eso por excusa las macero con escocés. Tres de la madrugada, borracho, con ganas de que se marche y estar solo.

—Que esto está roto. Que vamos al Úlster. Hay sociedades que pueden vivir de espaldas unas a otras durante años, décadas, siglos. Habrá presos, habrá dolor, habrá sobreactuación, martirio, habrá toda la propaganda, en las dos trincheras, que te puedas imaginar, habrá por qué no pones la bandera, por qué no votas, habrá unos y otros, los buenos catalanes y los malos españoles…

—Igual tiene que ser así. Igual somos esto.

—¿A qué te refieres?

—La civilización es una construcción cultural y no quiero ponerme pedante a menos que rellenes otra vez mi vaso. Si apartamos la educación, si retiramos manteles y cortinas, vestidos y maquillaje, sólo queda un hijo de perra como tú que daña al débil y ofrece su trasero al fuerte. La hipocresía nos permite seguir vivos.

—¿Cómo hemos llegado a esto? Todo es tan frágil. Y suerte a la Santa Madre Iglesia que todos creemos en el mismo Dios.

—Amén.

—Amén.

Me dan ganas de ponerme sentencioso. A veces ocurre hasta en los mejores tipos.

—La transición es una mentira que ya no nos sirve. Lo bien que nos hubiera ido cortar la cabeza a un rey.

—Yo quiero la independencia, Pepe, pero, si es a costa de que no seamos amigos, renuncio a ello.

—Estás borracho. Mientras cocines así las perdices y me acompañes a los bares chinos seguiremos siendo amigos y me da igual qué nombre den a esto —digo golpeando con mi pie el suelo de mi salón.

—Tendríamos que tener a El Escritor para que nos explicara qué está pasando, qué va a pasar a continuación.

—Sí.

—Si pudiera levantarme del sofá, te abrazaba.

—¿Qué os pasa hoy a todos los hombres?

—No te enteras, Pepe. Los hombres ahora somos así: afectivos.

Me levanto y voy a la cocina. Dejo a Subirats con todas las ventanas abiertas y un fuego bajo en la chimenea esperando libro. Limpio cuatro platos, vasos, cazuelas. Hago un poco de sitio, creo que por estar ocupado. Me quedo pensando y decido el libro que merece ser quemado, no tanto por sus méritos, sino porque, cada cierto tiempo, hay que decapitar al rey y matar al padre. Me cuesta encontrarlo. Es una copia barata. Aviso del evento al abogado, pero está completamente dormido, espatarrado en el sofá, pero ha tenido la deferencia de dejar el vaso a su lado sin derramar el último whisky que queda en su interior. Lo prefiero. No me gustaría contar ni con su beneplácito ni con su aprensión, ni aplausos ni gritos. Nadie sabe nunca cómo va a reaccionar un abogado viendo cómo un tipo como yo quema una noche de agosto un ejemplar de la Constitución de 1978. El ejemplar arde un rato, no mucho, y luego las cenizas se ennegrecen y consumen.

Después del aquelarre, recojo el vaso de Subirats y pongo algo más de Ardbeg y un cubito de hielo con la mano sucia de tasca madrileña del barrio de Salamanca. Llega una señal al móvil. Es Matacañas. La sangre es de las víctimas. El cowboy ha sido derribado del caballo. Me temo que Amèlia seguirá siendo para siempre una incógnita.

Salgo fuera. La noche es agradable. Me siento en una de las sillas metálicas, alrededor de una mesa, mobiliario que nunca conoció vida más concurrida que ésta desde que Charo se fue. Valent se acerca. Lame la mano que tengo tendida a mi lado, sin mucho más sentido que la caricia de un perro viejo que vio cómo mataron a su familia y no supo ladrar. Un poco como todos a medida que envejecemos y se nos muere o se va la gente a la que no sabemos ladrar para que sigan vivos o se queden.

Abro el móvil, busco su número y escribo: «Ven».

FIN

AGRADECIMIENTOS

Por su generosidad, a Daniel Vázquez Sallés y Anna Sallés.

Por su fe y cariño, a Paco Camarasa.

Por su trabajo, ideas o aportaciones de todo tipo, a Francesc Salgado, Rebeca Carranco, Montse Clavé, Isma Prados, Maika Navarro, Marcelo Luján, Josep Porta, Rafa Guerrero, Montse Cuni, Nieves Abarca, Juan Pablo Villalobos, Pilar Romera, Jordi Saval, Carlos Salem y María Lynch.

Parte de los temas de actualidad que aparecen deben su presencia a los artículos y reportajes periodísticos publicados en *El País*, *El Periódico* o *La Vanguardia* por Rebeca Carranco, Mayka Navarro y Guillem Sánchez. En el capítulo 22 se reproducen conversaciones emitidas en el programa *MasterChef*.

Carvalho: problemas de identidad
Carlos Zanón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Martin Stranka

© Carlos Zanón, 2019
© Herederos de Manuel Vázquez Montalbán

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Tanto Carvalho como los demás personajes creados originalmente por Manuel Vázquez Montalbán se autorizan bajo licencia y autorización de los Herederos de Manuel Vázquez Montalbán

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-08-20464-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!